LIBRO dot.com

Los crímenes del amor

Marqués de Sade



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

LOS CRIMENES DEL AMOR, 1

Idea sobre las novelas
Juliette y Raunai o la conspiración de Amboise.
La doble prueba.
Miss Henriette Stralson o los efectos
de la desesperación.
Faxelange o los errores de la ambición.
Florville y Courval o el fatalismo.

IDEA SOBRE LAS NOVELAS

Se llama novela [roman]*[1] a la obra fabulosa compuesta a partir de las aventuras más singulares de la vida de los hombres.*

Pero, ¿por qué lleva el nombre de novela este género de obra?

¿En qué pueblo debemos buscar su fuente, cuáles son las más célebres?

Y, ¿cuáles son, en fin, las reglas que hay que seguir para alcanzarla perfección del arte de escribirla?

He ahí las tres cuestiones que nos proponemos tratar;[2] comencemos por la etimología de la palabra.

[1] Para todo este fragmento téngase en cuenta que traduzco por novela el término roman. De ahí las disimilitudes que pueden apreciarse en el texto cuando Sade explica la etimología de roman. Esta voz deriva de romanice, término adverbial del latín popular que significa «al modo, a la manera de los romanos», adoptando esta última palabra de romanos la significación que tomó tras la invasión de los bárbaros. Con ella se designó al principio la lengua vulgar por oposición a la culta que era el latín; a partir del siglo XII designó en francés todo relato en lengua vulgar y especialmente, en el siglo XIV, las novelas de aventuras en verso; en el siglo XV los relatos de caballería en prosa, en el XVII tomó el sentido actual de novela. La voz latina romanice dio en castellano resultados distintos: romance, hacia 1140, se aplicaba al habla de los romanos; luego pasó a designar el lenguaje hablado por las naciones romanizadas o neolatinas; sustantivado, romance se aplicó a la lengua como nombre, y, posteriormente, a los escritos en esa lengua, en especial el verso narrativo. En el siglo XV, la voz romance se especializa en los poemas que conocemos con ese nombre. Véase para este tema J. Corominas: *Diccionario etimológico de la lengua castellana,* y O. Bloch y W. von Wartburg, *Dictionnaire étymologique de la langue francaise.*

[2] El tema preocupaba a la época; en 1670, D. Huet, a quien luego citará concretamente Sade, la definía en su *Lettre a M. de Sagrais, sur l'origine des romans:* «Lo que propiamente se llaman novelas son ficciones de aventuras amorosas, escritas en prosa, con arte para el goce y la instrucción de los lectores. Digo ficciones para distinguirlas de las historias verdaderas. Digo luego aventuras amorosas, porque el amor debe ser el principal tema de la novela. Deben estar escritas en prosa para estar de acuerdo con la cos-

Dado que nada nos informa sobre cuál fue el nombre de esta composición entre los pueblos de la antigüedad, en mi opinión, *sólo debemos aplicarnos a descubrir por qué motivo* llevó *entre nosotros el que aún le damos.*

La lengua romace [romance] *era, como se sabe, una mezcla del idioma céltico y del latín, en uso durante las dos primeras estirpes de nuestros reyes; es bastante razonable pensar que las obras del género de que hablamos, compuestas en esa lengua, debieron llevar su nombre, y que debió decirse* romane *para designar la obra en que se trataba de aventuras amorosas, como se dijo* romance *para hablar de las endechas del mismo género. Vano sería buscar una etimología diferente a esta palabra; al no ofrecernos el sentido común ninguna otra, parece fácil adoptar ésta.*

Pasemos, pues, a la segunda cuestión.

¿En qué pueblo debemos hallarla fuente de esta clase de obras, y cuáles son las más célebres?

La opinión más común cree descubrirla entre los griegos; de ahí pasó a los moros, de quienes la tomaron los españoles para transmitirla luego a nuestros trovadores, de quienes nuestros novelistas de caballerías la recibieron.

Aunque yo respete esta filiación, y me someta a ella a veces, estoy, sin embargo, lejos de adoptarla rigurosamente; en efecto, ¿no resulta muy difícil en siglos en que los viajes eran tan poco conocidos y en que las comunicaciones se hallaban tan interrumpidas? Hay modas, costumbres, gustos que no se transmiten para nada; inherentes a todos los hombres, nacen, naturalmente, con ellos; donde quiera que existan éstos se encuentran huellas inevitables de esos gustos, de esas costumbres y de esas modas.

Ni dudarlo: fue en las regiones en que primero reconocieron a los dioses donde las novelas brotaron, y, por consiguiente, en Egipto, cuna cierta de todos los cultos; apenas sospecharon los *hombres unos seres inmortales, les hicieron actuar y hablar, a partir de entonces, ya tenemos metamorfosis, fábulas, parábolas, novelas; en una palabra, tenemos obras de ficción cuando la ficción se apodera del espíritu de los hombres. Tenemos libros fabulosos cuando aparecen las quimeras: cuando los pueblos, guiados, al principio, por los sacerdotes, después de haberse degollado por sus fantásticas divinidades, se arman, finalmente, por su rey o por su patria, el homenaje ofrecido al heroísmo compensa al de la superstición: entonces no sólo coloca muy acertadamente a los héroes en el lugar de los dioses, sino que cantan a los hijos de Marte como habían celebrado a los del cielo; aumentan los grandes hechos de su vida; o cansados de hablar de ellos, crean personajes que se les parecen... que les sobrepasan: y muy pronto nuevas novelas aparecen, más verosímiles, sin duda, y mucho más aptas para el hombre que las que no celebraron, sino fantasmas. Hércules*[3]*, gran capitán debió combatir valerosamente a sus enemigos: ahí tenemos al héroe y la historia; Hércules destruyendo*

---

tumbre de este siglo. Deben estar escritas con arte, y según determinadas reglas. El objetivo principal de las novelas es la instrucción de los lectores, a quienes siempre hay que hacer ver la virtud premiada y el vicio castigado. »

[3] Hércules es un nombre genérico, compuesto por dos palabras célticas, *Her-Coule*, que quieren decir señor capitán (Esa etimología es, por supuesto, fantástica). ; Hércules era el nombre del general del ejército, lo cual multiplicó infinitamente los Hércules; luego la fábula atribuyó a uno solo las acciones maravillosas de varios. (Véase *Histoire des Celtes*, por Pelloutier).

monstruos, partiendo de un tajo gigantes: y ahí tenemos al dios... la fábula y el origen de la superstición; pero de la superstición razonable, puesto que no tiene por base más que la recompensa del heroísmo, el reconocimiento debido a los libertadores de una nación, mientras que la que forja seres increados y jamás vistos, no tiene más que el temor, la esperanza y el desorden de la mente por motivo. Cada pueblo tuvo, pues, sus dioses, sus semidioses, sus héroes, sus historias verdaderas y sus fábulas; como se acaba de ver, algo pudo ser cierto en lo que se refería a los héroes; todo lo demás fue fraguado, todo lo demás fue fabuloso, todo fue obra de invención, todo fue novela, porque los dioses sólo hablaron por el órgano de los hombres que, más o menos interesados en este ridículo artificio, no dejaron de componer el lenguaje de los fantasmas de su mente con todo cuanto imaginaron más acabado para seducir o para asustar, y,. por consiguiente, con lo más fabuloso: «Es una opinión admitida, dice el sabio Huet, que el hombre de novela se daba antaño a las historias y que después se aplicó a las ficciones, lo cuales un testimonio irrefutable de que las unas han venido de las otras.

Hubo, pues, novelas escritas en todas las lenguas, en todas las naciones, cuyo estilo y hechos se calcaron, tanto sobre las costumbres nacionales como sobre las opiniones admitidas por esas naciones.

El hombre está sujeto a dos debilidades que afectan a su existencia, que la caracterizan. Por todas partes es menester que suplique, por todas partes es menester que ame: *he ahí la base de todas las novelas; las ha hecho para pintar* los *seres a los que* imploraba, *las ha hecho para celebrar a aquéllos que* amaba. *Las primeras, dictadas por el terror ola esperanza, debieron ser sombrías, gigantescas, llenas de mentiras y de ficciones: tales son las que Esdras*[4] *compuso sobre el cautiverio de Babilonia. Las segundas, llenas de delicadeza y de sentimiento: tal es la de Teágenes y Cariclea de Heliodoro*[5]; *pero como el hombre* suplicó, como amó *por todas partes, en todos los puntos del globo que habitó hubo novelas, es decir, obras de ficción que tan pronto pintaron los objetos fabulosos de su culto como los más reales de su amor.*

No hay, por tanto, que aplicarse a buscar la fuente de este género de escribir en tal o cual nación preferentemente; por lo que acabamos de decir, hay que convencerse de que todas lo han empleado más o menos en razón de la mayor o menor inclinación que han experimentado hacia el amor o hacia la superstición.

Una ojeada rápida ahora sobre las naciones que mejor han aceptado estas obras, sobre esas obras mismas, y sobre quienes las compusieron; traigamos el hilo hasta nosotros para poner a nuestros lectores en condiciones de establecer algunas ideas comparativas.

[4] *Libro de Esdrás y Nehemías* (o I y II de Esdrás) es complemento del libro de Crónicas de la Biblia; el I, dividido en dos sectores, narra la historia de Judea, posterior a la ruina del reino de Babilonia. El II libro fue puesto bajo la advocación de Nehemías, restaurador de Jerusalén, cuyos muros edificó, además de renovar la alianza del pueblo judío con Dios. Debido a Esdrás, que aprovechó sus propias memorias y las de Nehemías, es de extraordinaria importancia para la historia posterior al exilio y la reconstrucción del templo de Jerusalén.

[5] Heliodoro de Emesa, que vivió en el siglo III, autor de Las *etiópicas o historia de Teágenes y Cariclea.* Fue novela muy admirada en la época bizantina y en los tiempos modernos; Cervantes la citará en los *Trabajos de Persiles y Segismunda.* Influyó poderosamente en la narrativa francesa del XVII. A la lengua castellana llegó la primera parte en 1554 (Amberes), traducida de la versión francesa de Amyot; la segunda, obra de Fernando de Mena (Alcalá de Henares, 1587), fue realizada a partir de una versión latina cotejada con el texto griego.

Arístides de Mileto[6] *es el novelista más antiguo de que habla la antigüedad; pero sus obras ya no existen. Sabemos sólo que titulaban sus cuentos los* Milesíacos; *una pulla del prefacio del* Asno de oro *parece probar que las producciones de Arístides eran licenciosas:* Voy a escribir en ese género, *dice Apuleyo, al comenzar su* Asno de oro[7].

Antonio Diógenes[8]*, contemporáneo de Alejandro, escribió en un estilo más pulido* Los Amores de Dinias y de Dercillis, *novela llena de ficciones, de sortilegios, de viajes y de aventuras muy extraordinarias que Le Seurre copió en 1745, en una obra más singular aún; porque, no contento de hacer, como Diógenes, viajar a sus héroes por países conocidos, los pasea tan pronto por la luna como por los infiernos.*

Vienen luego las aventuras de Sinonis y Rodanis, *de Ydmblico,, los amores de* Teágenas y Cariclea, *que acabamos de citar, la* Ciropedia, *de Jenofonte; los amores de* Dafnis y Cloe, *de Longo; los de* Ismena e Ismenia, y *muchos otros, o traducidos o totalmente olvidados en nuestros días*[9].

Los romanos, más inclinados a la crítica y a la maldad que al amor o a la plegaria, se contentaron con algunas sátiras como las de Petronio y de Varrón, que nos guardaremos mucho de clasificar en el número de las novelas[10].

---

[6] Ninguna noticia de este escritor griego de la época helenística, que vivió probablemente entre los siglos III y II. De su obra sólo nos quedan unos fragmentos de su colección de cuentos titulada *Milesias,* que más tarde fueron traducidos al latín y adaptados por L. Cornelio Sisenna. Los testimonios de Ovidio, Luciano y Apuleyo, que lo leyeron, lo califican de fabulista autor de historietas y anécdotas, dotado de un espíritu licencioso y deliberadamente obsceno.

[7] Nacido en Madaura (Africa) hacia el año 125, Apuleyo pertenecía a una distinguida familia que le permitió estudiar en Atenas tras inicios retóricos en Cartago. Parece que se estableció aquí tras numerosos viajes del que fue fruto, entre otros, su obra más famosa: El *asno de oro* (Asinus aureus), también conocida por las *Metamorfosis,* novela en once libros de carácter diverso.

[8] Novelista griego, que vivió a finales del siglo I, si nos apoyamos en las conjeturas establecidas a partir de su texto y su relación con el neopitagorismo. Escribió *Maravillas más allá de Tule,* viaje imaginario en veinticuatro libros de los que nos ha quedado un resumen hecho por Focio; pese al interés de las anécdotas eróticas, lo tienen mayor las aventuras sobrenaturales en tierras desconocidas. Dio lugar a diversas obras de carácter erótico y de aventuras, desde las Etiópicas, de Heliodoro, antes citadas, a las *Aventuras de Leucipo y Clitofón,* de Aquiles Tacio, percibiéndose su influencia en el renacimiento y el barroco italiano y español (Tasso, Cervantes).

[9] Poco se sabe de la existencia de Longo el Sofista; quizá naciera en Lesbos y pasara luego a ser esclavo de un romano. Vivió posiblemente a fines del siglo II y dejó una novela, *Dafnis y Cloe,* de gran influencia en la narrativa pastoril de los siglos XVI y XVII; para Goethe, por ejemplo, era una obra maestra «en la que la inteligencia, el arte y el buen gusto alcanzan su más alto nivel, y ante la cual incluso el buen Virgilio hubo de ceder un tanto». Al castellano fue traducida por Juan Valera en 1880.

[10] Alusión a *Lycée ou cours de littérature ancienne et moderne,* Paris, de La Harpe: «Hemos sido imitadores en todo, debemos confesarlo, tanto en nuestros defectos como en nuestras más bellas obras. A la imaginación ardiente y desordenada de los pueblos del Sur y del Oriente, que fueron letrados antes que nosotros, les pedimos prestado ese carácter tan excesivamente exagerado que al principio reinó en nuestras mayores novelas. Imitábamos a los españoles que a su vez imitaban a los árabes... Durante mucho tiempo hemos pagado tributo de imitación a los escritores de esa zona: se convirtieron en maestros nuestros, igual que lo habían sido los italianos cuando componíamos nuestras *nouvelle* sobre sus *novelle* y nuestros poemas galantes, por lo menos en muchos casos, respiraban la afectación de Petrarca, aunque sin su armonía ni su elegancia.»

Los galos, más cerca de esas dos debilidades, tuvieron sus bardos, a los que puede mirarse como los primeros novelistas de la parte de Europa que hoy habitamos. La profesión de esos bardos era, según Lukano, escribir en verso las acciones inmortales de los héroes de su nación, y cantarlas al son de un instrumento que se parecía a la lira; muy pocas de estas obras son conocidas en nuestros días. Tuvimos luego los hechos y gestas de Carlomagno, atribuidas al arzobispo Turpin, y todas las novelas de la Tabla Redonda, los Tristán, los Lancelot du Lac, los Percival, *escritas todas con la mira de inmortalizar héroes conocidos o inventar siguiendo a éstos otros que, adornados por la imaginación, les sobrepasen en maravillas. Pero, ¡qué distancia entre ésas, largas, enojosas, apestadas de superstición y las novelas griegas que las habían precedido! ¡Qué barbarie y grosería sucedían a novelas llenas de gusto y de agradables ficciones cuyos modelos nos habían dado los griegos! Pues aunque hubo otros, desde luego, antes que ellos, al menos no se conocía entonces más que a éstos.*

Luego aparecieron los trovadores, y aunque debe mirárselos más como poetas que como novelistas, la multitud de bellos cuentos que compusieron en prosa, les consiguen, sin embargo, con justo motivo, un puesto entre los escritores de que hablamos. Para convencerse, échese una ojeada a sus fabliaux, *escritos en lengua* romance, *bajo el reinado de Hugo Capeto y que Italia copió con tanta diligencia.*

Esta hermosa parte de Europa, aún gimiente bajo el yugo Sarraceno, aún lejos de la época en que debía ser la cuna del renacimiento de las artes, no había tenido casi novelistas hasta el siglo X; aparecieron poco más o menos en la misma época que nuestros trovadores en Francia, y los imitaron; atrevámonos a aceptar esa gloria: no fueron los italianos los que se convirtieron en maestros nuestros en este arte, como dice La Harpe (pág. 242, vol. III)[11]*, al contrario, fue entre nosotros donde ellos se formaron; fue en la escuela de nuestros trovadores donde Dante, Boccaccio, el Tasso, e incluso un poco Petrarca, esbozaron sus composiciones; casi todas las novelitas de Boccaccio se encuentran en nuestros* fabliaux.

No ocurre lo mismo con los españoles, instruidos en el arte de la ficción por los moros, que a su vez la tenían de los griegos, cuyas obras, todas, de ese género poseían traducidas al árabe; hicieron deliciosas novelas, imitadas por nuestros escritores; luego volveremos sobre ello.

A medida que la galantería adoptó una faz nueva en Francia, la novela se perfeccionó, y *fue entonces, es decir, a comienzos del siglo último, cuando d'Urfé escribió su novela* L'Astrée[12]*, que nos hizo preferir con justísimo motivo, sus encantadores pastores de Lignon a los valientes extravagantes de los siglos XI y XII. El furor de la imitación se apoderó entonces de todos aquéllos a quienes la naturaleza*

[11] Honoré d'Urfé, escritor francés (1567-1625) autor de la inacabada L `Astrée, cuya publicación inició en 1607. Sus cinco mil páginas recogen esa primera parte, más posteriores ediciones que le añadieron una segunda (1619), una tercera (1620) y una cuarta (1624), a lo que vendría a unirse una quinta parte póstuma, que no concluye el libro. Es una novela bucólica de gran influjo en el siglo junto con La Arcadia, de Sannazaro, modelo, a su vez, de Urfe.

[12] Novelistas y poetas del siglo XVII de obras farragosas de millares de páginas: el *Polexandre,* de Gomberville, por ejemplo, tiene 3.200 páginas en octavo; la *Cleopâtre,* de La Camprenède, está formada por 23 volúmenes que tardaron doce años en aparecer.

había dado el gusto por este género; el sorprendente éxito de L'Astrée, *que aún se leía a mediados de este siglo, había inflamado completamente las cabezas,* y *fue imitada sin igualarla, Gomberville, La Calprenède, Desmarets, Scudéry 13 creyeron superar su original poniendo príncipes o reyes en el lugar de los pastores de Lignon, y volvieron a caer en el defecto que evitaba su modelo; la Scudéry cometió la misma falta que su hermano; como él, quiso ennoblecer el género de d'Urfe, y, como él, puso enfadosos héroes en el puesto de bellos pastores. En vez de representar en la persona de Ciro un príncipe como lo pinta Herodoto, compuso un Artamenes más loco que todos los personajes de* L'Astrée..., *un amante que no sabe más que llorar de la mañana a la noche, y cuyas languideces hartan en lugar de interesar, los mismos inconvenientes tienen su* Clélie, *donde presta a los romanos, a quienes desvirtúa, todas las extravagancias de los modelos que seguía y que nunca fueron mejor desfigurados.*

Permítasenos retroceder un instante para cumplir la promesa que acabamos de hacer de echar una ojeada sobre España.

Desde luego, si la caballería había inspirado a nuestros novelistas en Francia, ¡hasta qué grado no había calentado igualmente los cascos allende los montes! El catálogo de la biblioteca de don Quijote, graciosamente hecho por Miguel Cervantes, lo demuestra con toda evidencia; pero sea ello como fuere, el célebre autor de las memorias del mayor loco que haya podido venir a la mente de un novelista no tuvo ciertamente rivales. Su inmortal obra, conocida por toda la tierra, traducida a todas las lenguas, y que debe considerarse como la primera de todas las novelas, domina, sin duda, más que ninguna otra el arte de narrar, de entremezclar agradablemente las aventuras, y particularmente el de instruir deleitando. Este libro, *decía Saint Evremond,* es el único que releo sin aburrirme, y el único que quisiera haber hecho. *Las doce novelitas del mismo autor, llenas de interés, de sal y de finura, acaban por colocar en* el *primer rango a este escritor español, sin que el que quizá nosotros no hubiéramos tenido ni la encantadora obra de Scarron ni la mayoría de las de Le Sage.*

Después de d'Urfé y de sus imitadores, después de las Ariadna, las Cleopatra, los Faramundo, los Polixandro, de todas esas obras, en fin, en que el héroe, suspirando durante nueve volúmenes, se sentía muy feliz de casarse en el décimo; después, digo, de todo ese fárrago, hoy ininteligible, apareció Mme. de la Fayette[13]*, quien, aunque seducida por el lánguido tono que encontró establecido en quienes la precedían, no obstante, abrevió mucho; y al hacerse más concisa, se volvió más interesante. Se ha dicho, porque era mujer (como si ese sexo, naturalmente más delicado, más hecho para escribir novela, no pudiera pretender en este género muchos más laureles que nosotros), se ha pretendido, digo, que, ayudada hasta el infinito, La Fayette hizo sus novelas gracias a la ayuda de La Rochefoucauld, por lo que se refiere a los pensamientos, y de Segrais, por lo que se refiere al estilo. Sea como fuere, nada tan interesante como* Zaide, *ni más agradablemente escrito que* La Princesse de Cléves. *Amable y encantadora mujer, si las Gracias sostenían tu pincel, ¿por qué no entonces había de estarle permitido al amor dirigirlo alguna vez?*

[13] Marie-Madeleine Pioche de la Vergne, condesa de La Fayette (1634-1692), autora de la Princesa de Cléves, editada sin nombre de autor en 1678, igual que el resto de sus novelas editadas en vida. *La Princesa de Cléves* está considerada como una de las mejores novelas psicológicas del período clásico francés, alcanzando su lenguaje, por vez primera en esa literatura, el nivel de los géneros literarios denominados nobles.

Apareció Fenelon[14]*, y creyó volverse interesante dictando poéticamente una lección a soberanos que jamás la siguieron; voluptuoso amante de Guyon*[15]*, tu alma tenía necesidad de amar, tu espíritu sentía el de pintar; si hubieras abandonado la pedantería, o el orgullo de enseñar a reinar, hubiéramos tenido de ti obras maestras en lugar de un libro que ya no se lee. No ocurrirá lo mismo contigo, delicioso Scarron*[16]*: basta el fin del mundo tu inmortal novela hará reír, tus cuadros no envejecerán* nunca. *Telémaque,* que sólo tenía un siglo para vivir, perecerá *bajo las ruinas de ese siglo que ya no existe, y tus comediantes del Mans, querida y amable hijo de la locura, divertirán incluso a los lectores más graves mientras haya hombres sobre la tierra.*

A finales del mismo siglo, la hija del célebre Poisson (Mme. de Gómez)[17]*, en un género muy distinto al de los escritores de su sexo que la habían precedido, escribió obras que no por ello eran menos agradables, y sus* Journées amusantes, *así como sus* Cent Nouvelles *constituirán, a pesar de muchos defectos, el fondo de la biblioteca de todos los aficionados a este género. Gómez entendía su arte, no podría negársele ese justo elogio. La señorita de Lussan, las señoras de Tencin, de Grafigny, Elie de Beaumont y Riccoboni rivalizaron con ella; sus relatos, llenos de delicadeza y de gusto, honran con toda seguridad a su sexo. Las* Lettres péruviennes, *de Graffigny*[18]*, serán*

[14] François de Salignac de La Mothe, Fénelon (1651-1715), orador y escritor sagrado, defensor de la doctrina del amor puro de Mme. Guyon que le llevó hacia el quietismo. Además de ser preceptor del duque de Borgoña, trabajó como director espiritual de varios personajes de la corte en la que entró gracias a la señora de Maintenon, que más tarde le retiraría su favor; por otra parte, se había enemistado con diversos eclesiásticos de la corte, entre ellos Bossuet, antiguamente maestro de Fénelon, que le reprochaba su excesivo misticismo. Dejó abundantes sermones, diálogos, folletos polémicos en defensa de sus ideas religiosas y sobre todo un *Télémaque* (1699), especie de enciclopedia narrativa, en la que la mitología y la geografía sirven de marco a una enseñanza moral y sobre todo política. Durante mucho tiempo fue tenida como obra maestra de la prosa francesa.

[15] Mme. Guyon du Chesnou (1648-1717), escritora mística francesa que, tras enviudar cuando sólo tenía veintiocho años, se estableció en París para propagar la doctrina del puro amor. Luego ingresó en el convento de Thonon, a cuyo superior, P. Lacombe, logró convencer de sus ideas místicas de las que más tarde iba a salir el quietismo. El español Miguel de Molinos, fue uno de sus adeptos, convencido directamente por Mme. de Guyon. En 1688 fue detenida durante ocho meses; sus ideas fueron examinadas por un tribunal a instancias de Bossuet que, por ello, hubo de enemistarse con Fénelon, celoso defensor del quietismo. Aunque se sometió a los dictámenes de las Conferencias de Issy, que examinaron sus obras, fue detenida en dos ocasiones más hasta que se refugió en Blois. Sus obras comprenden cuarenta volúmenes.

[16] Paul Scarron (1610-1660), escritor francés, uno de los maestros de la literatura burlesca, tanto en narrativa como en teatro. Su obra más famosa fue *Don Japhet d'Arménie* (1652) en las tablas, y en el terreno de lo narrativo, *Roznan comique* (1656), *y sus Nouvelles tragi-comiques.* En 1640 quedó paralítico, lo cual no le impidió seguir cultivando el humor ni casarse en 1652 con Françoise d'Aubigné, más tarde Mme. de Maintenon.

[17] Mme. de Gómez. Novelista y autora dramática francesa (1684-1770), hija del comediante Paul Poisson, a la que se deben tragedias como *Sémirami , Habis, Cléarque. Mariside;* una novela caballeresca: La *Histoire secrète de la conquete de Grenade* (1723), cuentos reunidos en ocho volúmenes bajo el título de *Les Journées amusantes. y,* sobre todo, *Cen Nouvelles nouvelles,* novela sentimental publicada en ocho volúmenes en 1735. Tampoco dejan de ser productos de la época las obras de las escritoras citadas algo más abajo, hoy olvidadas salvo para los historiadores de la literatura; gozaron, sin embargo, de predicamento en el siglo XVIII.

[18] Mme. de Graffigny (1695-1758). Novelista francesa. Autora de las *Lettres péruviennes* (1747, 2.ª ed. aumentada en 1752), que obtuvo un éxito clamoroso. Además de componer alguna pieza escénica, contó

siempre un modelo de ternura y de sentimiento, como las de milady Catesby, de Riccoboni, podrán servir eternamente a quienes no busquen más que la gracia y la ligereza del estilo.

Pero volvamos al siglo donde lo hemos dejado, acuciados por el deseo de alabar a mujeres amables que daban en este género tan buenas lecciones a los hombres.

El epicureísmo de las Ninon de Lenclos, de las Marion de Lorme, del marqués de Sévigné y de La Fare, de los Chaulieu, de los Saint-Evremond, de toda esa sociedad encantadora que, de vuelta de las languideces del Dios de Citerea, comenzaba a pensar, como Buffon, que en amor no había de bueno más que lo *físico*[19]*, cambió pronto el tono de las novelas. Los escritores que aparecieron luego sintieron que las insulseces no divertirían ya a un siglo pervertido por el Regente, un siglo de vuelta de las locuras caballerescas, de las extravagancias religiosas y de la adoración de las mujeres, y, pareciéndole más sencillo divertir a esas mujeres o corromperlas que servirlas o incensarlas, crearon sucesos, cuadros, conversaciones más a la moda del día; disimularon el cinismo, las inmoralidades, bajo un estilo agradable y festivo, a veces incluso filosófico, y, al menos, agradaron si no instruyeron.*

Crébillon[20] *escribió* Le Sopha, Tanzai, Les Egarements de deur et d'esprit, *etc. Novelas todas que elogiaban el vicio y se alejaban de la virtud, pero que, cuando fueron publicadas, debían pretender los mayores éxitos.*

Marivaux[21]*, más original en su manera de pintar, con más nervio, ofreció al menos caracteres, cautivó el alma, e hizo llorar; pero con esa energía, ¿cómo se podía tener un estilo tan preciosista, tan amanerado? Demostró sobradamente que la naturaleza jamás concede al novelista todos los dones necesarios para la perfección de su arte.*

---

sus recuerdos sobre Voltaire y la señora de Châtelet, con quienes había pasado varias épocas en Cirey *(La Vie privée de Voltaire* (post. 1820).

[19] Alusión a la *Histoire naturelle des animaux*, de Buffon. El fragmento a que Sade alude es, sin duda, éste: «En esta pasión sólo lo físico es bueno, puesto que, digan lo que digan las personas enamoradas, la moral no vale nada. ¿Cuál es, en efecto, la moral del amor? La vanidad. Vanidad en el placer de la conquista, error que procede de que se le presta excesiva atención; vanidad en el deseo de conservarla en exclusiva, estado desventurado que siempre acompañan los celos, pasión mezquina, tan baja que quisieran ocultarla; vanidad en la manera de gozarlo, que obliga a multiplicar sus gestos y sus esfuerzos sin multiplicar sus placeres...» En el mismo sentido se expresará Rousseau, buen lector de Buffon, en el *Emilio* y el segundo de sus *Discursos.*

[20] Claude Prosper Jolyot de Crébillon (1707-1777), hijo del dramaturgo francés del mismo nombre, se dedicó a la novela, publicando estudios de costumbres y de psicología amorosa y sexual. Realista elegante y audaz, logró escapar a la ola de sentimentalismo que inundó la literatura francesa en la segunda mitad del siglo, penetrando en un terreno de la novela psicológica emparentado con los sentidos.

[21] Pierre Carlet de Chamblain de Marivaux (1688-1763), dramaturgo y novelista francés; aunque obtuvo mayores éxitos en la escena, dejaría dos novelas de interés: *La vie de Marianne,* que puede calificarse de psicológica y que tiene muchos errores de estructura, y *Le Paysan parvenu,* que también peca por su propensión a las reflexiones del autor; entre ellas hay, sin embargo, una evolución; Marivaux, aunque incluido en el marco de los novelistas sentimentales, trata de hacer una crítica muy áspera de determinados aspectos de la vida francesa, entre ellos la vida conventual y la financiera.

El objetivo de Voltaire fue completamente distinto: sin otro designio que dar cabida a la filosofía en sus novelas, abandonó todo por ese proyecto. ¡Con qué destreza lo logró! Y a pesar de todas las críticas, Candide y Zadig, *¿no serán siempre obras maestras?*

Rousseau, a quien la naturaleza había concedido en delicadeza y en sentimiento lo que sólo dio a Voltaire en ingenio, trató la novela de muy distinta manera. ¡Cuánto vigor, cuánta energía en Héloise! *Cuando Momo dictaba* Candide *a Voltaire, el Amor recorría con su llama todas las páginas ardientes de* Julie, y *se puede decir con razón que este libro sublime no podrá ser igualado jamás. Ojalá esta verdad haga caer la pluma de las manos de esa multitud de escritores efímeros que desde hace treinta años no cesan de darnos malas copias de ese inmortal original; que comprendan, pues, que, para alcanzarlo, se necesita un alma de fuego como la de Rousseau, un espíritu filósofo como el suyo, dos cosas que la naturaleza no reúne dos veces en el mismo siglo.*

Mientras tanto, Marmontel[22] *nos daba cuentos que él llamaba morales no porque enseñasen moral (según un estimable literario), sino porque pintaban nuestras costumbres*[23]*, aunque quizá excesivamente concebidas dentro del género amanerado de Marivaux. Por otra parte, ¿qué son esos cuentos? Puerilidades, escritas únicamente para mujeres y niños, que nunca parecerán salidas de la misma mano que* Bélisaire, *obra que por sí sola bastaría para la gloria del autor: quien escribió el capítulo decimoquinto de este libro, ¿debía pretender acaso la pequeña gloria de darnos unos cuentos* rosas?

Finalmente, las novelas inglesas, las vigorosas obras de Richardson y de Fielding[24]*, vinieron a enseñara los franceses que no es pintando las fastidiosas languideces del amor o las aburridas conversaciones de alcoba como se puede obtener éxitos en este género; sino trazando caracteres varoniles que, juguetes y víctimas de esa efervescencia del corazón conocida bajo el nombre de amor, nos muestren a la vez tanto los peligros como las desgracias; sólo de ahí pueden obtenerse estos desarrollos, estas pasiones tan bien trazadas en las novelas inglesas. Fue Richardson y Fielding quienes nos enseñaron que el estudio profundo del corazón del hombre, verdadero dédalo de la naturaleza, es el único que puede inspirar al novelista, cuya obra debe hacernos ver al hombre no solamente como es, o como se muestra, que es deber del historiador, sino tal como puede ser, tal como deben volverle las modificaciones del vicio y todas las sacudidas de las pasiones. Hay, por tanto, que conocerlas todas, hay que emplearlas todas sise quiere trabajar ese género; allí aprendimos también que no siempre se interesa haciendo triunfar la virtud; que ciertamente hay que tendera ello tanto como se pueda, pero que*

[22] Jean-François Marmontel (1723-1799). Poeta, dramaturgo, narrador y memorialista. Gozó de gran éxito su novela ideológica *Bélisaire* (1767), peto sobre todo triunfó con sus *Contes moraux* (1761 y 1789-1792), que en su mayoría fueron llevados a la escena en forma de óperas cómicas. Colaboró en la *Enciclopedia y,* póstumas, aparecieron sus *Memoires d'un père pour servir a l'nstruction de ses enfants* (1807), su obra de mayor interés, tanto por lo que aporta de información biográfica, como por el arte del relato y el testimonio que ofrece del siglo XVIII.

[23] En francés *moraux* (morales) y *Moeurs* (costumbres) tienen la misma etimología, lo cual se presta a un juego de palabras en el original.

[24] Richardson y Fielding fueron los maestros ingleses de la literatura sentimental francesa: el primero, con *Pamela o la virtud recompensada y Clarisa* (1748); el segundo, con *Historia de las aventuras de* José *Andrews y de su amigo el señor Abraham Adams* (1742), que era una especie de parodia de la *Pamela,* de Richardson.

esta regla, ni en la naturaleza ni en Aristóteles, es esencial para la novela; que no es siquiera la que debe guiar el interés: se trata sólo de una regla a la que quisiéramos que todos los hombres se sometiesen para felicidad nuestra; porque cuando la virtud triunfa al ser las cosas como deben ser, nuestras lágrimas se secan antes de derramarse; mas si, tras las más rudas pruebas, vemos, finalmente, a la virtud abatida por el vicio, necesariamente nuestras almas se desgarran y habiéndonos emocionado excesivamente, habiendo ensangrentado nuestros corazones en la desgracia, *como decía Diderot, la obra debe producir inevitablemente el interés, que es lo único que asegura los laureles.*

Que alguien me responda: si después de doce o quince volúmenes, el inmortal Richardson hubiera acabado virtuosamente *por convertir a Lovelace, y hacerle casarse* apaciblemente *con Clarisa, ¿se hubieran derramado al leer esta novela, tomada en sentido contrario, las deliciosas lágrimas que arranca de todos los seres sensibles? Es, por tanto, la naturaleza lo que hay que captar cuando se trabaja este género, es el corazón del hombre, la más singular de sus obras, y no la virtud, porque* la *virtud, por bella, por necesaria que sea, no es, sin embargo, más que uno de los modos de ese corazón asombroso cuyo estudio profundo tan necesario es para el novelista, y cuyos pliegues todos la novela, espejo fiel de ese corazón, debe necesariamente trazar.*

Sabio traductor de Richardson, Prévost[25]*, a quien debemos el haber pasado a nuestra lengua las bellezas de ese escritor célebre, ¿no te debemos, por mérito propio, un tributo plenamente merecido de elogios? ¿No te podríamos denominar con justicia el* Richardson francés? Sólo *tú poseíste el arte de interesar largo tiempo mediante fábulas implexas sosteniendo siempre el interés, incluso al diversifi*carlo; sólo *tú llevaste siempre tus episodios lo bastante bien como para que la intriga principal ganara más que perdiera en su multiplicación o en su complicación. De ahí que sea esa cantidad de sucesos que te reprocha La Harpe*[26]*, no* sólo *lo que en ti produce el efecto más sublime, sino al mismo tiempo lo que prueba mejor, tanto la bondad de tu espíritu como la excelencia de tu genio.* «Les Mémoires d'un homme de qualité y, *finalmente (para añadir a lo que nosotros pensamos de Prévost lo que otros distintos a nosotros también han pensado),* Cleveland, L'Histoire d'un Grecque moderne, Le Monde moral, Manon Lescaut sobre todo[27]*, están llenas de esas escenas enternecedoras y terribles que sorprenden e*

[25] Antoine-Françoise, abate Prévost d'Exiles *(1697-1763),* novelista y polígrafo francés, de vida ajetreada entre el clero y la milicia; tras pronunciar sus votos en *1721* escribió panfletos y después de ser ordenado abandonó los Benedictinos, por lo que tuvo que huir a Inglaterra y Holanda, donde frecuentó los círculos protestantes franceses; detenido en *1733* en Inglaterra, pasaría a Francia al año siguiente, siendo acogido con los brazos abiertos por la buena sociedad; reingresa entonces en los Benedictinos, se convierte en limosnero del príncipe de Condé e inicia su obra novelesca, interrumpida a veces por aventuras, intentos de publicación de un periódico literario, etc. Su obra más conocida fue *L'histoire du Chevalier des Gneux et de Manon Lescaut,* que constituye el tomo séptimo de *Les Mémoires et Aventures d'un Homme de Qualité qui s'est retiré du monde* (1728-1731); nutrido de episodios vividos o conocidos por el autor en sus viajes y aventuras, es una de las piezas maestras de la novela sentimental del siglo.

[26] La Harpe, obra citada: «El gran defecto del abate Prévost es no saber cómo limitar su plan, ni regular su marcha. Adelanta en el vacío, olvidando de dónde ha partido y sin saber hacia dónde va. Frecuentemente, uno se da cuenta de que amontona hojas para los libreros, más que componer una obra para la posteridad... Acumula hechos tras hechos, y hace perder de vista a los personajes que interesan al lector para introducir otros nuevos. »

[27] - ¡Cuántas lágrimas se derraman durante la lectura de esta obra deliciosa! ¡Cómo está pintada en ella la naturaleza, cómo se mantiene el interés, cómo aumenta gradualmente! ¡Cuántas dificultades vencidas! ¡Cuánta filosofía en haber hecho brotar todo ese interés de una muchacha perdida! ¿Parecería excesivo

interesan vigorosamente; las situaciones de estas obras, felizmente tratadas, presentan momentos en que la naturaleza se estremece de horror», etc. Eso es lo que se denomina escribir novelas eso es lo que en la posteridad asegurará a Prévost un puesto que ninguno de sus rivales alcanzará.

Vinieron luego los escritores de mediados de este siglo: Dorat, tan amanerado como Marivaux, tan frío, tan poco moral como Crébillon, pero escritor más agradable que esos dos a quienes le comparamos; la frivolidad de su siglo disculpa la suya, y, además, poseyó el arte de captarla bien.

Encantador autor del La Reine de Golconde[28], *¿me permites que te ofrezca un laurel? Raramente hubo ingenio más agradable y los cuentos más bonitos del siglo no valen el que te inmortaliza; a un tiempo más amable y más feliz que Ovidio puesto que el héroe salvador de Francia prueba al reclamarte al seno de tu patria que es tan amigo de Apolo como de Marte-, respondes a la esperanza de ese gran hombre añadiendo todavía algunas lindas rosas sobre el seno de tu bella Aline.*

D'Arnaud[29], émulo de Prévost, puede pretender a menudo superarle; los dos templaron sus pinceles en la Estigia; pero d'Arnaud suaviza en ocasiones el suyo en los flancos del Elíseo; Prévost, más enérgico, no alteró jamás las tintas de aquél con que trazó Cleveland.

R[étif][30] inunda al público; necesita una imprenta a la cabecera de su cama; afortunadamente, sólo ésta gemirá con sus terribles producciones; *un estilo bajo y rastrero, aventuras asqueantes, siempre inspiradas en las peores compañías; ningún otro mérito, en fin, sino el de una prolijidad... que sólo los mercaderes de picante le agradecieron.*

---

asegurar que esta obra tiene derechos al título de nuestra mejor novela? Fue en ella donde Rousseau vio que, pese a las imprudencias y aturdimientos, una heroína todavía podía pretender enternecernos, y quizá sin Manon Lecaut jamás hubiéramos tenido *Julie.*

[28] El caballero Stanislas de Boufflers *(1738-1815),* hijo de la marquesa de ese nombre, amiga de Voltaire y ornato de la corte del Rey Estanislao. Fue oficial de la milicia, administrador del Senegal *(1785-88),* poeta, viajero y autor de un libro de viajes, además de escribir cuentos en prosa, *Aline, reine d'Golconde (1761), y* en verso, *Les Coeurs* (1764).

[29] François Thomas Marie de Baculard d'Arnaud (1718-1805), poeta, dramaturgo y novelista que fue llamado a Berlín por Federico II. Su pieza *Les amants malheureux ou le comte de Comminges* (1764) inauguró el drama sombrío; sus novelas y relatos están influidas por la atmósfera de las inglesas. Su novela de mayor importancia es Epreuves du Sentiment, en seis volúmenes que le sitúan entre los prerrománticos por sus notas lúgubres que debían agradar al marqués de Sade.

[30] Nicolas-Edme, llamado Restif de la Bretonne (1734-1806), polígrafo y narrador francés, cuya obra completa está formada por más de cincuenta títulos y ciento noventa volúmenes en las ediciones originales, unas cuarenta mil páginas que le califican de la imaginación más fértil de su siglo. Sus novelas fueron bastante mediocres por regla general, aunque en sus libros de memorias ha dejado el retrato perspicaz de toda una época. En sus *Nuits de Paris* atacó al marqués de Sade, y llegó a escribir *L'AntiJustine,* que rivaliza en obscenidad con la Justine del marqués. Entre sus mejores títulos figuran *Le Paysan et la Paysanne pervertis, La vie de mon Père.* Otra serie de obras de Restif son planes de reforma social a veces extravagantes.

Quizá debiéramos analizar aquí esas novelas nuevas, cuyos méritos principales son el sortilegio y la fantasmagoría, situando a su cabeza El Monje[31], *superior, desde todos los puntos de vista, a los extraños impulsos de la brillante imaginación de Radcliffe; pero tal disertación sería demasiado larga. Convengamos sólo en que este género, a pesar de lo que de él puedan decir, no carece, indudablemente, de mérito; resultó el fruto indispensable de las sacudidas revolucionarias de que Europa entera se resentía. Para quien conociera todas las desgracias con que los malvados pueden abrumar a los hombres, la novela resultaba tan difícil de hacer como monótona de leer; no había ningún individuo que, en cuatro o cinco años, no hubiera sufrido más infortunios de los que en un siglo podría pintar el novelista más famoso de la literatura. Había, pues, que apelar a la ayuda del infierno para escribir temas de interés y hallar en el* país *de las quimeras lo que se sabía corrientemente con sólo ojear la historia del hombre en esta edad de hierro. Pero, ¡cuántos inconvenientes presentaba esta manera de escribir! El autor de* El Monje *no los evitó más que Radcliffe; una de dos necesariamente: o hay que desarrollar el sortilegio, y desde ese momento dejáis de interesaros, o no hay que levantar nunca el velo, y heos ahí en la inverosimilitud más horrible. Cuando en este género aparezca una obra lo bastante buena para alcanzar la meta sin romperse contra uno u otro de estos escollos, lejos de reprocharle sus medios, la propondremos entonces como modelo*[32].

Antes de emprender nuestra tercera y última cuestión: ¿Cuáles son las reglas del arte de escribir novela?, *creo que debemos responder a* la *perpetua objeción de algunos espíritus atrabiliarios que para darse el barniz de una moral de la que a menudo su corazón está muy lejos, no cesan de deciros:* ¿Para qué sirven las novelas?

¿Que para qué sirven, hombres hipócritas y perversos? Porque sólo vosotros planteáis esa ridícula cuestión: sirven para pintaros tal como sois. Orgullosos individuos que queréis sustraeros al pincel porque teméis sus efectos: si uno puede expresarse así, por ser la novela el cuadro de costumbres seculares, *es tan esencial como la historia,*

[31] Célebre novela negra inglesa, original de Matthew-Gregory Lewis (1775-1818) que la escribió durante su estancia como agregado en la embajada inglesa de Le Havre; esa obra maestra fue admirada por los románticos y por los surrealistas.

[32] En las *Nottes Lttératres,* y para añadir a continuación de la palabra modelo, Sade incluyó el siguiente fragmento: «La ingeniosa novela de Célestine es la prueba evidente de cuanto acabamos de decir. ¡Qué frialdad pone sobre los misteriosos acontecimientos que caracterizan esta obra, la necesidad que ha sentido el autor de esclarecerlos en el desenlace. ¿No hubiéramos preferido que todo hubiese quedado velado? ¿Era necesario decirlo todo... sobre todo cuando todo estaba permitido? Si quiere divertirme con aparecidos, que me haga creer en los aparecidos; que no tema ir demasiado lejos, mi razón me lo impide, pero ya que la turba, que no intente curarla para nada. Que me deje sentir los dolores de mi herida: me he preparado goces con ellos. ¡Cuánta verdad, además, cuánta naturalidad en esta deliciosa composición! ¡Cómo conoce el autor el corazón humano y qué admirablemente utiliza sus estudios sobre el hombre! Pues bien, ésa es nuevamente una de esas novelas en que la virtud perseguida por el crimen permite que éste triunfe en parte. Sin embargo, ¿qué lector se atreverá a decir que con tal trato (que sólo por suerte censuran los necios) no ha alcanzado el libro la meta máxima del interés? ¡Ah, vosotros que, carentes de alma y de sensibilidad, criticáis los enérgicos cuadros de este género, vosotros que queréis devolvernos a principios que jamás fueron los del arte, habríais, pese a vuestras lastimeras reflexiones, decid, habríais, derramado sobre la adorable heroína de esta novela las lágrimas que os arranca de mala gana, si la perspectiva de una felicidad eterna con Dormeville os hubiera impedido ver a la desdichada Célestine expirando sobre la tumba de la víctima de su delirio, con los labios pegados al pecho ensangrentado de su desventurado esposo?»

para el filósofo que quiere conocer al hombre; porque el buril de ésta sólo le pinta cuando se deja ver, y entonces, ya no es él; la ambición, el orgullo cubren su frente con una máscara que sólo nos representan a esas dos pasiones, y no al hombre. El pincel de la novela, por el contrario, capta su interior... lo toma cuando se quita esa máscara, y el apunte, mucho más interesante, es al mismo tiempo mucho más verdadero; ésa es la utilidad de las novelas. Fríos censores que no las amáis, os parecéis a aquel lisiado que por eso decía: ¿Para qué sirven los retratos?

Si es cierto, por tanto, que la novela es útil, no temamos esbozar aquí algunos de los principios que creemos necesarios para llevar tal género a la perfección. Sé de sobra que es difícil cumplir esa tarea sin proporcionar armas que volverán contra mí; ¿no me hago doblemente culpable de no haberlo hecho bien si *demuestro que sé qué es lo necesario para* hacerlo bien? ¡Ah!, *dejemos esas vanas consideraciones, que se inmolen al amor por el arte.*

El conocimiento más esencial que exige es por supuesto el del corazón del hombre. Ahora bien, todas las personas bienintencionadas estarán de acuerdo con nosotros cuando afirmamos que ese conocimiento importante no se adquiere sino mediante las desgracias y los viajes; *es menester haber visto a hombres de todas las naciones para conocerlos bien; hay que haber sido su víctima para saber apreciarlos; la mano del infortunio, al exaltar el carácter de aquél a quien aplasta, lo pone a la distancia justa a que hay que estar para estudiar a los hombres; los ve desde ahí como el pasajero percibe las olas furiosas romperse contra el escollo sobre el que le ha arrojado la tempestad. Mas, sea cual fuere la situación en que le haya colocado la naturaleza o el desconocido, si quiere conocer a los hombres, que hable poco cuando está con ellos; no se aprende nada cuando uno habla, no se instruye uno más que escuchando; por eso los charlatanes comúnmente no son sino imbéciles.*

¡Oh, tú que quieres recorrer esta espinosa carrera!, no pierdas de vista que el novelista es el hombre de la naturaleza; ella le creó para que la pinte; si no ama a su madre desde que ésta lo trajo al mundo, que no escriba jamás, no leeremos; pero si siente esa sed ardorosa de pintar todo, si entreabre con estremecimiento el seno de la naturaleza para buscar allí su arte y para sacar de allí los modelos, si tiene la fiebre del talento y el entusiasmo del genio, que siga la mano que le guía: ha adivinado al hombre, lo pintará; dominado por su imaginación, que ceda a ella, que embellezca lo que ve; el tonto coje una rosa y la deshoja, el hombre de genio la aspira y la pinta: a éste es al que leeremos.

Pero al aconsejarte que embellezcas, te prohíbo apartarte de la verosimilitud el lector tiene derecho a enfadarse sise da cuenta de que quieren exigir demasiado de él; ve que tratan de engañarle, su amor propio sufre; nada cree desde el momento en que sospecha que quieren engañarle.

Sin ningún dique que te contenga, usa a tu gusto del derecho de atentar contra todas las anécdotas de la historia, cuando la ruptura de ese freno se vuelva necesaria para los placeres que nos preparas: una vez más, no se te pide que seas verdadero, sino solamente verosímil; exigir demasiado de ti sería perjudicar los goces que esperamos: no reemplaces, sin embargo, lo verdadero por lo imposible, y que lo que tú inventes esté bien dicho; sólo se te perdonará el que Pongas tu imaginación en lugar de la verdad, a condición de adornar y deslumbrar. Nunca se tiene. derecho a decir mal, *cuando se puede decir cuanto se quiere; si, como R[étif], sólo escribes lo* que todo el mundo sabe, *aunque nos dieras, como él, cuatro volúmenes al mes, no merece la pena coger la pluma;*

nadie te obliga al oficio que haces; mas silo emprendes, hazlo bien. No lo adoptes, sobre todo, como una ayuda para tu existencia; tu trabajo se resentiría de tus necesidades; le transmitirías tu debilidad, tendría la palidez del hombre; otros oficios hay para ti; haz zapatos, y no escribas libros. No por ello te estimaremos menos, y al no aburrirnos, quizá te querramos más.

Una vez trazado tu esquema, trabaja ardientemente por ampliarlo, pero sin encerrarte en los límites que al principio parecía imponerte: te volverías enteco y frío con ese método; son impulsos lo que de ti queremos, no reglas; ve más allá de tus planes, varíalos, auméntalos: sólo trabajando vienen las ideas. ¿Por qué no admites que la que te acucia cuando compones puede ser tan buena como la dictada por el plan que trazaste? En esencia, sólo exijo de ti una sola cosa: que sostengas el interés hasta la última página; marras ese objetivo si cortas tu relato con incidentes o demasiado repetidos o que no afectan al tema; que los que permitas estén más cuidados aún que el fondo; debes al lector compensaciones si le fuerzas a abandonar lo que le interesa para empezar un incidente: puede permitirte que le interrumpas, pero no te perdonará que le aburras. Que tus episodios nazcan siempre del fondo del tema, y que vuelvan a él; si haces viajar a tus héroes, debes conocer bien los países donde los conduces, lleva la magia hasta el punto de identificarme con ellos; piensa que paseo a su lado por todas las regiones en que los sitúas; y que, quizá más instruido que tú, no perdonaré ni una inverosimilitud de costumbres ni un defecto de indumentaria, y menos aún un error de geografía: como nadie te obliga a tales escapadas, es menester que tus descripciones locales sean reales, o que te quedes al amor de tu chimenea; es el único caso en tus obras en que no puede tolerarse la invención, a menos que las regiones a que me transportes sean imaginarias, e incluso en tal hipótesis, siempre exigiré la verosimilitud.

Evita el amaneramiento de la moral: no es en una novela donde se busca; si los personajes que tu plan necesita están obligados a razonar, a veces, que sea siempre sin una afectación, sin la pretensión de hacerlo; nunca debe moralizar un autor, sino el personaje, e incluso sólo se le permite cuando está forzado a ello por las circunstancias.

Una vez en el desenlace, que sea natural, jamás forzado, jamás maquinado, sino siempre nacido de las circunstancias; no exijo de ti, como los autores de la Enciclopedia, *que esté* conforme al deseo del lector: *¿Qué placer le queda cuando ha adivinado todo? El desenlace debe ser como los acontecimientos lo preparen, como la verosimilitud lo exige, como la imaginación lo inspira, y con estos principios, que dejo a tu inteligencia y a tu gusto ampliar, si no lo haces bien, lo harás al menos mejor que nosotros; porque debemos admitir que en las novelas que van a leerse, el vuelo audaz que nos hemos permitido tomar no está siempre de acuerdo con la severidad de las reglas del arte; mas esperamos que la extremada verdad de los caracteres quizá las compense. La naturaleza, más extraña de lo que nos la pintan los moralistas, escapa en todo momento a los diques que la política de éstos quisiera prescribirle; uniforme a sus planes, irregular en sus defectos, su seno, siempre agitado, se parece al hogar de un volcán, de donde brotan, unas veces, piedras preciosas, que sirven al lujo de los hombres; otras, globos de fuego que los aniquilan; grande, cuando puebla la tierra, tanto de Antoninos como de Titos; horrible, cuando vomita Andrónicos o Nerones; pero siempre sublime, siempre majestuosa, siempre digna de nuestros estudios, de nuestros pinceles y de nuestra respetuosa admiración, porque sus designios nos son desconocidos, porque, esclavos de sus caprichos o de sus necesidades, no debemos regular nuestros sentimientos hacia ella por lo que éstos nos hacen sentir, sino por su grandeza, por su energía, cualesquiera que puedan ser los resultados.*

A medida que los espíritus se corrompen, a medida que una nación envejece, gracias a que la naturaleza está más estudiada, mejor analizada, debido a que los prejuicios se destruyen mejor es menester hacerlos conocer más. Esta ley es la misma para todas las artes; sólo avanzando se perfeccionan; sólo mediante ensayos llegan a la meta. Sin duda, no era preciso ir tan lejos en esos tiempos horribles de ignorancia en que, agobiados por las cadenas religiosas, se castigaba con la muerte a quien quería apreciarlas, en que las hogueras de la Inquisición se convertían en premio a los talentos; mas en nuestro actual estado partimos siempre de este principio: cuando el hombre ha sopesado *todos sus frenos, cuando con una mirada audaz su ojo mide sus barreras, cuando, a ejemplo de los Titanes, osa llevar hasta el cielo su osada mano y, armado de sus pasiones como ésos lo estaban de las lavas del Vesuvio, no teme ya declarar la guerra a quienes antaño le hacían temblar, cuando sus* extravíos *mismos no le parecen más que* errores *legitimados por sus estudios, ¿no se le debe hablar entonces con la misma energía que él mismo emplea para guiarse? En una palabra, ¿el hombre del siglo XVIII es acaso el del XI?*

Terminemos mediante una afirmación positiva: las novelas que hoy damos son absolutamente nuevas, y, en absoluto, bordadas sobre temas conocidos. Semejante cualidad tiene quizá cierto mérito en un tiempo en que todo parece estar hecho, *en que la imaginación agotada de los autores parece no poder crear ya nada nuevo, y en que no se ofrece al público más que complicaciones, extractos o traducciones.*

Sin embargo, La Tour enchantée, y La Conspiration d'Amboise *tienen algunos fundamentos históricos. Por la sinceridad de nuestras confesiones se ve cuán lejos estamos de querer engañar al lector; hay que ser original en este género, o no meterse en él.*

He aquí lo que de una y en otra de estas novelas se puede encontrar en las fuentes que indicamos.

El historiador árabe Abu-coecim-terif-aben-tario[33]*, escritor poco conocido por nuestros literatos del día, refiere lo que sigue* a *propósito de* La Tour enchantée: *«Rodrigo, príncipe afeminado, atraía a su corte, por motivos voluptuosos, a las hijas de sus vasallos, y abusaba de ellas. De este número fue Florinda, hija del conde Julián. La violó. Su padre, qué estaba en Africa, recibió la noticia mediante una carta alegórica de su hija; sublevó a los moros, y volvió a España a la cabeza de ellos. Rodrigo no sabe qué hacer, no hay fondo en sus tesoros, en ninguna parte; va a registrar la Torre encantada, junto a Toledo, donde le dicen que debe haber sumas inmensas; penetra en ella, y ve una estatua del Tiempo que golpea con su maza y que por una inscripción anuncia a Rodrigo todos los infortunios que le esperan; el príncipe avanza, y ve una gran tina de agua, pero no dinero. Vuelve sobre sus pasos; hace cerrarla torre; un rayo acaba con el edificio: sólo vestigios quedan de él. El rey, pese a estos funestos pronósticos, reúne un ejército, se bate ocho días cerca de Córdoba, y es muerto sin que su cuerpo pueda ser hallado.*

[33] Parece que el nombre de este historiador, desconocido de los especialistas a quienes hemos preguntado, debería leerse, más probablemente, así: *Abul-selim-terif-ben-tariq.*

Eso es lo que nos ha proporcionado la historia; léase ahora nuestra obra y *véase si la multitud de acontecimientos que hemos añadido a la sequedad de ese hecho merece que consideremos la anécdota como propia*[34].

En cuanto a La Conspiration d'Amboise, *que se lea en Garnier, y se verá cuán poco nos ha prestado la historia.*

Ninguna guía nos ha precedido en las demás novelas; fondo, narración, episodios, todo es nuestro. Quizá no sea de lo más afortunado; ¡qué importa!, siempre hemos creído, y nunca dejaremos de estar convencidos de ello, de que vale más inventar, aunque sea débil, que copiar o traducir; uno tiene la pretensión del genio, pretensión espor lo menos; ¿cuál puede ser la del plagiario? No conozco oficio *más bajo, no concibo confesiones más humillantes que ésas a lar que tales hombres están forzados, al confesarse a sí mismos que tienen que carecer de ingenio, ya que están obligados a pedir prestado el de los demás.*

Respecto al traductor, no quiera Dios que le quitemos su mérito; pero no hace sino exaltar a nuestros rivales; y aunque sólo sea por el honor de la patria, ¿no vale más decir a esos altivos rivales: También nosotros sabemos crear?

Finalmente, debo responder al reproche que me hicieron cuando apareció Aline et Valcour. *Según dicen, mis pinceles son demasiado fuertes: presto al vicio trazos demasiado odiosos. ¿Quiere saberse la razón? No quiero hacer amar el vicio; no tengo, como Crébillon y como Dorat, el peligroso proyecto de lograr que las mujeres amen los personajes que las engañan; quiero, por el contrario, que los detesten; es el único medio que puede impedirles ser sus víctimas; y para lograrlo, he hecho a mis héroes que siguen la carrera del vicio tan espantosos que, desde luego, no inspirarán ni piedad ni amor. Me atrevo a decir que en esto soy más moral que quienes se creen autorizados a embellecerlos; las perniciosas obras de tales autores se parecen a esos frutos de América que bajo el colorido más brillante llevan la muerte en su seno; esta traición de la naturaleza, cuyo motivo no nos corresponde descubrir, no está hecha para el hombre. Nunca, repito, nunca pintaré el crimen bájo otros colores que los del infierno; quiero que se lo vea al desnudo, que se le tema, que se le deteste, y no conozco otra forma de lograrlo que mostrarlo con todo el horror que lo caracteriza. ¡Ay de aquéllos que lo rodean de rosas! Sus miras no son tan puras, y jamás los copiaré. Que no se me atribuya, por tanto, según tales sistemas, la novela de J[ustine]*[35]*; nunca hice obras semejantes ni las haré jamás; sólo imbéciles o malvados pueden sospechar o acusarme incluso de ser su autor, a pesar de la autenticidad de mis negativas, y el más soberano desprecio será en adelante la única arma con que combatiré sus calumnias.*

[34] Esta anécdota es la que empieza Brigandos en el episodio de la novela de *Aline et Valcour* que tiene por título *Sainville et Léonore,* y que interrumpe la circunstancia del cadáver hallado en la torre. Los imitadores de este episodio, al copiarlo palabra por palabra, no han dejado de copiar también las cuatro primeras líneas de esta anécdota puesta en boca del jefe de los gitanos. Es pues tan esencial para nosotros en este momento como para quienes compran novelas, prevenir que la obra que se vende en Pigoreau y Leroux, bajo el título de *Valmor et Lydia, y* en Cérioux y Moutardier bajo el de *Alzonde et Koradin* no son sino la misma cosa, y las dos literalmente copiadas frase por frase del episodio de *Sainville et Léonore,* que forman aproximadamente tres volúmenes de mi novela *Atine et Valcour.*

[35] Es frecuente en Sade el rechazo de la paternidad de *Justine,* su novela mas conocida, debido a los problemas que le creó con las autoridades.

JULIETTE Y RAUNAI

O

LA CONSPIRACION DE AMBOISE

(Novela histórica)

No bien hubo devuelto la paz de Cateau-Cambrésis a Francia, en 1559[36], la tranquilidad de que una multitud innúmera de enemigos la privaba desde hacía casi treinta años, cuando disensiones intestinas, más peligrosas que la guerra, vinieron a acabar de perpetuar su seno. La diversidad de cultos que en ella reinaba, los celos, la ambición de excesiva cantidad de héroes que en ella florecía, la escasa energía del gobierno, la muerte de Enrique II, la debilidad de Francisco II, todas estas causas permitían, en fin, presumir que aunque los enemigos dejaban respirar a Francia, pronto alumbraría ella en sí misma un incendio interior tan fatal como las perturbaciones que acababan de desgarrarla en el exterior.

Felipe II, rey de España, tenía deseos de paz; sin preocuparse de tratar con los Guisa, se prestó a avenencias relativas al rescate del condestable de Montmorency, a quien había hecho prisionero el día de San Quintín, a fin de que este primer oficial de la corona pudiera trabajar con Enrique II en una paz deseada por todas las potencias.

Encontrándose, pues, el duque de Guisa y el Condestable dispuestos a luchar por el crédito y la consideración, desearon, antes de emplear sus fuerzas, apuntalarlas mediante alianzas que las consolidasen. Desde el fondo de su prisión y actuando con estas miras, el Condestable había casado a Damville, su segundo hijo, con Antoinette de la Mark, nieta de la célebre Diana de Pöitiers, en ese entonces duquesa de Valentinois, que lo dirigía todo en la corte de Enrique, su amante.

Por su parte, los Guisa concluyeron con igual designio el matrimonio de Carlos III, duque de Lorena, y jefe de su casa, con Madame Claude, segunda hija del rey[37].

[36] Tratado de paz firmado entre Francia, Inglaterra y España, ante las crecientes amenazas del calvinismo hugonote, Enrique II de Francia admitió el caudillaje de Felipe II en las ya inminentes guerras de religión, con lo que se permitió el despliegue español de la política de la Contra-Reforma.

[37] El duque Francisco de Guisa, en su contrato de matrimonio con Anne d'Este, hija del duque de Ferrara y de Renée de Francia, lo que le hacía tío del rey, toma la cualidad de duque de Anjou, fundada en la pretensión que esa casa tenía de descender de Yolande, hija de René de Anjou; éste mismo del que aquí se trata, es el que fue asesinado ante Orléans; fue el tallo de la rama de Mayenne, extinguida en 1621, y padre de Enrique, masacrado en Blois; el hijo de Enrique, llamado Charles, fue padre de Enrique, duque de

Enrique II deseaba la paz con tanto ardor por lo menos con el rey de España. Príncipe suntuoso y galante, hastiado de guerras, temiendo a los Guisa, deseando recuperar al Condestable al que quería tiernamente y trocar, por fin, los laureles inciertos de Marte por las guirnaldas de mirtos y de rosas con que gustaba coronar a Diana, puso todo en movimiento para acelerar las negociaciones: fueron concluidas.

Antoine de Borbón; rey de Navarra, no había conseguido enviar, en su nombre, ministros al congreso; los que había disputado se habían visto obligados, para ser oídos, a encargarse de las comisiones del rey de Francia; Antoine no se consolaba por esta afrenta: el Condestable era quien había hecho la paz, entraba triunfante en la corte, venia a ella con la intención de tomar de nuevo las riendas del gobierno; los Guisa le acusaban de haber acelerado negociaciones que, en verdad, rompían sus cadenas, pero que estaban muy lejos de ofrecer a Francia motivos para congratularse: tales eran los principales personajes de la escena, tales eran las razones secretas que, animando a unos y otros, encendían sordamente las chispas de odios que iban a producir las horribles catástrofes de Amboise.

Ya se ve: la envidia; la ambición, he ahí las causas reales de disturbios de los que el interés de Dios no fue más que pretexto. ¡Oh, religión! Hasta qué punto te respetan los hombres; cuando tantos horrores emanan de ti, ¿no puede sospecharse por un momento que no eres entre nosotros sino el manto bajo en el que se envuelve la discordia cuando quiere destilar su veneno sobre la tierra? ¡Cómo! Si existe un Dios, ¿qué importa la forma en que los hombres le adoren? ¿Son virtudes o ceremonias lo que exige? Si no quiere de nosotros más que corazones puros, ¿puede ser honrado mejor por un culto que por otro cuando la adopción del primero en lugar del segundo debe costar tantos crímenes a los hombres?

Nada igualaba por entonces el sorprendente progreso de las reformas de Lutero y de Calvino: los desórdenes de la corte de Roma, su intemperancia, su ambición, su avaricia habían forzado a esos dos ilustres sectarios a mostrar a Europa sorprendida cuántas trapacerías, artificios e indignos fraudes había en el seno de una religión que se suponía proceder del Cielo. Todo el mundo abría los ojos, y la mitad de Francia había sacudido ya el yugo romano para adorar al Ser supremo no como osaban prescribirlo hombres perversos y corrompidos, sino como parecía enseñarlo la naturaleza.

Concluida la paz y no teniendo los poderosos rivales de que acabamos de hablar otras preocupaciones que envidiarse y destruirse, no dejaron de apelar al culto en ayuda de la venganza, y de armar las manos peligrosas del odio con la espada sagrada de la religión. El príncipe de Condé apoyaba el partido de los Reformados en el corazón de Francia; Antoine de Borbón, su hermano, lo protegía en el Midi; el Condestable, ya viejo, se batía débilmente, pero los Châtillons, sus sobrinos, actuaban con menos coacción. A bien con Catalina de Médicis, habría podido creerse incluso que mas tarde la había convencido sobre las opiniones de los Reformados y que poco faltaba para que esta reina las adoptase en el fondo de su alma. En cuanto a los Guisa, que se mantenían en la corte, favorecían la creencia; el cardenal de Lorena, hermano del duque, ligado a la Santa Sede, ¿podía no apoyar sus derechos? En tal estado de cosas, sin osar desgarrarse aún entre sí, se andaban por las ramas, se atacaban mutuamente criaturas del partido opuesto y, para satisfacer sus pasiones particulares, se inmolaban de vez en cuando algunas víctimas.

Guisa, el que sublevó a la villa de Nápoles, y que no tuvo hijos. La posteridad de sus hermanos terminó en 1675 (véase Thou e Hinault).

Enrique II vivía aún: le hicieron ver que faltaba mucho para que el Parlamento estuviese en condiciones de juzgar los asuntos de los Reformados condenados a muerte por el edicto de Ecouen, puesto que la mayoría de los miembros de esa institución eran del partido que desagradaba a la corte. El rey se traslada a palacio, ve que no le habían engañado; los consejeros Dufaur, Dubourg, Fumée, Laporte y de Foix son detenidos, el resto escapa. Roma se agria en lugar de aplacarse, Francia está llena de inquisidores, el cardenal de Lorena, órgano del Papa, acelera la condena de los culpables; Dubourg pierde la cabeza en un cadalso; desde este momento todo se altera, todo se inflama; Enrique muere; Francia es conducida ahora sólo por una italiana poco amada, por extranjeros a los que se detesta y por un monarca lisiado de dieciséis años apenas; los enemigos de los Guisa creen tocar el momento del triunfo; el odio, la ambición y la envidia, siempre a la sombra de los altares, se jactan de actuar sobre seguro. El Condestable, la duquesa de Valentinois son alejados pronto de la corte; el duque, el cardenal son puestos a la cabeza de todo, y las furias vienen a agitar sus culebras sobre este desgraciado país apenas salido de una guerra pertinaz en que sus ejércitos y sus finanzas se habían agotado por completo.

Por horroroso que sea este cuadro, era necesario trazarlo antes de ofrecer el trazo de que se trata. Antes de levantar las potencias de Amboise, había que mostrar las causas que las alzaban... Era preciso hacer ver qué manos las rociaban de sangre, con qué pretextos osaban, finalmente, cubrirse los instigadores de tales perturbaciones.

En Blois todo estaba en la tranquilidad mas perfecta cuando una multitud de avisos diferentes vino a despertar la atención de los Guisa: un correo, cargado de despachos secretos y relativos a las circunstancias, fue asesinado a las puertas de Blois; otro procedente de la Inquisición, dirigido al cardenal de Lorena, corrió más a menos la misma suerte; España, los Países Bajos, varias cortes de Alemania advierten a Francia que se trama una conspiración en su seno; el duque de Saboya avisa que los refugiados de sus Estados hacen frecuentes asambleas, que se proveen de armas, de caballos, y publican en alta voz que dentro de poco tanto sus personas como su culto serán restablecidos en Francia.

En efecto, La Renaudie, uno de los jefes protestantes más valiente y animoso, se dedicaba entonces a una gestión que debía poner sobre aviso: recorría toda Europa recabando opiniones, dándolas, inflamando las cabezas y diciéndose seguro de una revolución próxima. De retorno a Lyon, dio cuenta a los demás jefes del éxito de su viaje, y fue allí donde se tomaron las últimas medidas, fue allí donde se acordó poner todo a punto para comenzar las operaciones en la primavera. Escogieron Nantes por ciudad de asamblea, y, tan pronto como todo el mundo se hubo dirigido a ella, La Renaudie, en casa de La Garai, gentilhombre bretón, arengó a sus hermanos, y recibió de ellos promesas auténticas de emprender lo que fuera necesario para obtener del rey el libre ejercicio de su religión, o de exterminar a quienes se opusieran, empezando por los Guisa. Se decidió, en esa misma asamblea, que La Renaudie llevaría en nombre del jefe, al que no se nombraba para nada, un cuerpo de tropas compuesto de quinientos gentilhombres a caballo y de mil doscientos hombres de infantería, reclutados en todas las provincias de Francia, no para atacar, sino para defenderse. A este cuerpo fueron afectos treinta capitanes, que tenían orden de encontrarse en los alrededores de Blois el 10 de marzo próximo de 1560. Luego se repartieron las provincias; el barón de Castelnau, uno de los más ilustres de la facción, y cuyas aventuras vamos a contar, tuvo por departamento la Gascuña; Mazères, el Béam; Mesmi, el Perigord y el Limousin; Maille-Brézé, el Poitou; Mirebeau, la Saintonge; Coqueville, Picardía; Ferrière-Maligny, la Champagne, la Brie y

la Ile-de-France; Mouvans, la Provenza y el Delfinado; y Château-Neuf, el Languedoc. Citamos estos nombres para mostrar quiénes eran los jefes de la empresa y los rápidos progresos de esta Reforma que cometía la barbarie de creerse digna de los mismos suplicios que el asesinato o el parricidio: tamaña intolerancia estaba de moda por entonces.

Sea como fuere, todo se tramaba con tanto misterio o los Guisa estaban tan mal informados que, pese a los avisos que recibían de todas partes, estaban éstos a punto de ser sorprendidos en Blois, e iban a serlo probablemente a no ser por una traición. Pierre des Avenelles, abogado, a cuya casa de París La Renaudie había ido a alojarse, aunque protestante, descubrió todo al duque de Guisa. Temblaron. El canciller Olivier reprochó a los dos hermanos una seguridad en la que no habrían estado si hubieran escuchado sus consejos. Catalina tembló, y abandonaron inmediatamente Blois, cuya posición no parecía bastante segura, para dirigirse al castillo de Amboise que, plaza de primer orden antaño, parecía suficiente para poner a la corte al abrigo de un golpe de mano. Una vez allí, tuvieron consejo; se hizo lo que Carlos XII de Suecia decía de Augusto, rey de Polonia, que pudiendo prenderle le había dejado escapar e inmediatamente había reunido su consejo. *Delibera hoy*, decía Carlos, *sobre lo que hubiera debido hacer ayer*. Lo mismo ocurrió en Amboise. El cardenal pretendía con celo papista exterminar todo. Era el único argumento de Roma. El duque, más político, pensó que se perdería a mucha gente siguiendo la opinión de su hermano, y que no se descubriría nada. Más valía, según él, mandar detener a la mayor cantidad de jefes posible, y obtener de ellos, mediante la vista de los tormentos, la confesión de tantas maniobras sordas y misteriosas, cuyas causas y autores era más esencial desvelar que degollar, sin oírles, a los que sostenían unas y servían a otros.

Prevaleció esta opinión. Catalina creó inmediatamente al duque de Guisa teniente general de Francia, pese a la oposición del canciller que, demasiado listo para no percibir los peligros de una autoridad tan amplia, no quiso sellar las patentes sino a condición de que se limitaran sólo al momento de los disturbios.

El duque de Guisa sospechaba de los Châtillons; si por desgracia estaban a la cabeza de los protestantes, el partido del rey tendría todo que temer. Sabiendo a estos sobrinos del Condestable a bien con la reina, incitó a Catalina a sondearlos. El almirante de Coligny no ocultó los riesgos que había si se continuaba empleando con los religionarios el rigor de que hacían uso los Guisa; dijo que «debían saber que los suplicios y la vía de las coacciones eran más apropiadas para rebelar los espíritus que para devolverlos al camino recto; que, por lo demás, podrían contar seguramente con sus hermanos, y que respondía a la reina de que ellos y él estarían, en todo tiempo, dispuestos a dar al soberano las mayores pruebas de su celo».

A estos testimonios satisfactorios unió el consejo de un edicto que tolerase la libertad de conciencia; aseguró que sería el único medio de calmar todo. Tal opinión fue aceptada; el edicto se publicó; otorgaba amnistía general a todos los Reformados, exceptuados aquéllos que, so pretexto de religión, conspiraran contra el gobierno.

Pero todo esto llegaba demasiado tarde. Desde el 11 de marzo, los religionarios estaban reunidos a muy escasa distancia de Blois. Al no encontrar ya la corte donde la creían, comprendieron enseguida que habían sido traicionados. Sin embargo, los preparativos estaban hechos; al no considerar idóneo hacer retroceder a los distintos cuerpos, no quisieron admitir otras demoras a la empresa que los pocos días necesarios para acercarse a Amboise y reconocer los alrededores. Condé acababa de llegar a esta

ciudad; al entrar en ella le había sido fácil ver que se sospechaba vivamente de él; creyó disimularse mediante palabras que a nadie engañaron. Fingió parecer más interesado que nadie en la extinción de los protestantes, y mediante esta argucia poco natural no satisfizo en absoluto al partido del rey, y se hizo sospechoso al suyo.

Sin embargo, las disposiciones del partido opuesto continuaban haciéndose con vigor. El barón de Castelnau-Chalosse, que se acercaba camino de Tours con las tropas de la provincia que le había tocado, tenía consigo dos personajes de quienes es hora de dar idea: el uno era Raunai, joven héroe de rostro encantador, lleno de ingenio, de ardor y de celo; era el que mandaba tras el barón; el otro era la hija de este primer jefe, de la cual, desde la infancia, Raunai estaba apasionadamente enamorado.

Juliette de Castelnau, de veinte años de edad, era la imagen de Belona; alta, hecha como las Gracias, de rasgos nobles, con los cabellos castaños más hermosos, de grandes ojos negros llenos de elocuencia y de vivacidad, de andar orgulloso, rompiendo una lanza, llegado el caso, como el guerrero más bravo de la nación, sirviéndose de todas las armas entonces en uso con tanta destreza como agilidad, arrastrando las estaciones, afrontando los peligros, valiente, llena de ingenio, emprendedora, de carácter altanero, firme, pero franco, incapaz de engaño, y de un celo superior a todo por la religión protestante, es decir, por la de su padre y la de su amante. Esta heroína no había querido separarse nunca de dos objetos tan queridos, y el barón, conocedor de su tino, de su inteligencia infinita, convencido de que podría volverse útil en las operaciones, había consentido en verla compartir los peligros. Por otra parte, ¿no debía estar mucho más seguro de Raunai si este joven guerrero, combatiendo ante los ojos de su dueña, tenía por recompensa los laureles que aquella hermosa hija le prepararía cada día?

Con el designio de reconocer los alrededores, Castelnau, Juliette y Raunai se habían adelantado una mañana, seguidos de muy poca gente armada, hasta uno de los arrabales de la ciudad de Tours. El conde de Sancerre, destacado de Amboise, acababa de levantar sus cuarteles cuando le dijeron que algunos protestantes se encontraban cerca. Vuela al arrabal indicado y penetrando deprisa en el alojamiento del barón le pregunta qué viene a hacer a aquella ciudad... qué razón le trae a ella con soldados, y si ignora que está prohibido portar armas. Castelnau responde que va a la corte por asuntos de los que a nadie tiene que dar cuenta, y que si fuera cierto que motivos de rebelión le condujesen, no estaría su hija con él. Sancerre, poco satisfecho con esta respuesta, se ve obligado a cumplir sus órdenes. Ordena a sus soldados detener al barón; pero éste, abalanzándose sobre sus armas y ayudado sólo por Juliette y Raunai, se libra pronto de la poca gente que le opone el conde. Los tres escapan; y Sancerre, habiendo preferido, en este caso, la sabiduría y la prudencia al valor que ordinariamente le distinguía, Sancerre, que sabe que en los disturbios internos la victoria corresponde antes a quien ahorra sangre que al imprudente que la prodiga, se vuelve sin vergüenza a Amboise a dar cuenta a los Guisa de su poco éxito.

Sancerre, viejo oficial, lleno de mérito de los Guisa, pero franco, leal, lo que se dice un verdadero francés, no se había preocupado tanto de su exposición como para no haber tenido tiempo de reparar en los atractivos de Juliette. Hizo de ellos los mayores elogios al duque. Tras haber pintado la nobleza de su talla y los encantos de su rostro, la alabó por su valor; la había visto en medio del fuego defenderse, atacar sin evitar los peligros que la amenazaban salvo para crearlos en torno a ella, y esta valentía poco común hacía probablemente más interesante a aquélla que unía a todas las gracias de su sexo virtudes que tan raramente se unían.

El señor de Guisa, curioso por ver a esta sorprendente mujer, concibió inmediatamente dos proyectos para atraerla a Amboise, hacerla prisionera, o aprovechar la declaración del barón de Castelnau, y mandar a decirle que puesto que había asegurado a Sancerre que no tenía otra intención que hablar con el rey, podía venir en total seguridad. Prefiere adoptar este último partido. El duque escribe. Un hombre hábil es encargado de la gestión; precedido de una trompeta, se adelanta con las formalidades ordinarias, y entrega su misiva al barón, en el castillo de Noisai, donde se había alojado con las tropas de Gascuña y de Béarn, mandadas para la expedición de Amboise. Por más precauciones que se tomaron con el emisario del duque, le fue fácil a éste su regreso, y pronto veremos lo que resultó.

El barón de Casteinau, resuelto a aprovechar la proposición del duque, tanto para disimular sus proyectos como para procurarse, al actuar como iba a hacerlo, una correspondencia segura en Amboise, respondió honradamente que la mayor prueba que podía dar de su obediencia y de su sumisión, era enviar lo que más caro le era en el mundo; que hallándose él personalmente, en la imposibilidad de dirigirse a Amboise, a causa de una herida que había recibido en la escaramuza de Tours, enviaba a la reina, a Juliette, su hija, encargada por él de una memoria en la que exigía el edicto de tolerancia que acababa de ser publicado, y el permiso, para sus cofrades y para él, de profesar su culto en paz.

Juliette parte provista de instrucciones secretas y de cartas particulares para el príncipe de Condé. No sin pena había adoptado este proyecto: cuanto la separase de su padre y de su amante era siempre tan doloroso para ella que, por valiente que fuese, nunca se decidía a ello sin lágrimas. El barón prometió a su hija atacar cuatro días más tarde la ciudad de Amboise si las negociaciones que ella iba a emprender resultaban infructuosas, y Raunai juró de rodillas ante su dueña derramar toda su sangre por ella si se le faltaba al respeto o a la fidelidad.

La señorita de Castelnau llega a Amboise; es recibida allí convenientemente, y tras parar en casa de Sancerre, como habían convenido, se hace conducir al punto a casa del duque de Guisa, le suplica que mantenga su palabra y que le proporcione inmediatamente la ocasión de arrojarse a los pies de Catalina de Médicis para presentarle las súplicas de su padre.

Pero Juliette no pensaba que poseía encantos que podían hacer olvidar muchos compromisos. Lo primero que el señor de Guisa olvidó, al verla, fue la promesa contenida en sus despachos al barón; seducido por tantas gracias, su corazón se abrió a las trampas del amor y, junto a Juliette, el duque no pensó más que en adorarla.

El le reprochó al principio con dulzura haberse defendido contra las tropas del rey, y le dijo amablemente que, cuando se estaba tan seguro de vencer, era doblemente punible el proyecto de rebelión. Juliette se ruborizó; aseguró al duque que su padre y ella estaban muy lejos de haber sido los primeros en tomar las armas; pero que ella creía que a todo el mundo le estaba permitido defenderse cuando se es injustamente atacado. Renovó sus instancias más vivas para obtener permiso de ser presentada a la reina. El duque, que quería conservar en Amboise el mayor tiempo posible el objeto conmovedor de su nueva llama, le dijo que sería difícil hasta dentro de unos días. Juliette, que preveía lo que iba a emprender su padre si no triunfaba, insistió. El duque se mantuvo firme, y la mandó a casa del conde de Sancerre, asegurándole que la haría avisar en cuanto pudiera hablar con Médicis.

Nuestra heroína aprovechó esta demora para examinar secretamente la plaza y para entregar sus cartas al príncipe de Condé, que más circunspecto que nunca en Amboise, y

no haciendo otra cosa que disimular, recomendó a Juliette, en interés común, evitarle lo más posible y ocultar sobre todo, con el mayor cuidado, que se hubiera encargado de alguna negociación con él. Contando con la palabra del duque, Juliette mandó decir a su padre que contemporizase. El barón la creyó, e hizo mal. Mientras tanto, La Renaudie, cuyo celo y actividad hemos visto anteriormente, perdió por desgracia la vida en el bosque de Chateau-Renaud[38]. Encontraron todo en los papeles de La Bigne, su secretario, y el duque, más al tanto desde entonces sobre la realidad de los proyectos del barón de Castelnau, convencido de que las gestiones de Juliette no eran más que un juego, con el designio, más que nunca, de conservarla a su lado, se resolvió finalmente a obligarla a explicarse y a no actuar a favor o en, contra de su padre, sino en razón de lo que respondiese la hija. La manda llamar.

Juliette, le dice con aire sombrío, todo lo que acaba de ocurrir me convence de que las disposiciones de vuestro padre están muy lejos de ser tal como él ha deseado que me convenzáis; los papeles de La Renaudie nos lo dicen. ¿Para qué me serviría presentaros a la reina? ¿Y qué osaríais decir vos a esa princesa?

-Señor duque, responde Juliette, no imaginaba que la fidelidad de un hombre que ha servido tan bien bajo vuestras órdenes, que se ha encontrado en muchos combates a vuestro lado, y cuyos sentimientos y valor vos debéis conocer, pudiera volverse nunca sospechosa para vos.

-Las nuevas opiniones han corrompido las almas; ya no reconozco el corazón de los franceses; todos han cambiado de carácter al adoptar esos errores culpables.

-Nunca imaginéis que por haber liberado vuestro culto de todas las inepcias con que viles impostores osaron mancillarla, nos volveremos nosotros menos susceptibles hacia virtudes que nos vienen de la naturaleza. La primera de todas en el corazón de un francés es el amor a su país: no se pierde, señor, esa sublime virtud por haber llevado a mayor candor y sencillez la manera de servir al Eterno.

-Conozco todos vuestros sofismas, Juliette; bajo esas falsas apariencias de virtudes es como disimuláis todos los vicios más de temer en un Estado, y sabemos que en este momento no pretendéis nada menos que derribar la administración actual, coronar a uno de vuestro jefes y trastornarlo todo en Francia.

-Perdonaría esos prejuicios a vuestro hermano, señor: nutrido en el seno de una religión que nos detesta, recibiendo una parte de sus honores del jefe de esa religión que nos proscribe, debe juzgarnos según su corazón... Pero vos, señor duque, vos que conocéis a los franceses, vos que los habéis mandado en los campos de gloria, ¿podéis pensar que la negativa a admitir tal o cual opinión pueda apagar alguna vez en ellos el amor por la patria? ¿Queréis atraeros a esas valerosas personas, lo queréis sinceramente? Mostraos más humano y más justo; usad vuestra autoridad para hacerles felices, y no para derramar la sangre de aquéllos cuyo error todo es pensar de modo diferente a vos. *Convencednos, señor, pero no nos asesinéis:* que nuestros ministros puedan razonar con vuestros pastores, y el pueblo, esclarecido por estas discusiones se volverá sin coacción

[38] Fue muerto por un paje del joven Pardaillan; habiéndole encontrado éste en el bosque de Chateau-Renaud, corrió hacia él, con la pistola en la mano; La Renaudie pasó dos veces su espada a través del cuerpo de Pardaillan, de quien era primo. El paje descarga en el acto su arcabuz sobre La Renaudie y lo derriba sobre el cuerpo de su amo. El cadáver de La Renaudie fue llevado a Amboise y atado a una alta horca en medio del puente con esta inscripción: «La Renaudie, llamado La Forét, jefe de los rebeldes».

hacia los mejores argumentos. El peor de todos es un cadalso; la espada es el arma de quien no tiene razón, es el recurso común de la ignorancia y de la estupidez; hace prosélitos, inflama el celo y no convence jamás: sin los edictos de los Nerones, de los Dioclecianos, la religión cristiana todavía sería ignorada en la tierra. Una vez más, señor duque, estamos dispuestos a abandonar los signos de lo que vos llamáis rebelión; pero si es con verdugos como quieren inspirarnos opiniones absurdas y que sublevan al sentido común, no nos dejaremos degollar como animales lanzados a la arena; nos defenderemos contra nuestros perseguidores; respetando a la patria, acusaremos a sus jefes por su ceguedad, y siempre dispuestos a verter nuestra sangre por ella, cuando vea en nosotros hermanos, no ofreceremos a sus ojos más que hijos y soldados[39].

-¿Sabéis, le dijo a Juliette, que vuestros discursos, vuestra conducta... mi deber, en una palabra, me obligarían a enviaros a la muerte? ¿Olvidáis, imperiosa criatura, que solo a mi corresponde castigar?

-Con la misma facilidad, señor duque, que sólo a mí corresponde despreciaron si abusáis de la confianza que me habéis inspirado por vuestra carta a mi padre.

-No hay juramento sagrado con aquéllos a quienes la Iglesia condena.

-¿Y queréis que abracemos los sentimientos de una

Iglesia de la que una de las primeras leyes es, según vos, autorizar todos los crímenes, legitimando el perjurio? Juliette, ¿olvidáis a quién estáis hablando?

-A un extranjero, lo sé. Un francés no me obligaría a las respuestas a que vos me forzáis.

-Ese extranjero es el tío de vuestro rey; es el ministro, y vos le debéis todo por esos títulos.

-Que los adquiera en mi estima, y no me reprochará que le falto.

-Yo los desearía en vuestro corazón, dijo el duque, turbándose aún más. Y consiguiendo ocultarse cada vez menos: Sólo a vos correspondería otorgármelos. Cesad de ver en el duque de Guisa a un juez tan severo como suponéis, Juliette; ved más bien a un amante devorado por el deseo de agradaros y por la necesidad de serviros.

-¿Vos... amarme? ¡Santo cielo! ¿Y qué pretensiones podéis haceros sobre mí, señor? Estáis encadenados por los nudos del himeneo, y yo lo estoy por las leyes del amor.

-La segunda dificultad es más horrible que la otra; quizá yo hiciera por vos muchos sacrificios... pero vos estaríais lejos de querer imitarme.

-El señor duque olvida que le he suplicado que me facilite hablar a la reina, y que sólo con esa intención me ha permitido mi padre venir a Amboise.

-¿Olvida Juliette que su padre es culpable y que no tengo más que dar una orden para que hoy mismo sea encadenado?

-Me retiraré, pues, si lo permitís, señor; porque supongo que no abusaréis del derecho de gentes hasta el punto de retenerme aquí a pesar mío, cuando he venido sólo gracias a un salvoconducto vuestro.

[39] He ahí cómo germinaban ya en esas almas altivas las primeras semillas de la libertad.

-No, Juliette, estáis libre; sólo yo no lo soy ante vos... Vos sois libre, Juliette; pero os lo repito por última vez... os adoro... soy todo vuestro... no habrá nada que no emprenda... O mi amor o mi venganza... escoged... Os dejo para que penséis.

Juliette volvió a casa del conde de Sancerre; conociéndole por un valiente militar, incapaz de una cobardía o de una traición, no le ocultó lo que acababa de ocurrir. Sorprendió hasta el infinito a este general, dispuesto a arrepentirse de haberse mezclado en la negociación. Juliette preguntó al conde si en una circunstancia tan horrible no sería mejor volver junto al barón de Castelnau. El señor de Sancerre no se atrevió a aconsejarle nada por miedo a enfurecer al duque de Guisa; pero le dijo que haría bien en pedir permiso expreso, bien al duque, bien al cardenal. La señorita de Castelnau, muy molesta de haber ido a dejarse coger en semejante trampa, se dirigió al príncipe de Condé, quien, sublevado por los procedimientos del duque, le prometió avisar inmediatamente al barón de cuanto pasaba.

Pero mientras tanto, viendo de sobra el duque de Guisa que no conseguiría vencer la resistencia de Juliette sino consiguiendo sobre ella un poder lo suficientemente grande como para privarla de la posibilidad de negativa, aprovechando los conocimientos que cada día obtenía sobre la fuerza y la conducta de los Reformados, adoptó la resolución de hacer atacar al barón de Castelnau en su cuartel de Noisai. Estaba seguro de que si conseguía apoderarse de ese jefe, su hija se rendiría en el mismo instante. Jacques de Savoje, duque de Nemours, uno de los más decididos y mejores capitanes del partido de los Guisa, fue encargado al punto de la expedición, y el duque le recomienda no herir ni matar a Castelnau por encima de todo, sino traerle vivo a Amboise, porque al ser uno de los principales jefes del partido opuesto esperaban de él las aclaraciones más serias.

Nemours parte, rodea Noisai, se muestra con tales fuerzas que Castelnau ve la imposibilidad de defenderse; por otra parte, ¿se atrevería a ello en la clase de negociación que ha fingido iniciar, y sabiendo aún en manos de los Guisa a su cara Juliette, que cada día le manda decir que contemporice? Castelnau propone una conferencia; Nemours la concede y pregunta al barón, tan pronto como le ve, cuál es el objeto de esas disposiciones militares, cómo ha podido nacer en la cuenta de un hombre valiente como él acercarse a la corte con las armas en la mano, y renunciar, mediante esta imprudente gestión, a la gloria de que siempre había gozado la nación francesa de ser, entre todas las de Europa, la más fiel a la patria. Castelnau responde que lejos de renunciar a esta gloria, trabaja por merecerla, que la mayor prueba de su sumisión es la gestión que ha hecho enviando a su hija única ante las rodillas de la reina, que un súbdito que se rebela raramente actúa de esta manera.

-Pero, ¿por qué armas?, dice Nemours.

-Esas armas, replicó el barón, sólo están destinadas para abrirnos camino hasta el trono, están hechas para vengarnos de quienes quieren prohibirnos los accesos; que no nos los cierren, y llegaremos a ella con el olivo en la mano.

-Si eso es todo lo que deseáis, dice Nemours, entregadme esas inútiles espadas y me ofrezco a satisfaceros... Yo me encargo de conduciros al rey.

El barón acepta, se rinden, parten para el cuartel real; y pese a Nemours, que reclama en voz alta ante los Guisa la palabra que ha dado a esas valientes personas, es en el fondo de los calabozos de Amboise donde se comete la infamia de recibirlos.

Afortunadamente, Raunai, destacado en aquel entonces, no estaba en el castillo de su general cuando todo esto pasó; pareciéndole inútil volver allí solo fue a reunirse con

Champs, con Coqueville, con Lamotte, con Bertrand Chaudieu, que conducían las milicias de la Ile-de-France, e imaginando el peligro que el barón y Juliette corrían verosímilmente en Amboise, animó a estos capitanes a la venganza, y los decidió a una tentativa cuyo resultado pronto sabremos.

Juliette no tardó en saber la desventurada suerte de su padre; no dudó un momento de que ella fuera la causa del indigno proceder del duque de Guisa.

-¡El bárbaro!, exclamó ella al conde de Sancerre, lo bastante generoso para recibir sus lágrimas y para compartirlas, ¿cree que quitándome lo que para mí es más precioso, me forzará a la inominta que exige...? ¡Ah! Yo le probaré quién es Juliette; le haré ver que sabe morir o vengarse, pero que es incapaz de mancillarse con aprobios. Furiosa, vuela a casa del duque de Guisa.

-Señor, le dijo altivamente, yo imaginaba que la grandeza y la nobleza de alma debían guiar en todas sus acciones a aquéllos a quienes el Estado encarga la tarea de conducirlo, y que, en una palabra, los resortes de un gobierno sólo se confiaban en manos de la virtud. Mi padre me envía a vos para negociar su justificación: no sólo me cerráis las avenidas del trono, no sólo impedís que pueda hacerme oír, sino que aprovecháis ese instante para hundir a mi desventurado padre en una horrorosa prisión. ¡Ah!, señor duque, quienes como él han derramado a vuestro lado su sangre por la patria, merecían más consideraciones, en mi opinión. Así, pues, para eludir mi primera petición, ¿me obligáis a hacer el recuerdo de las primeras? ¡Ah, señor, el rigor, siempre vecino de que recibieron de la naturaleza, y en consecuencia el gusto por las virtudes, y entonces el Estado, en lugar de la gloria de dirigir a hombres libres arrastrados hacia él por el corazón, sólo tiene bajo su verga de hierro esclavos que lo aborrecen.

-Vuestro padre es culpable, Juliette; ahora es imposible hacerse ilusiones sobre su conducta; han encontrado el castillo en que estaba lleno de armas y de municiones; en una palabra, se le cree el segundo jefe de la empresa.

-Mi padre jamás ha cambiado de lenguaje, señor; les dijo a Nemours y a Sancerre: «Que me lleven a los pies del trono, no pido más que ser oído. Las armas que me véis están destinadas sólo contra los que quieren impedirnos serlo y contra quienes abusan de un crédito usurpado para establecer su poder sobre la debilidad y la desventura de los pueblos...» He ahí lo que mi padre dijo; he ahí lo que aún os grita desde el fondo de su prisión. En una palabra, señor, ¿estaría yo a vuestro lado si mi padre se creyese culpable? ¿Vendría su hija a levantar el cadalso que él habría creído merecer?

-Una palabra, una sola palabra puede terminar con vuestras desgracias, Juliette... Decid que no me odiáis; no destruyáis la esperanza en el fondo de un corazón que os adora, y que será el primero en persuadir lo mejor que pueda a la corte de la inocencia y de la fidelidad de vuestro padre.

-Así, pues, vos veréis justo si yo consiento en ser criminal, y yo no tendré derecho a las virtudes que debo pretender sino pisoteando aquéllas que me encadenan. ¿Son equitativos tales procedimientos, señor? ¿No os da vergüenza alardear de ellos, quisierais que los publicase?

-Comprendéis mal lo que os ofrezco, Juliette. No supongo culpable a vuestro padre, lo es; ése es el punto del que hay que partir. Castelnau es culpable, merece la muerte, yo le salvo la vida si os entregáis a mí. No invento crímenes al barón para tener derecho a vuestro reconocimiento. Esos errores existen, merecen el cadalso: yo acabo con ellos si os volvéis sensible a mi llama. Vuestra suposición me adjudicarla una manera de pensar

que no concuerda con mi franqueza: la que me guía concuerda con el honor; prueba, todo lo más, alguna debilidad... ¡Pero tengo por excusa vuestros atractivos!

-Si es posible, señor, que mi padre sea libre por culpable que vos le supongáis, ¿no es más noble para vos salvarle sin condiciones que imponerme lo que no puedo aceptar? Desde el momento en que podéis devolvérmelo creyéndole culpable, ¿por qué no lo podéis igualmente estando asegurada su inocencia?

-No lo está: quiero pasar por indulgente, pero no quiero que se me crea injusto.

-Lo sois, al no absolver a un hombre en quien no podéis hallar un solo error.

-Acabemos estos debates, Juliette. Vuestro padre profesa el culto proscrito por el gobierno; es de la religión que ha merecido la muerte a Dubourg; además, ha sido hallado en armas en los alrededores del cuartel real. Hacemos morir todos los días personas cuyas declaraciones le condenan; el barón perecerá como ellos si reflexiones más sabias de vuestra parte no os deciden prontamente a lo único que puede salvarle.

-¡Oh!, señor, dignaos pensar en la sangre que me ha dado la vida: estoy hecha para ser vuestra amante, y mientras Anne d'Este exista, ¿puedo ser vuestra mujer?

-¡Ah! Juliette, asegurarme que sólo hay que vencer ese obstáculo y colmaréis todos mis deseos.

-¡Oh, cielo!, ¿no os parece insuperable ese obstáculo? ¿Envolveréis a vuestra ilustre esposa en la proscripción general? ¿Le inventaréis, como a mi padre; errores, para tener derecho a inmolarla? ¿Y mediante tal multitud de crímenes ' es como creéis obtener mi mano?

-Niña adorada, decid una palabra... una sola palabra; aseguradme que puedo merecer vuestro corazón, y yo me encargo de los medios de conseguirlo. Esas cadenas, indisolubles para los mortales ordinarios, se rompen fácilmente en aquéllos a quienes fortuna y nacimiento elevan... Hay, sin explicación, mil medios para que me pertenezcas, Juliette; a vos toca decidir.

-Ya os lo he dicho, señor, no soy dueña de mi corazón. -¿Y quién es ése al que me preferís?

-¿Nombrárselo? ¿...Ofreceros una víctima más? Ni lo penséis.

-Vamos, señorita, vamos, dijo el duque irritado, yo sabré castigar vuestras negativas: el espectáculo de vuestro padre al pie del cadalso quizá doblegue vuestros injustos rigores.

-¡Ah!, permitid al menos que vaya a abrazar sus rodillas; no me impidáis, señor, ir a rociar su seno con mis lágrimas; le haré partícipe de vuestros proyectos; si los aprueba, si prefiere la vida al honor de su hija... quizá inmole mi amor. Mi padre es cuanto tengo de más sagrado: no hay nadie en el mundo de quien prefiera ser hija... Pero, señor duque, ¡qué acción! ¿No tendréis remordimiento alguno por una victoria adquirida al precio de tantos crímenes..., por un triunfo del que no gozaréis más que cubriéndonos de lágrimas... más que sumiendo a tres mortales en el seno del infortunio? ¡Qué opinión tan diferente tenía yo de vuestra alma! ¡La suponía asilo de virtudes, y no veo reinar en ella más que pasiones!

El duque prometió a Juliette que le sería permitido ver a su padre, y ella se retiró en la mayor postración.

Sin embargo, nuestros historiadores dicen que «todo en Amboise tomaba el camino del rigor más excesivo; los capitanes enviados por el duque de Guisa no fueron menos afortunados que Nemours; ocultos en los barrancos o en las malezas, en los lugares por los que los conjurados debían pasar, los capturaban sin resistencia, y los llevaban en grupos a la ciudad de Amboise; se metía en prisión a los más aparentes; los demás eran juzgados sin apelación y colgados, con botas y espuelas de las almenas del castillo o en largas garrochas atadas a las murallas».

Tales rigores sublevaron. El canciller Olivier, que en el fondo de su alma se inclinaba hacia el nuevo culto, hizo entrever que desgracias sin número podían convertirse en secuela de tales crueldades. Propuso otorgar cartas de perdón a todos los que se retirasen pacíficamente. El duque de Guisa no osaba combatir demasiado esta opinión: poco seguro sobre las disposiciones de la reina, que seguía entregada a los Châtillons -a quienes suponía secretos motores de las perturbaciones-, temiendo la inquietud del rey quien, pese a las cadenas con que se le rodeaba, no podía dejar de testimoniar que tantos horrores le desagradaban, el duque aceptó todo, totalmente seguro de que Castelnau, cogido con armas, no se le escaparía y que siempre sería dueño de Juliette teniendo en sus manos el destino del barón. Se publicó el edicto: Amboise se creyó tranquila; las tropas se dispersaron por los alrededores, y tal seguridad estuvo a punto de costar muy cara.

Ese fue el instante que Raunai creyó propicio para acercarse a Juliette. Inflama a sus camaradas; les hace ver que Amboise, desguarnecida, no está ya en condiciones de aguantar contra ellos; que es el momento de ir a liberar la corte de la indigna esclavitud en que la tienen los Guisa, y de obtener de ella no vanas cartas de perdón con la que es imposible contar, y que no sirven más que para probar tanto la debilidad del gobierno como el gran temor que de ellos tienen, sino el ejercicio-seguro de su religión y la plena libertad de sus pastores. Raunai, mucho más excitado por el amor que por cualquier otra causa, tomando prestada la elocuencia de ese dios para convencer a sus amigos, halló pronto en su alma el mismo vigor con que parecía abrasado; todos juraron seguirle, y aquella misma noche el bravo lugarteniente de Castelnau los guía bajo las murallas de Amboise.

-¡Oh, muros que encerráis lo que más amo!, exclama Raunai al divisarlos; juro al cielo abatiros o franquearos, y cualesquiera que sean los obstáculos que puedan oponerme, el astro del día no iluminará el universo sin verme de nuevo a los pies de Juliette.

Se preparan para el ataque más vigoroso. Un malentendido lo echa todo a perder: los diferentes cuerpos de los conjurados no llegan juntos a las citas que les están señaladas; los golpes no pueden darse a la vez; en Amboise los advierten, se prestan a la defensiva, y todo falla. Sólo Raunai, con su tropa, penetra hasta los arrabales; llega a una de las puertas; la encuentra cerrada y bien defendida. Sin fuerza suficiente para emprender su hundimiento, expuesto al fuego del castillo que le mata mucha gente, ordena una descarga de arcabuces sobre los que guardan las murallas, deja huir a su tropa, y él solo, desembarazándose de sus armas, se arroja a un foso, franquea las murallas y cae en la ciudad. Conociendo las calles, suponiéndolas desiertas a causa de la noche y de un ataque que debe haber llamado a todo el mundo a la muralla, vuela a casa del conde de Sancerre, donde sabe que se aloja aquélla a la que ama. Osa, pase lo que pase, fiarse de la nobleza, del candor de ese valiente militar. Llega a su casa... ¡Santo cielo!: traían al conde herido por los golpes de aquél que venía a implorarle.

-¡Oh, señor!, exclama Raunai, mojando con su llanto la herida del conde, vengaos, aquí está vuestro enemigo, aquí está quien acaba de verter vuestra sangre... esa sangre preciosa que quisiera rescatar al precio de la mía... ¡Gran Dios!, así es como mi bárbara mano ha tratado al benefactor de la que me es querida. Vengo a entregarme a vos, señor... soy vuestro prisionero. La desgraciada hija de Castelnau, a quien vuestra generosidad da asilo, os ha dicho sus desgracias y las mías; yo la adoro desde mi infancia; ella se digna estimarme algo.... venía en su busca... a recibir sus órdenes, a morir luego si fuera menester. Por los peligros que he franqueado, veis que no hay nada que pueda serme más querido que ella... Sé lo que me espera... lo que merezco. Jefe del ataque que acaban de hacer, sé que las cadenas y la muerte van a convertirse en mi destino; pero habré visto a mi Juliette, seré consolado por ella, y los suplicios no me asustan si los sufro ante sus ojos. No traicionéis en absoluto vuestro deber, señor; he aquí mis manos, encadenadlas..., debéis hacerlo; ¡vuestra sangre corre, y soy yo quien la ha derramado!

-Infortunado joven, dice el bravo Sancerre, consuélate mi herida no es nada; son peligros que tú has corrido como yo; los dos hemos cumplido con nuestro deber. En cuanto a tu imprudencia, Raunai, no pienses que voy a abusar de ella; sabe que sólo cuento en el rango de mis prisioneros a aquéllos a quienes mi valor encadena en el campo de batalla. Verás a la que tú adoras; no temas que yo falte a los deberes de la hospitalidad; tú la reclamas en mi casa, serás en ella libre como en tu propia casa; pero ha de parecerte bien que, tanto para tu tranquilidad como para la mía, te indique un alojamiento más seguro.

Raunai se precipita a las rodillas del conde; faltan términos a su agradecimiento... a sus penas, y Sancerre, tomándole al punto de la mano, aunque débil como está por su herida, lo levanta y le conduce a las habitaciones de su mujer, que Juliette compartía desde que estaba en Amboise.

Serían precisos otros pinceles distintos a los míos para pintar la alegría de estos dos fieles amantes cuando volvieron a verse. Pero ese lenguaje del amor, estos instantes que sólo son conocidos de los corazones sensibles... esos momentos deliciosos en que el alma se reúne con la del objeto que adora, en que se deja al sentimiento el cuidado de pintarse a sí mismo, ese silencio, digo, ¿no está por encima de todas las frases? Y quienes se han embriagado con esas situaciones celestes, ¿se atreverán a decir que puede haber otras más divinas en el mundo... más imposibles de trazar?

Sin embargo, Juliette hizo callar pronto los acentos del amor para entregarse a los de la gratitud. Inquieta por el estado del señor de Sancerre, quiso compartir con la condesa y las gentes del arte, el cuidado de velar por su seguridad. Al no tener la herida ninguna clase de consecuencia, el conde exigió de Juliette que fuera a emplear junto a su amado instantes tan preciosos. La señorita de Castelnau obedece, y, dejando a la condesa con su marido, fue a reunirse con Raunai. Le puso al tanto de todo cuanto había pasado desde su separación; no le ocultó en absoluto las intenciones del señor de Guisa. Raunai se alarmó por ellas. Un rival de esa clase es para inquietar a un amado, y más a un amado culpable, a quien una sola palabra de ese rival terrible puede cubrir al instante de cadenas.

Al día siguiente, el señor de Sancerre, que se encontraba mucho mejor, tranquilizó a ambos; prometió incluso hablar con el duque; pero decidieron que ocultarían los pasos de Raunai, que desde ese mismo instante iría a vivir ignorado a casa de un particular de la misma religión que él, y que cada noche, en un gabinete del jardín del conde, el valeroso amante podría conversar con su dueña. Los dos cayeron una vez más a los pies de

Sancerre y de su esposa. Lloraron, y, al atardecer, Raunai, guiado por un paje, fue a encerrarse en su asilo.

El ataque de la noche anterior bastó para convencer a los Guisa de que ya no debían creerse comprometidos por el edicto que se acababa de publicar. La sangre vuelve, pues, a correr en Amboise; cadalsos alzados en todas las esquinas ofrecen a cada instante nuevos horrores; tropas diseminadas por los alrededores se apoderan de todos los protestantes; o los degüellan en el acto o los arrojan atados de pies y manos en el Loire; sólo los capitanes y las gentes notorias son reservadas a los tormentos del interrogatorio, a fin de arrancar de su boca el nombre de los verdaderos jefes del complot. Sospechaban del príncipe de Condé, pero nadie se atrevía a declararlo. Catalina temblaba ante la obligación de hallar semejante culpable, y los Guisa sabían de sobra que, una vez descubierto, había que inmolarle o temerle. ¡Cuántos inconvenientes en cualquiera de los dos casos!

Pero cuanta más energía mostraban los protestantes, más medios veía el duque para la condena de Castelnau, y, por consiguiente, más dulcemente se encendía en su alma la esperanza de obtener a Juliette. Quien tiene la desgracia de proyectar un crimen no ve concurrir los acontecimientos secundarios al éxito de sus designios sin secreta alegría.

No había en Amboise otras diversiones que las de aquellos terribles asesinatos. La tiranía, que al principio espanta a los soberanos, o mejor, a quienes los gobiernan, termina casi siempre por prepararles goces. Toda la corte asistía regularmente a estos actos sangrientos, como la de Nerón antaño a las ejecuciones de los primeros cristianos. Las dos reinas: Catalina de Médicis y María Estuardo estaban con las damas de la corte en una galería del castillo desde la que se divisaba toda la plaza, y para divertir más a los espectadores, los verdugos tenían buen cuidado de variar los suplicios o la actitud de las víctimas. Esa era la escuela en que se formaba Carlos IX; ése era el taller en el que se aguzaban los puñales de la San Bartolomé. ¡Gran Dios!, así es como han mancillado durante más de doscientos años tus altares; así es como seres razonables han creído deber honrarte; rociando tu templo con la sangre de tus criaturas, mancillándolo con horrores e infamias, con ferocidades dignas de los caníbales es como varias generaciones de hombres sobre la tierra han creído cumplir tus deseos y agradar a tu justicia. Ser de los seres, perdónales esta ceguera; mereció la pena que creyeras deber castigar su depravación y sus crímenes; tantas atrocidades sólo pueden nacer en el corazón del hombre cuando, abandonado de tus luces, se ve reducido como Nabucodonosor, por tu mano misma, a la estúpida esclavitud de las bestias.

Sólo Anne d'Este, aquella respetable esposa del duque de Guisa, aquella interesante mujer que él estaba a punto de sacrificar a sus pasiones, sólo ella sintió horror ante aquellas monstruosas barbaries; un día se desvaneció en las gradas de la ensangrentada arena; la llevaron a su casa bañada en lágrimas; Catalina vuela allí, le pregunta la causa de su accidente.

-¡Ay!, señora, responde la duquesa. ¿Hubo alguna vez una madre que tuviera más razón para afligirse? ¡Qué horrible torbellino de odio, de sangre y de venganza se alza sobre la cabeza de mis desgraciados hijos[40].

[40] El hecho de que Enrique de Guisa, uno de los hijos de Anne d'Este, fuese asesinado en Blois, ¿no convertía esta queja tan auténtica en una especie de predicción?

El conde de Sancerre, cuya herida no fue nada, y que iba mejor de día en día, mantuvo a la señorita de Castelnau la palabra que le había dado: fue a ver al duque de Guisa, de quien era apreciado y de quien debía ser respetado con toda clase de miramientos, y disimulándole sólo la estancia de Raunai en Amboise, no le ocultó nada de lo que había sabido por Juliette.

-¿Cuál es vuestro objetivo, señor?, le dijo firmemente el conde: ¿Corresponde a quien gobierna el Estado entregarse a las pasiones... siempre peligrosas, cuando se tiene la posibilidad de hacer tanto mal? ¿Osaréis inmolar a Castelnau para convertiros en dueño de Juliette? ¿Y haréis defender el destino de ese desgraciado padre de la ignominia de la hija?

El duque, algo sorprendido por ver al señor de Sancerre tan perfectamente al tanto, le dejó entrever que, aunque tuviera hijos de Anne d'Este, podría hallar medios de ruptura a su matrimonio con ella...

-¡Oh, mi querido duque!, le interrumpió el conde, así es cómo desatinan siempre las pasiones. ¡Cómo! ¿Romperéis la alianza contraída con una princesa para desposar a la hija de un hombre contra el que guerreáis? ¿Os pelearéis con Francisco II, de quien esos vínculos os hacen tío; con el duque de Ferrara, de quien os hacen yerno; derribaréis el edificio de una fortuna en la que trabajáis hace tantos años, y todo ello por el vano placer de un momento, por una pasión que se extinguirá tan pronto como sea satisfecha y que no os dejará más que remordimientos? ¿Son ésos los sentimientos qué deben animar a un héroe? ¿Es propio del amor dañar a la ambición? Tenéis ya demasiados enemigos, señor; no tratéis de acrecentar su número. Excusad mi franqueza, por mi edad y por mis trabajos he adquirido el derecho a hablaros como lo hago; la estima con que me honráis me autoriza a ello... ¡Ah!, creedme, guardaos de dejar sospechar que el amor interviene para algo en los disturbios que vuestros rigores excitan. El francés se inclina con esfuerzo bajo el yugo de un ministro extranjero; por grande que podáis ser, la sangre de su nación no corre en vuestras venas, y es ése un gran error a sus ojos cuando se quiere pretender regirle; amigos, enemigos, todo os condena, todo atribuye al deseo de elevaros las desgracias con que afligís a Francia. Se conocen vuestras pretensiones de deciros salido de la segunda raza de nuestros reyes, y de reivindicar la corona con este título frente a los descendientes de Hugo Capero. Admitamos por un instante esa idea: ¿La favoreceréis rompiendo ilustres alianzas para contraer una tan por debajo de vos? Así sea que aspiréis al más alto grado de gloria, sea que os contentéis con éste en el que estáis, en cualquiera de ambos casos, vuestros proyectos son indignos de vos. Señor duque, debéis a los franceses ejemplo de virtudes; quizá tengáis necesidad de mostrarlo más que cualquier otro para borrar los errores de que se os acusa. Que no sea en un momento como éste en que la más reprensible de las debilidades viene a derramar sobre vuestras acciones una turbiedad de la que vuestros enemigos no dejarán de aprovecharse inmediatamente. Es a la posteridad, señor, a la que un hombre como vos responde de sus pasos, y no debe haber uno solo, en todo el curso de su vida, que pueda hacerle ruborizarse un instante.

-Conde, respondió el señor de Guisa, si hubierais experimentado alguna vez los sentimientos que Juliette me inspira, tendríais algo más de indulgencia para mí; nunca, amigo mío, nunca, ninguna pasión se introdujo más vivamente en un corazón; sus ojos han cambiado mi existencia entera; no hay un solo minuto del día en que no esté lleno de su imagen, y si alguna vez la reina o su esposo quieren encontrar en mí, al ministro, aniquilado por la turbación que me acucia, no les muestro más que al amante. Con el alma que me conocéis, Sancerre, ¿puede esta pasión someterse a deberes? ¿Y os

asombraréis por todos los medios que he de tomar para asegurarme el objeto de mi idolatría? No, no habrá ninguno que no emplee para convertirme en el amante o el marido de Juliette: fortuna, honor, consideración, crédito, esperanza, himeneo, hijos, todo... todo se inmolará al instante a las rodillas de aquélla a la que adoro; sólo me quejaré de la mediocridad de los sacrificios; y si, como vos decís, la ambición pudiera darme remordimientos, sería todo lo más los de no poder ofrecerle más que el segundo puesto del Estado.

Sancerre combatió vivamente estas resoluciones del delirio, empleó todo cuanto creyó más persuasivo y más elocuente. Pero el señor de Guisa fue inquebrantable, y el conde, sin atreverse a insistir más, se retiró contento de llevar al menos a su protegida el permiso de ver al barón de Castelnau, prometido hacía varios días, y retrasado por los nuevos disturbios.

Juliette derramó lágrimas muy amargas al enterarse de que nada en el mundo podía cambiar las resoluciones del señor de Guisa.

-¡Oh, amigo mío!, le dijo esa misma noche a Raunai, es demasiado cierto que el cielo no nos había destinado el uno para el otro. ¡Qué terrible porvenir se presenta a mis ojos! Será menester que me vuelva mujer de ese hombre bárbaro, mancillado por el asesinato de nuestros hermanos! ¡Me veré reducida al horror de compartir su cama! ¡Infortunada! Es preciso que pierda a mi amado o a mi padre; es preciso que inmole o mi amor o el ser precioso que me ha dado la vida. ¡Ese es el uso que estos hombres de Estado hacen de los poderes que les son confiados! Y estas cadenas que pesan sobre nosotros, todas esas plagas que nos abruman... en nombre de un soberano... engañado a cada instante, no son más que los medios de las pasiones de esos hombres poderosos... más que las armas secretas que usan para saciarlas... Es preciso que lo sean, o que nosotros gimamos... es preciso que sean felices, o que la sangre corra... Quisiera que mis días...

-¡Ay!, nada salvarían nada... al menos no pereceremos los dos, Juliette, respondió Raunai... Mil sentimientos confusos me animan a la vez... Puedo salir de Amboise como he entrado... puedo reunir a mis amigos, volver con ellos al pie de estas murallas, liberar tanto a tu padre como a ti, cortar sin ninguna piedad los días de estos crueles déspotas que convierten en juego el abreviar los nuestros, pulverizar a todos al pie del trono que su tiranía deshonra, y merecer finalmente tu corazón después de haber inmolado a nuestros verdugos. La inacción en que estoy mientras se abrevan en la sangre de nuestros hermanos me envilece a mis propios ojos. Quería abrazar tus rodillas... Lo he conseguido... Déjame volar de nuevo al combate... déjame huir de los muros de esta ciudad odiosa; no quiero volver aquí sino triunfante; no quiero ya que me veas aquí sino trayendo a tus pies la cabeza de nuestros perseguidores.

-No, cálmate, Raunai, mañana veré a mi padre... Le escucharé... Quizá luego te comunique un designio más seguro para acabar con nuestros males personales, puesto que no podemos aspirar al honor de terminar con los de nuestros compañeros de infortunio... Cálmate, querido y único amante mío, ama a Juliette, que la idea de ser adorado por ella te consuele, y estate seguro de que nadie en el universo adquirirá sobre su corazón derechos... que únicamente a ti pueden pertenecer.

La señorita de Castelnau no tardó en aprovechar el permiso que había obtenido para ver a su padre: vuela a la prisión. El barón no estaba prevenido; pensó que la sorpresa iba a costarle la vida; estuvo unos instantes sin conocimiento en brazos de Juliette.

-¡Oh, querida hija!, exclamó cuando sus ojos volvieron a abrirse a la luz, temía mucho que los bárbaros me llevasen al cadalso sin que pudiera abrazarte por última vez.

-No moriréis, padre mío, respondió Juliette, soy la dueña de vuestros días; una palabra mía puede conservároslos.

-¡Una palabra! ¿Qué quieres decir? Si esa palabra te costase el honor, Juliette, de ningún modo querría una vida pagada con tu oprobio.

-Oh padre mío, sin embargo, sólo con esa condición puedo arrancaron a las manos de nuestros enemigos... El duque de Guisa... quiere que yo ceda a su pasión, y como está encadenado por el himeneo, lo que exige, ¿puede ocurrir sin que le cueste un crimen a él, o el honor a vuestra desgraciada hija?

-¡Ah!, Juliette, prosiguió firmemente Castelnau, déjame perecer; he vivido; sería comprar demasiado caro los pocos días que debo languidecer aquí abajo... No, hija mía, no, yo no los pagaré al precio de tu honor y de tu felicidad. Sabía de sobra que estos tiranos no estaban movidos más que por el egoísmo, y que la ambición era la única causa de sus crímenes. Pero hay un Dios justo que nos vengará, querida hija, un Dios poderoso a cuyos ojos las desgracias son derechos, y las virtudes títulos. Educada en la más pura de las religiones, guárdate de olvidar sus principios; que te sirvan para siempre de égida contra las seducciones de esos idólatras, y puesto que mi vida no puede ya garantizar tu juventud, que mi muerte al menos te aliente... La veras, hija mía, sí, pediré morir en sus brazos, y mi alma, pronto a los pies del Eterno, obtendrá de él esa protección que mis reveses me impiden otorgarte.

Y Juliette, anonadada en los brazos de su padre, no podía sino gemir y derramar lágrimas.

-No llores, querida hija, prosiguió el barón; no te aflijas; volverás a encontrar en el cielo a este padre infortunado que te quitan en la tierra; va a preparar al Ser supremo para hacerte gozar de los favores que tu conducta y tu religión deben hacerte esperar de él... va a esperarte en el seno de un Dios... ¡Oh, hija mía!, he ahí lo que es el mundo... sus esperanzas... y sus bienes... Educado en la corte, hecho para pretender todo, amigo, compañero de esas gentes, tras haber derramado a su lado mi sangre por la patria.... porque no quiero adoptar sus errores..., porque odio sus sacrilegios y su impiedad..., porque quiero, en una palabra, adorar a Dios en la pureza del Evangelio... todos esos amigos... todos esos camaradas son hoy mis jueces, ¡y mañana serán mis verdugos! ¡Eh! ¿Quién les ha dicho que su causa es la buena? ¿Han entendido acaso mejor que yo la palabra divina? Aunque fuera cierto que me equivoco... un error en el culto, ¿debe ser puesto en el rango de los crímenes? ¿Puede ser honrado el Eterno con la sangre? Y aquéllos que para servirle se atreven a sacrificarle hombres, ¿no están, sólo por eso, en el error y en el mal camino? No importa, hija mía, no importa; moriré, puesto que es preciso... Sí, moriré, desde luego, porque no podría conservar la vida sino a expensas de tu honor... Pero, ¿qué ha sido del valiente Raunai, querida hija, en este tumulto?

La señorita de Castelnau contó a su padre cuanto concernía a su amado... Le dijo que estaba en Amboise; le contó cómo se había introducido allí, y el deseo que tenía de salir de ella para intentar un nuevo golpe de mano.

-No triunfaría, respondió el barón; ahora están a la defensiva; todo ha fracasado; hemos sido traicionados... Oh, Juliette, la buena causa no siempre es la más segura cuando está en manos del débil... Pero el cielo es nuestro recurso; yo le imploro, él nos atenderá.

Juliette habló luego al barón de la honradez del conde de Sancerre... , de todos los cuidados que su esposa y él recibían diariamente de ella, y de las gestiones infructuosas que el conde había hecho ante el duque.

-Sancerre es amigo mío desde la infancia, continuó el barón; fuimos educados los dos juntos en casa del duque de Orleáns, hijo de Francisco I; combatimos juntos en la jornada de San Quintín. Fue forzado en lo que hizo con nosotros en la ciudad de Tours; lo repara mediante mil procedimientos nobles; reconozco ahí su alma honesta y su corazón virtuoso... Quizá le vea antes de mi muerte; le rogaré que te sirva de padre... que te reúna a tu amante; pero cuando yo ya no exista, querida hija, ¿quién sabe lo que harán nuestros tiranos? Proscrita por tu religión, odiada del duque por tu virtud, oh Juliette, ¡cuántas desgracias pueden estallar sobre ti!

Luego, alzando las manos al cielo:

-Ser supremo, exclamó aquel desventurado padre, dignaos contentaros con mi suplicio; no permitáis que esta hija sea víctima de los malvados. Su único crimen es serviros... adoraros como habéis deseado serlo... como le habéis enseñado mediante vuestra santa ley. ¿Querríais, Señor que sus virtudes y su religión, que todo lo que la acerca más a vuestra sublime esencia, se convierta en causa de su oprobio, de sus tormentos y de su muerte?

Y el desventurado Castelnau volvía a caer lleno de lágrimas en el seno de su hija; la estrechaba... la apretaba entre sus brazos. Temiendo quizá que fuera la última vez que le estaría permitido verla, su alma paternal se exhalaba toda entera en sus sombrías caricias; hubiérase dicho que quería confundirla con la de su hija, a fin de que algo suyo pudiera existir aún en el objeto más precioso que le quedaba sobre la tierra.

-¡Oh, padre mío!, dijo Juliette, en medio de los sollozos que le arrancaba aquella escena de dolor, ¿puedo consentir en vuestro suplicio? ¿Puede el mismo Raunai permitirlo? ¡Ah!, creedlo, padre mío, preferirá mil veces renunciar a la felicidad de su vida que obtenerme a expensas de la vuestra... Pero, ¡cómo!, ¿compartiría acaso yo los errores del duque de Guisa, si no hago más que consentir en volverme en su esposa, dejándole cargar a él solo con las fechorías que deben atarme a él? Al menos vos viviréis, padre mío; habré conservado vuestra vida, seré el apoyo de vuestra vejez, podré hacer vuestra dicha.

-¿Y compraría yo algunos momentos de vida mediante una multitud de crímenes?

-No serán vuestros.

-¿No es compartirlos dar lugar a ellos? No, ni lo esperes, hija mía; no permitiré que Anne d'Este sea inmolada por mí; es preciso que uno de los dos perezca; el duque de Guisa no repudiará a su mujer: sólo será tuyo si cercena los días de esa virtuosa princesa. ¿Querrías convertirte en esposa de semejante hombre, de un bárbaro que, no contento con ese crimen, llena cada día Francia de luto y de lágrimas? Di, Juliette, di, ¿podrías gustar un instante de tranquilidad en los brazos de tal monstruo? Y esa vida que te habría costado tan cara..., oh, hija mía, ¿crees que yo podría gozar de ella? No, hija mía; a mí me toca morir, ha llegado mi hora; es preciso que se cumpla. ¿Y qué son unos instantes más o menos? ¿No es un suplicio la vida cuando no se ve en torno sino errores y crímenes? Es hora de ir a buscar en los brazos de Dios la paz y la tranquilidad que los hombres me han negado en la tierra... No llores, Juliette, no llores; no soy más desventurado que el navegante que, tras peligros sin número, toca al fin el puerto que tanto ha deseado... ¿Tengo que decirte más? Te prohíbo, con toda la autoridad que sobre ti tengo, pensar en

conservarme por los medios infames que te proponen, y si me entero de tu desobediencia en este punto, no te volveré a ver más.

-¡Pues bien!, padre mío, dijo Juliette con ese impulso del alma que anuncia que está llena de un proyecto importante, ¡pues bien!, me queda un medio para salvaros, y corro a ponerlo en práctica.

-Sobre todo, que no sea nunca a expensas de lo que debes a Dios... a ti misma... a Raunai... Piensa que no querría añadir veinte años más a mi carrera si ese largo término pudiera costar un solo suspiro a tu dicha o a tus virtudes. Juliette sale y va en busca de Raunai.

-¡Oh, amigo mío!, le dice, ha llegado el instante de demostrarme los sentimientos que me has jurado desde la infancia... ¿Me amas, Raunai? ¿Te sientes capaz del mayor esfuerzo de la humanidad para probarme tu amor?

-¡Ah!, ¿puedes creer que exista algo en el mundo que no esté dispuesto a hacer por ti?

-Sí, amigo mío, puedo dudarlo... Temblarás cuando te lo haya dicho todo; y, sin embargo, tendrás que obedecerme, o dejarme en la horrible idea de que jamás has amado a tu dueña.

-¿Qué quieres decir, Juliette? Tus palabras... la agitación en que estás... tus ojos, en los que no veo más que desesperación en lugar de amor... todo me hace temblar; explícate.

-Piensa que yo misma me inmolaré en el sacrificio que voy a explicarte... Me costará más que a ti; sin embargo, estoy decidida; que mi ejemplo te aliente... Raunai, ¿me amas lo bastante para consentir en no volver a verme... lo bastante para perderme para siempre?

-¡Santo cielo!

-Escúchame, Raunai, no te alarmes sin estar enterado; voy a proponerte un acto de virtud: tu alma acepta, lo sé. Nuestros verdugos no tienen más que un objetivo: saber quién es el jefe..., quién es el principal motor de todo esto. Vete en busca del duque de Guisa; dile que el único deseo de salvar a un amigo que no es culpable te ha hecho franquear todos los obstáculos que había para penetrar en Amboise; convéncele de la inocencia de mi padre; dile que, mucho más temido que amado en el partido, Castelnau sólo se ha ocupado de traicionarle y de entregarse al rey; dile que sólo tú estás al tanto de todo, y que, bajo la cláusula única de devolver el barón a su hija, estás dispuesto a revelarle todo. Da tu libertad por garantía de tu palabra; dile que quieres reemplazar al barón en sus cadenas, que te ofreces al suplicio que le han preparado si no revelas lo que desean... Aceptarán todo; no quieren más que descubrir a los autores del complot; el temor a ser engañados por ti no les detendrá, porque tú reemplazarás a mi padre, porque estarás, como él, en sus manos... Ya ves la inmensidad del sacrificio que te propongo: porque no arrancarán nada de ti, lo sé, morirás, amigo mío; es a la muerte a donde te envío; pero no pienses que yo te sobreviviré; yo te sigo a la oscuridad de la tumba, mi alma vuela a ella con la tuya, ¿No ha merecido ese respetable anciano gozar de su última edad? ¿No tiene más derecho a la vida que sus hijos? ¡Ah! El premio de lo que vamos a hacer, amigo mío, se ofrece a nosotros en todas partes; lo encontraremos en el seno de Dios, él nos espera para coronar allí esta gran acción, se mantendrá en el recuerdo de los hombres, ellos la grabarán en el templo de memoria. Raunai, tal destino está por encima de los goces

mundanos. ¡Cuán preferibles son las palmas de la inmortalidad a los días oscuros y lánguidos que arrastraríamos en la tierra!

¡Abrázame, niña celeste, abrázame!, exclamó Raunai. ¡Ah! Habré podido probarte mi amor, habré sabido convencerte de una vez que no hay un solo ser en el mundo que sepa amarte como lo hago.

-¿Consientes?

-¿Lo dudas?

-Hombre digno de mí, exclamó Juliette; ven a mis brazos, ven a coger en mis labios los primeros y los últimos besos del amor... ¡Ah!, ¡qué alma la tuya, Raunai, cuánto te amo y cuánto te estimo! No imagines, sin embargo, que te dejo arrastrar al cadalso sin trabajar en tu venganza: le costará la vida al bárbaro que pronuncie tu arresto. Mira este acero, prosiguió sacando un puñal de su seno, no me deja desde que estoy en Amboise, y desde el momento en que estés bajo las cadenas de mi padre, yo me pego a los pasos del duque de Guisa: será preciso que te salve o que perezca él... ¡Oh, cielo!, nos escuchan, dijo Juliette al oír ruido cerca del gabinete del jardín en que tenía la libertad de conversar con su amante... nos escuchan, Raunai; quiera Dios que no seamos traicionados... Ve, corre, haz lo que exijo, y estate seguro de ser vengado antes de que me inmole contigo.

Juliette volvió a casa de la señora de Sancerre sin descubrir la causa de lo que la había asustado; participó su inquietud a la condesa, quien le aseguró que nadie había podido introducirse en el jardín mientras se le permitía recibir en él a Raunai; que el señor de Sancerre y ella estaban demasiado interesados en el misterio para no haber tomado todas las precauciones que podían asegurarlo. Pero Juliette no se tranquilizó. ¿Le obedecería Raunai? Ya no debía volverle a ver y, en tal caso, ¿le haabía dado suficientemente las gracias, le había hecho sentir suficientemente cuán conmovida estaba por un sacrificio tan grande de su parte? Si los amantes normales no terminan nunca de hablarse, ¿cuántas cosas importantes debían quedarles por decirse a éstos?

Raunai estaba lejos de vacilar; lo que había prometido le parecía tan hecho para su hermosa alma que no tuvo un instante de reposo, hasta que el cambio no fue propuesto. En cuanto amanece, vuela a casa del duque de Guisa.

-¿Vos, Raunai, en estos lugares?, le dice el ministro asombrado.

-Sí, señor duque, yo mismo, y la forma en que vengo pone al descubierto, en mi opinión, los intereses que aquí me traen. Cometéis una injusticia, señor, yo la reparo. El barón de Castelnau, a quien retenéis encadenado, no es más culpable que cualquier oficial de vuestro partido que le sirven con el mayor celo; a nosotros correspondía castigarle puesto que ha debido traicionarnos cien veces. Dignaos devolverle a su desventurada hija a la que sumís en la desesperación, y no temáis enemigos tan poco peligrosos como él. Exigid el secreto de la empresa, señor; sólo yo puedo revelároslo; que el barón sea libre: al instante os será descubierto todo; no penséis que quiero hacer escapar una víctima de vuestras manos para engañaros luego. Os pido el puesto y las cadenas del barón, y mi cabeza es vuestra si falto al juramento que hago de decíroslo todo.

-¿Habéis pensado, Raunai, dice el duque, en la imprudencia de vuestro proceder? ¿Os habéis dado cuenta de que, desde el instante en que estabais en Amboise, erais prisionero del rey sin que hubiera necesidad de entregaros vos mismo, y de que desde entonces las condiciones que ponéis por informar sobre lo que deseamos se volvían tanto más inútiles cuanto que los tormentos nos bastan para obtener de vos esas confesiones?

-Si mi gestión es inconsciente, señor, prosiguió Raunai con más orgullo que prudencia, vuestras palabras lo son mucho más; hay que conocer poco la nación, hay que ser, como vos, extranjero en su seno, para ignorar que se puede obtener todo del francés por el honor, pero nada por los suplicios; probadlos, señor, que aparezcan vuestros verdugos, veréis si me arrancan la menor confesión.

-¿Y qué interés tenéis vos en Castelnau?

-El que debiera conmoveros: el deseo de ahorrar una injusticia al hombre que conduce el Estado. ¡Eh!, señor, ¿no os reprocha ya bastante vuestra conciencia sin ensuciaros aún con ésta? Diferencias como las que nos dividen, ¿deben costar tanto? Si los amigos que acaban de perseguir treinta años a nuestra patria se preparasen para abrumarla aún, quizá se arrepintieran de haber sacrificado tantos valientes a divisiones que una sola palabra podría arreglar. Durante las desgracias de Francia es cuando se lamenta a aquéllos que saben servirla. El infortunado barón de Castelnau, tantas veces herido ante vuestros ojos... tantas veces útil al Estado, no merece terminar sus días en un cadalso; os pido una vez más aún su perdón con insistencia, señor, y os renuevo mi palabra de revelaros lo más importante cuando hayáis devuelto a Juliette el objeto más querido de sus deseos.

-No es difícil ver que sólo ella os preocupa en este caso. -Sí, la adoro, y no lo oculto, señor; pero, ¿es para obtenerla por lo que trabajo? Y lo que emprendo, prosiguió Raunai, lanzando sobre el señor de Guisa una mirada enérgica, lo que os propongo finalmente, ¿puede asustar a mis rivales? Mi designio es devolverle un padre, un padre inocente y que ella ama: a este precio os ofrezco la confesión del secreto que os interesa, y vos tenéis mi vida si yo os engaño.

-Raunai, vos amáis a Juliette, dijo el duque con una turbación de la que le fue imposible ser dueño.

-¡Sí, la amo, gran Dios! Ella es el único árbitro de mi existencia; ella sola dirige mi destino; ella es mi gloria en la tierra, mi esperanza en un mundo mejor... ella es mi vida... ella es mi alma, ella es todo, señor, todo para el desventurado que os habla.

-Hubierais podido decirlo con más velos; habríais debido sospechar que era amada por mí, puesto que la he visto; vuestros arrebatos no han sido más que una ofensa, de la que sólo a mí corresponde vengarme.

-Hacedlo, señor, hacedlo, respondió firmemente Raunai, haceos más odioso de lo que sois, acabad de convertir en enemigos vuestros a todos los individuos que habitan Francia, que todo cuanto respira en esta bella parte de Europa sea presa de las viles pasiones que os subyugan, que el ciudadano, pronunciando sólo con horror vuestro nombre, lo maldiga todos los instantes del día, sed a la vez el espanto y la execración de la patria, inundadla con ríos de sangre, cubrid los campos de matanza; pero no os jactéis de triunfar siempre: los franceses encontrarán aún un Marcel que sabrá apuñalar, en el seno de su dueño, los viles aduladores que le gobiernan, temed, si la voz del honor no se ha apagado en vos, con ofrecer por segunda vez esos azotes a Francia. Inmolad hasta el último de nosotros; pero de nuestras cenizas mismas saldrán héroes que sabrán vengarnos[41].

[41] Raunai habla aquí de la anécdota de 1358, cuando Carlos V era regente del reino, durante la prisión del rey Juan tras la batalla de Poitiers. Los descontentos de la capital, con Etienne Marcel, prevoste de los mercaderes, a su cabeza, masacraron en la habitación misma del delfín regente, y a sus Pies, a Roben de

-Retiraos, Raunai, dijo el duque, demasiado buen político para no contenerse tras reproches tan duros y tan merecidos. No puedo deciros nada sin antes haber oído a Castelnau... Juliette debe agradeceros lo que hacéis por ella.

-Ella lo ignora, señor.

-Quiero creerlo; sea como fuere, retiraos... Y con el tono de la ironía más sangrienta:

-Habrá que tratar de conservaros a todos; oficiales tan llenos de ardor deben ser preciosos para el Estado, y no quiero que me miréis siempre como a tirano.

Raunai salió molesto por haberse entregado a movimientos de los que su amor y su orgullo le habían impedido ser dueño, y temiendo que un calor algo excesivo hubiera echado a perder más que servido los asuntos del barón.

En cuanto al señor de Guisa, no tardó en informar a su amigo Sancerre de cuanto acababa de ocurrir. El conde no confesó que conocía la presencia de Raunai en la ciudad, pero persistió en instigar al duque a la clemencia, que creía indispensable dada la situación de las cosas.

-Raunai se inmortalizaba, dijo Sancerre; ese gesto es digno de los romanos... Señor duque, cuando la posteridad cuente su historia junto a la vuestra, dirá: «Raunai, el valiente Raunai, ofreció su cabeza para salvar la del padre de su amada, mientras que un tal duque de Guisa, un extranjero que gobernaba el Estado, creía servirle entonces con una multitud de crímenes y de asesinatos diarios.»

El duque callaba, pero era fácil distinguir en sus ojos una especie de coacción y de embarazo que pintaba la agitación de su alma; estremecido por reproches tan vivos, y que le llegaban de todas partes, sin poder vencer su pasión, sin ocultarse el perjuicio que le causaría en el ánimo de la corte si alguna vez se descubría; pedía consejos al conde, rechazaba los que no favorecían sus deseos; a veces se decidía al sacrificio, un momento más tarde no se oían de él más que amenazas; se sorprendía porque se le resistiesen; quería hacer arrepentirse a quienes lo osaban, y estas oscilaciones perpetuas, este flujo y reflujo tormentoso de un alma, alternativamente dominada por el amor y por el deber, le convertían en el más infortunado de los hombres.

Castelnau fue llamado ante sus jueces; sean cuales fueren las intenciones del duque de Guisa, aquel interrogatorio era inevitable. Por haberle sido imposible al barón ver de nuevo a su hija tras las gestiones de Raunai, sus respuestas no pudieron ser análogas a los deseos de quienes querían salvarle. No había nada que no hubiera emprendido Raunai para participarle sus designios, y para inducirle a declarar según planes concertados entre Juliette y él, pero no lo había conseguido. Castelnau se presentó y sólo pudo actuar por sí mismo. Los dos Guisa y el canciller asistían a la sesión.

Castelnau empezó por reclamar su palabra del duque de Nemours:

-Me juró, dijo, conducirme a los pies del rey: ¿Por qué estoy en cadenas?

Clermont, mariscal de Normandía, y a Jean de Conflans, mariscal de Champagne. Fue este Marcel quien el mismo año quiso entregar París a los ingleses; pero cuando éstos avanzaban hacia la Puerta SaintAntoine, Maillard, fiel ciudadano, cuya estatua debería alzarse sobre ese mismo lugar, salvó a la ciudad y mató al traidor de un hachazo. Hemos construido muchas iglesias después, pero ni un miserable. pedestal a este hombre célebre.

-Todas las palabras que Nemours haya podido datos son vanas, le dijo el duque de Guisa; no hay ningún juramento que pueda considerarse sagrado cuando se hace a un rebelde o a un herético[42].

-Así, pues, replicó Castelnau, no debo tampoco hablar de la carta que tuvisteis a bien escribirme; eso son supercherías y traiciones muy atroces para con un oficial francés.

Fue conminado a responder con la mayor exactitud a lo que iba a serle preguntado, amenazándole con el tormento si alteraba la verdad. Castelnau perdió la serenidad, palideció.

-Tenéis miedo, barón, le dijo al punto el duque de Guisa.

-Señor, respondió con firmeza Castelnau, jamás he temblado ante los enemigos de Francia, vos lo sabéis; pero me intimidan los míos; quizá en el fondo de vuestra alma, sabéis vos la razón mejor que ningún otro. Haced que me devuelvan mis armas, señor duque, esas armas que tanto tiempo me han hecho triunfar a vuestro lado, y que se presente entonces quien pueda acusarme de tener miedo... ¡Ah!, quién sabe, señor, quién sabe si vos no temblaríais más que yo en caso de que el destino os pusiera en mi lugar... No importa, que me interroguen, no responderé por ello con menos exactitud.

Entonces, según el derecho insolente y bárbaro, que los jueces creían tener, de mentir en casos semejantes, le dijeron que Raunai le había acusado. El respondió que era imposible. Le leyeron las declaraciones de La Bigue y de Mazére; él dijo que quienes se envilecían hasta volverse *denunciantes* perdían el derecho a ser oídos como *testigos.*

Obligados a contentarse con esta recusación los jueces le dijeron que, por profesar la religión reformada y haber sido cogido con las armas en la mano, no podía evitar el suplicio último, sino descubriendo a los jefes cuyas órdenes había seguido.

-No ignoro, dijo Castelnau, que mis jueces, en cuyo número veo a mis mayores enemigos, tienen tanto el poder de hacerme perecer como la habilidad necesaria para encontrar los medios; pero detesto la mentira y nada me obligaría a emplearla para salvar mi vida. Hay que conocer bien poco a la nación para osar acusar a los franceses del crimen que se me supone. No, que el Estado, ni el que lo gobierna, teman nada de nosotros: no queremos más que presentar al soberano la lamentable situación de Francia; hacerle ver las campiñas desiertas; a infortunados ciudadanos arrancados de los brazos de sus esposas y arrastrados a las prisiones más oscuras; a los hijos abandonados en las calles, muriendo de hambre y de miseria, reclamando con gritos dolorosos padres que el despotismo les quita[43], a los perversos que aprovechan estos disturbios para asolar a Francia; todas las partes de la administración en desorden; la seguridad de los caminos descuidada; el pueblo abrumado a impuestos; al desgraciado habitante del campo uncido él mismo a su arado por falta de animales que puedan abrir el seno de la tierra a las

[42] El consejo de guerra, presidido por el mariscal de Saint-André, lo había decidido de esta manera.

[43] Poco antes de estos disturbios había habido raptos de niños que no tuvieron la religión por motivo; en los campos se veía a madres desconsoladas huir apretando a sus hijos sobre su seno; otras los ocultaban en agujeros, en matorrales, a donde iban a buscarlos después; la desolación era general. Nunca se llegó a saber completamente el verdadero motivo de tales raptos: se produjeron en cuatro épocas diferentes de los anales secretos de la monarquía: una vez bajo la primera estirpe, luego bajo Luis XI, bajo Francisco II y bajo Luis XV. Se dudó de su existencia, pero por error: ocurrieron con total seguridad en cada una de esas épocas.

raquíticas semillas que va a confiarle, y que no germinarán rociadas con sus lágrimas más que para convertirse en presa de insolentes recaudadores; la sangre del pueblo derramada en todas las ciudades, y, finalmente, el reino en vísperas de ser conquista del enemigo: he ahí, señores, los cuadros que debemos trazar... las desgracias que querríamos pintar... los azotes que querríamos evitar. ¿Suponen tales intenciones proyectos de revuelta? Nacidos franceses, no tenemos necesidad de que nadie nos enseñe cómo debemos acercarnos a nuestros jefes. Uno de nuestros primeros derechos es reclamar su justicia... hacerle oír nuestras quejas: usamos de él... Pero no armados, decís. Cierto, un viajero puede hacerlo cuando tiene que atravesar un bosque lleno de bandidos: ésa es la excusa de nuestras armas, y la creemos legítima. Romped las barreras que alzáis entre el gobierno y nosotros: no se nos verá llegar el más que con reclamaciones en la mano. Esas armas las hemos entregado tan pronto como un general en quien nosotros creíamos poder confiar[44], nos dio su palabra de facilitar nuestros designios: ya véis la estima que debemos tener por promesas que no fueron hechas más que para engañarnos, para arrebatarnos los medios de justificación, y para inventarnos nuevos crímenes. Pero que nadie piense que la nación puede ser engañada mucho tiempo con los proyectos de los Guisa para abrirse un camino al trono; para llegar ahí necesitan por desgracia la sangre y las desgracias del pueblo; pronto verán sus deseos colmados. ¡Ojalá quienes nos sigan se encuentren a gusto con estos peligrosos cambios! Si ocurre lo contrario... y ocurrirá, al menos, tendremos, nosotros, las víctimas inmoladas hoy por vos como tiernas ovejas sin defensa, nosotros tendremos, digo, por consuelo en un mundo mejor la idea de haber perdido nuestra existencia por la felicidad de la patria y por la prosperidad del Estado. Aquí está mi cabeza, hacedla caer bajo vuestros golpes; hela aquí, la ofrezco y la pierdo sin pesar; no es morir llevarse consigo tan halagüeñas esperanzas; es para vosotros esta muerte a la que creéis condenarnos... sólo para vosotros, de quienes la posteridad no hablará sino con horror, mientras que, objetos de su culto y de su admiración, se dignará hacernos llegar hasta los pies del Eterno esos homenajes lisonjeros que su equidad otorga a quien sirve a los hombres.

Se renovaron los interrogatorios: Castelnau se atuvo siempre a las mismas respuestas; le tendieron trampas, imaginando encontrarle en falta en religión... creyendo que un guerrero como él, más dominado por el espíritu de partido que por el amor a la verdad, sería a buen seguro mal teólogo; le preguntaron sobre el dogma.

La erudición de Castelnau confundió a todos sus jueces; entre muchas otras cuestiones le preguntaron por qué le repugnaba creer en la presencia real de la divinidad en la eucaristía.

-Monseñor, dijo el barón al cardenal que le dirigía la palabra, esas especies que vos creéis transubstanciadas en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del hijo de Dios, ¿se corrompen o no tras las palabras del sacerdote?

-Se corrompen, dijo el cardenal.

-Bueno, respondió Castelnau: señor duque, os tomo por testigo de la confesión de vuestro hermano; y vos, señores, ¿querríais, prosiguió, que especies que no serían ya materiales sino que, según vos, contendrían el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor, estuvieran sometidas a la disolución, a las degradaciones de la materia? ¡Ah!, señores, qué espantosa idea tenéis de la grandeza del Eterno. ¡Bajo qué aspecto osáis ofrecérnoslo!

[44] El duque de Nemours.

¿Y cómo puede querer cimentar un gobierno razonable esas blasfemias absurdas con la sangre preciosa de los hombres?

-Barón, dijo el canciller, es fácil ver que os habéis aprendido la lección.

-Me consideraría muy despreciable, respondió Castelnau, sí, teniendo que tomar partido en un asunto que atañe a la salvación de mi alma y a los intereses de mi patria, me hubiera comprometido en él como un estúpido y sin conocer el fondo de la cuestión.

-Cuando frecuentabais la corte, replicó el canciller, parecíais estar menos al tanto de todas esas disputas de controversia.

-Eso es cierto, dijo el barón, pero sufrí desgracias; fui hecho prisionero de guerra en Flandes; esos momentos de vacío hicieron nacer en mí el deseo de instruirme; lo creí necesario y lo hice. A mi vuelta, estuve en vuestra casa, monseñor, continuó el barón mirando al canciller; estabais entonces en vuestra tierra de Leuville; me preguntasteis en qué había empleado el tiempo durante mi prisión, y cuando os respondí que había sido estudiando las Sagradas Escrituras y poniéndome al corriente de las disputas que tanto agitaban los espíritus, aprobasteis mi trabajo y disipasteis las dudas que me quedaban; si mal no recuerdo, estábamos completamente de acuerdo. ¿Cómo es que en tan poco tiempo uno de los dos haya cambiado tanto de manera de pensar que no podamos ya entendernos? Mas entonces vos estabais en desgracia, y hablabais con el corazón en la mano. Desventurado esclavo del favor, ¿por qué, para agradar a un hombre que quizá os desprecia, es preciso que traicionéis hoy a vuestro Dios y vuestra conciencia?

El canciller, confundido, no dirigió este reproche; enemigo de los Guisa y de su manera de gobernar, murió poco después de pesar por haber compartido sus errores. El cardenal de Lorena, advertido de que estaba muy mal, fue a verle; Olivier, harto de fingir, se volvió hacia la pared, y no se dignó siquiera dirigirle una palabra.

Sin embargo, la presencia de ánimo y la firmeza del barón concentraron todas las miradas en él y le atrajeron partidarios. En lugar de pronunciar su condena, el duque le devolvió a la prisión, pero sin explicarse, sin que ni siquiera su amigo el conde de Sancerre pudiera vislumbrar sus resoluciones.

El señor de Guisa sospechaba al barón enterado de sus miras sobre Juliette; veía de sobra Castelnau, no había revelado nada sobre aquello..., que el temor de arrastrar consigo a su desventurada hija le había decidido no hablar del interés personal que el duque tenía en condenarle, si Juliette, cediendo, no rescataba la existencia de su desventurado padre.

Pero este hábil ministro disimuló su forma de pensar; se contentó con prohibir severamente a Raunai y a Juliette ver al barón de Castelnau.

Fue entonces cuado Raunai apareció de nuevo. Dijo al duque que se ponía a sus órdenes, que, una vez acabado el interrogatorio del señor de Castelnau, y por haberle dicho el ministro que volviera a presentarse en ese momento, venía a pedirle inmediatamente la libertad de un hombre de cuya inocencia debían estar convencidos..., permiso para ocupar su puesto en prisión y en el cadalso si no esclarecía al punto lo que parecía desear la corte... en el instante, por supuesto, en que el barón y su hija hubieran puesto fin sin ningún peligro a su estancia en Amboise.

-Si hubierais podido concertaron con Castelnau, dijo el duque, con toda seguridad habría hablado de otra manera; nunca hemos visto protestante más obstinado en su error. No importa, Raunai, acepto vuestro ofrecimiento; pero es preciso que lo que tenéis que

decirme sea revelado delante de Juliette y del barón; ésas son mis órdenes: sobre vuestra cabeza es sobre la que va a pesar el hacha alzada si no descubrís vuestros cómplices y a vuestros jefes.

-Mi persona es inviolable, señor, respondió Raunai, pero, ¿de qué sirve que Juliette se encuentre en esa entrevista, y qué esperáis que diga yo delante de ella y de su padre, si sólo me comprometo a hablar cuando uno y otro estén fuera de las murallas?

-Sea, respondió el señor de Guisa, pero antes es preciso que yo os hable delante de ellos.

-Juliette en vuestra casa... ella... ¿quién me responde? En esta circunstancia... grillos a Juliette... sólo la idea me hace estremecerme.

-¿Tengo necesidad de vos para abrumarla con ellos? Sólo tengo que dar una orden para convertirme en su dueño. -Sí, vos, hombre cruel, lo podéis todo. ¡Bien! Obedeceré, Juliette estará mañana aquí, pero si abusáis de mi confianza, si tenéis la infamia de emplear mi mano para aseguraros la víctima, no sólo no sabréis nada de lo que deseáis saber, sino que nos inmolaremos los dos ante vuestros ojos antes que convertirnos ambos en presa de vuestra insigne cobardía. Hombre demasiado favorecido de la fortuna, no sabéis lo que la desgracia inspira a dos corazones animosos, lo que sugiere, lo que hace emprender; ignoráis cuál es la energía que la desesperación presta al alma; salvadnos del horror de convenceros de ello, no habría ni grillos ni suplicios que pudieran libraros de nuestro furor.

-Siempre duro y siempre desafiante, Raunai, dijo el duque... Salid; recordad mis órdenes; recordad que vuestra muerte es segura si uno u otra escapáis de Amboise antes de que hable con vosotros.

-Adiós.

El primer cuidado de Raunai fue referir a Juliette cuanto acababa de pasar; no disimuló de ningún modo sus temores, la imposibilidad que había de distinguir en las miradas del duque los proyectos que tenía.

-¡Oh, Juliette!, dijo Raunai en la agitación más extrema; ¡si este bárbaro fuera a sacrificarnos a los dos! ¡Si nosotros mismos hubiéramos afilado el hierro con que va a cercenar el hilo de nuestra existencia sin conseguir salvar a Castelnau!

-No temas nada, dijo firmemente Juliette; obedezcamos y dejemos al cielo el cuidado de preservarnos... Lo hará, nunca abandona ni a la desdicha ni a la virtud; Raunai..., aunque estuviera rodeado de todos sus guardias, no se me escapará si quiere traicionarnos.

La hora es llegada... nuestros amantes se abrazan, toman el cielo por testigo de su infortunio, de su ternura... le imploran, se juran juntos si son obligados a ceder por la fuerza, y se aprestan a dirigirse a casa del señor de Guisa. Juliette hubiera deseado ver antes al conde de Sancerre: no había aparecido en su casa aquel día... Esta circunstancia... la del ruido oído en el jardín... todo aquello la inquietaba; pero no se atrevía a manifestar sus temores, sentía la necesidad de inspirar confianza a Raunai y parecía aún más valiente que él.

En el trayecto de la casa del conde a la del ministro les fue imposible no darse cuenta de que les seguían soldados y no les perdían de vista.

-¡Oh, amigo mío!, dijo Juliette a Raunai, precipitándose en sus brazos un momento antes de entrar, estate seguro de que cualesquiera que sean los acontecimientos no te sobreviviré ni un minuto.

Entran, el duque está solo; pero guardias quedan fuera. -Raunai, dice el señor de Guisa, he pensado que la presencia de la que amáis haría más efecto sobre vos que los tormentos, y que el temor a verla abrumada por ellos bastaría para haceros confesar lo que pretendéis saber.

-Así que, abusáis, respondió Raunai, de la confianza que habéis tratado de inspirarme, y lo que habéis exigido de mí sólo ha sido para traicionarme con mayor seguridad. ¿Ignoráis las condiciones en que he consentido informaros? ¿Habéis olvidado que la libertad del barón es su cláusula esencial?

-No imaginaba que uno tuviera que transigir en los grillos. ¿Esas tenemos, señor?, dijo Juliette con firmeza. ¿Y seríais tan cobarde como para obligarnos a temerle?

-Vuestra suerte depende de Raunai, señora, dijo el duque... Que hable, o ahora mismo las puertas del calabozo del barón se cierran tras vos.

-¡Ella prisionera!, dijo Raunai desesperado... guardaos de ello, señor... ¡Ah!, tenéis mucha razón, esa amenaza es más cruel que los tormentos... ¡Pues bien! Sabed...

-Cállate, interrumpe Juliette, ¿no ves que es una trampa? El alma de los traidores resplandece en su rostro... los descubre.

-Raunai, dijo entonces el duque, me habéis engañado, lo sé todo; no tenéis nada que decirme; vuestra única intención era salvar a Castelnau; libre él, y vos en su prisión, esta mujer, a la que adorar... idolatrar quizá incluso, ha sido mi único error... esta mujer, digo, se pegaba a mis pasos, y no los dejaba hasta no tener a su amante o mi vida. ¿Me engaño Juliette?

-No es cierto que este valeroso joven pueda informaros de algo, señor; pero sí lo es, dijo ella haciendo destellar su puñal ante los ojos del duque de Guisa; es cierto que ésta es el arma que nos vengaría a los dos. Ordenad su suplicio o mis cadenas, y conoceréis entonces a Juliette.

-Ya es hora, dijo el duque, sin dejar nunca la flema más entera, ya es hora de que castigue el insolente subterfugio de este impostor, así como vuestros desdenes, señora. Mostraos a Castelnau, venid a ver los tormentos que destino a quienes os son queridos.

¡Qué sorpresa para Juliette y Raunai ver al barón liberado de sus cadenas!

-Amigo mío, mi viejo camarada, le dijo el duque de Guisa, una yo al placer de devolvernos el honor y la vida, el de devolver a vuestras manos tanto a vuestro yerno como a vuestra hija. Vivid, Castelnau; ahí tenéis a Juliette... Y vos, señora, ahí tenéis a vuestro amante, quiero que mañana sea vuestro esposo. Juliette... Castelnau... Raunai, al menos ya no sospecharéis virtudes imposibles en el alma de quienes profesan el culto que aborrecéis.

-¡Oh, gran hombre! Señor duque, dijo Raunai en el colmo de la felicidad, jamás tendrá Francia servidores que se os puedan comparar.

El duque. -Raunai, ¿seré vuestro amigo? *Raunai.-¡Ah!*, mi liberador.

El duque.-Vuestro amigo, Raunai, vuestro amigo: sólo con este título os conjuro a abandonar los errores de que vuestra alma será la triste víctima.

-Raunai, dijo impetuosamente Castelnau, ofrece tu sangre a nuestro liberador... la mía... la de tu esposa; pero no traiciones jamás tu conciencia; no sacrifiques nunca, mediante una retractación humillante, de la que tu alma está lejos, la felicidad eterna que te espera en el seno de nuestra religión pura.

-Id, amigos míos, dijo el duque; presionaros más sería perder el fruto de la acción que acaba de dictarme el corazón. Gozad de vuestra gracia y de mi protección, sólo Dios juzgará nuestras almas.

-¡Ah!, señor duque, exclamó Castelnau, retirándose con su hija y su yerno, que esta tolerancia preciosa os ilumine hasta vuestro último aliento y entonces nuestro desgraciado país no volverá a ver su seno inundado con la sangre de sus hijos; esa sangre, que sólo a la patria es debida, sólo se derramará por ella, y pronto dueña del mundo verá caer el universo a sus pies.

El conde de Sancerre no permitió que la corte ignorase la gran acción del duque de Guisa. Las dos reinas quisieron abrazar a Juliette y Raunai. Fue entonces cuando se les permitió ir a gozar en reposo, a su provincia, la libertad que se les otorgaba, bajo juramento de no alzar jamás las armas contra el Estado. Las reinas abrumaron a Juliette a presentarse. Anne d'Este incluso, que no se había enterado de una parte de las culpas de su esposo sino tras su sublime reparación, quiso ver a su rival; al abrazarla, le rogó que aceptara su retrato.

-Os lo doy, le dijo aquella princesa, para que aumente vuestro triunfo, para que, comparándoos con él, recordéis todos los días cuán asustada debía estar aquélla a quien la nobleza de vuestra alma devuelve la felicidad y la tranquilidad y que os pide, por tantos motivos, que seáis eternamente su amiga.

Este gran rasgo de la generosidad del duque de Guisa no calmó, sin embargo, los disturbios. Dejamos a la historia el cuidado de enseñarlos, y nosotros limitémonos a devolver a su provincia a Castelnau, Raunai y Juliette, donde la prosperidad, la unión más íntima, la existencia más larga y los hijos más hermosos, forjaron para ellos una felicidad sólida, digna recompensa a sus virtudes.

¡Oh, vosotros que tenéis en vuestras manos la suerte de vuestros compatriotas! Ojalá tales ejemplos puedan convenceros de que ahí están los verdaderos resortes con los que se mueve a todas las almas. Las cadenas, las delaciones, las mentiras, las traiciones, los cadalsos hacen esclavos y producen crímenes; sólo a la tolerancia pertenece esclarecer y conquistar los corazones; sólo ella, ofreciéndole virtudes, las inspira y las hace adorar.

NOTA

Una exactitud demasiado escrupulosa por seguir la historia no hubiera añadido ningún tipo de interés a esta novela; ha sido preciso apartarse de ella para privar a este relato, que pertenece más a la ficción que a la realidad del aire de masacre y carnicería que hay en nuestros historiadores. Hemos creado, por tanto, los personajes de Juliette, de Castelnau y de Raunai; así como el gesto del duque de Guisa. Raunai y Castelnau existen no obstante en la historia; los dos perecieron en los cadalsos de Amboise, y no actuaron como los presentamos, a excepción, sin embargo, de Castelnau, cuyo interrogatorio novelesco se parece bastante al de la historia. Hemos hablado muy *poco del príncipe de Condé, porque actuó poco en Amboise; es o demasiado grande, o absolutamente inactivo; por demasiado grande, hubiera aplastado a Castelnau y Raunai,*

sobre quienes queríamos centrar el interés; por inactivo, no hubiera hecho sino enfriar una anécdota... la más ingrata de nuestros anales, impidiendo que de ella resultase una acción enérgica y dramática como debe serlo la de una novela histórica.

LA DOBLE PRUEBA

Hace mucho tiempo que se ha dicho que la cosa mas inútil del mundo era probar a una mujer; los medios de hacerla sucumbir son tan conocidos, su debilidad tan segura, que las tentativas se vuelven completamente superfluas. Las mujeres, como las ciudades de guerra, tienen todas un lado indefenso; sólo se trata de buscarlo. Una vez descubierto, la plaza pronto es rendida; este arte, como todos los demás, tiene principios de los que se pueden deducir algunas reglas particulares, en razón de los diferentes físicos que caracterizan a las mujeres que se ataca.

Hay, sin embargo, algunas excepciones a estas reglas generales, y para probarlas es para lo que se escribe esta historia.

El duque de Ceilcour, de treinta años de edad, lleno de ingenio, de rostro encantador, y, cosa que vale más que estas ventajas, porque hace valer todas las otras, con ochocientas mil libras de renta que gastaba con un gusto y una magnificencia incomparable había puesto en su lista, desde hacía cinco años que gozaba de esta prodigiosa fortuna, a treinta al menos de las más bonitas mujeres de París, y, como empezaba a cansarse, antes de ser totalmente insensible, Ceilcour quiso casarse.

Poco satisfecho de las mujeres que había conocido, al no haber hallado en todas más que arte en lugar de franqueza, aturdimiento en lugar de razón, egoísmo en lugar de humanidad, y jerigonza en lugar de sentido común..., al haber visto a todas buscar exclusivamente motivos de interés o de placer, al no haber encontrado en su posesión más que pudor sin virtud, o libertinaje sin voluptuosidad, Ceilcour se volvió exigente, y para no equivocarse lo más mínimo en un asunto del que dependía el reposo y la felicidad de su vida, decidió poner en práctica al mismo tiempo cuanto podía seducir y cuanto, una vez asegurada su victoria, podía convencerle, destruyendo la ilusión a la que quizá la debía, de lo que realmente le había valido su conquista. Esta clase de maniobra era segura para llevarle a una apreciación racional; pero, ¡cuántos peligros le rodeaban! ¿Había en el mundo una mujer que pudiera resistir la prueba? Y si la embriaguez de los sentidos en que Ceilcour quería sumirla primero conseguía entregársela, ¿resistiría ella en la caída del prestigio, amaría en última instancia a Ceilcour por sí mismo, o no amaría en él más que su arte? La artimaña era muy peligrosa; cuanto más se daba cuenta de ello, más determinado estaba a abandonar de modo irremisible a aquélla cuyo desinterés quedase suficientemente al descubierto, no amando de él más que a él mismo y reduciendo a nada el fasto con que él iba a rodearse en su designio de seducirla.

Dos mujeres centraban entonces sus miradas, y fue en ellas en quienes se detuvo, determinado a escoger a aquélla que le mostrara más franqueza, y, sobre todo, desinterés.

Una de las mujeres se llamaba baronesa Dolsé; era viuda desde hacía dos años de un viejo marido que la había desposado a los dieciséis, y que sólo la había conservado dieciocho meses, sin obtener de ella heredero.

Dolsé tenía uno de esos rostros celestes con que el Albani[45] caracterizaba sus ángeles. Era alta... muy delgada... con cierta dejadez e indolencia en el carácter..., con esa especie de abandono en los modales que anuncia casi siempre a una mujer ardiente que, más ocupada de sentir que de aparentar, sólo parece ignorar que es bella para demostrarlo con mayor seguridad. Un carácter dulce, un alma tierna, un espíritu algo novelesco acababan de convertir a esta mujer en la criatura más seductora que hubiera por entonces en París.

La otra, la condesa de Nelmours, igualmente viuda y de veintiséis años de edad, tenía una clase de belleza que no era igual; una fisonomía marcada, rasgos un poco a la romana, ojos bellísimos, un talle alto y lleno, más majestad que gentileza, menos atractivos que pretensiones, un carácter exigente e imperioso, una inclinación excesiva al placer, mucho ingenio, bastante mal corazón, elegancia, coquetería, y a la espalda, dos o tres aventuras, no lo suficientemente claras para empañar su reputación, pero demasiado públicas, no obstante, para no ser acusada de imprudencia.

De no escuchar más que a su vanidad o a su interés, Ceilcour no hubiera dudado un momento. En París no había posesión de una mujer tan lisonjera como la de la Señora de Nelmours. Arrastrarla a un segundo himeneo era una especie de victoria que nadie osaba pretender; mas el corazón no siempre escucha a este tropel de consideraciones con que el amor propio se nutre: deja que el orgullo las observe, y se decide sin consultarle.

Esa era la pretensión del señor de Ceilcour. Aunque sintiere en sí un gusto bastante vivo por la señora de Nelmours, al analizar el sentimiento que experimentaba reconocía en él más ambición que delicadeza, y mucho menos amor que pretensión.

Examinaba, por el contrario, el impulso que le arrastraba hacia la interesante Dolsé: no encontraba en él más que una ternura pura, desprovista de cualquier otro motivo. En una palabra, quizá hubiera deseado que le creyeran amante de Nelmours; pero sólo de Dolsé quería convertirse en esposo.

Sin embargo, demasiado engañado ya por las apariencias de las mujeres, totalmente seguro, por desgracia, de que apenas se las conocía mejor poseyéndolas, desconfiando de sus ojos, no creyendo ya su corazón, remitiéndose sólo a su cabeza, el duque quiso sondear el carácter de aquellas dos mujeres y no decidirse, como hemos dicho, sino por aquélla de quien le fuera imposible dudar.

Como consecuencia de estos proyectos, Ceilcour se declara primeramente a Dolsé; la veía con frecuencia en casa de una mujer donde ella cenaba tres veces por semana. Esta joven viuda le escuchó primero con sorpresa, y pronto con interés; independientemente de sus riquezas..., título fútil a ojos de una mujer como la baronesa, Ceilcour tenía tantos atractivos y gentileza de ingenio, un rostro tan delicioso, gracias tan conmovedoras... tanta seducción en los modales que era muy difícil que una mujer pudiera resistírsele mucho tiempo.

-En verdad, decía la señora de Dolsé a su amador, es menester que sea yo muy débil o muy loca para haber podido creer que la persona más festejada de Paris haya podido fijarse en mí; es un breve momento de orgullo por el que no dejaré de ser pronto castigada; pero si es esto, decídmelo; engañar a la mujer más franca que habéis encontrado en vuestra vida seria una injusticia horrible.

[45] Francesco Albani (1578-1660), pintor italiano discípulo de Carracci, denominado entre sus contemporáneos el «Pintor de las Gracias».

-¡Yo engañaros!, bella Dolsé, ¿habéis podido creerlo? ¡Qué despreciable seria quien lo intentara con vos! ¿Se concibe la falsedad junto al candor? ¿Puede nacer el crimen a los pies de la virtud? ¡Ah, Dolsé!, creed en los sentimientos que os juro: animados por esas miradas encantadoras de las que saco el ardor, ¿pueden tener otros límites que mi vida?

-Estas palabras son las que decís a todas las mujeres, ¿creéis que no conozco la jerga? ¡Se trata de decir lo que se creen ellas! El sentimiento y el arte de seducir son dos cosas muy diferentes; y, ¿para qué gastar el primero si triunfáis mediante el segundo?

-No, Dolsé, no; vos no debéis saber cómo se engaña, es imposible que os lo hayan enseñado nunca; el amante lo suficientemente frío para sistematizar el arte de seducir no osaría caer a vuestras rodillas; un rayo de vuestros ojos encantadores, destruyendo sus proyectos de victoria, no haría al momento sino un esclavo, y el dios al que habría desafiado le encadenaría pronto a su culto.

Un sonido de voz tan halagüeño, tanta elegancia en el porte, tantos medios de agradar, en una palabra, apoyaban tan bien estas frases, las animaban de tal modo, les prestaban una energía tan viva, que el alma sensible de la pequeña Dolsé no perteneció muy pronto sino a Ceilcour.

Cuando el bribón lo supo atacó prestamente a la condesa de Nelmours.

Una mujer tan consumada, tan llena de ardiles y de orgullo, exigía cuidados de otro género. A Ceilcour, cuyo designio, por otra parte, era probar a las dos, y que sentía por ésta una inclinación tan decidida como por la otra, le costaba más trabajo usar con ella el lenguaje del amor. ¿Puede tener el mismo calor lo que sólo dicta la razón que lo inspirado por el alma?

No obstante, cualquiera que fuese la diferencia de sentimientos de Ceilcour por una y otra de estas mujeres, estaba resuelto a entregarse sólo a aquélla que resistiera la prueba pensada. ¿La resistiría Nelmours? ¡Bueno! Tenía suficientes encantos para consolarle de su rival, y dado que habría tenido más prudencia, no tardaría en ser la más querida.

-Pero, ¿qué es de usted, señora?, le dijo una noche Ceilcour a ésta. Creo que pensáis vivir apartada; antes no había un paseo... un espectáculo que no embellecieseis; volamos a ellos para veros; los dejabais, y todo era desierto... ¿Y por qué aislarse así? ¿Es misantropía, es apaño?

-¡Apaño!, me gusta la palabra; y con quién, por favor, pretendéis que me apaño.

-Lo ignoro; pero conozco de sobra a alguien que querría apañarse con vos.

-No me lo nombréis, os lo suplico; siento odio por todos los apaños...

-¿Es irreconciliable?

-Creo que me tomáis por una coqueta.

-Es el nombre que conviene a la mujer más deliciosa cuya existencia pueda concebirse. Si es así, os lo doy.

Y la condesa, lanzando sobre el duque de Ceilcour miradas tiernas, que apartaba al punto.

-Realmente, respondió, sois el hombre más peligroso que conozco; me había prometido cien veces no veros jamás y...

-¡Y bien!, ¿destruye el corazón los proyectos de la cabeza?

-No, nada de eso; pienso en proyectos prudentes, pero luego mi inconsecuencia los altera; eso es lo que pasa. Analizad eso como bien os parezca, pero, sobre todo, no veáis en ello nada en vuestro favor.

-Al pensar en prohibírmelo, ¿habéis creído acaso que posiblemente hubiera algo destinado a mi orgullo? -¿No conozco de sobra a las gentes pretenciosas como vos? La seguridad que tienen de agradar siempre les hace creer que no pueden dejar de triunfar; las palabras más ligeras de una mujer les parecen declaraciones, una ojeada es una derrota, y su vanidad, siempre presta a captar nuestras vanidades, no ve en ellas nunca sino triunfos. -¡Oh, cuán lejos estoy de pensar así!

-Cometeríais un gran error.

-Y como no quiero sufrirlos a vuestro lado...

-¿Creéis que no os los perdonaría?

-¿Quién sabe hasta dónde alcanza vuestra cólera? Sin embargo, me arriesgaría a ella si estuviera seguro del perdón.

-Os morís de ganas por hacerme una declaración de amor.

-¿Yo?... Ni una palabra; sería el hombre más torpe si quisiera intentarlo... Al veros, conocería todo el imperio de ese sentimiento de. que habláis; él me animaría junto a vos, abrasaría mis sentidos... aunque deseara defenderme de él... pero si tuviera que confesaros todo esto, no encontraría jamás las palabras, ninguna pintaría para mi gusto lo que tan bien sabéis inspirarme, y me vería forzado a arder sin poder pintar nunca mi amor.

-¡Y bien!, ¿no es eso acaso una declaración? -¿Queréis tomarlo así? Es inaudito entonces que no me ahorréis el trabajo.

-De veras, señor, sois el hombre más insoportable que jamás he visto en mi vida.

-¡Vaya!, ved lo que es el imperio de la gratitud en un alma bella... Trato de agradaros, y me abrumáis.

-¿Agradarme? Estáis a cien leguas de ello, ¿no es mucho más natural decir simplemente a una mujer que se la ama o que no se la ama, y no emplear con ella esa jerga ininteligible con la que tratáis de prenderme?

-Suponiendo que tal fuera mi proyecto, no os engañaría desde el momento en que vos me habríais adivinado.

-Es decir, que es preciso que sea yo quien os diga si me amáis o no.

-Por lo menos es preciso que me dejéis ver si no os afligiría demasiado atreviéndome a decíroslo.

-¿Se aflige acaso con esas cosas?

-¿Os interesarían?

-Según.

-¿Qué alentadora sois?

-¿No lo he dicho? Tendré que echarme a sus rodillas.

-O que no os molestéis por verme caer a las vuestras. Y Ceilcour, arrojándose a los pies de su bella amada diciendo estas palabras, estrechaba amorosamente las manos de aquella mujer encantadora y las abrumaba a besos.

-¡Vaya descuido por mi parte!, dijo Nelmours levantándose... No tardaré ocho días en arrepentirme.

-¡Ah!, no preveáis las desgracias del amor antes de haber gustado sus placeres.

-No, no, lo más sencillo es no coger nunca rosas cuando, como yo, se temen las espinas... Adiós, Ceilcour... ¿Dónde cenáis esta noche?

-Lo más lejos que pueda de vos.

-¡Vaya! ¿Y por qué?

-Porque os temo.

-Sí, si me amaseis; pero acabáis de decir que no.

-Sería el más desgraciado de los hombres si pensaseis alguna vez así...

Y como, tras estas palabras la condesa se precipitaba en su coche, tuvieron que separarse; pero no fue sin que ella prometiera al duque de Ceilcour que al día siguiente iría a cenar a su casa.

Entretanto, la interesante Dolsé, muy lejos de creer a su amante a los pies de otra, se alimentaba de la dicha de ser amada. No concebía, según decía a la criada con la que tenía mayor confianza, cómo había podido con tan pocos atractivos conseguir cautivar al hombre más amable del mundo... ¿Por qué merecería ella sus cuidados? ¿Qué haría para conservarlos? Y si el duque era voluble, ¿no moriría ella de dolor? Nada tan real como lo que decía esta encantadora mujercita, mucho más enamorada de lo que creía: una inconstancia conocida de Ceilcour se habría convertido, sin duda, en el golpe mas horrible que hubiera podido recibir.

En cuanto a la condesa de Nelmours, nada trágico en sus sentimientos: se jactaba de una conquista como la que acababa de hacer, pero no perdía la calma. ¿Ceilcour la tomaba a título de amante? El placer de humillar a veinte rivales era un goce delicioso para su orgullo... ¿Que se casaba con ella? Era divino convertirse en la mujer de un hombre que poseía ochocientas mil libras de renta. Así, el interés o la vanidad, hacían para ella las veces del amor; mas a pesar de éstos sus proyectos de resistencia no eran menos meditados. Si el duque sólo quería convertirla en amante, era esencial hacerle languidecer; cuanto más tratara él de hacerse digno de agradarla, más se fijarían en ella todos los ojos. Rindiéndose enseguida, aquello podía ser asunto de dos días, y en lugar de un triunfo, no encontraría más que humillación. Mayor importancia tenía aún el defenderse bien suponiendo que Ceilcour tuviera el matrimonio por meta: ¿No renunciaría a sus proyectos si obtenía de las manos del amor lo que deseaba tener sino del himeneo? Había, pues, que adivinar sus intenciones, retenerle..., moderarle si se inflamaba demasiado... reanimarle si escapaba. De este modo la astucia, la coquetería, el arte y la falsía debían ser las armas que debía usar, mientras que la tierna Dolsé, entregada por entero a su candor, no iba a mostrar mas que verdad..., inocencia y ternura. Pero la condesa estaba sola al formar todos estos proyectos: pronto vamos a ver si lo que una mujer como ella resuelve en el silencio de sus pasiones se cumple cuando se las inflama.

Tal era la situación cuando el duque, decidido a la primera parte de su prueba, resuelve empezar por la baronesa. Era entonces en el mes de junio, época en que la naturaleza se desarrolla con tanta magnificencia. Ceilcour invita a la baronesa a pasar dos días en una finca soberbia que él tenía en los alrededores de París, donde pensaba seducirla con todo lo que pudiera inventar de más elegante, y conocer suficientemente su alma en esta primera aventura como para adivinar de antemano cuál sería el resultado de la prueba que luego intentaría como desenlace.

Ceilcour, el más galante, el más magnífico de los hombres, y uno de los más ricos, no ahorró nada para hacer la fiesta que destinaba a Dolsé tan agradable como magnífica. La condesa, que no debía formar parte del viaje, ignoró incluso el proyecto, y el duque había tenido cuidado de incluir en los acompañantes que destinaba a la baronesa sólo a mujeres tan por debajo de ella que ninguna quedara sorprendida por el incienso que iba a ofrecer a sus pies; en cuanto a los hombres, el duque estaba seguro de ellos... Todo iba, pues, a doblegarse ante el ídolo, sin que hubiera en ello nada alarmante para el amador, ni nada que debiera eclipsar a la amada.

Dolsé se llamaba Irene: unos fuegos artificiales ofrecidos a esta amable viuda el día de su santo eran el pretexto para la diversión preparada.

Ella llega: a una legua del castillo se dejaba la ruta para entrar en las avenidas. Un carro de nácar, formando una especie de trono cubierto por un pabellón verde y oro, enjaezado con seis ciervos adornados de flores y de cintas, guiado por un muchacho representando al amor, esperaba a la baronesa al borde del camino; es raptada de su cohe y llevada al trono por doce muchachas bajo el emblema de los fuegos y la risas; cincuenta caballeros armados a la antigua escoltan el carro lanza en ristre; y todo llega hendiendo los aires.

Apenas llegados a los patios del castillo, una mujer alta, vestida como en los tiempos de la caballería, escoltada por doce vírgenes[46] y precedida de Ceilcour, acude a recibir a la baronesa al salir de su carro y la acompaña hasta los bajos de la escalinata. Nuestro hombre, vestido de caballero, más hermoso que Marte bajo este atavío, y a quien se hubiera tomado por el valiente Lancelot del Lago, esa estrella de la Tabla Redonda, dobla una rodilla ante la baronesa cuando la ve entrar y la introduce en los edificios.

Allí todo está preparado para uno de esos festines que antaño se denominaban *corte plenaria;* las salas estaban llenas de mesas adornadas de diversa suerte. En el momento en que Dolsé aparece, se dejan oír las fanfarrias, los óboes, las flautas, comienzan las albadas, los ministriles; los malabaristas acuden para hacer mil números encantadores, y los trovadores cantan por todas partes las alabanzas de la heroína celebrada. Ella entra, por último, con su caballero en una última sala donde la esperaba la comida más deliciosa, servida en una mesa muy baja, rodeada de tumbonas. Las vírgenes le ofrecen agua en aguamaniles de oro que contienen los más suaves perfumes y sus hermosos cabellos que llegan al suelo le sirven para enjugarse. Entonces cada caballero elige una dama para comer en su mismo plato[47],y como fácilmente se adivina, Ceilcour y Dolsé se encuentran

[46] Así se llamaban *[pucelles]* las muchachas vinculadas a los Grandes; las damas de honor cumplieron ese papel hasta el reinado de Luis XIV; pero por haber abusado este monarca de esa especie de serrallos, las reinas consiguieron que no hubiera más que *pucelles* en la corte.

[47] Era la costumbre. Véanse las novelas de caballería.

pronto juntos. A los postres, los trovadores reaparecen para entretener a la baronesa con endechas e improvisaciones.

Acabada la comida, pasan a una liza preparada; es una llanura inmensa, cuyos lejos adornan pabellones soberbios; mas la parte destinada a los combates está rodeada de anfiteatros cubiertos de tapices verde y oro. Los heraldos de armas recorren la carrera, anunciando un torneo en el que *se harán proezas.* Los jueces de campo acuden a inspeccionar la liza. Nada iguala la belleza de estos preparativos, y, sobre todo, del panorama: a un lado se ven los trofeos, en los que apenas puede uno fijar la vista por el destello de los rayos del sol que se reflejan por todos lados; además, los caballeros que se, arman, que ensayan, un pueblo innumerable, y mientras los ojos maravillados no saben dónde dirigirse preferentemente, el aire resuena a lo lejos por la multitud de instrumentos dispersados en cada rincón de la llanura, a los que se une el ruido confuso de los aplausos y de las aclamaciones.

Entretanto, las mujeres llenan las escalinatas; la baronesa da la señal, y justas *a la foule*[48] comienzan el torneo. Cien caballeros verde y oro son los paladines, llevan los colores de la baronesa; un número igual, rojo y azul, son los asaltantes: éstos parten con impetuosidad, diríase que sus corceles, al no hallar la tierra bastante pronta para llevarlos contra el enemigo, acaban de lanzarse a los aires. Se abaten sobre los paladines... Los caballeros se mezclan, los caballos relinchan..., las armas se rompen, unos derriban a sus enemigos, otros, mezclados en el polvo, sólo se distinguen por los esfuerzos que hacen para impedir ser aplastados. A este desorden terrible se mezclan el ruido de los tambores, los gritos de los reunidos; todos los guerreros de las partes esquinas del mundo parecen haberse reunido en esta llanura para inmortalizarse a los ojos de Belona y de Marte.

Este combate, del que los verdes han salido victoriosos, cesa para dejar sitio a las justas regladas.

Caballeros de todos los colores, conducido cada uno por su dama que lleva de una brida de nudos de flores el corcel de su amante, avanzan unos contra otros, y combaten así algunas horas. Un héroe se presenta a la postre, va vestido de verde, desafía a todo aquél que se presente en la liza... anuncia altivamente que nada iguala la belleza de Dolsé; disputan con él, y más de veinte guerreros, derribados, se ven obligados a ir a confesarse vencidos a los pies de la heroína de Ceilcour, que impone a todos diferentes condiciones cumplidas por ellos al instante.

Habiendo ocupado todo el día esta primera parte del espectáculo, la señora de Dolsé, que aún no había tenido tiempo de verse, es llevada a sus habitaciones, donde Ceilcour le pide permiso para ir a recogerla dentro de una hora para enseñarle sus jardines durante la noche. Esta proposición alarma por un instante a la ingenua Dolsé.

-¡Oh, cielos!, le dice Ceilcour, ¿no conocéis acaso las leyes de la caballería? Una dama está a salvo en nuestros castillos como en su propio palacio; el honor, el amor y la decencia, ésas son nuestras leyes, ésas son nuestras virtudes; cuanto más nos inflama la belleza que servimos, más nos encadena el respeto a sus pies.

Dolsé, sonriendo a Ceilcour, promete, pues, acompañarle a cualquier parte que tenga él el designio de guiarla, y todos van a prepararse para el segundo acto de esta agradable fiesta.

[48] Expresión consagrada: es decir, que todos justaban juntos.

A las diez de la noche, Ceilcour va en busca del objeto de sus cuidados; las conchas de fuego que iluminaban la ruta que debían seguir, formaban, mediante diferentes cordones de luz, los dos nombres enlazados del amador y de la amada en medio de los atributos del amor: fue así como llegaron a la sala del espectáculo francés, donde los principales actores de este teatro representaron *Le Séducteur y Zéneide.* Al salir de la comedia, pasaron a otra parte del parque.

Allí se encuentra una sala de festín deliciosa cuyo interior no está decorado más que por guirnaldas de flores naturales, entrelazadas en un millón de bugías.

Durante la comida, un guerrero montado y armado con todas las piezas aparece y viene a desafiar a uno de los caballeros que se encuentra a la mesa; éste se levanta, le visten con sus armas; los dos combatientes suben a una explanada frente a la mesa de la cena, y ofrecen a las damas el placer de verles batirse de tres maneras diferentes; hecho esto se ve volver en tropel a los malabaristas, a los trovadores, a los ministriles, y cada uno con su arte divierte a la reunión hasta el fin de la comida; mas todo está referido a Dolsé: pantomima, verso, música, todo la canta, todo la celebra, todo es análogo a sus gustos, sólo se trata de ella.

Lejos de ser insensible a tanta delicadeza, sus ojos, llenos de amor y de gratitud, pintan a su caballero los sentimientos que la agitan...

-Hermoso sire, le dice ingenuamente, si todavía estuviéramos en esas épocas tan renombradas, creo, en verdad, que me habríais escogido por dama vuestra...

-Angel celeste, le respondió en voz baja Ceilcour, en cualquier época que hubiéramos vivido, estábamos destinados el uno para el otro; dejadme gozar el encanto de creerlo mientras espero el de convenceros de ello.

Tras la cena pasaron a una sala diferente, y ésta, adornada sin arte, ofrece al natural las diversas decoraciones necesarias para dos deliciosas óperas de Monvel, que los mejores comediantes italianos escenifican allí ante los ojos mismos del amable autor de las dos piezas, el cual, más amable aún en sociedad de lo que delicioso es en sus ingenuas y encantadoras obras, había tenido a bien encargarse de los planes y de la ejecución de esta brillante fiesta.

La aurora viene a iluminar el desenlace de la segunda pieza, y vuelven al castillo.

-Señora, dice Ceilcour a la baronesa, al devolverla a su habitación, perdonad si sólo puedo concederos unas pocas horas de sueño; pero los caballeros de esta fiesta, que no están animados más que por vuestros ojos, que no combaten con ardor sino cuando han merecido vuestros elogios, no quieren emprender mañana la importante conquista de la torre de los gigantes si no están seguros de vuestra presencia... ¿Les negaréis este favor? Mejor enterado que ellos de lo que debe rematar esta singular aventura, no debo dejaros ignorar que esta presencia, siempre tan deseada por doquiera, resulta completamente esencial: el caballero de las armas negras, gigante furioso de esa torre, que nos asola junto con los suyos desde hace muchos años... que a veces viene a hacer incursiones hasta las puertas mismas de mi castillo, en fin, ese peligroso caballero, obligado a ceder ante el ascendente de vuestra estrella, perderá la mitad de sus fuerzas tan pronto como haya visto vuestros encantos. Apareced, pues, bella Dolsé, y que cuanto os rodea pueda decir conmigo que, estableciendo por siempre el amor y el placer en nuestros dichosos climas, trajisteis a ellos al mismo tiempo la cama y la tranquilidad.

-Os seguiré siempre, caballero, dijo la baronesa, y ojalá esa calma de que creéis que dispongo, se encuentre con más seguridad en todos los corazones de lo que reina ahora en el mío.

Dos grandes ojos azules llenos de ardor se fijan, al decir estas palabras, sobre los de Ceilcour, y llevan al fondo de su corazón dardos divinos que no se apagarán jamás.

La señora de Dolsé se acostó en medio de gran agitación; tanta delicadeza, cuidados, galantería por parte de un hombre al que ella idolatraba, acababan de sumir sus sentidos en una especie de delirio que jamás había experimentado; y como después de cosas tan resplandecientes, le parecía imposible que aquél que le llenaba por entero no ardiese en el mismo sentimiento, se entregó indefensa a una pasión que no parecía ofrecerle más que delicias y que, sin embargo, le preparaba muchos males.

En cuanto a Ceilcour, firme en su proyecto de prueba por más profundidad que tuviera la llaga que acababan de abrir las tiernas miradas de una mujer tan hermosa, resistió y se prometió con más firmeza que nunca no entregarse sino a la más digna de encadenarle eternamente.

Desde las nueve de la mañana, los clarines, los címbalos, los cornos, las trompetas, llaman a los caballeros a las armas y despiertan a la baronesa... Demasiado emocionada por haber pasado una buena noche, pronto está preparada para la partida; desciende, Ceilcour la esperaba; cincuenta caballeros verdes armados con todas sus piezas toman al punto la delantera; la baronesa y Ceilcour les siguen en una calesa del mismo color, tirada por doce pequeños caballos sardos, igualmente pintados de verde, revestidos de arneses de terciopelo cosido en oro. Apenas llegan al bosque que el caballero de las armas negras había convertido en su residencia, a casi cinco leguas del castillo de Ceilcour, ven a seis gigantes armados de mazas, montados en caballos enormes, abatiendo a sus pies a los cuatro caballeros que galopaban en vanguardia.

Todo se detiene: Ceilcour y su dama avanzan hasta la cabeza del destacamento y desde ella parte un heraldo de armas con orden de preguntar al gigante de la torre negra, uno de los que acababan de aparecer, si es lo suficiente descortés para negar la entrada en sus Estados a la dama del Sol, que viene a invitarle a cenar con el caballero de las armas verdes, que tiene el honor de servirla.

El heraldo avanza: el caballero se aproxima igualmente a la linde del bosque; su talla, su maza, su caballo, su rostro, sus gestos... todo impone, todo es horroroso; la entrevista se realiza a la vista de ambos partidos, y el heraldo vuelve para decir que nada puede doblegar a *Catchukricacambos.*

-Los rasgos luminosos de la dama del Sol, había dicho, ya me han arrebatado la mitad de mi poder; lo experimento, nada resiste al poder de sus ojos; pero lo que queda de mi libertad me es demasiado querido para consentir en perderlo sin defenderlo; corred, pues, a decir a esa dama, había añadido el gigante, que de mí no habrá nada que no obtenga por la fuerza, y aseguradle que combatiré con tanto ardor a los guerreros que la acompañan como evitaré miradas..., uno solo de cuyos rayos bastaría para encadenarme a sus rodillas.

-¡Al combate.... al combate, amigos míos!, exclama Ceilcour, abalanzándose sobre un soberbio caballo, y vos, señora, seguidnos de cerca, puesto que vuestros ojos deben

asegurarnos la victoria; con un enemigo tan poderoso como éste que vamos a combatir, conviene emplear a la vez la fuerza y la astucia.

Avanzan; los gigantes se multiplican; se los ve salir de todos los rincones del bosque; los caballeros verdes se dividen para estar en condiciones de hacer frente a todo; presionan los flancos de sus fogosos corceles, saben disminuir el ascendiente de sus enemigos mediante la astucia y la rapidez, y les dirigen golpes que no pueden evitar personas a las que embarazan su talla y el peso de las armas. La heroína sigue de cerca a los que combaten por ella; lo que su hierro evita, sus hermosos ojos lo destruyen... Todo cede..., todo se retira en desorden; los vencedores arrollan a los vencidos en lo más espeso del bosque, y llegan, por fin, junto a un claro, en medio del cual está situado el castillo de *Catchukricacambos.*

Era un amplio y alto pabellón, flanqueado de cuatro torres de un mármol negro como el azabache; sobre los muros se veían, simétricamente colocadas, iniciales y trofeos de armas en plata; un foso rodeaba el edificio, en el que sólo se penetraba por un puente levadizo; en el momento en que los enanos negros que guarnecían lo alto de las torres divisan la calesa de la dama del Sol, hacen llover sobre ella una nube de pequeñas flechas de ébano, en cuyas puntas había un gran ramo. En diez minutos, Dolsé, su coche, sus caballos, y más de cuatro toesas en torno a ella, se encuentran cubiertos de rosas, de jazmines, de lilas, de junquillos, de claveles y de tuberosas... apenas se la descubre bajo aquellas masas de flores.

Sin embargo, ya no se ve un solo enemigo; todo ha entrado en el castillo, cuyas puertas se abren al instante. Ceilcour llega entonces conduciendo, encadenado por una cinta verde, al caballero de las armas negras que tan pronto como se ve junto a la baronesa se precipita a sus pies y se reconoce en voz alta su esclavo. Le suplica honrar su vivienda con su presencia y todos entran, vencedores y vencidos, todos penetran en el castillo a los sonidos de los címbalos y de los clarinetes.

Llegada al patio interior, la baronesa se apea y pasa a salas magníficamente decoradas donde la reciben, inclinándose, sesenta mujeres, esposas de los caballeros vencidos, y que parecen tener más de ocho pies de alto. Cada una de estas mujeres sostiene un cestillo lleno de los más bonitos presentes, pero formados todos ellos, sin embargo, de cosas simples, aunque singulares y raras, a fin de no herir la delicadeza de Dolsé, que no hubiera aceptado joyas de precio: eran flores y frutos naturales de la más bella y de la más rara especie; los había de todas las partes del mundo. Ropas de mujeres, asimismo, de las distintas clases de todos los países posibles, una inmensidad de cintas de todos los colores, figurillas de alcorza, confituras, treinta cajas de esencias, de pomadas y de flores de Italia, las puntillas mas soberbias, flechas y carcajes de salvajes, algunas antigüedades romanas, vasos griegos muy preciosos, ramos de plumas de todos los pájaros de la tierra, sesenta pelucas de mujer, tanto de nuestras modas como de las de otras naciones del mundo, quince clases diferentes de pieles y más de treinta parejas de pequeños animales raros de sorprendente belleza, entre los cuales se veían tórtolas amarillas y lilas de China, más allá de todo elogio, tres servicios completos de porcelanas extranjeras y dos de Francia, cajas de mirra, de áloe y de muchos otros perfumes de Arabia, entre los que estaba el nardo que los israelitas sólo quemaban ante el arca del Señor, una hermosa colección de piedras preciosas, de cajas de canela, de azafrán, de vainilla, de café, en las especies más raras y más indígenas con toda seguridad, cien libras de bugías color de rosa, cuatro mobiliarios completos, uno de satén verde brocado en oro, uno de damasco

de tres colores, uno de terciopelo, el cuarto de Pequín, seis tapices de Persia, y un palanquín de indias.

Cuando la baronesa ha visto todo, los gigantes ordenan simétricamente estos objetos sobre un anfiteatro preparado en la sala del festín; entonces el caballero de las armas negras se adelanta y, doblando la rodilla ante Dolsé, le suplica que acepte aquellos dones, asegurándole que son las leyes de la guerra, y que él los hubiera exigido de su enemigo si hubiera sido lo bastante afortunado para vencerle. Dolsé se ruboriza... quiere defenderse; lanza sobre su caballero miradas en las que reina a la vez el apuro en medio de mucho amor... Ceilcour oprime las dos manos de aquella encantadora mujer, las cubre con sus lágrimas y sus besos; la conjura a no afligirle hasta el punto de despreciar bagatelas de tan leve importancia; lágrimas involuntarias corren de los hermosos ojos en los que Ceilcour se abrasa más y más. La baronesa no tiene fuerza para decir sí. .., pero su gratitud lo expresa, y con esto vale.

Otras escalinatas, frente a aquéllas en que están expuestos los presentes, se llenan al punto de gigantes vencidos. *Catchukricacambos* pide a la baronesa que les sea permitido ejecutar algunos trozos de música compuestos por él.

-Carente de armonía, señora, añade, este arte sublime no puede ser ejercido en nuestros bosques como en el seno de vuestras brillantes ciudades; pero vos les haréis señal de callarse tan pronto como os desagraden.

Y en el mismo instante se deja oír la obertura de *Iphigénie,* ejecutada con tanta mayor precisión cuanto que quienes la tocan son los mismos que la ejecutan en la Opera.

Se ponen a la mesa al sonido de esta música deliciosa que varía sus trozos y que hace oír alternativamente a dos de los mayores maestros de Europa. Los enanos negros y los gigantes son los únicos que sirven la comida, a la que no son admitidos más que los caballeros vencedores y algunas mujeres del cortejo de la baronesa. La magnificencia, la delicadeza y el lujo presiden todos los servicios, y *Catchukricacambos,* a quien se le ha permitido hacer los honores, cumple este cometido con tantas gracias como elegancia.

Al salir de la mesa, este noble gigante pregunta a la baronesa si una partida de caza en su bosque podría proporcionarle alguna satisfacción. Arrastrada de placer en placer, creyéndose en un mundo nuevo, acepta todo con aire de alegría; los vencedores se mezclan a los vencidos, y se coloca a la dama del Sol en un trono de flores, elevado sobre un cerro que domina todos los caminos del bosque que conducen al castillo de mármol negro.

Apenas está ella allí cuando más de sesenta ciervas blancas adornadas con gruesos nudos de cinta rosa, que parecen perseguir los cazadores, vienen a echarse a sus pies, donde monteros los encadenan con trenzas de violetas.

Sin embargo, la luz baja..: las trompetas hacen sonar la partida; todos los caballeros, amigos o enemigos, han vuelto ya de la caza y parecen esperar sólo las órdenes de su jefe. Ceilcour ofrece la mano a su dama para ayudarla a subir de nuevo a la bonita calesa que la ha traído. Al instante las puertas del castillo negro se abren con estrépito: un carro inmenso sale de él; es una especie de teatro ambulante tirado por doce caballos soberbios, sobre el cual están ordenados en forma de decorado todos los dones hechos a la dama del Sol; cuatro de las más hermosas gigantas prisioneras son encadenadas a las cuatro esquinas del carro con guirnaldas de rosas; esta soberbia máquina pasa la primera.

Se disponían a seguirla cuando Ceilcour ruega a la baronesa volver una vez más aún sus miradas hacia el castillo del gigante que acaba de darle de cenar... Ella mira: el edificio está ya casi todo entero consumido por el fuego; desde lo alto de las ventanas, desde la explanada de las torres, se precipita por grupos, en medio de las llamas, aquella innumerable cantidad de pequeños negros a los que se vio servir en la comida; piden ayuda, lanzan gritos que, mezclándose a los silbidos de los torbellinos abrasados, hacen aquel espectáculo tan majestuoso como imponente. La baronesa se asusta; su alma compasiva y dulce no puede sufrir nada de lo que parece afligir a sus semejantes; su amante la tranquiliza; le prueba que todo cuanto ve no es más que artificio y decorado... Ella se calma; el edificio está en cenizas, y vuelan al castillo.

Todo está preparado para un baile. Ceilcour lo abre con Dolsé, y se siguen las danzas al son de los instrumentos más variados y más agradables.

Mas, ¿qué golpe imprevisto parece trastornar la fiesta? Son aproximadamente las diez de la noche cuando un caballero aparece; está alarmado. *Catchukricacambos,* dice, para vengarse del trato que ha recibido, de las contribuciones que se le han impuesto y del incendio de su castillo, llega a la cabeza de un ejército numeroso para aniquilar al caballero de las armas verdes, a su amada y sus posesiones.

-¡Vamos, señora!, exclama Ceilcour, ofreciendo su mano a Dolsé, vamos a ver si es cierto antes de asustarnos... Abandonan el baile tumultuosamente llegan a la entrada de los parterres, y vislumbran al punto en la lejanía cincuenta carricoches de fuego, todos enjaezados con animales del mismo elemento, y cuyas formas son extraordinarias. Aquella formidable legión avanza majestuosamente... Cuando está a cien pasos de los espectadores, de cada uno de aquellos carros mágicos parte una nube de bombas, de la que brota al estallar en los aires una lluvia de marcasitas que, al volver a caer, forma las iniciales de Ceilcour y de Dolsé.

-Es un enemigo galante, dice la baronesa, y ya no le temo.

Sin embargo, el fuego no cesa; masas enormes de cohetes y de haces de fuego se suceden rápidamente; el aire está abrasado. En ese momento, se ve a la Discordia descender en medio de los carros; los divide con sus serpientes; ellos se separan... se alejan y ofrecen el espectáculo sublime de un carrusel... ejecutado por los carricoches de fuego; insensiblemente esos carros se mezclan, se confunden, se envían mutuamente grandas; algunos chocan entre sí, se vuelcan, se estrellan, más de otros treinta, cogidos por grifos y águilas monstruosas se lanzan impetuosamente a los aires, donde estallan a más de quinientas toesas; cien grupos de Amores escapan entonces de sus desechos, formando guirnaldas de estrellas; descienden insensiblemente sobre la terraza en que está la baronesa, allí permanecen más de diez minutos suspendidos sobre su cabeza, llenando el parque entero de un grado de luz tan vivo que el astro mismo hubiera resultado pálido; una música de las más dulces se deja oír, y este artificio majestuoso, sostenido por los encantos de la armonía, seduce a tal punto la imaginación que se vuelve imposible no creerse o en los campos del Elíseo, o en ese paraíso voluptuoso que nos ha prometido Mahoma.

Una profunda oscuridad sucede a estos fuegos deslumbrantes; regresan a la casa. Pero Ceilcour, que cree llegado el momento de la primera parte de la prueba que destina a su amada, la arrastra suavemente bajo un bosquete de flores donde asientos de césped reciben a los dos.

-¡Y bien!, hermosa Dolsé, le dice, ¿he podido conseguir disiparos por un momento, y debo temer que os arrepintáis de la complacencia que habéis tenido de venir a aburriros dos días al campo?

-¿Puedo tomar esa pregunta de otro modo que como una burla, dice Dolsé, y no debo enfadarme viéndoos emplear conmigo un tono distinto al de la sinceridad? Habéis hecho cosas extravagantes, y debiera reñiros por ellas.

-Si el único ser que amo en el mundo ha podido gustar un instante de placer, cuanto he hecho, ¿puede tratarse como vos decís?

-No se imaginó nada más galante, pero esa profusión me ha desagradado.

-Y el sentimiento que me inspiró todo, ¿os ha molestado también?

-¿Queréis adivinar mi corazón?

-Desearía mucho más, querría reinar en él.

-Estad bien seguro al menos que nadie podría tener más derecho a ello.

-Eso es alentar la esperanza junto a la incertidumbre,, y turbar todos los encantos de la una con los tormentos horribles de la otra.

-¿No sería la más desgraciada de las mujeres si creyera en el sentimiento que vos tratáis de pintar?

-¿Y yo no sería el más infortunado de los hombres si no consigo inspirároslo?

-¡Oh!, Ceilcour, queréis hacerme llorar toda mi vida la felicidad de haberos conocido.

-Querría hacéroslo querer, querría que este instante de que habláis fuera tan precioso para vos como lo son para mi corazón todos aquéllos en que el amor me clavó para siempre a vuestros pies.

Y Dolsé, derramando algunas lágrimas:

-Vos no conocéis mi sensibilidad, Ceilcour... no, no la conocéis... ¡Ah!, no acabéis de extraviar mi razón si no estáis seguro de merecer mi corazón... vos no sabéis lo que me costaría una infidelidad... Miremos todo lo que ha pasado como frases ordinarias..., como placeres que pintan vuestro gusto y vuestra delicadeza, por las que os quedo muy agradecida, pero no vayamos más lejos; prefiero, para mi tranquilidad, veros como el más amable de los hombres, que estar obligada un día a miraros como el más cruel; mi libertad me es querida, jamás su pérdida me ha costado lágrimas, y las derramaría muy amargas si no fuerais mas que un seductor.

-¡Qué injuriosos son vuestros temores, Dolsé, qué horrible es para mí verlos en vos, cuando hago todo por destruirlos! ¡Ah!, lo siento, siento que esos rodeos no están hechos sino para informarme de mi destino... Es preciso que renuncie a traspasar a vuestra alma los fuegos que devoran la mía... es preciso que encuentre la desgracia de mi vida donde yo desearía la felicidad... y seréis vos... seréis vos, cruel, quien habréis destruido toda la dulzura de mi existencia!

La oscuridad no permitió a Ceilcour ver entonces el estado de su bella amada, pero ella estaba cubierta de llanto... los sollozos cortaban su respiración... Quiere levantarse y salir del bosquete; Ceilcour la detiene y obligándola a sentarse de nuevo.

-No..., no, le dice, no huiréis sin que yo sepa a qué atenerme... Decid qué debo esperar, devolvedme la vida o hundid ahora mismo un puñal en mi seno... ¿Mereceré un

día algún sentimiento de vos, Dolsé... o he de resolverme a morir de desesperación por no haber podido enterneceros?

-Dejadme, dejadme, os lo suplico, no arranquéis una confesión que no aportará nada más a vuestra felicidad y que perturbará toda la mía.

-¡Oh, justo cielo! ¿Es así como yo debía ser tratado por vos? Os entiendo, señora..., sí pronunciáis mi condena... aclaráis mi horrible suerte... ¡Pues bien!, soy yo quien va a dejaros quien va a ahorraros el horror de estar por mas tiempo con un hombre al que odiáis.

Y al pronunciar estas palabras Ceilcour se levanta. -¡Yo, odiaros!, dijo Dolsé reteniéndole a su vez... ¡ah!, sabéis de sobra lo contrario... Vos lo queréis... pues bien, sí... os amo... Ya está dicha esa palabra que tanto me costaba... pero si abusáis de ella para mi tormento... si alguna vez amáis a otra... me precipitaréis en la tumba. -¡Momento el más dulce de mi vida!, dijo Ceilcour cubriendo de besos las manos de su amante... La he oído, he oído esa palabra halagüeña que va a constituir toda la alegría de mi vida! Y estrechando las dos manos que tiene sobre su corazón: ¡Oh, vos, a quien adoraré hasta mi último suspiro, prosigue con vehemencia, si es cierto que he podido inspiraros algo, ¿por qué vacilaríais en convencerme de ello... por qué dejar para otros momentos la posibilidad de ser feliz? Este asilo solitario... el silencio profundo que reina en torno nuestro... este sentimiento en que los dos ardemos... ¡Oh, Dolsé! ¡Dolsé! No hay más que un instante para gozar, no lo dejemos escapar.

Y, diciendo estas palabras en las que se pinta el ardor de la más viva pasión, Ceilcour estrecha fuertemente en sus brazos el objeto de su idolatría... Pero la baronesa, escapándose.

-Hombre peligroso, exclama, sabía de sobra que no querías más que engañarme... Déjame huir, pérfido... ¡Ah!, ya no eres digno de mí...

Luego, continuando con furor:

-Esa es la promesa de amor y de respeto... ésa es la recompensa de la confesión que me has arrancado... ¡Es para contentar un deseo para lo que me has juzgado digna de ti! ¡Cómo me has despreciado, cruel! ¿Debía acaso esperar ser vista por Ceilcour sólo bajo este aspecto insultante? Vete a buscar mujeres lo bastante viles para no querer de ti más que placeres, y déjame llorar el orgullo que había puesto en poseer tu corazón

-¡Criatura angélica!, dice Ceilcour cayendo a los pies de aquella mujer celeste... no, no lloréis la posesión de este corazón al que vos os dignáis conceder algún precio! Vuestro es. .. vuestro es por siempre... en él reinaréis despóticamente. Perdonad un instante de error a la violencia de mi pasión... este crimen es el vuestro, Dolsé, es obra de vuestros encantos, sería una injusticia horrible querer castigarme por él... Olvidadlo... olvidadlo, señora, es vuestro amante quien os conjura a ello.

-Regresemos, Ceilcour... me habéis hecho darme cuenta de mi imprudencia..., no me creía en peligro a vuestro lado... Tenéis razón, la culpa es mía.

Y tratando siempre de salir del bosquete:

-¿Queréis verme expirar a vuestras rodillas?, dijo Ceilcour... No, no las dejaré hasta que no me hayáis perdonado.

-¡Oh!, señor, ¿cómo puedo excusarla acción de vuestra vida más capaz de probarme vuestra indiferencia?

-Esa acción no era debida más que al exceso de mi amor.

-No se envilece lo que se ama.

-Perdonad al delirio de los sentidos.

-Levantaos, Ceilcour, quedaría más castigada que vos si tuviera que dejar de amaros... Bien, os perdono, mas no me ultrajéis más, no humilléis a aquélla de la que esperáis, según decís, vuestra felicidad. Cuando se tiene tanta delicadeza en el espíritu, ¿puede faltar en el corazón? Si es cierto que me amáis como yo os amo, ¿habéis sido capaz de querer sacrificarme a la fantasía de un momento? Cómo me miraríais ahora si yo hubiera satisfecho vuestros deseos, y cómo me despreciaría a mí misma si esa debilidad hubiera envilecido mi alma.

-Mas, ¿no me detestaréis, Dolsé, por haber sido seducido por vuestros atractivos? ¿No me odiaréis por no haber escuchado del amor por un instante... más que su ardor y su embriaguez? ¡Ah! Que yo oiga una vez más ese perdón al que aspiro.

-Venid, venid, Ceilcour, dijo la baronesa, arrastrando a su amante al castillo; sí, os perdono..., pero será de mejor voluntad cuando ambos estemos lejos del peligro; huyamos de cuanto puede renovarlo, y puesto que ambos somos bastante culpables... vos por haber conocido mal el amor, yo por haber presumido demasiado de él, ocultémonos por siempre a cuanto pueda multiplicar nuestros errores facilitando la recaída.

Los dos volvieron al baile; un poco antes de entrar, Dolsé cogió la mano de Ceilcour.

-Mi querido amigo, le dijo, ahora ya estáis perdonado de buena fe... No me acuséis ni de mojigatería ni de severidad, aspiro realmente a vuestro corazón, y mi debilidad me lo hubiera hecho perder... ¿Me pertenece aún todo entero?

-¡Oh, Dolsé! Sois la más prudente... la más delicada de las mujeres, y seréis siempre la más adorada.

No pensaron más que en el placer... Ceilcour, encantado de su operación, estaba en el colmo de la alegría: esta es la mujer que me conviene, ésta es la que debe hacer mi felicidad; la segunda y nueva prueba a que aún quiero someterla resulta casi inútil con un alma como la suya; no debe existir una sola virtud sobre la tierra que no se halle en el corazón de mi Dolsé; debe ser el asilo de todas... Imagen del cielo, debe ser tan puro como él. Pero, no nos ceguemos, prosiguió, he prometido alejar cualquier prevención... La condesa de Nelmours es aturdida, ligera, jovial, tiene encantos como Dolsé y su alma quizá sea igual de bella... Probemos.

La baronesa partió al salir del baile; Ceilcour, que la condujo en una calesa de seis caballos hasta el fin de sus avenidas, se hizo repetir su perdón; le juró mil veces adorarla siempre, y se separó de aquella mujer encantadora tan seguro de su amor como de su virtud y de la delicadeza de su alma.

Los presentes que la baronesa había recibido en casa del caballero de las armas negras se le habían adelantado sin que ella lo supiese; encontró su casa decorada con ellos cuando volvió.

-¡Ay!, dijo, al ver aquellos dones, qué momentos tan lisonjeros me hará experimentar constantemente su vista, si me ama tan sinceramente como yo creo. Pero cuánto desgarrarán mi corazón estos presentes funestos si no son más que los frutos de la ligereza de este hombre encantador, o simples efectos de su galantería.

El primer cuidado de Ceilcour, al volver a París, fue ir a casa de la condesa de Nelmours; ignoraba si ésta se había enterado de la fiesta que acababa de dar a Dolsé, y en caso de que estuviera enterada, sentía mucha curiosidad por saber qué habría producido tal proceder en un alma tan orgullosa.

Acababa de enterarse de todo. Ceilcour es recibido fríamente; le pregunta cómo es posible abandonar un campo donde goza de placeres tan deliciosos. Ceilcour responde que no imagina cómo una broma de sociedad... unos fuegos de artificios ofrecidos a una amiga, puede causar tanto escándalo...

-Convenceos, bella condesa, continúa él, de que si como vos pretendéis, quisiera dar una fiesta, sólo a vos me atrevería a proponerla.

-Por lo menos no haríais el ridículo como lo acabáis de hacer, tomando por dama de vuestros pensamientos a una pequeña monja a la que no se ve en ninguna parte y que, sin duda, se aísla así sólo para ocuparse más novelescamente de su hermoso caballero.

-Eso es cierto, me doy cuenta de mi errores, responde Ceilcour, y, desgraciadamente, no conozco más que una forma de repararlos.

-¿Y cuál es?

-Pero es necesario que os prestéis a ella... y no querréis jamás.

-¿Y qué tengo yo que hacer en todo esto?

-Escuchad antes de enfadaros. Unos fuegos a la baronesa de Dolsé es ridículo, convengo en ello, y para repararlo no se me ocurre otra cosa que una fiesta a la condesa de Nelmours.

-Yo, ¡convertirme en la imitamonas de esa mujercita... dejarme arrojar flores a las narices, como espectáculo! ¡Oh, por una vez convendréis en que si con eso borro vuestros errores, sería sólo a cambio de cometerlos yo misma, y no tengo ni el deseo de compartir vuestras locuras con riesgo de mi reputación ni el designio de ocultar vuestra inconsecuencia, llenándome de ridículo.

-Sin embargo, no resulta muy claro que lo sea dar flores a una mujer.

-¿Tenéis a esa mujer? En verdad, os felicito por ello, es la pareja más bonita... Al menos me lo diréis... debéis hacerlo, ¿no sabéis acaso cuánto me intereso en vuestros placeres? ¿Quién hubiera pensado hace seis meses que sería esa criaturita... con talle de muñeca... ojos bastante bonitos, si queréis, pero que no dicen nada... un aire de pudor... que me crisparía si yo fuera hombre... y no más formada que si saliese del convento. Porque ha leído algunas novelas esa mujer se imagina que tiene filosofía en el espíritu, y que debe correr al punto la misma carrera que nosotras. ¡Ah, nada tan divertido... dejadme que me ría a gusto, por favor! Pero no me digáis que os ha costado mucho esfuerzo... Veinticuatro horas... estoy segura. ¡Ah!, Ceilcour, ¡bonita historia! Quiero divertir con ella a París, pretendo que el universo admire tanto vuestra elección como vuestro gusto por las fiestas..., porque, dejando a un lado la burla, dicen que era una elegancia... Así, pues, ¿me hacéis la gracia de poner los ojos hacia mí para suceder a esa heroína? ¡Qué gloria la mía!

-Bella condesa, dijo Ceilcour con la mayor sangre fría, cuando vuestros sarcasmos hayan acabado, trataré de hablaros razonablemente... si es posible.

-Vamos, hablad, hablad, os escucho, justificaos si os atrevéis.

-¿Justificarme yo? Tendría que haber cometido errores para justificarme, y el que me suponéis ahora, ¿no es imposible, después de los sentimientos que me conocéis por vos?

-Yo no os conozco ningún sentimiento por mí, no sé que me hayáis hecho ver nunca ninguno; si así fuera, desde luego no habríais dado una fiesta a Dolsé.

-¡Eh!, dejadlo, señora, es una broma sin consecuencia; he dado un baile y algunas flores a Dolsé, pero sólo es a la condesa de Nelmours... a la mujer del mundo que más amo a quien pretendo dar una fiesta.

-Aun si con ese proyecto de dar dos hubierais empezado por mí, al menos.

-Mas, pensad que sólo es un problema de calendario: si santa Irene precede en él a santa Enriqueta en tres semanas, ¿es culpa mía? Y, ¿qué importa este frívolo arreglo, si Enriqueta reina sola en el fondo de mi corazón, y no puede ser precedida por nadie?

-Sé de sobra que me lo habéis dicho, pero, ¿cómo queréis que yo lo crea?

-Es preciso conocerse muy poco, o carecer de orgullo para aventurar, cuanto hoy acabáis de decir.

-¡Oh, más despacio! La inconsecuencia sólo os atañe a vos; no hay un grado de vanidad de menos en mí; todavía no me pongo por debajo de vuestra diosa, y he creído poder burlarme a los dos sin hacer pensar en mi humildad.

-Sed, pues, justa por una vez en vuestra vida; apreciad las cosas en lo que valen, y con ello ganaremos todos.

-Es que cometí la locura de pretender confiar en vos... lo había considerado como una especie de triunfo, cuyo aniquilamiento me desagradaría... Juradme que esa pequeña indolente nunca os ha inspirado nada.

-¿Es de aquél a quien encadenáis de quien hay que exigir ese juramento? No os perdono siquiera el pensarlo... y si hiciera bien, me enfadaría por ello hasta el punto de no veros más.

-¡Ah!, ya sabía yo que el pérfido iba a obligarme a pedirle excusas.

-Nada de eso, pero es que hay cosas tan inverosímiles. -Probablemente es la historia de todo este asunto.

-¿Y, si os dais cuenta, por qué tanto jaleo?

-No quiero nada de cuanto da la impresión de apartaros de mí.

-¿Puede conseguirlo algo?

-¡Qué sé yo! ¿Quién conoce a los hombres?

-No me confundáis siempre.

-Imagino que preferiríais que os perdonase.

-Debéis hacerlo... Vamos, nada de chiquillerías, y venid a pasar dos días en mi casa, para saber allí con más certeza que en París si es cierto que he concebido siquiera la idea de una fiesta para una mujer distinta a mi querida condesa...

Y el hábil personaje cogiendo entonces una mano de aquélla a la que prueba, la lleva sobre su corazón.

-Cruel, le dice con arrebato, cuando vuestra imagen está grabada ahí para no borrarse nunca, ¿debéis suponer que otra pueda hacer vacilar vuestro imperio en él?

-Vamos, no hablemos más... pero para prometeros dos días...

-Cuento con ello.

-De veras, sería una locura.

-La haréis.

-Vamos, pues: vuestro ascendiente sobre mí domina, y triunfaréis siempre.

-¿Siempre?

-¡Oh! No en todo, hay ciertos límites que no franquearé jamás... y si pensase que en todo esto existe el proyecto más pequeño sobre mi razón, desde luego, me negaría.

-No, no, será respetada esa razón severa... Sea lo que fuere lo que debo perder, las miras que sobre vos tengo, ¿podan unirse a la seducción? Se engaña muna mujer a la que se desprecia..., de quien se quieren los placeres de un momento para no volver a ocuparse de ella tan pronto como están gustados; pero, ¡de qué diferente naturaleza es el proceder que se emplea con aquélla de quien se espera la felicidad de su vida!

-Me gusta ver en vos algo de prudencia... Puesto que lo queréis, iré a veros... pero nada de fasto, que mediante esta diferencia se vea la que debe existir entre mi rival y yo; por lo menos quiero que se diga que habéis obrado con esa criaturita como con una mujer con la que se está de ceremonia, y conmigo, como con la amiga más sincera de vuestro corazón.

-Creed, dijo Ceilcour al marcharse, que sólo vuestros deseos serán la regla de mi conducta... que trabajo un poco para mí, en esa fiesta cuyo homenaje os dignáis aceptar, y que sería muy difícil que yo quedase satisfecho si no viera, en esos ojos encantadores, al placer despertar el amor y reinar a su lado.

Ceilcour fue a preparar todo; vio dos o tres veces a la condesa entretanto, a fin de que nada pudiera enfriar las resoluciones que ella había tomado; hizo igualmente dos visitas secretas a Dolsé, a quien no cesó de alimentar con su amor; entonces pudo convencerse mejor que nunca de la delicadeza de los sentimientos de esta mujer sensible, y percibir sobre todo cuál sería su dolorosa aflicción si se enteraba de que desgraciadamente había que engañarla: Le ocultó con el mayor cuidado la fiesta proyectada para Nelmours, y se abandonó plenamente por lo demás a su destino y a las circunstancias. Cuando uno tiene el designio de tomar partido, y cuando motivos poderosos nos determinan a él, tras haber hecho cuanto uno puede para evitar el escándalo, es menester entregarse sin temor a las secuelas inevitables de un proyecto cuyas precauciones perturbarían quizá su cumplimiento y perjudicarían, por tanto, nuestra miras.

El 20 de julio, víspera del santo de la señora de Nelmours, esta encantadora mujer parte por la mañana para dirigirse al castillo; llega al mediodía a la entrada de las avenidas; dos genios la reciben en su carroza y la ruegan pararse un instante.

-No os esperábamos hoy, señora, en los Estados del príncipe Oromasis, dijo uno de ellos; muy ocupado por una pasión que le devora, ha venido a retirarse aquí para gemir en libertad; debido a sus proyectos de soledad ha ordenado que se destruyan todos los caminos de su imperio.

Y, en efecto, al lanzar la condesa sobre la inmensa avenida que aparece ante ella los ojos, no ve más que árboles enteramente despojados de su verdura, un aspecto árido y desierto... un camino quebrado en todas partes que no ofrece a cada paso sino barrancos y precipicios. Víctima un momento de la burla.

-¡Oh! Ya sabía yo, dijo, que no se le ocurrirían más que cosas ridículas; si es así como necesita recibirme, le libero de su galantería y me vuelvo.

-Pero, señora, dijo uno de los genios reteniéndola, sabéis que el príncipe no tiene más que decir una palabra para hacer cambiar al instante la faz del universo; permitid, pues, que le informemos de vuestra presencia y de inmediato dará las órdenes para facilitar vuestra llegada hasta él. Entretanto, ¿qué queréis que haga?

-¡Oh, señora! ¿Se necesita acaso un siglo para informar al príncipe?

El genio golpea el aire con su varita, un silfo sale detrás de un árbol, cruza los aires con rapidez, vuelve con más rapidez aún. Apenas llegado a la carroza de la condesa para advertirla que es dueña de descender cuando vuelve a partir con la misma presteza, y, en este segundo trayecto todo cambia a medida que él hiende los aires. Aquella avenida agreste, solitaria, destruida, donde no se veía ni un alma, llena de pronto por más de tres mil personas, ofrece a los ojos de la condesa la decoración de una feria soberbia, adornada con cuatrocientas tiendas a cada lado de la avenida, llenas de toda suerte de joyas y de objetos de modas. Muchachas encantadoras y pintorescamente vestidas estaban al frente de estas tiendas y anunciaban sus mercancías. Las ramas de aquellos árboles desnudos y despojados el instante antes, sucumben ahora bajo el peso de guirnaldas de flores y de los frutos de que están cargados, y el camino, quebrado hace un momento, no es ahora más que un tapiz de verdura que se recorre en medio de un bosque de rosales, de lilas y de jazmines.

-En verdad, vuestro príncipe es un loco, dijo la condesa a los dos genios que la acompañan. Pero al pronunciar estas palabras, cambia de color y resulta fácil discernir sobre los rasgos de su fisonomía cuán orgullosa y adulada está por los cuidados que se han tomado para sorprenderla e interesarla. Avanza:

-Princesa, le dice uno de los dos genios que la guía, todas esas bagatelas, todas esas frivolidades que vuestros ojos más brillantes que el relámpago pueden distinguir en esas tiendas, os son ofrecidas; os suplicamos tengáis a bien escoger, y lo que vuestros dedos de alabastro se hayan dignado tocar, volverá a encontrarse esta noche en los apartamentos que os son destinados.

-Está muy bien, responde la condesa; sé cuánto molestaría al dueño de estos lugares si rehusara esta galantería, pero seré discreta.

Y avanzando por las avenidas, recorre tanto a derecha como a izquierda las tiendas que le parecen más elegantes; toca muy pocas cosas, pero desea muchas; y como era escrupulosamente observada y no perdían ni uno sólo de sus gestos ni de sus miradas, se anota con la misma exactitud, tanto lo que indica como lo que desea; se observa igualmente que alaba la belleza de algunas mujeres que despachan las joyas... Y pronto se verá de qué manera Ceilcour satisface sus menores deseos.

A treinta pasos del castillo, nuestra heroína ve llegar a su amante bajo el emblema del genio del Aire, seguido de otros treinta genios que parecen formar su corte.

-Señora, dijo Oromasis (bajo este nombre se tendrá a bien reconocer a Ceilcour), estaba lejos de esperar el honor que os dignáis hacerme: me hubierais visto volar hacia

vos si hubiera previsto tal favor; permitidme, continuó inclinándose, besar el polvo de vuestros pies, e inclinarme ante la divinidad que preside en el cielo y que regula los movimientos de la tierra.

Al mismo tiempo, el genio y todo cuanto le rodea se prosternan con el rostro sobre la arena, hasta que la condesa hace un gesto ordenándoles levantarse: entonces, todo avanza hacia el castillo.

Apenas llegados al vestíbulo el hada Potencia, protectora de los dominios de Oromasis, viene a saludar respetuosamente a la condesa: era una mujer alta de unos cuarenta años, muy bella, majestuosamente vestida, y cuyo aire afable no presagiaba más que cosas halagüeñas.

-Señora, dice a la diosa del día, el genio al que venís a visitar es mi hermano; su poder, que no es tan amplio como el que yo poseo, no le permitiría recibiros como merecéis si yo no ayudara sus intenciones. Una mujer se confía mejor a una persona de su sexo; permitid, pues, que os acompañe y que haga obedecer a todas las órdenes que os plazca dar.

-¡Amable hada!, responde la condesa, no puedo sino estar encantada con lo que veo; os daré, pues, parte de todos mis pensamientos; y la primera prueba de mi confianza es el permiso que os pido para pasar algunos minutos en la habitación que me esté destinada: hace mucho calor, he caminado muy deprisa, y desearía ponerme algunos vestidos más frescos.

El hada pasa la primera, los hombres se retiran y la señora de Nelmours llega a una sala muy amplia, donde pruebas de una nueva galantería de su amante se presentan pronto a sus ojos.

Esta mujer elegante... incluso en sus debilidades, tenía una bastante perdonable a una mujer bonita. Poseyendo en su casa de París la casa más magnífica y mejor distribuida del mundo, fuese donde tuviera que ir nunca abandonaba su delicioso retiro sin pensar; estaba acostumbrada a su cama, a sus muebles, y se apenaba interiormente cuando tenía que estar en otra parte. Ceilcour no lo ignoraba... El hada avanza; con su varita golpea uno de los muros de la sala en que las dos se encuentran; el tabique se desmorona y presenta, al caer, la habitación entera que Nelmours añora en París. Los mismos adornos, los mismos colores... los mismos muebles... la misma distribución.

-¡Oh! En verdad, este detalle tan delicado, dice, me conmueve hasta el fondo del alma.

Ella entra, y el hada la deja en medio de las seis mujeres que más había admirado en la avenida; estaban destinadas a servirla. Su primer cuidado es presentarle cestillos en los que la condesa encuentra doce clases de indumentarias completas... Escoge... la desvisten, luego, antes de ponerse los nuevos vestidos que le ofrecen, cuatro de aquellas jóvenes la frotan, la relajan a la manera oriental mientras otras dos van a prepararle un baño donde descansa una hora en aguas de jazmín y de rosa; le ponen, al salir los magníficos vestidos que eligió... Llama... el hada viene a recogerla, y la conduce a una soberbia sala de festines.

Un centro de la mayor belleza cubría una mesa redonda, y no dejaba, más allá de él, más que un círculo cubierto de flores de naranja y de hojas de rosas, que subía y bajaba a voluntad; este círculo, destinado a contener los platos, no tenía, sin embargo, ninguno; la condesa de Nelmours, una de las mujeres de París que mejor sabía comer bien, podía no

quedar contenta con lo que le hubieran servido; a Ceilcour le había parecido más agradable permitir que ella misma eligiese su cena. Cuando la hubo invitado a sentarse, y cuando los puestos que había en torno al círculo de flores fueron ocupados por su séquito y por él en número de veinticinco hombres y otras tantas mujeres, la condesa leyó, en un librito dé oro que le fue presentado por el hada, un menú de cien especies diferentes de platos que sabían que eran sus preferidos. Cuando escogía, el hada golpeaba, el centro se hundía, dejando, no obstante, alrededor de él, una rampa de igual forma en que estaban puestos los platos, y el círculo de flores, remontando al punto volvía cargado de cincuenta platos de la clase que había escogido la señora de Nelmours. Tras probar estos platos, o cuando con sólo la vista el capricho se le pasaba, escogía uno nuevo, que aparecía inmediatamente de la misma manera y en igual número sin que pudiera comprenderse mediante qué ardid cuanto deseaba llegaba con tanta rapidez. Abandona los platos indicados por el libro, pide otra cosa: igual obediencia, la misma prontitud.

-Oromasis, dice entonces la condesa al genio del Aire, esto es excesivamente singular... Estoy en casa de un mago: dejadme que huya de una casa peligrosa en la que de sobra sé que ni mi razón ni mi corazón podrían estar a salvo.

-Nada tengo que ver con todo esto, señora, responde Ceilcour, esta magia la hacen vuestros deseos; ignoráis su poder; continuad probando y triunfaréis siempre.

Cuando abandonaron la mesa, Ceilcour propuso a la condesa un paseo por sus jardines. Apenas habían dado treinta pasos, cuando se encuentran frente a una magnífica extensión de agua, cuyos bordes están tan bien disimulados que es imposible ver dónde acaba aquel inmenso estanque; parece un mar. De pronto, tres bajeles dorados, cuyos cordajes son de seda de púrpura y las velas de tafetán del mismo color, brocadas en oro, aparecen por el occidente; llegan otros tres por el lado opuesto, en los que todo cuanto debe ser de madera es plata y lo demás de color rosa. Aquellos navíos están dispuestos a enfrentarse y se da la señal de combate.

-¡Oh, cielos!, dice la condesa, esos bajeles van a batirse, ¿y por qué motivo?

-Señora, responde Oromasis, voy a explicároslo. Si esos guerreros pudieran oírnos, quizá aplacaríamos su disputa; pero la pelea está ya demasiado entablada, nos sería difícil ablandarlos. El genio de los Cometas, que manda los bajeles de oro, vio cómo hace un año le raptaban de uno de sus palacios luminosos, a su joven favorita Azélis, cuya belleza, según dicen, es incomparable; el raptor era el genio de la Luna, a quien veis a la cabeza de la flota de plata; ese genio transporta su conquista al fuerte que está allí sobre aquella roca, prosiguió Oromasis mostrando sobre la cresta de una montaña que tocaba las nubes una ciudadela inexpugnable: ahí es donde encadena a su presa, perpetuamente defendida por la flota que mantiene en este mar y a cuya cabeza hoy le veis. Pero el genio de los Cometas, decidido a todo para recuperar a Azélis, acaba de llegar en los bajeles que veis ante vos, y si puede destruir los de su adversario se apoderará del fuerte, raptará a su amada y la devolverá a su imperio. Habría, sin embargo, un medio sencillo para acabar con la disputa: una sentencia del destino condena al genio de la Luna a devolver a su enemigo la belleza que le cautiva en el momento en que sus ojos sean heridos por una mujer más bella que Azélis; ¿quién duda, señora, prosiguió Oromasis, que vuestros encantos son superiores a los de esa joven? Apareciendo ante ese genio, liberaréis a la desgraciada cautiva que tiene él en sus cadenas.

-Muy bien, dijo la baronesa, ¿pero no quedaré obligada a ocupar su puesto?

-Sí, señora, es inevitable, mas no abusará inmediatamente de su victoria; un truco, tan fácil como ingenioso, me devolverá pronto a vuestras rodillas. Tan pronto como estéis en poder del genio de la Luna, habrá que pedirle con insistencia que os haga ver la isla de los Diamantes de que es dueño: él os conducirá allí; que vaya él con vos, es todo cuanto quiero: sólo allí su poder se halla sometido al mío, y no tengo yo más que aparecer sobre esa isla para raptaros a su poder. De este modo, señora, habréis hecho una hermosa acción liberando a Azélis, no habréis corrido ningún riesgo, y no por ello dejaréis de estar de regreso esta noche en mis Estados.

-Todo esto está muy bien, prosiguió la condesa, pero pensad que, para realizar esa hermosa acción, es preciso que yo sea más bella que Azélis.

-¡Ah!, ¿si lo sois más que cualquier otra mujer de la tierra, por qué tener miedo á serlo menos que Azélis? Pero por desgracia, quizá, ya sea tarde, y si el genio de los Cometas termina triunfando, vuestra generosa ayuda es inútil. Ya están los bajeles dispuestos á encontrarse, aguardemos el desenlace del combate.

Apenas ha dicho Ceilcour estas palabras, cuándo las flotas empiezan a cañonearse... Durante más de una hora de una parte y de otra se hace un fuego infernal... Los navíos se reúnen, por fin, una infantería formidable, inunda los puentes... Chocan, se abordan, los seis bajeles no constituyen más que un solo campo sobre el que se pelea con ardor; muertos parecen caer de todas partes; la mar está teñida de sangre, cubierta de desgraciados que se precipitan á ella, esperando encontrar su salvación en las olas. Sin embargo, toda la ventaja es del genio de la Luna, los bajeles de oro se disgregan, los mástiles caen, las velas se desgarran, apenas queda aún sobre esa flota algunos soldados para defenderla; el genio de los Cometas sólo piensa en la huida, trata de soltarse, lo consigue; su flota se separa, pero ya no está en condiciones de afrontar el mar; el genio que la manda, viendo á la muerte rodearle por todas partes, se lanza á un esquife con algunos de sus marineros; justo á tiempo: apenas ha escapado cuándo sus navíos, lanzados los tres á los aires por medio de pólvora encendida por el enemigo en sus flancos, se rompen con un estrépito espantoso, y vuelven á caer en tristes desechos sobre la superficie agitada de las aguas.

-Es el más hermoso espectáculo que he visto en mi vida, dice la condesa estrechando las manos de su amante; parece como si hubierais adivinado que la cosa que más deseaba en el mundo era ver un combate naval.

-Pero, señora, responde Oromasis, ¿veis a dónde os lleva eso? Con el alma generosa que os conozco, vais á volar en ayuda de Azélis, á devolverla al príncipe de los Cometas que, como veis, se dirige hacia nosotros, pata solicitar vuestro apoyo.

-¡Oh! , no, dice la condesa riendo, no tengo el suficiente orgullo para emprender semejante aventura... Pensad qué humillación si esa jovencita resultara más hermosa que yo... Y, además, hallarme encaramada á seiscientas o setecientas toesas de tierra... sin vos... con un hombre que no conozco... que quizá sea muy atrevido. ¿Me respondéis vos de las consecuencias?

-¡Oh!, señora, vuestra virtud...

-¿Mi virtud? Por favor, ¿cómo queréis que una esté pensando en las virtudes de este bajo mundo cuándo tan cerca se está de los cielos? Y si resultará que ese genio se os parece, ¿creéis que podría defenderme de él?

-Los medios de sustraeros á todos los peligros os son conocidos, señora; desead ver la isla de los Diamantes, y os arrebato al punto de las manos de ese audaz.

-¿Quién os dice que será a tiempo? Todo eso supone horas; no hacen falta más que seis minutos y un hermoso genio para volver infiel á una amante... Vamos, vamos, sin embargo, acepto, continúa la condesa... me fío de vos, y más aún de vuestra amable hermana; no me abandonéis ninguno de los dos, y estaré tranquila...

El hada promete; llega en ese instante el genio vencido, que solicita más vivamente aún las bondades de la amante de Oromasis... Ella está decidida; hacen una señal; la fortaleza responde.

-Partid, señora, partid, dice Oromasis; el genio de la Luna acaba de oírme, está dispuesto á recibiros.

-¡Eh! Por favor, ¿cómo queréis que llegue á lo alto de aquella roca, cuya cima á duras penas alcanzaría un pájaro?

Entonces el hada golpea con su varita... Cuerdas de seda, que nadie había visto, con un cabo en la orilla... fuertemente atadas á los muros del fuerte por el otro cabo, se tienden con rigidez; un carro de porcelana blanca, enjaezado con dos águilas negras, desciende rápidamente del fuerte por medio de las cuerdas que acabamos de indicar. Cuándo está en tierra, le dan la vuelta con rapidez; las águilas, mirando hacia el fuerte, parecen dispuestas a remontarse hasta él; la condesa y dos de sus mujeres se abalanzan al carro, y el relámpago tarda menos en cruzar una nube que este frágil coche en llevar hasta las barretas del fuerte el precioso peso que se le confía.

El genio avanza, viene a recibir a la princesa...

-¡Oh, decretos sagrados del destino!, exclama al verla... he aquí a la que me es anunciada... he aquí a la que va a encadenarme para siempre y la que va a liberar a Azélis. Entrad, señora, venid a recibir mi mano, venid a gozar de vuestro triunfo...

-¡Vuestra mano!., dijo la señora de Nelmours algo asustada. Realmente no me apetece demasiado; no importa, avancemos siempre, dentro de poco capitularemos.

Las puertas se abren y la condesa penetra en pequeñas habitaciones deliciosas, cuyos techos, muros y suelos son de porcelana, tan pronto variada como de un solo color. Ni un solo mueble de aquella morada celeste era de una composición igual.

-Permitid, dijo el genio, dejando a su dama en un gabinete de porcelana amarilla y blanca, permitid que vaya a buscaros a mi cautiva... es menester que una confrontación más exacta asegure todavía mejor vuestra victoria.

El genio sale.

-Realmente, dijo la condesa arrojándose sobre un canapé de porcelana guarnecido de cojines de pequín azul, se trata de un genio agradablemente alojado; es imposible encontrar una casa más fresca...

-Pero hay que tener cuidado con las caídas, señora, le responde aquélla de sus mujeres a la que se ha dirigido; temo mucho que todo cuanto vemos no sea más que artificio y que no estemos sino en los aires, con excesivo riesgo.

Al mismo tiempo, las tres tantean los muros y reconocen que el edificio entero en que se encuentran no es más que de cartón barnizado con tal arte que a la primera ojeada todo aquello se habría tomado realmente por la más bella porcelana.

-¡Oh, cielos!, dice la señora de Nelmours con un terror bastante divertido, vamos a caer de cabeza al primer viento, y estamos aquí en el mayor de los peligros.

Pero las precauciones estaban demasiado bien tomadas, y la que se encontraba en aquel decorado mágico era demasiado cara al inventor de la galantería para que tales riesgos fueran de temer.

El genio reaparece. ¡Qué sorpresa para la condesa! La que traen, la mujer que viene a rivalizar en belleza con ella... es Dolsé... es esa rival tanto o más temida; mejor dicho, y no tengamos al lector inquieto por más tiempo... la imagen... la completa réplica de Dolsé, una muchacha tan perfectamente conforme a ella que todo el mundo se engaña.

-¡Y bien!, señora, dice el genio, puesto que las leyes del destino me condenan a devolver esta prisionera tan pronto como una mujer más hermosa haya herido mis ojos, ¿creéis ahora que puedo romper sus cadenas?

-Señora, dijo la condesa adelantándose hacia la joven a la que sigue tomando por Dolsé... explicadme esto, os lo ruego.

-¿Podéis quejaros acaso, responde la joven, cuando este paso asegura vuestro triunfo humillándome? Reinad, princesa, reinad, sois digna de ello, dejadme huir de vuestra presencia, déjame sepultar para siempre mi derrota y mi humillación.

Y la mujercita desaparece, dejando aún a la condesa en la completa ilusión de que aquélla a la que acaba de ver es su rival, pero sin poder descubrir qué fatalidad extraña puede traerla a esta circunstancia.

-¿Estáis satisfecha, señora, dijo entonces el genio, y consentiréis en darme vuestra mano?

-Sí, responde la condesa prevenida, pero como condición, antes de estrechar nuestros vínculos, habéis de darme de cenar esta noche en la isla de los Diamantes, y hasta la hora de dirigirnos a ella yo recorreré completamente libre vuestro singular habitáculo.

Se otorgan las condiciones, y la condesa continúa visitando las habitaciones mágicas del genio de la Luna. Llega, por fin, a un gabinete pintado de porcelana del Japón, en cuyo centro había una mesa conteniendo un pequeño palacio de diamantes. Nelmours los examina, los comprueba.

-¡Oh!, por lo que a éstos se refiere, dice a sus mujeres, no hay fraude como en las murallas de esta casa, y nunca vi nada más hermoso. ¿Qué es esta joya?, pregunta al genio, explicádmela, os lo ruego.

-Es mi regalo de bodas, señora, es la representación exacta del palacio de la isla en que me, pedís cenar esta noche... Os dignaréis, continuó ofreciéndoselo, aceptarlo desde ahora como precio de los favores que espero de vos.

-¡Ah!, respondió la señora de Nelmours, vamos demasiado deprisa. Vuestros diamantes son deliciosos, y los acepto de todo corazón, pero confieso que de buena gana querría que no me comprometiesen a nada... A mi delicadeza le desagradan esos acuerdos.

-¡Pues bien, cruel, prosiguió el genio, haced cuanto os plazca... disponed de mí a vuestro gusto, todo aquí os pertenece; mi castillo, mis joyas, mis muebles, los dominios que esta noche vamos a recorrer juntos, todo es vuestro, y sin acuerdos, puesto que os desagradan; me remitiré a vuestro corazón, y esperaré todo de las disposiciones que me esforzaré por hacer nacer en él.

Al punto la mesa donde está el edificio de diamantes se hunde bajo tierra y trae, en lugar de piedras preciosas, frutos helados de toda especie; el genio invita a la condesa a refrescarse; ella acepta, mas no sin lamentar amargamente la desaparición del pequeño palacio de pedrerías, cuya vista parecía importarle mucho.

-¿Dónde está esa linda joyita?, dice con inquietud, vuestras promesas...

-Están cumplidas, dice el genio; lo que echáis en falta, señora, adorna ya vuestra habitación.

-¡Ah, Dios!, responde nuestra heroína tras un poco de turbación y de reflexión, veo que hay que tener cuidado con lo que aquí se dice: los deseos que se muestran son satisfechos con una presteza que podría terminar por alarmarme... Dejemos este lugar mágico, acerquémonos un poco más a la tierra, la luz baja, quizá la isla donde debemos cenar esté lejos, apresurémonos a dirigirnos a ella.

-¿Pero no os asusta, señora, prosiguió el genio, la forma en que vamos a dejar esta morada celeste?

-¿Cómo? ¿No será en ese carro volante que me ha traído hasta aquí?

-No, señora, conoced todo el horror de mi destino: desde el momento en que no consentís hacerme feliz en esta morada, no me está permitido pretender volverla a ver; dominado por la influencia de los planetas que me rodean, estoy obligado por ellos a perder insensiblemente cada parte de mis Estados en que sólo rigores experimento de las mujeres que he deseado: la soberbia isla de los Diamantes, ala que voy a conduciros, desaparecerá igualmente para mí si no os decidís a convertiros en mi mujer.

-¿Así que vais a perder ese lindo castillito de naipes?

-Sí, señora, va a engullirse con nosotros.

-Me hacéis temblar, esa manera de viajar es muy peligrosa; juzgad el miedo que vais a causarme a mí que nunca viajo en coche sin temor a volcar.

-La hora apremia, señora, dijo el genio, y no tenemos un momento que perder; dignaos tenderos sobre ese canapé, cubríos vos y vuestras mujeres, con esas cortinas de seda que os ocultarán el peligro y, sobre todo, no tengáis ningún temor.

Apenas se pronuncian estas palabras, apenas la condesa se había tapado cuando un trueno horrible se deja oír, y en un abrir y cerrar de ojos, sin haber experimentado más movimiento que el de sentirse descender como por una trampilla... de golpe, se encuentra al abrir sus cortinas en una especie de trono colocado sobre la cubierta de una falúa, bogando sobre el mismo mar en que se había librado el combate; se encontraba en medio de doce pequeños bajeles, cuyos cordajes no estaban hechos más que de rayos de luces; los mástiles, los puentes, los aparejos, la caja del navío, todo ello no ofrecía sino masas de fuego. Los remadores eran muchachas de dieciséis años, hechas como para ser pintadas, coronadas de rosas, y sencillamente vestidas con pantalones de color carne que, oprimiéndoles el talle, dibujaban agradablemente todas su formas.

-¡Y, bien!, dijo el genio a la condesa aproximándose respetuosamente a ella, ¿os habéis cansado del camino?

-Sería difícil hacerlo con más suavidad; pero mostradme el punto del que hemos partido.

-Allí está, señora, dijo el genio, pero ya no queda ningún vestigio ni de la roca ni del castillo.

Efectivamente, todo se había abismado a la vez, o mejor dicho, todo se había transformado artísticamente en la encantadora falúa que ahora ocupaba la condesa.

Mientras tanto los marineros reman... las olas gimen bajo sus esfuerzos multiplicados, cuando de pronto una música encantadora se deja oír sobre las galeras que bogan en conserva con la de nuestra heroína; las orquestas están dispuestas de forma que se responden mutuamente, a la manera de las fiestas de Italia, y la música no cesa en todo el camino; pero varía tanto por los diversos trozos que se ejecutan como por la diferencia de los instrumentos. A este lado se oyen flautas mezcladas a los sones de las arpas y las guitarras; en otra parte no son más que voces; aquí, oboes y clarinetes; allá, violones y bajos, y, por todas partes, conjunto y acorde.

Estos sonidos halagadores y melodiosos... este ruido sordo de los remos que descienden por todas partes en cadencia... aquella calma pura y serena de la atmósfera, aquella multitud de fuegos repetidos en los espejos de la onda... aquel silencio profundo para que no se pueda oír sino aquello que sirve a la majestad de la escena... todo seduce y embriaga los sentidos, todo sume al alma en una melancolía dulce, imagen de esa voluptuosidad divina que se pinta en un mundo mejor.

Se divisa, por fin, la isla de los Diamantes, el genio de la Luna se apresura a hacérsela ver a aquélla a la que allí conduce; era fácil distinguirla, no sólo por los rayos luminosos que escapaban de todos sus lados, sino más aún por el soberbio edificio que forma su centro.

Este edificio de orden conrintio es una rotonda inmensa, sostenida por columnas que parecen diamantes por los fuegos claros de que están formadas. El domo es de un fuego púrpura, imitando al topacio y al rubí, y que, contrastando del mejor modo posible con el fuego blanco de las columnas, imprime al conjunto del edificio la apariencia del palacio de la divinidad misma; no se podría ver nada más hermoso.

-Esa es, señora, dijo el genio, la isla en que habéis deseado cenar; pero antes de abordarla, me es imposible no confiaros mis temores... Como veis, ya no estoy en mi elemento; el genio del Aire, que ha tenido a bien enviaros hacia mí, puede venir a reclamaros a esa isla donde, demasiado débil para osar combatirle, será menester que tenga el dolor de cederos. Por tanto, sólo vuestro corazón puede tranquilizarme, señora; dignaos decirme, al menos, que sus movimientos serán a favor mío.

-Lleguemos... lleguemos, dijo la señora de Nelmours, que la fiesta que me preparéis sea bonita, y ya veremos lo que haré por vos.

A estas palabras, toman tierra al borde de un camino cubierto de flores, iluminado a derecha e izquierda por haces de luces, representando grupos de náyades cuyas bocas y mamas lanzan a lo lejos chorros de un agua clara y límpida. La condesa desciende al ruido de los instrumentos de su flota, conducida por el genio, y seguida por una multitud de ninfas, de dríades, de faunos, y de sátiros, que la acompañan retozando a su alrededor; de este modo llega al palacio de los Diamantes.

En medio de la rotonda, tan magníficamente decorada en el interior como soberbiamente iluminada en el exterior, aparece una mesa redonda dispuesta para cincuenta personas, iluminada por los reflejos de luz que parten del centro de la bóveda,

sin que pueda verse los hogares que los lanzan[49]. El genio de la luna presenta a la condesa de Nelmours un círculo de genios de ambos sexos, pidiéndole permiso para sentarlos al festín preparado por ella. La condesa lo concede, y se sientan a la mesa.

Cuando ella se ha sentado, una música dulce y voluptuosa se deja oír de lo alto de la bóveda, y en el mismo instante, veinte jóvenes sílfides descienden de los aires, y adornan la mesa con tanto arte como presteza. Al cabo de diez minutos, otras divinidades aéreas retiran el viejo servicio y lo renuevan con la misma rapidez, pareciendo perderse al remontar a las nubes que se arremolinan sin cesar en el centro de la bóveda, y de la que parecen bajar cada vez que hay que variar los platos que traen: lo cual hicieron doce veces durante la comida.

Apenas aparece la fruta cuando una música brillante y guerrera reemplaza a la de la cena...

-¡Oh, cielos!, estoy perdido, señora, dice el genio que acababa de hacer los honores de la fiesta, mi rival llega... oigo a Oromasis, y no puedo defenderme contra él.

Dicho esto, el estrépito aumenta; Oromasis aparece en medio de una tropa de silfos, y volando a los pies de su amada.

-¡Al fin os encuentro, señora!, exclama, y mi enemigo, vencido sin combatir, no podría disputaros.

-Poderoso genio, responde al punto la condesa, nada iguala el placer de volveros a ver; mas os ruego que tratéis humanamente a vuestro rival... No puedo sino alabarle de su magnificencia y de sus gentilezas.

-Que sea, pues, libre, señora, prosiguió Oromasis; yo rompo las cadenas que podía ponerle; que goce incluso con tanta facilidad como yo de la felicidad de veros constantemente... Mas dignaos seguirme; nuevas sorpresas os esperan; volemos hacia los lugares donde se preparan.

Vuelven a tomar el camino de la flota, se alejan de la isla de los Diamantes, y ganan de nuevo los Estados del príncipe del Aire. Una soberbia sala de teatro, cuyo exterior estaba magníficamente iluminado, se ofrecía al desembarcar... La condesa de Nelmours ve representar allí Armide por los mejores cantantes de la Opera. Acabado el espectáculo, el séquito, más dispuesto y agradable, devuelve, por fin, a la condesa a casa de su amante por avenidas iluminadas, llenas de danzas y de fiestas burguesas.

-Señora, dijo Ceilcour al conducir a su habitación a aquélla a la que festeja, vamos a dejaros: tantas aventuras nos esperan mañana que, para vencer los peligros que ofrecen, justo es que os toméis algunas horas de descanso.

-Quizá el reposo que me aconsejáis se vea algo turbado, dijo la condesa al retirarse, mas os ocultaré la causa. -¿Por qué temerla, señora?

-¡Ah, seductor mortal, sólo es de temer para mí!

[49] Sería de desear que las iluminaciones de los jardines destinados a fiestas en París adoptasen este método, y sobre todo que no iluminasen nunca por abajo; deslumbran con este procedimiento y no iluminan. ¿Cómo esperar triunfos alejándose tanto de la naturaleza? ¿Es de abajo de donde parten los rayos del astro que ilumina al mundo?

Y la señora de Nelmours entra en las encantadoras habitaciones que le están destinadas; encuentra allí las mismas muchachas que la bañaron y sirvieron al llegar. Pero con qué profusión de riquezas se encuentran decoradas todas las partes de aquel apartamento. La condesa ve allí no sólo las baratijas... sino todas las joyas que había escogido por la mañana en las ferias que había en las avenidas, incluso todas aquéllas que había deseado... todas aquéllas a las que sus miradas parecieron dirigirse con algo más de interés... Avanza; una habitación que no se encontraba en el plano de su casa de París se abre al punto ante ella: reconoce allí el gabinete japonés que ha visto en casa del genio de la Tierra, igualmente decorado en el centro con una mesa donde se encuentra el pequeño palacio de diamantes.

-¡Oh, es demasiado!, exclama, pero, ¿qué pretende Ceilcour?

-Suplicaros que aceptéis estas bagatelas, señora, responde una de sus mujeres; todas son vuestras; nuestras órdenes son embalarlas al punto y mañana, cuando despertéis, todo estará en vuestra casa.

-¿Incluso el pequeño palacio de Diamantes?

-Desde luego, señora; el señor de Ceilcour quedaría muy desolado si no lo aceptaseis.

-En verdad, ese hombre está loco, dijo la coqueta haciéndose desvestir; está loco, pero es encantador; sería la más ingrata de las criaturas si no recompensara tal proceder con todos los sentimientos que me inspira.

Y la señora de Nelmours más seducida que delicadamente enamorada, más halagada que sensible, se adormece en medio de sueños deliciosos producidos por la felicidad.

Al día siguiente por la mañana, hacia las diez, Ceilcour viene a preguntar a su dama si ha descansado bien... si se siente con suficiente fuerza y valor para ir a ver al genio del Fuego, cuyos estados limitan con los suyos.

-Iría al fin de la tierra, amable genio, replica la condesa... no sin ciertos temores a extraviarme, lo confieso... pero quién sabe si no preferiría tanto perderme con vos como encontrarme con otro. Por lo demás, os ruego que me expliquéis qué se ha hecho de todos los adornos, de todas las joyas encantadoras que estaban ayer en mi habitación.

-Lo ignoro, señora, no he colaborado a ponerlas en vuestra habitación más de lo que he ayudado a sacarlas. Todo esto debe ser obra del destino: invenciblemente encadenado por sus secretos, no puedo hacer nada, y vos lo domináis mucho más con vuestros deseos de lo que yo les someto con mi poder... Yo le imploro y vuestros ojos le subyugan.

-Todo esto es delicioso, replicó la condesa, pero, sin duda, no habréis pensado hacerme aceptar presentes de tal magnificencia: entre todo ello hay un pequeño palacio de diamantes que ha estado en mi cabeza toda la noche y que apostaría que vale más de un millón... Sabéis de sobra que cosas así no se regalan.

-Ignoro por completo a qué os referís, señora, dijo Ceilcour, pero me parece que si, por ejemplo, un amante ofrece un millón a la que adora, suponiendo que lo que espera de esa mujer idolatrada a cambio valga a sus ojos el doble, no solamente la amada no debería sentir ningún escrúpulo al recibirlo, sino que, como veis, el amante quedaría todavía en deuda.

-En ese cálculo del amor y de la delicadeza, amigo mío; lo entiendo, y responderé a él como debo... Vamos a ver a vuestro genio del Fuego... Sí, sí, disipadme con algunas lla-

mas extrañas... las mías bien podrían obligarme a cometer alguna locura de la que quizá, pese a toda vuestra galantería, tuviera un día que arrepentirme. Partamos.

Un aerostato de los más elegantes esperaba a la condesa.

-Señora, dijo Oromasis, el elemento que presido rara vez me permite viajar de otra forma que en coches de esta . especie: fui yo quien los hizo conocer a los hombres. No temáis ningún daño en éste: está dirigido por dos de mis genios que le harán hender el aire con rapidez, pero que no lo mantendrán nunca a más de doce o quince toesas de altura.

La condesa se sienta sin miedo sobre un canapé encantador situado a lo largo de la barandilla; el genio está a su lado, y al cabo de tres leguas recorridas en menos de seis minutos, el globo se abate sobre una pequeña elevación. Nuestros amantes descienden en medio de su séquito, que encuentran ya reunido. *Potencia* los recibe, y todos los ojos se fijan en el cuadro que debe interesar.

Sobre una explanada de seis arpendes, aproximadamente, orientada en anfiteatro de forma que ninguna parte de la visibilidad pueda escapar a la mirada, se encuentra una ciudad entera adornada de soberbios edificios; templos, torres, pirámides se alzan hasta las nubes; se distinguen las calles, las murallas, los jardines que la rodean, y la carretera no principal que a ella conduce, a cuya orilla está el cerro donde se encuentran Ceilcour y su dama. A la derecha de este punto de vista, en relación a los espectadores, se alza un volcán enorme que vomita hasta el cielo los fuegos nutridos en sus entrañas, y las nubes que oscurecen el sol parecen encerrar el rayo en medio de ellas.

-Henos aquí a las puertas de los estados del genio que preside el fuego, señora, dijo Oromasis, pero lo prudente es detenernos aquí hasta que él nos haya hecho saber si podemos entrar con seguridad en la ciudad: permanecer en ella es muy peligroso.

Apenas Ceilcour ha dicho estas palabras cuando una salamandra lanzada del volcán viene a caer a los pies de aquélla para la que ha preparado todos estos juegos, y dirigiéndose a Ceilcour:

-Oromasis, dice ella, el genio del Fuego me envía para preveniros que no entréis en su ciudad, que no le habéis enviado de antemano la dama que está con vos; la ha visto... la ama, y pretende desposarla inmediatamente; toda alianza queda rota si le negáis ese don, y va a lanzar sobre vos, y sobre cuanto os rodea, todos los fuegos de que dispone para obligaros a satisfacerle.

-Id a decir a vuestro amo, respondió Ceilcour, que antes cedería mi vida que lo que exige. Venía a verle a título de amigo... lo somos; él sabe cuánto aumentan sus fuerzas con mi ayuda, y la utilidad de que le soy no me permitía creer en procedimientos de esta clase... Que haga cuanto le plazca: estoy a cubierto de sus rayos... Que los lance: gozaremos de sus efectos sin temerlos, y su impotente cólera sólo habrá servido a nuestros placeres. La preponderancia que la naturaleza me ha dado sobre él es mas amplia de lo que cree, y cuando me haya reído de su debilidad le haré sentir mi supremo poder...

La salamandra vuelve a partir tras estas palabras... dos minutos bastan para engullirla de nuevo en el volcán.

Al punto el cielo se oscurece, el relámpago surca la nube, torbellinos mezclados de ceniza y de asfalto se precipitan del seno de la montaña y vuelven a caer serpenteando sobre las edificaciones de la ciudad... las lavas se entreabren... arroyos de fuego corren por todas las calles... el trueno se deja oír... la tierra tiembla... las llamas vomitadas por el

volcán con una impetuosidad mil veces mayor, se unen al fuego del cielo y a las sacudidas de la tierra, queman, destruyen, derriban los edificios de aquella soberbia ciudad que se ve abismarse por todas partes... Las torres que caen en ruinas, los templos que se consumen... los obeliscos que se desmoronan, todo hiela el alma, todo la llena de espanto, todo es imagen tenebrosa de esas destrucciones modernas de España y de Italia, imitadas por el arte en esta circunstancia, de una manera que estremece...

-¡Ah, qué sublime horror!, exclama la condesa. ¡Cuán bella es la naturaleza, incluso en sus desórdenes! En verdad, esto podría servir de materia a reflexiones muy filosóficas.

Poco a poco, sin embargo, el horizonte se ilumina, las nubes se disipan insensiblemente, la tierra se abre, engulle montones de cenizas, y los desechos de edificios que la sobrecargan... La escena varía, la vista que ofrece es un paisaje delicioso de la Arabia felia... Allí corren riachuelos límpidos bordeados de lirios, de tulipanes, de acacias; aquí se ven laberintos de laureles, perdiéndose a la entrada de un bosque de tamarindos; en otra parte, avenidas en arabescos, irregulares, de palmeras, de azúlas, y de árbol de las rosas; además, se ven lindos bosquetes de guelingas y de delebs, donde se hallan simétrica y agradablemente colocados setos de cardemonium y de gengibre; a lo lejos, a la izquierda, se ve un bosque de limoneros y de naranjales, mientras la perspectiva de la derecha, aun más pintorescamente acabada, sólo presenta ligeros montículos donde crece en abundancia el jazmín, el café y el canelero. El centro de este paisaje encantador está adornado por una tienda a la manera de las que sirven a los jefes de los árabes beduinos, pero infinitamente más magnífica. Esta, de satén de las Indias brocada de oro, se alza como domo a más de ochenta pies de tierra; todas las cuerdas que la unen a tierra son de púrpura enlazadas de oro, y franjas soberbias la enriquecen alrededor.

-Avancemos, dice el hada, y no temamos la cólera de ese genio; cederá a nuestro poder: no le queda otra facultad que la de hacernos bien.

La condesa, cada vez más sorprendida, toma el brazo de Ceilcour, asegurándose que es raro saber llevar la magnificencia y el gusto hasta tal punto.

Llegan a los estados del genio Salamandra; éste se prosterna al ver a la que le traen; le pide mil perdones por haberse atrevido a conspirar contra ella un momento.

-Nada corrompe tanto a los príncipes como la autoridad, señora -le dice-; abusan de ella para satisfacer sus caprichos; acostumbrados a no encontrar obstáculo en nada, cuando lo encuentran, se irritan, se necesitan desgracias para recordarles que son hombres. Agradezco al destino las que me llegan; moderando el ardor de mis deseos, me enseñan a formar únicamente los prudentes... Yo era príncipe... y heme aquí pastor; pero, ¿puedo lamentar este cambio de estado cuando sólo a él debo la dicha de teneros aquí?

Nelmours responde como debe a esta lisonjera recepción, y se acercan a la tienda. Estaba preparada para una comida campestre... ¡mas que agreste decoración!

-Señora -dice el nuevo pastor-, no puedo ofrecer a mi vencedor sino una comida muy frugal, ¿os dignaréis contentaros con ella?

-Es una forma de servir de cenar que desconocía -respondió la condesa-; lo raro de ella me divierte.

El interior de la tienda representaba un bosque de arbustos odoríferos cuyas ramas se plegaban bajo la multitud de pájaros de diversas especies que parecía descansar sobre ellas; todos aquellos pájaros, que imitaban a los de las cuatro partes de la tierra, estaban adornados con sus plumajes como si viviesen... Los cogían: el animal mismo era asado

bajo aquel plumaje ficticio, o su cuerpo se abría, y encerraba dentro de sí los platos más delicados y suculentos. Asientos de césped irregularmente situados frente a una pequeña elevación de tierra cubierta de flores, hacían a cada invitado asientos y mesas, y daban al conjunto de esta comida campestre la apariencia de un alto de cazadores bajo un boscaje fresco.

-Pastor -dijo Ceilcour al genio tras el primer servicio-, tal forma de comer puede resultar incómoda para la princesa; permitid que por un instante sea yo quien dé las órdenes en vuestra casa.

-¿Puedo oponerme a vos? -respondió el genio- ¿No conocéis vuestro ascendiente sobre mí?

En el mismo instante, un golpe de varita trae una mesa de uso corriente, que representa un parterre esmaltado con las flores de Arabia más bellas y mejor perfumadas, que alfombraban sin orden frutas de todas las estaciones y de todos los mundos posibles. Gracias a un arte sorprendente del decorador, no era necesario ni molestarse ni cambiar de sitio; la propia silla, inclinándose, ponía a cada uno alrededor de la mesa, y todo variaba en un abrir y cerrar de ojos.

Acabado este servicio, el genio en cuya casa estaban, propuso a la condesa ir a tomar helados a sus bosquetes. Al salir de la tienda, penetran en avenidas deliciosas, formadas por todas las especies de árboles frutales que se pueden ver en el mundo, cada uno de los cuales lleva en sus ramas el fruto que le es propio... pero helado y coloreado hasta el punto de engañar a todos los ojos. Nelmours, la primera seducida, se extasía ante la singularidad de ver melocotones y uvas soberbias en la estación en que están, de ver la nuez de coco, el fruto del árbol del pan y el ananá tan frescos como en el seno mismo de las comarcas donde tales frutos son comunes. Entonces Ceilcour, arrancando un limón de las Antillas, le hace ver que aquellos frutos imitados unen a su gusto natural la suavidad de los helados más exquisitos.

-Realmente -exclama la señora de Nelmours-, ésta es una extravagancia que supera todo cuanto se puede decir; me parece que os arruinaréis con esta aventura.

-¿Lo lamentaría cuando fuera por vos? -dijo Ceilcour, estrechando amorosamente la mano de la señora de Nelmours-, y encantado de verla darse cuenta, como pronto se verá, uno de los puntos más esenciales de sus pruebas...

-¡Ah! -continuó él con pasión-, si alguna vez mi fortuna se viera arruinada por agradaros, ¿no ofreceríais de la vuestra los recursos que podrían repararla?

-¿Quién lo duda? -responde fríamente la condesa, cogiendo azufaifas heladas-. Sin embargo, más vale no arruinarse... Todo esto es encantador pero quiero que seáis prudente... Me enorgullezco de que no hicisteis tantas extravagancias por esa pequeña Dolsé... Si lo creyese, no os lo perdonaría.

La compañía que se aproximaba impidió a Ceilcour responder, y la conversación se tornó general.

Recorrieron aquellos bosquetes encantadores, gustaron en ellos de todos los frutos posibles; insensiblemente vino la noche, y conducidos por Ceilcour llegaron, sin darse cuenta, a un montículo que dominaba un valle muy encajonado, en el que reinaba una oscuridad profunda.

-Oromasis -dijo el genio de cuya casa salían-, temo que hayáis llegado demasiado pronto.

-Bueno -dijo la señora de Nelmours-, ¿todavía quedan sorpresas? Este hombre cruel no nos dejará reflexionar un instante en los placeres que dejamos; con él no tiene una tiempo siquiera de respirar.

-Pero, ¿qué pasa? -preguntó Ceilcour.

-Sabéis -respondió el genio del Fuego- que mis Estados lindan con las islas del mar Egeo, donde los cíclopes trabajan para Vulcano. Este valle depende de Lemnos, y como en este momento hay guerra declarada entre los Dioses y los Titanes[50], estoy convencido de que el famoso herrero del Olimpo vendrá a pasar la noche a su taller. ¿No arriesgaréis nada acercándoos?

-No, no -respondió Oromasis-; mi hermana y yo no nos dejamos, y su poder conservador nos pone al abrigo de peligros.

-Un artificio encantador ya lo estoy viendo -dijo la condesa-; pero será el último, porque después, decididamente, os dejo; tendría que reprocharme vuestras extravagancias si las compartiera más tiempo.

Apenas ha terminado de hablar cuando los cíclopes entran en la forja. Eran hombres de doce pies de alto, que no tenían más que un ojo en medio de la frente y que parecían completamente de fuego. Comienzan a forjar armas sobre yunques inmensos; a cada uno de los martillazos que remachan, brotan de cada yunque millones de bombas y de cohetes que, cruzándose en sentidos diversos, llenan el espacio de un fuego continuo. Estalla un trueno, el fuego cesa, Mercurio, desde lo alto de los cielos, desciende donde los cíclopes; aborda a Vulcano, le entrega haces de armas, y el dios de los herreros le enciende ante el enviado del cielo: de ella salen diez mil bombas a la vez, Mercurio coge el arma y vuela de nuevo a los cielos... El Olimpo se abre, la escena, alzada a más de cien toesas de la tierra, presenta la asamblea completa de todas las divinidades de la fábula, en un día claro y sereno formado por los rayos de un sol inmenso que arde a quinientos pies por arriba... Mercurio llega a los pies de Júpiter, a quien una talla majestuosa y un trono soberbio distinguen de los demás dioses; le entrega las armas traídas de Lemnos. La atención debida a este nuevo espectáculo impide que se vean los cambios operados abajo. Pronto el ruido que se oye la vuelve a ésa hacia ahí. Toda la parte delantera de la perspectiva está ocupada sólo por los Titanes, dispuestos a desafiar a los dioses; acumulan rocas... los dioses se arman; es una hecatombe universal, es un movimiento admirable que iluminan tanto el sol por arriba como por abajo enormes haces de chorros de fuegos lanzados en todo momento hacia el Olimpo... Poco a poco, el montón de piedras parece dispuesto a tocar el cielo; los gigantes escalan; los fuegos que lanzan mientras escalan sus rocas, unidos a los que parten de la tierra, eclipsan pronto la luz de los cielos... Todas las divinidades se agitan, todas tiemblan o combaten. Los torrentes de bombas lanzadas por

[50] Titanes o Teutos, habitantes de los alrededores del Vesubio, en la Campania. Se pretendía que se servían de ese volcán como de un arma para atacar el Cielo; cerca de allí libraron una famosa batalla en la que fueron derrotados: tal es el origen de la conocida fábula. Esta idea de que atacaban el Cielo procedía de su extrema impiedad y de sus perpetuas blasfemias contra los dioses. Estos pueblos, vencidos, pasaron a Alemania, y tomaron el nombre de Teutones. Su talla muy alta hizo que durante mucho tiempo se les tomara por una raza de gigantes.

el arma terrible de Vulcano, los innumerables rayos, siembran, finalmente, el desorden entre los gigantes. A medida que unos suben, otros son derribados; el vigor, el coraje de algunos les hacen, sin embargo, alcanzar las nubes mismas que envuelven a los dioses; la esperanza renace, las rocas vuelven a amontonarse, los gigantes reaparecen, se multiplican de tal forma que apenas se los distingue en medio de los torbellinos de llamas y de humo con que están cubiertos... Pero los rayos redoblan igualmente en el Olimpo; consiguen disipar, por fin, a esa raza presuntuosa, y precipitarles a la vez en el espantoso abismo que se entreabre para recibirlos; todo cae derribado, todo se desmorona, no se oyen más que gemidos y gritos; cuanto más presiona sobre las bocas del Erebo, la masa que se engulle, más se amplían éstas; todo desaparece, y es de las cenizas mismas de estos infortunados de donde se producen sus últimos esfuerzos. Se diría que el Infierno quiere ayudar a su rebelión; de aquellas aberturas multiplicadas del Tártaro salta hacia los cielos un ramo de ochenta mil cohetes volantes, cada uno como el pie de una torre; golpean las nubes, hacen desaparecer el Elíseo, y esta enorme pieza de artificio, que nada igualó jamás y que se percibe desde veinte leguas, deja caer de nuevo, estallando, una lluvia de estrellas tan brillantes que la atmósfera, aunque envuelta en las sombras de la noche más espesa, parece durante un cuarto de hora tan brillante como el más hermoso de los días.

-¡Ah, cielos!, dice la condesa, asustada, jamás nada tan bello hirió mis miradas; si este combate tuvo lugar, fue probablemente menos sublime de cómo esta representación acaba de pintárnoslo...

-¡Oh, mi querido Ceilcour!, prosiguió ella, apoyándose en él, nunca os elogiaré tanto como merecéis... Es imposible dar una fiesta mejor, imposible que reine a la vez en ella más orden, más magnificencia y gusto. Pero os dejo, hay demasiada magia en la seducción; he querido dejarme encantar, pero no quiero dejarme seducir.

Y al pronunciar estas palabras se dejaba llevar por Ceilcour, que en la oscuridad la condujo insensiblemente hacia un gabinete de jazmines, donde le rogó descansar sobre un banco que ella creyó de césped; él se situó a su lado. Una especie de dosel, que la condesa no distinguió, envolvió al punto a los dos de manera que nuestra heroína no ve ya ni dónde está ni el gabinete en el que se imagina haber entrado.

-¡Todavía magia!, dijo ella.

-¿Censuráis la que nos une tan íntimamente, la que nos oculta a los ojos del universo, como si nosotros fuésemos los únicos seres que habitasen el mundo?

-Yo no censuro nada, dijo la condesa totalmente emocionada, sólo querría que no abusarais del delirio en que acabáis de sumir mis sentidos durante veinticuatro horas.

-Lo que decís sería una seducción, ya os habéis servido de esta palabra; ahora bien, ¿no pensáis que tal proceder supone artificio, por una parte, y debilidad, por otra? ¿No estaríamos los dos, señora, en igualdad de condiciones? -Quiero suponer que sí.

-Pues bien, si es así, pase lo que pase, toda la culpa corresponderá al amor, y vos no habréis tenido tanta debilidad cuanta seducción yo habré puesto.

-Sois el hombre mas hábil que he conocido.

-¡Oh!, mucho menos de lo que vos sois cruel.

-No, no es crueldad, es prudencia.

-Es tan dulce olvidarla a veces.

-Claro, ¡pero el arrepentimiento!

-¡Bueno!, ¿quién podría hacerlo nacer? ¿Todavía os preocupan esas miserias?

-Os juro que no... sólo temo vuestra inconstancia. Esa pequeña Dolsé me desespera.

-¿No habéis visto que os la he sacrificado?

-La manera me ha parecido tan hábil como delicada... Pero, ¿cómo creer en todo esto?

-La mejor forma de asegurarse una mujer a su amante es encadenándolo mediante favores.

-¿Eso creéis?

-No conozco otra más segura.

-Pero, ¿dónde estamos?, por favor... Quizá en el fondo de un bosque, lejos de toda ayuda... Si emprendieseis... la cosa más inconsecuente del mundo yo tendría que llamar, nadie acudiría...

-Pero, ¿llamaríais?

-Según lo que osarais.

-Todo...

Y Ceilcour, teniendo a su amada en sus brazos, trataba de multiplicar sus triunfos.

-¡Bien! ¿No lo dije?, contestó la condesa, dejándose ir blandamente, ¿no lo he previsto? He aquí a lo que todo esto conduce.: ¿Vais a exigir extravagancias?

-¿No me las prohibís?

-¡Eh! ¿Cómo queréis que se prohíba algo aquí?

-Es decir, que no os habría debido más que a la ocasión, mi victoria no será más que obra de las circunstancias...

Y al decir esto, Ceilcour fingía enfriarse; en lugar de acelerar el desenlace; lo retardaba.

-Nada de eso, dijo la condesa haciéndole volver a ganar todo el camino que acababa de perder... ¿Queréis que una se tire de cabeza a las personas? ¿Queréis, en fin, obligarme a que yo lleve la iniciativa?

-Sí, es una de mis manías, quiero que me digáis... que me probéis que la ilusión o las circunstancias no tienen ningún peso en mi conquista y que, aunque yo fuera el ser más oscuro o el más desventurado, no por ello obtendría de vos menos de lo que exijo.

-Dios mío, ¿y qué importa todo eso? Yo, yo os diría todo lo que quisierais; hay momentos en la vida en que nada cuesta decir, y juraría que casi acabáis de dar lugar al nacimiento de uno de esos instantes.

-¿Exigís, pues, que me aproveche de él?

-Yo no exigo más de lo que prohíbo; ya os he dicho que no sabía ya lo que hacía.

-Permitid, pues, señora, dijo Ceilcour, levantándose, que la razón no me abandone a mí de igual manera. Mi amor, más esclarecido que el vuestro, quiere ser puro como el objeto que lo anima. Si yo fuera tan débil como vos, nuestros sentimientos se apagarían pronto; es a vuestra mano a lo que aspiro, señora, y no a vanos placeres que, no teniendo

más que la disolución por principio, o el delirio por excusa, dejan pronto en el seno pesares a quienes, por entregarse a ellos, olvidaron a la vez el honor y la virtud. Mi proceder os sorprende en este instante en que vuestra alma exaltada querría volverse hacia deseos nacidos de la situación; pensando algunas horas, ya no os ofenderá más; en ese momento os espero, entonces me veréis a vuestros pies, señora, pedir para el esposo las excusas del amante.

-¡Oh!, señor, cuán obligada quedo con vos, dijo la condesa, reponiéndose. Ojalá las mujeres que se olvidan puedan encontrar siempre hombres tan prudentes como vos. Por favor, ordenad que traigan un coche para que yo vaya cuanto antes a llorar a mi casa tanto mi debilidad como vuestras seducciones.

-Estáis en el coche que pedís, señora; es una berlina alemana, que llevarán, como les ordenéis, seis caballos ingleses; es el último efecto de la magia del príncipe del Aire, pero no los últimos presentes del feliz esposo de Nelmours.

-Señor, respondió aquella mujer extraviada, al cabo de algunos momentos de reflexión, os espero en mi casa, penetrada de ternura y de gratitud... Me veréis en ella más prudente pero no menos acuciada por perteneceros.

Ceilcour abre la portezuela... se baja; un lacayo vuelve a cerrar, preguntando la dirección.

-A mi casa, dice Nelmours.

Los caballos se precipitan y nuestra heroína, que se creía sobre un lecho de verdura en el fondo de un gabinete de jazmines, se encuentra en pocas horas en París, en un coche magnífico que le pertenece.

Los primeros objetos que sorprendieron su vista, al entrar en su casa, fueron los soberbios presentes que había recibido de Ceilcour, entre los cuales no había sido olvidado el pequeño palacio de diamantes.

-Bien pensado todo, dijo al acostarse, es un hombre a la vez muy prudente y muy loco. Debe ser, sin duda, un excelente marido, pero es un amante muy frío, y me parece que los sentimientos de este título, acogidos con algo más de calor, no hubieran perjudicado para nada a los del otro. Sea como quiera, dejémosle venir; el peor de los casos es convertirse en su mujer, dar fiestas a su lado y arruinarle en muy poco tiempo; hay en ello algunas delicias para una cabeza como la mía. Acostémonos, pues, con estas dulces ideas, ocuparán el lugar de las realidades que pierdo... ¡Oh!, qué razón tienen al decir, añadió abandonándose a sí misma, que nunca hay que contar con los hombres.

-Esta vez no me había engañado ella, decía por su lado Ceilcour con mucha más prudencia... ¡Oh, Dolsé, qué diferencia! La segunda parte de mis pruebas resulta casi inútil ahora con esta mujer adorable, continuaba; todas las cualidades deben estar allí donde la virtud fijó su imperio; con ellas debo contar con una mujer que también resiste a las trampas de los sentidos, mientras que aquélla a la que arrastra la más ligera circunstancia debe tener poca continuidad en el carácter y bondad en el corazón. Sin embargo, no importa, probemos, estoy resuelto a ello, no quiero tener nada que reprocharme.

Examinando el estado de las dos mujeres probadas por Ceilcour, era más o menos lo mismo: Dolsé había recibido pruebas de amor, presentes, y su alma, de una situación afortunada, al saber todo lo que acababa de ocurrir, debía pasar a la posición más triste en que una mujer prudente y sensible puede encontrarse. La señora de Nelmours, por otra

parte, había recibido igualmente pruebas de amor y presentes, y su alma, debía pasar, tras la última escena que acababa de tener con Ceilcour, de un asiento dulce y tranquilo a una de las situaciones más curiosas en que una mujer coqueta y orgullosa puede encontrarse. Respecto a sus esperanzas, eran las mismas: pasase lo que pasase, las dos debían contar con la mano de Ceilcour. Por tanto, mediante el arte de aquél que las probaba, el parecido completo de la manera de ser de las dos mujeres, aunque operado por procedimientos diferentes, hacía perfecto el equilibrio. Y las últimas experiencias debían obrar aproximadamente igual sobre ellas, es decir, poner de manifiesto esencialmente el bien o el mal, en relación a la diferencia de su alma. Sólo después de estas consideraciones bien analizadas Ceilcour se decidió a sus últimos ensayos.

Se queda adrede cuatro días en el campo, y llega el quinto a París. Al día siguiente, vende sus caballos, sus muebles, sus joyas, despide a sus criados, no vuelve a salir y hace saber a sus dos amantes que un accidente horrible acaba de echar por tierra en ese momento su fortuna, que está arruinado, y que sólo de sus bondades y de sus manos espera ayudas en el deplorable estado en que está. Los gastos enormes que acababa de hacer Ceilcour hicieron pronto estas noticias tan públicas como creíbles, y éstas son, palabra por palabra, las respuestas que recibe de las dos mujeres.

DOLSE A CEILCOUR

¿Qué os hice, señor, para que hirieseis con el puñal mi seno? Por única gracia os había pedido no fingir un sentimiento que no experimentabais; os había mostrado mi alma y su delicadeza, vos la habéis desgarrado por el lugar más sensible, me habéis sacrificado a mi rival, me habéis conducido a la tumba. Pero dejemos de hablar de mis desgracias cuando en este momento se trata de las vuestras; me pedís mi mano, venid a ver el estado en que me habéis puesto, cruel, y reconoceréis si esa mano puede aún ser vuestra... Expiro, y aunque víctima de vuestro proceder, muero adorándoos. Ojalá la débil ayuda que os ofrezco pueda restablecer un poco vuestros asuntos y haceros digno de la señora de Nelmours; sed feliz con ella, es el único deseo que le queda por hacer a la desventurada Dolsé.

P. S. Bajo este pliego un valor de cien mil francos de billetes de la caja de descuento; sólo puedo disponer de eso, os lo envío; aceptad esta bagatela ofrecida por la amiga más tierna... por aquélla cuyo corazón no habéis conocido, y cuya vida arranca tan cruelmente vuestra mano pérfida.

CARTA DE NELMOURS

Os habéis arruinado; ya os lo había dicho, nunca se hacen locuras semejantes; por más arruinado que estéis, me casaría con vos, sin embargo, si me fuera posible vencer el horror que desde siempre he tenido por el vínculo conyugal. Os ofrecí ser mi amante, no quisisteis... ahora estáis en apuros. Sea como fuere, hay remedio para todo; vuestros acreedores esperarán, están hechos para eso... Viajad, hay que distraerse cuando uno tiene penas; es el consejo que adopto para mí; mañana parto para una finca de mi hermana, en Borgoña, de donde no volveremos hasta Navidad. Os recomendaría a la pequeña Dolsé, si fuera rica; pero en toda su fortuna no habría con qué pagar una de

nuestras fiestas. Adiós, volveos, pues, prudente, y no seáis tan excesivo como lo habéis sido.

Ceilcour necesitó toda su filosofía para no desacreditar en todo París a esta indigna criatura, como merecía serlo. Se contentó con despreciarla, y sin olvidar lo que ella le costaba.

-Soy demasiado feliz, exclamó, por haber descubierto un monstruo a este precio: mi fortuna entera, mi honor y mi vida quizá hubieran quedado comprometidos sin esa prueba.

Con la desesperación en el alma, verdaderamente inquieto por Dolsé, Ceilcour vuela al punto a su casa; pero, ¡hasta qué punto aumenta su dolor cuando ve a esta desgraciada y encantadora mujer pálida, desecha, abatida y ya casi rodeada por las sombras de la muerte! Naturalmente sensible y celosa, adorando a Ceilcour, había recibido la horrible nueva de la fiesta que él daba a su rival en uno de esos momentos de crisis en que las mujeres no se enteran de ninguna desgracia impúnemente. La revolución había sido terrible... una fiebre ardiente había sido la consecuencia.

Ceilcour se arroja a sus pies; le pide mil y mil excusas, y no cree deber ocultarle la prueba que se le había ocurrido intentar.

-Os perdono lo que habéis querido hacer conmigo, respondió Dolsé. Acostumbrado a desconfiar de las mujeres, queríais estar seguro de vuestro acto, nada más lógico; pero después de lo que habíais podido ver, ¿debíais suponer que hubiera en el mundo una criatura capaz de amaros mejor que yo?

Ceilcour, que no había supuesto errores en sus proyectos, pero que, por su segunda prueba, se hallaba, efectivamente, en situación imperdonable respecto a Dolsé, que no tenía culpa alguna hacia él, no pudo responder más que con sus lágrimas y con los testimonios del más ardiente amor.

-No hay tiempo, le dijo Dolsé, el daño ya está hecho. Os había pintado mi sensibilidad, vos le debíais por lo menos algunos miramientos; puesto que vuestra ruina no es más que ficción, muero con una pena menos... Pero tenemos que dejarnos, Ceilcour, tenemos que separarnos para siempre... Salgo muy joven de una vida... en la que vos podíais haberme hecho encontrar la felicidad... ¡Ah!, cuán querida me hubiera sido con vos, continuó ella cogiendo las manos de su amante y rociándolas con su llanto; ¡qué esposa sincera y tierna, qué amiga fiel y sensible hubierais encontrado en mí! Os hubiera hecho feliz, me atrevo a decirlo... Y, ¡cómo hubiera gozado yo de una felicidad que habría sido obra mía!

Ceilcour se hallaba fundido en lágrimas; fue entonces cuando lamentó muy sinceramente la fatal prueba que no había servido más que para hacerle conocer a una mujer *deshonesta* y hacerle perder una *divina.* Conjura a Dolsé, cualquiera que sea su cruel estado, a aceptar al menos el título de esposa suya, y de permitirle acelerar la ceremonia.

-Sería una pena desgarradora para mí, dijo Dolsé. ¡Qué lágrimas amargas no vertiria yo en mi tumba al descender a ella como esposa vuestra! Prefiero morir con el dolor de no haber merecido el título que aceptarlo en el instante cruel en que yo no puedo volverme digna de él... No, vivid, querido Ceilcour, vivid y olvidadme; sois todavía muy joven; dentro de algunos años, todos los recuerdos de una amiga de algunos días se

habrán borrado de vuestro corazón... apenas os parecerá que haya existido para vos. Si os dignáis, sin embargo, pensar en ella algunas veces, que esta amiga sincera que vais a perder no se ofrezca a vos más que para vuestro consuelo; recordad los pocos instantes que pasamos juntos, y que esta idea, conmoviendo suavemente vuestra alma, la consuele sin desgarrarla. Casaos, mi querido Ceilcour, se lo debéis a vuestra fortuna, a vuestra familia; tratad de que aquélla a la que escojáis tenga algunas de las cualidades que os dignáis apreciar en mí. Y si los seres que dejan este mundo pueden recibir consuelos de quienes lo dejan, creed que será un verdadero goce para vuestra amiga saberos vinculado a una mujer que, al menos, habrá sabido parecérsele en alguna cosa.

Una debilidad horrible se apodera de Dolsé al terminar estas palabras... Nada tan sensible como el alma de esta interesante mujer... Acababa de hacer un esfuerzo; la naturaleza sucumbe, está a las puertas de la muerte. Ceilcour se ve obligado a retirarse a otra habitación; su desesperación hace temblar a cuantos le rodean; por nada del mundo quiere dejar la casa de esta mujer idolatrada... Sin embargo, le arrancan de ella. Apenas llega a su casa, cae postrado en horrible enfermedad; está tres meses entre la vida y la muerte, y sólo a la salud y a la excelencia de su temperamento debe el retorno a la salud. Le habían ocultado con cuidado durante su enfermedad la pérdida horrible que acababa de tener; finalmente, le comunicaron la muerte de aquélla a la que amaba. La lloró el resto de sus días; no quiso nunca casarse, y no empleó sus bienes sino en los actos más santos de la beneficencia y de la humanidad. Murió joven, lamentado por sus amigos, y dio mediante este fin desastroso y prematuro, cruel ejemplo de que la más dulce dicha del hombre..., la compañía de una mujer que le conviene, puede huir de él en el seno mismo de la opulencia y de la virtud.

MISS HENRIETTE STRALSON

o

LOS EFECTOS DE LA DESESPERACION

(Novela inglesa)

Una tarde en que el Ranelagh de Londres estaba en su apogeo, lord Granwel, de unos treinta años de edad, hombre el más disoluto, mas malvado, más cruel de toda Inglaterra, y desgraciadamente uno de los más ricos, vio pasar junto a la mesa, en que a fuerza de ponche y de vino de Champagne adormecía sus remordimientos con tres de sus amigos, a una joven encantadora, que no había visto aún en parte alguna.

-¿Quién es esa chica?, dijo con solicitud Granwel a uno de sus convidados, y ¿cómo es posible que haya en Londres una carita tan fina que se me haya escapado? Apuesto a que eso no tiene dieciséis años: ¿qué dices tú, sir Jacques?

Sir Jacques.-¡Un talle como el de las Gracias! Wilson, ¿conoces eso?

Wilson.-Es la segunda vez que me encuentro con ella; es hija de un baronet de Herreford.

Granwel.-Aunque fuese hija del diablo, es preciso que la consiga o si no que me parta un rayo. Gave, a ti te encargo de las indagaciones.

Gave.-¿Cómo se llama, Wilson?

Wilson.-Miss Henriette Stralson; esa mujer alta que véis ahí con ella, es su madre; su padre murió. Hace tiempo que está enamorada de Williams, un gentilhombre de Herredord; van a casarse. Williams ha venido aquí para recoger la sucesión de una vieja tía que constituye toda su fortuna; durante este tiempo, lady Stralson ha querido enseñar Londres a su hija, y cuando los asuntos de Williams hayan terminado, volverán a partir juntos hacia Herreford, donde debe concluirse el matrimonio.

Granwell.-Que todas las furias del mundo se apoderen de mi alma si Williams la toca antes que yo... ¡Jamás he visto nada tan hermoso! ¿Está ahí el tal Williams? *No co*nozco a ese bribón, enseñádmelo.

Wilson.-Es ese que les sigue... Sin duda, se había detenido con algún conocido... Se une a ellas... Observadle... es él... ahí está.

Granwell.-¿Ese joven alto de tan buena talla?

Wilson. -Precisamente.

Granwell.-¡Vaya, si apenas tiene veinte años!

Gave.-Es, en verdad, un hombre guapo, milord... ¡Vaya rival!

Granwell. -Del que me desharé como de muchos otros... Gave, levántate, y sigue a ese ángel... Realmente, me ha causado una impresión... Síguela, Gave, trata de saber cuanto puedas sobre ella... pon espías tras sus pasos... ¿Tienes dinero, Gave? ¿Tienes dinero? Ahí van cien guineas. Ojalá que mañana no quede ni una y que yo no lo sepa todo. ¿Enamorado yo? Wilson, ¿qué dices? Sin embargo, es cierto que al ver a esa muchacha he sentido un presentimiento... Sir Jacques, esa criatura celeste tendrá mi fortuna... o mi vida.

Sir Jacques.-La fortuna sea, pero la vida... no creo que seas capaz de morir por una mujer.

Granwel.-No...

Y milord, al pronunciar esta palabra, se estremeció involuntariamente... Luego, prosiguiendo:

-Todo eso no son mas que formas de hablar, amigo mío: no se muere por esos animalitos. Pero hay algunos que mueven el alma de los hombres de una forma tan extraordinaria... ¡Eh, mozo!, que me traigan vino de Borgoña. Mi cabeza se calienta, y sólo la calmo con ese vino.

Wilson.-¿Será verdad, milord, que te sientes capaz de cometer la locura de meterte en los amores de ese pobre Williams?

Granwell.-¿Qué me importa Williams? ¿Qué me importa toda la tierra? Has de saber, amigo mío, que cuando este corazón de fuego concibe una pasión, no hay ningún obstáculo que pueda impedirlo satisfactoriamente; cuantos más surgen tanto más me irrito; la posesión de una mujer nunca es halagüeña para mí, sino en razón de la multitud de frenos que he roto para obtenerla. No hay cosa más mediocre en el mundo que la posesión de una mujer, amigo mío; quien ha tenido una, ha tenido ciento: la única forma de alejar la monotonía de esos triunfos insípidos es deberlos sólo a la astucia, y

únicamente sobre los restos de un tropel de prejuicios vencidos pueden encontrarse algunos encantos.

Wilson.-¿No valdría más tratar de agradar a una mujer..., tratar de obtener sus favores de las manos del amor que deberla a la violencia?

Granwel.-Lo que dices estaría bien si las mujeres fueran más sinceras; pero como no hay una sola en el mundo que no sea falsa y pérfida, hay que obrar con ella como con las víboras que se utilizan en medicina... Retorcerle la cabeza para tener el cuerpo... tomar, al precio que sea, lo poco bueno de su físico forzando tanto la moral que nunca puedan sentirse sus efectos.

Sir Jacques.-He ahí máximas que me gustan.

Granwel.-Sir Jacques es alumno mío, y algún día haré de él un personaje... Pero ya vuelve Gave, escuchemos lo que va a decirnos...

Y Gave, sentándose tras haber bebido un vaso de vino:

-Vuestra diosa se ha marchado, le dijo a Granwel; ha subido a un coche de punto con Williams y lady Stralson, y le ha dicho al cochero: a Cecil Street.

Granwel.-¡Cómo! ¿Tan cerca de mi casa? ¿Has hecho que los sigan?

Gave.-Tengo tres hombres detrás... tres de los más agudos pillos que jamás se hayan escapado de Newgate[51].

Granwel.-Y bien, Gave, ¿es bonita?

Gave.-Es la persona mas hermosa que hay en Londres... Stanley... Staford... Tilner... Burcley, todos la han seguido, todos la han rodeado, todos estaban de acuerdo en que no existía en los tres reinos una muchacha comparable.

Granwel (vivamente).-¿La has oído hablar? ¿Ha hablado? El sonido lisonjero de su voz, ¿ha penetrado tus oídos? ¿Has respirado el aire que ella acababa de purificar? ¡Vamos, habla!. háblame, amigo mío, ¿no ves que la cabeza me da vueltas... que tiene que ser mía? O sino dejo Inglaterra para siempre.

Gave.-La he oído, milord... ha hablado, le dijo a Williams que hacía mucho calor en el Ranelagh, y que prefería retirarse a pasear por allí mucho tiempo.

Granwel-¿Y el tal Williams?

Gave-Parece estar muy enamorado. La devoraba con los ojos... se hubiera dicho que el amor le encadenaba a sus pasos.

Granwel.-Es un malvado al que detesto, y mucho me temo que las circunstancias me obliguen a desacerme de ese hombre... Salgamos, amigos míos. Wilson, te agradezco tus informes. Guárdame el secreto, o hago correr por todo Londres tu intriga con lady Mortmart; en cuanto a ti, sir Jacques, quedamos mañana en el parque para ir juntos a casa de esa pequeña bailarina de la Opera... ¿Qué digo? No, no iré... No tengo más que una idea en la cabeza... Nada en el mundo puede interesarme fuera de miss Stralson, no tengo miradas más que para ella, no tengo alma mas que para adorarla... Tú, Gave, vendrás mañana a cenar conmigo, con lo que hayas podido enterarte de esa muchacha divina... único árbitro de mis destinos... Adiós, amigos míos.

[51] Prisión de Londres.

Milord se mete en su coche y vuela a la ceremonia de acostarse del rey, donde le llamaban los deberes de su cargo.

Nada más exacto que los pocos detalles dados por Wilson sobre la belleza que enloquecía la cabeza de Granwel. Miss Henriette Stralson, nacida en Herreford, venía, efectivamente, para ver Londres, que no conocía, mientras Williams concluía sus asuntos, y todos volverían luego a su tierra donde el himeneo debía coronar sus deseos.

No es muy sorprendente, por lo demás, que miss Stralson hubiera conquistado a todos en el Ranelagh, porque a un talle encantador, a los ojos más dulces y más seductores, a los cabellos más hermosos del mundo, a los rasgos más finos, más espirituales y más delicados se une un timbre de voz delicioso, mucho ingenio, gentileza, vivacidad moderada por un aire de pudor y de virtud que vuelven estas gracias mas atractivas aún... y todo ello con diecisiete años, debe necesariamente agradar; por eso, Henriette había causado una sensación prodigiosa, y, en Londres, no se hablaba más que de ella.

En cuanto a Williams, era lo que se llama un joven honrado, bueno, leal, sin artimaña y sin falsía, que adoraba a Henriette desde su infancia, que cifraba toda su dicha en poseerla un día, con sentimientos sinceros, una fortuna bastante considerable si su proceso salía adelante, un nacimiento algo inferior al de la señorita, pero a todas luces honesto, y un rostro muy agradable para pretender a ella.

Lady Stralson era también una excelente criatura que, mirando a su hija como el bien más preciado que tenía en el mundo, la amaba como verdadera madre de provincia; porque todos los sentimientos se depravan en las capitales: a medida que se respira el aire apestado, las virtudes se deterioran, y como la corrupción es general hay que salir de ella o gangrenarse.

No bien estuvo en la antecámara del rey, Granwel, muy enardecido de vino y amor, se dio cuenta de que no estaba en condiciones de presentarse. Volvió a su casa donde, en lugar de dormir, se entregó a los proyectos más locos y extravagantes para poseer el objeto de sus transportes. Tras haber encontrado y rechazado uno tras otro, más de cien, a cual más atroz, se fijó en el de malquistar a Williams y Henriette; tratar si era posible de complicar los asuntos del tal Williams de forma que le fuera imposible aguantar mucho tiempo, y aprovechar mientras tanto los momentos que el azar le ofreciese junto a su bella para deshonrarla en Londres mismo, o para raptarla y conducirla a una de sus tierras, en los confines de Escocia, donde, dueño absoluto de ella, nada podría impedirle hacer lo que quisiera. Este proyecto, suficientemente adornado de atrocidades, se convirtió por esto mismo en el que más agradó al pérfido Granwel, y, en consecuencia, desde el día siguiente todo fue puesto en práctica para hacerlo triunfar.

Gave era amigo íntimo de Granwel; dotado de sentimientos más bajos aún; Gave cumplía junto a milord esa función tan común en nuestros días que consiste en servir a las pasiones de los demás, en multiplicar sus desenfrenos, en enriquecerse con sus locuras, deshonrándose uno mismo al hacerlo. No faltó a la cita del día siguiente; mas la escasa información que pudo dar ese día fue sólo que lady Stralson y su hija estaban alojadas; como se había dicho, en Cecil Street, en casa de una de sus parientes, y que Williams se alojaba en el hotel de Polonia, en Covent Garden.

-Gave, dijo milord, es preciso que me respondas de ese Williams; es preciso que con nombre y ropas escocesas llegues mañana con un buen séquito al mismo hotel de ese bellaco, que trabes conocimiento con él.., que le robes... que le arruines. Mientras tanto,

yo trabajaré a las mujeres, y verás, amigo mío, cómo en menos de un mes echamos por tierra todos los honestos planes de esos virtuosos campesinos.

Gave se cuidó mucho de no poner inconvenientes a los proyectos de su patrón; la aventura exigiría mucho dinero, y estaba claro que cuanto más gastase en ellos milord, tanto más lucrativa sería su ejecución para el ministro infame de los caprichos de aquel malvado. Se dispone, pues, a actuar, mientras milord, por su parte, rodea cuidadosamente a Henriette con un tropel de agentes subalternos que deben rendirle cuenta exacta de los menores pasos de aquella muchacha encantadora.

Miss Henriette estaba alojada en casa de una pariente de su madre, viuda desde hacía diez años, y que se llamaba lady Wateley.

Entusiasmada con Henriette, a la que, sin embargo, no conocía más que desde la estancia de esta joven en la capital, lady Wateley no descuidaba nada. de cuanto podía hacer destacar con esplendor el objeto de su dedicación y de su orgullo; más aquella amable prima, retenida desde hacía quince días en su cama por una fluxión, no solamente no había podido formar parte de la última visita al Ranelagh, sino que se veía privada incluso del placer de acompañar a su prima a la Opera, a donde debían ir al día siguiente.

Tan pronto como Granwel fue informado de este proyecto de espectáculo por los espías puestos junto a su amada, decidió sacar partido de él; informaciones más amplias le hacen saber que utilizarán un coche de punto, porque lady Wateley necesitaba sus caballos para enviar en busca de su médico. Granwel vuela al instante a casa del dueño de la carroza que debe ser alquilada por Henriette, y obtiene fácilmente que una rueda de aquella carroza ha de romperse a tres o cuatro calles de distancia del punto en que deben partir las señoras, y sin pensar que semejante accidente puede costar la vida a su amada, ocupado únicamente por su estratagema paga con largueza la ejecución, y vuelve todo contento a su casa, de donde vuelve a salir a la hora exacta en que le informan que Henriette debe salir, ordenando al cochero que le conduce ir a esperar, en los alrededores de Cecil Street, que una carroza de tal y cual forma salga de casa de lady Wateley, seguir inmediatamente al coche en cuanto lo vea, y no dejarse que ningún otro se interfiera entre ellos.

Granwel sospechaba acertadamente que al salir de casa de lady Wateley, las damas irían a recoger a Williams al hotel de Polonia. No se equivocó; pero no llegó muy lejos la aventura; la rueda se rompe... las mujeres gritan... uno de los lacayos se rompe un miembro, y Granwel, a quien todo le da igual con tal de triunfar, alcanza inmediatamente el coche roto, salta del suyo y presenta la mano a lady Stralson, proponiéndole la ayuda que su séquito le ofrece.

-En verdad, milord, sois muy bueno, responde ésta; estas carrozas de alquiler son horribles en Londres, no va una en ellas sin correr el riesgo de su vida; debería haber decretos para remediar estos inconvenientes.

Granwel.-Disculparéis que no me queje, señora, pues me parece que ni vos, ni la joven que os acompaña, habéis sufrido ningún accidente, y que con él gano yo el beneficio precioso para mí de serviros de algo.

Lady Stralson.-Sois demasiado servicial, milord... Pero, me parece que mi lacayo está herido, eso me molesta.

Y el lord, haciendo llamar al punto a los portadores, ordena que depositen en una silla al criado herido... Las damas se despiden de él; suben a la carroza de Granwel y vuelan al hotel de Polonia.

Es imposible pintar el estado del lord desde el momento en que se encuentra junto a la que ama, y desde que la circunstancia que le acerca a ella parece un servicio prestado.

-¿La señorita va a visitar a algún extranjero del hotel de Polonia?, dijo a Henriette cuando el coche estuvo en marcha.

-Es mucho más que una visita a un extranjero, milord, dijo miss Stralson con candor; es un amante... es un marido lo que vamos a ver.

Granwel.-Cuál hubiera sido el pesar de la señorita, si ese accidente hubiera retardado el placer que se promete, y cuánto más me felicito por la dicha de haber podido servirla.

Miss Stralson.-Milord es demasiado bueno por ocuparse de nosotras, lamentamos mucho molestarle, y mi madre me permitiría decirle que temo que hayamos cometido una indiscreción.

Granwel.-¡Ah, señorita, qué injusta sois mirando así el mayor placer de mi vida! Pero atreviéndome incluso a cometer una indiscreción, ¿no necesitaréis mi coche para continuar las excursiones de la tarde? Y en tal caso, ¿sería yo lo bastante afortunado para que tuvierais a bien aceptarlo?

Miss Stralson.-Sería una osadía demasiado grande por nuestra parte, milord; nosotras nos dirigimos a la ópera, pero pasaremos la velada en casa del amigo al que vamos a ver.

Granwel.-Es pagarme muy mal el servicio confesado por vos negarme permiso para continuarlo. No me privéis, os lo ruego, del placer con que contáis; Mélico[52] canta hoy por última vez, sería horrible perder esta ocasión de oírle; por otro lado, no supongáis ninguna molestia para mí en el ofrecimiento que os hago, puesto que yo mismo voy a ese espectáculo; sólo se trata, pues, de permitirme acompañarles.

Hubiera sido descortés para lady Stralson rechazar a Granwel; por eso no lo hizo, y llegaron al hotel de Polonia. Williams esperaba a las damas; Gave, que no debía empezar su actuación hasta el día siguiente, aunque había llegado aquel mismo día al hotel, no se encontraba en su compañía, o sea, que nuestro joven estaba solo cuando sus amigas llegaron. Las recibió lo mejor posible, colmó a lord de alicientes y de agradecimientos. Pero como acuciaba la hora se dirigieron a la Opera; Williams dio la mano a lady Stralson, y, mediante esta gentileza que había intuido Granwel, tuvo la oportunidad de hablar con la señorita, en quien encontró un ingenio infinito, amplios conocimientos, gusto delicado y todo lo que hubiera costado mucho trabajo encontrar en una muchacha del mayor rango que jamás hubiera abandonado la capital.

Después del espectáculo, Granwel devolvió a las dos damas a Cecil Street, y lady Stralson, que no tenía más que motivos de alabanza hacia él, le invitó a entrar en casa de su pariente. Lady Wateley, que sólo conocía a Granwel muy imperfectamente, le recibió, sin embargo, a las mil maravillas; le invitó a cenar, pero el lord, demasiado hábil para perder de este modo la cabeza, pretextó un asunto importante, y se retiró mil veces más abrasado que nunca.

A un carácter como el de Granwel no le gusta comúnmente languidecer; las dificultades le irritan, pero las que no pueden vencerse extinguen las pasiones en un alma

[52] Célebre castrado italiano.

semejante en lugar de inflamarlas, y como a esta clase de individuos les es menester un alimento perpetuo, el objeto cambiaría, sin duda, si la idea del triunfo se aniquilase sin esperanza.

Granwel vio claramente que aunque trabajara por malquistar a Williams con su amada, como este procedimiento podía ser largo, debía preocuparse además de desunir a aquella encantadora muchacha de su madre, totalmente seguro de que no llegaría nunca al fin de su plan mientras estuvieran juntas. Una vez introducido en la casa de lady Wateley, le parecía imposible que con la ayuda de sus agentes ningún paso de Henriette lograra escapársele. Este nuevo proyecto de desunión le ocupó, pues, por entero.

Tres días después de la aventura de la Opera, Granwel fue a informarse de la salud de las damas, pero quedó muy extrañado cuando vio a lady Stralson llegar sola al locutorio y excusar a su pariente por la imposibilidad en que se encontraba de invitarle a subir. Alegó un pretexto de salud, y aunque Granwel sentía mucha impaciencia, no por ello dejó de mostrar menos interés por el estado de la dueña del alojamiento. Pero no pudo contenerse y preguntó por Henriette; lady Stralson le respondió que algo lastimada por la caída, no había salido de su habitación desde aquel otro día, y al cabo de un instante, el lord, pidiendo permiso para volver, sé retiró muy descontento de su jornada. Mientras tanto, Gave había trabado ya conocimiento con Williams, y al día siguiente de la poco satisfactoria visita del lord a casa de lady Wateley, vino a darle cuenta de sus operaciones.

-He avanzado más en vuestros asuntos de lo que creeríais, milord, dijo a Granwel; he visto a Williams y a gentes de negocios perfectamente al tanto de lo que le concierne; la sucesión que aguarda, esa sucesión que constituye la fortuna que espera ofrecer a Henriette, es susceptible de ser litigada; hay en Herreford un pariente más cercano que él y que no sospecha sus derechos; hay que escribir a ese hombre para que llegue inmediatamente, protegerle cuando esté aquí... ponerlo en posesión de la herencia; mientras tanto, yo agotaré la bolsa del insolente individuo que osa declararse vuestro rival. Se ha entregado a mí con una candidez completamente digna de su edad, me ha hecho partícipe ya de sus amores; ha llegado incluso a hablarme de vos... de las bondades que habíais tenido con su amada el otro día. Ya está cogido, os lo aseguro, podéis encargarme a mí sólo de este trabajo, os respondo de que la víctima es nuestra.

-Esas noticias me resarcen algo, dijo el lord, de lo que ayer me ocurrió de enojoso.

Y contó a su amigo la forma en que había sido recibido en casa de lady Wateley.

-Gave, continuó, estoy enamorado, todo esto va muy despacio, no puedo contener hasta entonces el deseo violento que tengo de poseer a esa muchacha... Escucha mi nuevo proyecto, escúchalo, amigo mío, y ponlo en práctica inmediatamente. Manifiesta a Williams el deseo que tendrías de conocer a su adorada y que, en la imposibilidad en que estás de ir a verla a casa de una mujer que no conoces, es preciso que él pretexte una indisposición y que invite vivamente a su amada a servirse de una silla de posta para ir prontamente hasta él... Trabaja en eso, Gave... trabaja en ello sin descuidar lo demás, y déjame actuar a mí después de tus maniobras.

Gave, el más diestro de todos lo bribones de Inglaterra, logró tal éxito en su empeño que sin perder el gran proyecto de vista, y al tiempo que mandaba escribir al caballero Clark, segundo heredero de la tía de Williams, que viniese cuanto antes a Londres, obtuvo de su amigo ver a Henriette y precisamente de la forma que había propuesto Granwel. Miss Stralson queda enterada de la indisposición de su amante; le hace saber

que so pretexto de hacer algunas compras encontraría un momento para ir a verle; y en ese mismo instante avisa por. dos partes a milord que el martes siguiente, a las cuatro de la tarde, miss Henriette saldrá sola en silla para dirigirse a Covent Garden.

-Oh, tú, la que yo idolatro, exclamó Granwel en el colmo de la alegría, por una vez no te me escaparás. Por más violentos que son los medios que empleo para poseerte, consolado por tu goce, no me dan ningún remordimiento... ¿Remordimientos? Esos impulsos, ¿son conocidos acaso por un corazón como el mío? Hace mucho tiempo que el hábito del mal los apagó en mi alma endurecida. Multitud de bellezas seducidas como Henriette... engañadas como ella, abandonadas como ella... id a decirle si me conmoví por vuestros llantos, si vuestros combates me asustaron y si vuestra vergüenza me enterneció... si vuestros atractivos me retuvieron... ¡Pues, bien! Es una más en la lista de las ilustres víctimas de mis desenfrenos, ¿y para qué servirían las mujeres si no fuera sólo para esto? Que me prueben que la naturaleza las creó para otra cosa. Dejemos a los tontos la ridícula manía de erigirlas en diosas: con esos principios bonachones es como las volvemos insolentes; al vernos valorar tanto su fútil posesión, se creen con derecho a suponerse ellas mismas de valor, y a hacernos perder en lamentos novelescos un tiempo que sólo está destinado al placer... ¡Ah!, ¿qué digo? Henriette... un solo rayo de tus ojos de fuego destruirá mi filosofía, y quizá caiga a tus rodillas en el mismo momento que juro ofenderte... ¿Quién? ¡Yo, yo conocer el amor! Lejos... lejos ese sentimiento vulgar... Si hubiera una mujer en el mundo que pudiera hacérmelo probar, iría, según creo, a saltarle la tapa de los sesos más que a plegarme a su arte infernal. No... no, sexo débil y engañador... no, no esperes nunca encadenarme; he gozado demasiado de tus placeres, para que aún puedan engañarme; es a fuerza de irritar al dios cómo se aprende a destruir el templo, y cuando se quiere devorar el culto nunca son bastantes los ultrajes.

Granwel, tras estas reflexiones muy dignas de un malvado como él, manda alquilar inmediatamente todas las sillas de los alrededores de Cecil Street. Pone criados suyos en todas las encrucijadas, para no dejar acercarse al alojamiento de lady Wateley a ninguna de las que puedieran venir en busca de clientes, y aposta una para él, guiada por dos portadores de los que está seguro, con la orden de conducir a Henriette, en el momento en que la tengan, cerca del parque Saint-James, a casa de una tal señora Schmit, consagrada desde hacía veinte años a las aventuras secretas de Granwel, y a la que él había tenido el cuidado de prevenir. Henriette, sin inquietarse, sin dudar de la fidelidad de las gentes públicas de las que cree servirse, se mete en la silla que le ofrecen envuelta en una capa; ordena que la lleven al hotel de Polonia, y por no conocer las calles ninguna sospecha viene durante el trayecto a intranquilizarla siquiera un minuto. Llega donde la espera Granwel. Los portadores, bien instruidos, penetran en la avenida de la casa de la Schmit, y sólo se detienen al llegar a la puerta de una sala baja. Abren...

¡Cuál es la sorpresa de Henriette cuando se ve en una casa desconocida! Da un grito, se lanza hacia atrás, dice a los portadores que no la han conducido a donde les había ordenado...

-Señorita, dice Granwel, avanzando al punto, ¡qué gracias no debo dar al cielo porque me ofrece una segunda ocasión de seros útil! Entiendo vuestras palabras, veo el estado de vuestros portadores, que están ebrios, y que se han equivocado, ¿no es feliz coincidencia que en esta circunstancia sea junto a casa de lady Edward, pariente mía, donde este ligero accidente os ocurre? Tomaos la molestia de entrar, señorita, despedid a esos pillos con quienes vuestra vida no está a salvo, y permitid a los criados de mi prima que vayan a buscar gentes seguras.

Era difícil rehusar una proposición como ésta: Henriette sólo había visto a milord una vez más, no había tenido motivo alguno de queja y ahora le encontraba a la entrada de una casa cuya apariencia no presagiaba mas que honestidad; suponiendo incluso que hubiera algún peligro en aceptar lo que se le proponía, ¿era más oportuno para ella quedar en poder de gentes ebrias y que, molestos por los reproches que les dirigía Henriette, ya se proponían dejarla allí? Entra, por tanto, pidiendo un millón de excusas a Granwel; el lord despide él mismo a los portadores; finge dar órdenes a algunos criados para que vayan a buscar a otros; miss Stralson penetra hasta las habitaciones interiores donde la conduce la dueña del lugar, y cuando ha llegado a un salón encantador, la pretendida lady se inclina, y dice a Granwel con aire descarado:

-¡Qué placer, milord! En verdad, ni yo misma os la habría proporcionado más bonita.

A esto, Henriette se estremece, sus fuerzas están a punto de abandonarla, siente todo el horror de su situación; pero tiene fuerza para contenerse... su seguridad depende de ello; se arma de valor.

-¿Qué significan esas palabras, señora?, dice, cogiendo el brazo de la Schmit, ¿y por quién se me toma aquí? -Por una muchacha encantadora, señorita, responde Granwel, por una criatura angélica que dentro de un momento va a hacer, como espero, del más afortunado de los hombres el más enamorado de los amantes.

-Milord, dijo Henriette sin dejar de agarrar a la Schmit, veo claramente que mi imprudencia me hace depender de vos; pero imploro a vuestra justicia; si abusáis de mi situación, si me forzáis a detestaros, no ganaréis probablemente tanto como de los sentimientos que por vos me habéis infundido.

-Hábil señorita, no me seducirás ni con tu cara encantadora ni con el inconcebible ardid que te inspiro en este momento; no me amas, no podrías amarme, yo no pretendo tu amor, conozco el que te inflama, y me creo más feliz que él; él no tiene más que un sentimiento frívolo que jamás obtendría yo de ti... Tengo tu deliciosa persona, que va a sumir mis sentidos en el delirio.

-Deteneos, milord, os engañáis: yo no soy la amante de Williams, me entregan a él sin que mi corazón consienta; ese corazón es libre, puede amaros como puede amar a otro, y os odiará desde luego si queréis no deber más que a la fuerza lo que sólo a vos corresponde merecer.

-¿No amas a Williams? ¿De dónde entonces que vayas a casa de ese hombre si no le amas? ¿Creeos que ignoro que te dirigías a su casa sólo porque le creías enfermo?

-Sea, pero yo no hubiera ido si mi madre no lo hubiera querido; informaos, yo no hago más que obedecer.

-¡Engañosa criatura!

-¡Oh, milord!, entregaos al sentimiento que creo leer ahora en vuestros ojos... Sed generoso, Granwel, no me obliguéis a odiaros cuando sólo a vos corresponde ser estimado. -¿Estima?

-¡Justo, cielo! ¿Preferiríais entonces el odio?

-Sólo un sentimiento más ardiente podría hacer que me enterneciera.

-¿Conocéis tan mal el corazón de una mujer para ignorar lo que puede nacer de la gratitud? Enviadme a casa, milord, y un día sabréis si Henriette es una ingrata, ¡si era digna o no de haber conseguido vuestra piedad!

-¡Cómo!, ¿yo, piedad? ¿Piedad por una mujer?, dijo Granwel separándola de la Schmit... Yo, echar a perder la ocasión más bella de mi vida y privarme del mayor de los placeres por ahorrarte un momento de pena. ¿Y por qué iba a hacerlo? Acércate, sirena, acércate, ya no te escucho...

Y al pronunciar esas palabras, arranca el pañuelo que cubre el bello seno de Henriette y lo hace volar al extremo de la habitación.

-Bondad del cielo, exclama la miss arrojándose a los pies del lord, ¡no permitáis que me convierta en víctima de un hombre que quiere forzarme a detestarle! Tened piedad de mí, milord, tened piedad, os lo ruego; que mis lágrimas logren enterneceros, y que la virtud sea escuchada aún por vuestro corazón. No aplastéis a una desgraciada que no es culpable de nada respecto a vos, a la que habíais inspirado gratitud, y que quizá había pasado de ahí...

Y al decir estas palabras, estaba de rodillas a los pies del lord con los brazos alzados hacia el cielo... Lágrimas inundaban sus bellas mejillas que animaban el temor y la desesperación y volvían a caer sobre su seno descubierto, mil veces más blanco que el alabastro.

-¿Dónde estoy?, dijo Granwel enamorado. ¿Qué sentimiento indecible viene a turbar todas las facultades de mi existencia? ¿Dónde has cogido esos ojos que me desarman? ¿Quién te ha prestado esa voz seductora, cuyos sonidos ablandan mi corazón? ¿Eres acaso un ángel celeste, o no eres más que una criatura humana? Habla, ¿quién eres? Ya no me reconozco, no sé ya ni lo que quiero ni lo que hago; todas mis facultades, anonadadas ante ti, no me dejan hacer sino tus deseos... Levantaos, *miss*, levantaos, es a mí a quien toca caer a los pies del dios que me encadena; levantaos, vuestro imperio es demasiado firme. Resulta imposible... completamente imposible que ningún deseo impuro pueda derruirlo en mi alma.

Y, devolviéndole su pañuelo:

-Tomad, ocultadme esos encantos que me embriagan; no necesito aumentar con nada el delirio en que tantos atractivos acaban de sumarme.

-Hombre sublime, exclamó Henriette estrechando una de las manos del lord, ¿qué no merecéis por una acción tan generosa?

-Lo que quiero merecer, miss, es vuestro corazón: he ahí el único premio al que aspiro, he ahí el único triunfo que es digno de mí. Recordad eternamente que fui dueño de vuestra persona y que no abusé de ella... Y si este gesto no me consigue de vos los sentimientos que exijo, acordaos de que tendré derecho a vengarme, y que la venganza es un sentimiento terrible en un alma como la mía... Sentaos, miss, y escuchadme... Me habéis dado la esperanza, Henriette, me habéis dejado creer que podríais amarme... Esos son los motivos que me detienen... a ellos les debéis la victoria. Prefiero merecer de vos lo que sólo a mí corresponde arrancar; no me hagáis arrepentirme de la virtud, no me obliguéis a decir que sólo a la falsía de las mujeres se debe la perfidia de los hombres, y que si ellas fueran siempre con nosotros como deben, nosotros seríamos siempre, a nuestra vez, como desean que seamos.

-Milord, respondió Henriette, es imposible que podáis ocultaron que, en esta desgraciada aventura, el primer error es vuestro. ¿Con qué derecho habéis tratado de turbar mi reposo? ¿Por qué hacéis que me traigan a una casa desconocida cuando, confiándome a hombres públicos, imagino que me conducirán donde yo les ordeno? Con

esta certidumbre, milord, ¿os corresponde a vos darme leyes? ¿No me debéis excusas en lugar de imponerme condiciones?

Y viendo a Granwel hacer un gesto de descontento:

-Sin embargo, permitid, milord, prosiguió ella con energía, permitid que me explique; este primer error que excusa, si queréis, el amor que pretendéis sentir, lo reparáis con el sacrificio más generoso, más noble... Debo estaros agradecida por él, sin duda, os lo he prometido, no me desdigo. Venid a casa de mis parientes, milord, les invitaré a trataros como merecéis; el hábito de veros reanimará sin cesar en mi corazón los sentimientos de gratitud que habéis hecho brotar en él; esperadlo todo de eso: me menospreciaríais si os dijera más.

-Pero, ¿cómo vais a contar esta aventura a vuestros amigos?

-Como debe serlo... como una equivocación de los portadores que por un azar muy singular me hace caer por segunda vez en manos de aquél que, habiéndome ya prestado un servicio, se ha sentido a gusto por la ocasión que se le presentaba de rendirme uno nuevo.

-¿Y me aseguráis, miss, que no amáis a Williams?

-Es imposible sentir odio por un hombre que no ha tenido jamás sino buen comportamiento conmigo; me ama, no puedo dudar de ello, pero la elección se debe a mi madre, y nada me impide revocarla.

Luego, levantándose:

-¿Me permitís, milord, continuó, suplicaron que me hagáis tener portadores? Una entrevista más larga, resultará sospechosa y perjudicaría quizá lo que voy a contar. Devolvedme, milord, y no tardéis en ir a ver a aquélla a la que vuestras bondades penetran de gratitud y que os perdona un proyecto bárbaro gracias a la manera llena dé sabiduría y de virtud con que queréis hacerlo olvidar.

-Muchacha cruel, dijo el lord levantándose también... sí, voy a obedeceros... Pero cuento con vuestro corazón, Henriette... cuento con él... Recordad que mis pasiones engañadas me llevan a la desesperación... Me serviré de las mismas expresiones que vos: no me forcéis a odiaros; hubiera habido muy pocos peligros en que os vierais forzada a detestarme, pero los habría y grandes si vos me impulsarais a detestaros.

-No, milord, no, jamás os obligaré a odiarme; tengo más orgullo del que me suponéis, y siempre sabré conservar derechos a vuestra estima.

A estas palabras, Granwel pide portadores; los había muy cerca de allí... Llegan, y el lord, tomando la mano de Henriette:

-¡Muchacha angélica, le dice conduciéndola, no olvides que acabas de obtener una victoria a la que ninguna otra mujer si no tú habría osado pretender... un triunfo que sólo debes a los sentimientos que me inspiras...; si alguna vez engañas esos sentimientos, serán sustituidos por todos los crímenes que la venganza pueda dictarme.

-Adiós, milord, respondió Henriette entrando en su silla, no os arrepintáis nunca de una bella acción, y estad seguro de que el cielo y todas las almas justas os recompensarán.

Granwel se retira a su casa en medio de una agitación inexpresable, y Henriette vuelve con su madre en tal turbación que creyeron que iba a desvanecerse.

Pensando en la conducta de miss Stralson, se ve fácilmente sin duda que no era sino ardid y política cuanto había dicho a Granwel, y estas argucias, poco hechas para su alma ingenua, se las había creído permitidas para escapar a los peligros que la amenazaban. No creemos que por haber actuado así esta interesante criatura haya de ser censurada por nadie: la virtud más depurada implica a veces algunos extravíos.

Llegada a su casa, y sin ningún motivo ya para fingir, contó a sus parientes cuanto acababa de ocurrirle; no disimuló ni lo que había dicho para escapar ni los compromisos que, con las mismas miras, se había visto forzada a tomar. Excepto la imprudencia de haber querido salir sola, nada de lo que Henriette había hecho fue desaprobado; pero sus amigas se opusieron al cumplimiento de las palabras que había dado. Decidieron que miss Stralson evitaría en todas partes a lord Granwel con el mayor cuidado, y que la puerta de lady Wateley estaría firmemente cerrada a las tentativas de aquel impúdico. Henriette creyó deber decir que semejante manera de actuar irritaría infinitamente á un hombre cuya desesperación podía ser funesta, que, en realidad, si había cometido una falta, la había reparado como hombre galante, y que pensaba que después de aquello era mejor acogerle que irritarle. Creyó poder responder que ésa sería también la opinión de Williams; pero las dos parientes se apartaron de la suya y dieron las órdenes oportunas.

Mientras tanto, Williams, que había esperado toda la tarde a su amante, impaciente al no verla venir, dejó al caballero O'Donel (era el hombre que se había dado Gave al llegar al hotel de Polonia); le rogó permitirle ir a conocer la causa de un retraso que le inquietaba tan cruelmente. Llegó a casa de lady Wateley una hora después del regreso de Henriette. Esta lloró al verle... le cogió la mano y le dijo con ternura:

-Amigo mío, ¡qué poco ha faltado para que ya no fuese yo digna de ti!

Y como tenía la libertad de hablar a solas tanto cuanto quería con un hombre al que su madre miraba ya como a un yerno, les dejaron razonar juntos sobre todo lo que acababa de ocurrir.

-¡Oh, miss!, exclamó Williams cuando se hubo enterado de todo, y ha sido por mí por quien ibais a perderos... ¡Y para procurarme un instante de satisfacción, ibais a convertiros en la más desgraciada de las criaturas! Sí, miss, por una fantasía: debo confesároslo, yo no estaba enfermo; un amigo deseaba veros, y yo quería gozar en sus ojos la dicha de poseer la ternura de una mujer tan hermosa. Ese es todo el misterio, Henriette; ya veis cuán doblemente culpable soy.

-Dejemos eso, amigo mío, respondió miss Stralson, vuelvo a encontrarte, todo está olvidado. Pero convén, Williams, añadió dejando que sus miradas llevaran el fuego más dulce al alma de aquél a quien adoraba, convén en que no te habría vuelto a ver si me hubiera ocurrido ese desastre... Tú no hubieras querido ya a la víctima de semejante hombre, y yo habría tenido, con mi propio dolor, la desesperación de perder lo que más caro me es en el mundo...

-Ni lo pienses, Henriette, replicó Williams; no hay nada bajo el cielo que pueda impedirte ser querida de aquél que pone toda su gloria en poseerte... Oh, tú, a quien adoraré hasta mi último suspiro, convéncete de que los sentimientos que enciendes están por encima de todos los acontecimientos humanos, y que es tan imposible no tenerlos como lo es que tú puedas hacerte alguna vez indigna de inspirarlos.

Estos dos amantes razonaron luego con un poco más de sangre fría sobre aquella catástrofe. Vieron que lord Granwel era un enemigo muy peligroso, y que el partido que se adoptaba no serviría más que para enfurecerle; pero no había modo de cambiarlo, las

mujeres no querían oír hablar de ello. Williams habló de su nuevo amigo, y el candor, la seguridad de aquellas honradas criaturas eran tales que no se les ocurrió nunca sospechar que el falso escocés no era más que un agente de milord; todo lo contrario, los elogios que de él hizo Williams inspiraron a Henriette el deseo de conocerle, y ella le agradeció haber hecho una buena amistad. Pero abandonemos a estos seres respetables que cenaron juntos, se consolaron, tomaron medidas para el futuro y finalmente se despidieron; dejémosle, digo, un momento para volver a su perseguidor.

-Por el infierno y por todos los demonios que lo habitan, dijo milord a Gave, que vino a verle al día siguiente, soy indigno de la luz, amigo mío... No soy más que un escolar, no soy más que un estúpido... te lo aseguro... La he tenido en mis brazos... la he visto a mis rodillas, y no tuve valor para someterla a mis deseos... Ha sido más fuerte que el osar humillarla... No es una mujer, amigo mío, es una. porción de la divinidad misma, descendida a la tierra para despertar en mi alma los sentimientos virtuosos que jamás en mi vida concebí. Me hizo creer que pudiera quizá amarme un día... y yo, yo que no podía comprender que el amor de una mujer fuera del más leve valor en su goce, renuncié a ese goce cierto por un sentimiento imaginario que me desgarra y me conturba, sin que aún lo conciba.

Gave censuró vivamente a milord; le hizo temer haber sido juguete de una niña; le aseguró que semejante ocasión no se ofrecería quizá por mucho tiempo, que ahora estarían vigilantes...

-Sí, recordadlo, milord, añadió, tendréis que arrepentiros del error que acabáis de cometer, y vuestra indulgencia os costará cara. ¿Es a un hombre como vos al que deben enternecer algunas lágrimas y unos ojos hermosos? ¿Y recibiréis de esa situación blanda en que habéis dejado caer vuestra alma, la dosis de voluptuosidad obtenida de esa apatía estoica de la que habíais jurado no apartaron jamás? Os arrepentiréis de vuestra piedad, milord, os lo aseguro... por mi alma, que os arrepentiréis.

-Pronto los sabremos, dijo milord; mañana, sin falta, me presento en casa de lady Wateley, estudiaré a esa hábil *miss*, la examinaré, Gave, leeré sus sentimientos en sus miradas, y si me engaña, que tiemble, no me faltarán recursos para hacerla caer en mis trampas y no tendrá siempre el arte mágico para escapar a ellas como lo ha tenido. En cuanto a ti, Gave, continúa arruinando a ese bribón de Williams; cuando el caballero Clark aparezca, dirígele a sir Jacques; yo le avisaré de todo, él le aconsejará que exija la herencia que tratan de quitarle, y nosotros le apoyaremos ante los jueces... Estaremos libres para romper todos estos planes, si es cierto que soy amado por mi ángel, o para apresurarlos de la manera más enérgica si la infernal criatura me ha engañado... Pero, te lo repito, no soy más que un niño, no me perdonaré nunca la tontería que he hecho... Oculta esta falta a mis amigos, Gave, disimúlala cuidadosamente: me abrumarían a reproches, y los merecería todos.

Se separaron, y al día siguiente, es decir, el tercer día después de la aventura en casa de la Schmit, Granwel se presentó en casa de lady Wateley con todo su lujo y toda su magnificencia.

Nada había cambiado en la resolución de las mujeres: milord es cruelmente rechazado... Insiste, hace decir que debe hablar a lady Stralson y su hija de un asunto de la mayor importancia... Le responden que las damas por las que pregunta no se alojan ya en aquella casa; él se retira furioso. Su primer impulso fue ir en busca de Williams, hacer valer ante él el servicio que había prestado a su amada, contarle los hechos como había convenido con Henriette en casa de la Schmit, exigirle que le llevase a casa de lady

Stralson, o ahorcarle si su rival no asentía a sus intenciones; pero este proyecto no le pareció suficientemente malvado. Granwel sólo quiere a miss Stralson... Era probable que no hubiese contado a su familia las cosas tal como le había prometido; sólo por culpa de ella se producen los rechazos que sufre, sólo a ella quiere él encontrar y castigar, y sólo en esto tiene él que trabajar.

Sean cuales fueren las precauciones que se proponían adoptar en casa de lady Wateley, no se trataba, sin embargo, de encerrarse: por eso, lady Stralson y su hija no dejaban de hacer las salidas que exigían sus asuntos en Londres, e incluso aquéllas que no podían contentar más que a su placer o a su curiosidad. Con mejor salud, lady Wateley las acompañaba a los espectáculos; algunos amigos se encontraban con ellas; Williams iba a su lado. Milord Granwel, siempre bien servido, no ignoraba ninguno de estos pasos, y trataba de sacar partido de todos, para encontrar en ellos los medios de satisfacer su venganza y sus culpables deseos. Transcurrió, sin embargo, un mes sin que hubiera podido encontrarlos aún, y sin que por ello dejase de actuar en secreto.

Clark, llegado de Herreford, y puesto al tanto por sir Jacques, entablaba ya el juicio por la herencia, poderosamente sostenido por Granwel y sus amigos; todo esto inquietaba al desgraciado Williams, a quien el pretendido capitán O'Donel, que le estafaba todos los días, reducía poco a poco a la desesperación. Pero estas maniobras llevaban demasiado tiempo para los fogosos deseos del lord, que deseaba con ansiedad la ocasión de humillar a la desgraciada Henriette. Quería volver a verla a sus rodillas, quería castigarla por el ardid que había empleado con él. Tales eran los funestos proyectos concebidos por su maldita cabeza cuando vinieron a avisarle que todo el grupo Wateley, que no asistía a las reuniones de la alta sociedad desde que los asuntos de Williams tomaban un giro tan enojoso, debía dirigirse al día siguiente, sin embargo, al teatro de Drury Lane, donde Garrick, que por entonces se disponía a retirarse debía aparecer en escena por última vez en Hamlet.

El espíritu atroz de Granwel concibe, desde ese momento, el proyecto más sombrío que pueda inspirar la maldad: se resuelve, a nada menos, que a hacer detener a miss Stralson en el teatro, y hacerla conducir aquella misma noche a Bridewell[53].

Aclaremos un poco este execrable designio.

Una muchacha llamada Nancy, cortesana muy célebre, acababa de escaparse nuevamente de Dublín; tras haber cometido multitud de robos y haber arruinado públicamente a varios irlandeses, había pasado a Inglaterra donde, aunque recientemente llegada, se había hecho ya culpable de algunos delitos sórdidos, y la justicia, por medio de una orden de arresto, trataba de apoderarse de ella. Granwel se entera de este asunto; se traslada a casa del oficial encargado de la orden, y viendo que este hombre conoce sólo apenas a la muchacha a la que debe arrestar, le convence fácilmente de que esa criatura estará por la noche en Drury Lane, en el palco en que él sabía que ocuparía mis Henrriette, la que, por este medio, encerrada en lugar de la cortesana que buscan, se encontrará a merced de sus odiosos proyectos. Se presentaría luego como fianza: si la infortunada consentía a sus deseos, era libre... Que rehusaba asentir a ellos, el lord haría escapar a Nancy, fortalecía más que nunca la opinión de que Henriette no era otra sino la aventurera de Dublín, y eternizaba así las cadenas de su desgraciada víctima. La sociedad que acompañaba a miss Stralson le preocupaba muy poco; además, se apoyarían en la Wateley que, de hecho, no había visto nunca a lady Stralson y a su hija sino desde que

[53] Asilo para mujeres de mala vida.

una y otra estaban en Londres... que sabía bien que ella tenía parientes de ese apellido en Herreford, pero que podía haber sido engañada sobre la personalidad de aquellos parientes, la convencerían fácilmente, se decía Granwel, de que estaba en el mayor de los errores, y ¿qué podría oponer en defensa de aquellas mujeres y para sustraerlas a las órdenes de la justicia? Planeado este proyecto en la cabeza de Granwel, confiado a Gave y a sir Jacques, que lo meditan detalladamente, que le dan mil vueltas y que no ven en él ningún inconveniente, sólo piensa en ponerlo en práctica. Granwel vuela a casa del juez de paz encargado del asunto de Nancy; afirma que la ha visto la víspera y que con toda seguridad ese mismo día debe estar en Drury Lane, con mujeres honradas a las que ha engañado, y ante las cuales se atreve a decirse mujer de calidad. El juez y el oficial no dudan; dan la orden y preparan todo para detener sin falta el mismo día a la desgraciada Henriette en el teatro.

La horrible cohorte de Granwel no deja de encontrarse aquella tarde en el teatro; pero tanto por decencia como por política, los sujetos de esa infame banda no debían ser más que espectadores. El palco se llena: Henriette se sitúa entre lady Wateley y su madre; detrás de ellas están Williams y milord Barwill, amigo de lady Wateley, miembro del Parlamento, y de mucha consideración en Londres... La pieza concluye: lady Wateley prefiere esperar a que salga la gente... Parece como si tuviera presentimiento de la desgracia que amenaza a sus amigas. Entre tanto el oficial y sus corchetes no pierden de vista a Henriette, y Granwel, así como sus asociados, tienen puestos los ojos sobre el oficial; una vez que se ha ido la multitud, salen, por fin. Williams da la mano a lady Wateley, lady Stralson camina sola, y Barwill es el escudero de miss Henriette. A la salida de los corredores, el exento avanza alzando la mano sobre la infortunada miss, la toca con su varita, y le ordena seguirle. Henriette se desvanece; la Wateley y la Stralson caen una en brazos de otra, y Barwill, secundado por Williams, rechaza a los exentos.

-¡Os equivocáis, bribones!, grita Barwill; alejaos, u os haré castigar.

Este cuadro asusta a cuantos se encuentran aún en la sala, observan, miran... El constable, mostrando su orden a Barwill, le hace ver por quién toma a Henriette. En este momento, sir Jacques, inspirado por Granwel, se acerca a Barwill.

-Milord me permitirá decirle, dijo aquel bribón, que se enfadaría mucho por haber tomado partido por esta muchacha desconocida para él. No dudéis, milord, de que sea la Nancy de Dublín, lo juraré, si es preciso.

Barwill, que no conocía a aquellas extranjeras sino desde hacía poco, se acerca a la Wateley mientras Williams socorre a su amante.

-Señora, le dijo, he ahí la orden, y he ahí a un señor a quien conozco por gentilhombre, incapaz de equivocarse, que me asegura de la justicia de esta orden, y que el exento no se equivoca; dignaos explicarme todo esto.

-Por todo lo que tengo de más sagrado, milord, exclama al punto lady Stralson, esta infortunada es hija mía, no es la criatura que buscan; dignaos no abandonarnos, dignaos servirnos de defensor, convenceos de la verdad, milord, protegednos, socorred la inocencia.

-Retiraos, dijo entonces Barwill al exento, yo respondo de esta persona; yo mismo la llevaré a casa del juez de paz; id allí a esperarnos; allí cumpliréis las nuevas órdenes que recibáis; hasta ese instante, yo sirvo de fianza a Henriette, y vuestra misión está cumplida.

A estas palabras, todo se tranquiliza, el oficial sale por su lado, sir Jacques, Granwel y su tropa por el suyo, y Barwill, llevando a aquellas damas.

-Vayámonos deprisa, les dice, no nos ofrezcamos por más tiempo como espectáculo...

Da la mano a Henriette, todos le siguen; las tres mujeres y él suben a su coche y algunos minutos bastan para llevarles a casa del célebre Fielding, juez encargado del asunto.

Este magistrado, bajo palabra de lord Barwill, amigo suyo desde hacía tiempo, por las respuestas honradas e ingenuas de las tres mujeres se da cuenta de que ha sido engañado. Para convencerse de todo, confronta las señas de Nancy con la persona misma de Henriette y, tras haber encontrado diferencias sensibles, colma a estas damas de excusas y explicaciones. Aquí se separan de milord Barwill, al que testimonian su agradecimiento, y vuelven tranquilamente a su casa, donde las esperaba Williams.

-Oh, amigo mío, le dijo Henriette al verle de nuevo, completamente emocionada todavía, ¡qué enemigos poderosos tenemos en esta maldita ciudad! ¡Ojalá nunca hubiésemos entrado!

-No hay duda, dijo lady Stralson, de que todo esto procede de ese pérfido Granwel. No he querido decir nada de lo que pienso por deferencia, pero cada nueva reflexión lo apuntala; es imposible no dudar de que es ese malvado quien nos importuna así por venganza, y quién sabe, continuó, si no es igualmente él quien le ha sacado a Williams ese nuevo competidor a la herencia de su tía. Apenas conocemos a ese caballero Clark; en Herreford, nadie había sospechado ese parentesco, y he aquí que ese hombre triunfa, que es protegido por todo Londres, y mi desgraciado amigo Williams quizá en vísperas de verse arruinado. No importa, decía luego aquella buena y honesta criatura, aunque se volviese más pobre que Job tendrá la mano de mi hija... Te la prometo, amigo mío, te la prometo, Williams, sólo tú agradas a esta querida hija, y yo sólo aspiro a su felicidad.

Y Henriette, con su amante, se arrojaba llorando en brazos de lady Stralson; uno y otra la abrumaban con las señales de su gratitud.

Sin embargo, Williams se sentía culpable; no se atrevía a decirlo; embrujado por Gave bajo el nombre del capitán O'Donel, había perdido, bien con aquel falso amigo, bien con las personas a las que él le había presentado, casi todo el dinero que había traído a Londres. No viendo ninguna relación entre Granwel y el capitán escocés, estaba lejos de sospechar que éste debiera ser agente del otro... Callaba, suspiraba en silencio, recibía confuso las demostraciones de ternura de Henriette y de su madre, y no osaba confesar sus faltas; esperaba siempre que un momento más afortunado le devolviera quizá su pequeña fortuna; pero si ese momento no llegaba, si, por otra parte, Clark ganaba el proceso, indigno de las bondades con que le abrumaban, Williams..., el desgraciado Williams estaba decidido a todo antes que a abusar de ellas.

En cuanto a Granwel, no hay necesidad de pintar su furor, es fácil de concebir.

-No es una mujer, repetía sin cesar a sus amigos, es un ser por encima de lo humano... ¡Ah, por más que prepare trampas contra ella, se librará!... Sea, que continúe así... se lo aconsejo... Si mi estrella consigue ascendiente sobre la suya, pagará cara la infame engañifa que me hizo.

Mientras tanto, todas las baterías para la ruina del desgraciado Williams estaban apuntadas con más arte y más presteza que nunca; el proceso por sucesión estaba a punto de ser juzgado, y Granwel no ahorraba ni cuidados ni gestiones en favor de los intereses

del caballero Clark que, al no entrevistarse nunca sino con sir Jacques, no sospechaba siquiera cuál era la mano que le sostenía tan poderosamente.

Al día siguiente de la aventura de Drury Lane, Granwel fue a excusarse por su equivocación a casa de Fielding; lo hizo con tanta buena fe que el juez no pareció sino agradecérselo, y el bribón salió de allí para ir a inventar otras argucias cuyo éxito menos infortunado pudiera llevar, por fin, a sus trampas al desventurado objeto de su idolatría.

La ocasión no tardó en presentarse. Lady Wateley poseía una finca bastante bonita entre Newmarket y Hosden, a unas quince millas de Londres; pensó llevar allí a su joven pariente, para disipar un poco las negras preocupaciones que empezaban a agitarla. Granwel, informado de todos los pasos de su amada, se entera del día fijado para la partida; sabe que deben pasar ocho días en aquella tierra y volver el noveno por la noche. Se disfraza, contrata una docena de esos malvados que baten el empedrado de Londres, y que por algunas guineas pueden convertirse en satélites del primero que se presente, y vuela a la cabeza de estos bandidos a esperar la carroza de lady Wateley en un recodo de un bosque algo alejado de Newmarket, célebre por los asesinatos que allí se cometen diariamente, y que tenían que pasar al volver. El coche llega, es detenido... las riendas se rompen... los criados son golpeados... los caballos escapan... las mujeres se desmayan.... miss Stralson es llevada, sin conocimiento, a un coche a dos pasos de allí; su raptor monta con ella, vigorosos corceles se lanzan al galope y llegan a Londres. El lord que no se ha dado a conocer a Henriette, y que no le ha dicho ni una palabra durante el camino, entra rápidamente en su palacio con su presa; la lleva a una habitación remota, despide a sus criados..., y se quita la máscara.

-¡Y, bien, pérfida!, dice entonces furioso, ¿reconoces a quien has osado traicionar impunemente?

-Sí, milord, os reconozco, responde valientemente Henriette: cuando me ocurre una desgracia, ¿me es posible no nombraros al instante? Vos sois la única causa de todas las que sufro, vuestro único encanto consiste en trastornarme; aunque yo fuera vuestra más mortal enemiga, no os comportaréis de otra forma.

-Mujer cruel, ¿no sois vos acaso quien hacéis de mí el más desdichado de los hombres, tras haber abusado de mi buena fe? Y con vuestra infame doblez, ¿no me habéis hecho completamente víctima de los sentimientos que había concebido por vos?

-Os creía más justo, milord, creía que antes de condenar a las gentes os dignabais al menos oírlas.

-¿Dejarme coger una segunda vez en tus condenables artificios, yo?

-¡Desventurada Henriette! Serás, pues, castigada por excesiva franqueza y credulidad, y será el único hombre a quien has estimado en el mundo la causa de todos los desastres de tu vida.

-¿Qué queréis decir, miss?, explicaos. Quiero escuchar aún vuestra justificación, pero no os jactéis de engañarme... no penséis abusar de este fatal amor por el que, sin duda, he de ruborizarme... No, miss, no me induciréis ya a error... Ya no me interesáis. Henriette, ahora os veo con sangre fría, y ya no encendéis en mí otros deseos que los del crimen y la venganza.

-Despacio, milord, me acusáis con demasiada ligereza; una mujer que os hubiera engañado, os habría recibido, habría prolongado vuestra esperanza, habría tratado de de-

sarmaros, y, con el arte que suponéis en mí, hubiera triunfado... Examinad la diferente conducta que he tenido... distinguid los motivos, y condenadme si os atrevéis.

-¡Cómo!... En nuestra última entrevista, me dejasteis creer que no os era indiferente, vos misma me invitasteis a ir a vuestra casa... A ese precio me calmo... con esa condición la delicadeza reemplaza en mi corazón los sentimientos que os veo censurar... y cuando hago todo para agradaros... cuando sacrifico todo para obtener un corazón... cuya posesión era para mí inútil si no hubiese escuchado más que a mis deseos, la recompensa consiste en ver cómo me cierran vuestra puerta... No, no, pérfida, no esperéis escapar de nuevo... no lo esperéis, miss, vuestras tentativas serán inútiles.

-Haced de mí lo que queráis, milord, estoy en vuestras manos... (y derramando involuntariamente algunas lágrimas) me obtenéis, sin duda, a expensas de la vida de mi madre... No importa, haced de mí lo que queráis, os repito, no quiero emplear ningún medio de defensa... Pero si fuera posible que oyeseis la verdad sin acusarla de artificio, os preguntaría, milord, si las negativas que habéis sufrido no son pruebas seguras, tanto de la confesión que hice de los sentimientos que vos me habíais inspirado como del espanto que tuvieron de su poder sobre mí... ¿Habría habido necesidad de apartaros si no se os hubiera temido? ¿Y os habrían temido si yo no hubiese confesado públicamente lo que experimentaba por vos? Vengaos, milord, vengaos, castigadme por haberme entregado excesivamente a esta falta deliciosa... Merezco toda vuestra cólera, sus efectos nunca serán lo suficientemente brillantes... no los llevaréis nunca lo bastante lejos.

-¡Bueno!, dijo Granwel en medio de una increíble agitación, ¿no había previsto que esta taimada criatura trataría de volver a encadenarme todavía? ¡Oh, no, no!, vos no habéis cometido errores, miss, todos los he cometido yo... yo soy el único culpable, es a mí a quien corresponde castigarme; yo era un monstruo con toda seguridad por haber podido conspirar contra aquélla que me adoraba en el fondo de su alma... No lo veía, miss, lo ignoraba... Perdonádselo a la extremada humildad de mi carácter; ¿como podía concebir yo el orgullo de ser amado por una muchacha como vos?

-Permitidme deciros, milord, que ni vos ni yo nos encontramos en situación de sarcasmo o burla: vos me hacéis la más desventurada de las mujeres, y yo estaba lejos de desear que vos fueseis el más infortunado de los hombres. Es todo cuanto tengo que deciros, milord; es todo tan sencillo que no lo creéis; permitidme a mi vez tener el suficiente orgullo, por humillada que esté, para no tratar de convenceros. Es demasiado cruel para mí tener que ruborizarme de mi falta con mi familia y mis amigos, sin verme obligada a llorar aún con aquél que me la ha hecho cometer... No creáis nada de lo que os digo, milord: os engaño en todo, soy la más falsa de las mujeres, no debe seros permitido verme de otra manera... No me creáis, os repito...

-Pero, miss, si fuera verdad que vuestros sentimientos para mí fueran los que pretendéis que crea, si no podíais conseguir verme, ¿quién os impedía escribirme? ¿No debíais suponerme muy inquieto por el rechazo que había sufrido?

-Yo no dependo de mí, milord, no olvidéis nunca esta circunstancia, y convendréis que una muchacha de mi edad, y cuyos sentimientos responden a la buena educación, sólo debe tratar de ahogar en su corazón cuanto desaprueba su familia.

-Y ahora que no dependéis más de esa bárbara familia, que se opone tanto a vuestros deseos como a los míos, ¿consentís en darme la mano ahora mismo?

-¿Yo? ¿Cuando mi madre expira quizá, y cuando son vuestros golpes quienes me la arrebatan? ¡Ah, permitidme pensar sólo en aquélla a quien debo la luz, antes de ocuparme de mi felicidad.

-Tranquilizaos sobre eso, miss; vuestra madre está a salvo; está en casa de lady Wateley, y ambas tan sanas como vos. La orden de socorrerlas en el momento en que fuerais raptada ha sido cumplida con más inteligencia aún que la que os pone en mi poder: que eso no os dé la más mínima inquietud, que no perturbe para nada la respuesta decisiva que os ruego me deis. ¿Aceptáis mi mano, miss, o no la aceptáis?

-No penséis que me decida sobre tal cosa sin el consentimiento de mi madre.. No es vuestra amante, milord, lo que quiero ser, es vuestra mujer; ¿me convertiría en ello si, dependiendo de mi familia, os desposara sin su consentimiento?

-Pero daos cuenta, miss, de que soy dueño de vuestra persona, y que no es al esclavo a quien corresponde imponer condiciones.

-¡Oh, milord, entonces no me casaré con vos... No quiero ser la esclava de aquél que habría elegido mi corazón.

-Orgullosa criatura, ¿no conseguiré nunca doblegarte?

-Y, ¿qué delicadeza pondríais en el triunfo que habíais obtenido sobre una esclava? Lo que sólo se debe a la violencia ¿puede acaso halagar el amor propio?

-No siempre es seguro que esa delicadeza, tan alabada, sea tan preciosa como imaginan las mujeres.

-Dejad esa dureza de principios, milord, a quienes no están hechos para merecer los corazones que tratan de domar; esas abominables máximas no están hechas para vos.

-Pero ese Williams, miss, ese Williams... querría que todas las desgracias con las que la naturaleza pueda abrumar a los hombres se juntaran sobre la cabeza de ese malvado.

-No llaméis así al más honrado de los hombres.

-El me quita vuestro corazón, él es la causa de todo, sé que le amáis.

-Os he contestado sobre ese punto, continuaré diciéndoos lo mismo: Williams me ama, eso es todo... ¡Ah, milord, que no tengáis nunca nada que se oponga más peligrosamente a vuestros proyectos, y no seréis tan desgraciado como suponéis.

-No, seductora, no, no te creo (y turbándose)... Vamos, miss, preparaos, os he dado tiempo para reflexionar; debéis suponer de sobra que no es para ser nuevamente vuestra víctima para lo que os he traído aquí... Es preciso que esta noche seáis o mi mujer... o mi amante...

Y al mismo tiempo, la coge duramente por el brazo y la arrastra hacia el altar impío donde el bárbaro quiere sacrificarla.

-Una palabra, milord, dice Henriette conteniendo sus lágrimas y resistiendo con todas sus fuerzas los intentos de Granwel, una sola, os lo suplico... ¿Qué esperáis del crimen que vais a cometer?

-Todos los placeres que puede darme.

-No los conoceréis más que un día, milord: mañana ya no seré ni vuestra esclava ni vuestra amante, mañana no tendréis delante de vuestros ojos más que el cadáver de aquélla a la que habréis mancillado... ¡Oh, Granwel!, no conocéis mi carácter, ignoráis a

qué excesos puede llevarme. Si es cierto que tenéis hacia mí el más leve sentimiento, ¿podéis comparar al precio de mi pérdida el desgraciado goce de un cuarto de hora? Esos mismos placeres que queréis arrancarme, os los ofrezco; ¿por qué no queréis tenerlos de mi corazón? Hombre equitativo y sensible, prosigue ella medio inclinada, tendiendo las manos juntas hacia su tirano, dejaos enternecer por mis llantos... que los gritos de mi corazón lleguen una vez todavía a vuestra alma, no os arrepentiréis de haberlos oído. ¡Oh, milord!, ved ante vos, en actitud suplicante, a aquella que ponía toda su gloria en ataros un día a sus pies. ¿Queréis que sea vuestra mujer? Pues bien, miradme ya como tal, y bajo este título, no deshonréis a aquélla cuyo destino está tan unido al vuestro... Devolved Henriette a su madre, ella os lo suplica, y con los sentimientos más vivos y más ardientes os pagará vuestros beneficios.

Pero Granwel no la miraba ya, paseándose a zancadas por el apartamento... ardido de amor... atormentado por la sed de gozar... devorado por la venganza... combatido por la piedad de aquella dulce voz, que aquella postura seductora, que aquellas lágrimas que corrían a mares excitaban, a pesar suyo en su alma; y que nacían de su amor... Dispuesto a tomarla, a veces, queriendo otras perdonarla, era imposible decir a cuál de estos dos impulsos iba a plegarse, cuando Henriette, captando su turbación.

-Venid, milord, le dijo, venid a ver si deseo engañaros: llevadme vos mismo a mi madre, venid a preguntárselo, y veréis si no trabajo yo por vuestros deseos.

-Muchacha incomprensible, dijo el lord, ¡bien!... ¡bien, sí!, cedo una segunda vez; pero si por desgracia me engañas otra vez, no hay fuerza humana que pueda sustraerse a los efectos de mi venganza... Recuerda que será terrible... que costará sangre a los objetos que te son más queridos, y que no habrá ni uno solo de todos los que te rodean que mi mano no inmole a tus pies.

-Me someto a todo, milord, partamos, no me dejéis por más tiempo en la inquietud en que estoy por mi madre, sólo su permiso falta a mi felicidad, saberla fuera de peligro... y vuestros deseos serán cumplidos al instante.

Milord pide caballos.

-Yo no os acompañaré, dijo a Henriette; no debo escoger este momento para aparecer ante vuestros amigos; ya veis cuál es mi confianza. Mañana, a las doce en punto, un coche irá de mi parte a buscaros a vos y a vuestra madre; llegaréis a mi casa, seréis recibidas por mi familia, los notarios estarán aquí, me convertiré en vuestro esposo ese mismo día; pero si siento, de vuestros parientes o de vos, la apariencia incluso del más leve rechazo, no lo olvidéis miss, no tendréis en Londres un enemigo más mortal que yo... Partid, el coche os espera, no quiero siquiera llevaros hasta ella... quiero dejar cuanto antes miradas cuyos efectos son tan singulares sobre mi corazón, que encuentro en él al mismo tiempo todo lo que decide al crimen y todo lo que lleva a la virtud.

Cuando Henriette volvió con los suyos encontró toda la casa en lágrimas; lady Stralson estaba herida en la cabeza y en el brazo; su prima Wateley guardaba cama a causa del terrible espanto que había tenido; dos criados habían sido aplastados casi en el lugar. Sin embargo, Granwel no la había engañado: poco después de su partida, las mismas gentes que habían atacado la carroza se habían convertido en sus defensores; habían recuperado los caballos, habían ayudado a las mujeres a subir al coche y las habían escoltado hasta las puertas de Londres.

Lady Stralson lloraba con mucha más amargura la pérdida de su hija que los dolores momentáneos que experimentaba; era imposible consolarla, ya iban a decidirse a ges-

tiones más serias cuando apareció Henriette y se precipitó en el regazo de su madre. Una palabra esclareció todo, pero no informó de nada a lady Wateley, que no había dudado de que el pérfido lord era el único autor de aquellos nuevos desastres. Miss Stralson dio cuenta de lo que había pasado, y no hizo sino inquietarlas más. Si acudía a la invitación, no podrían retroceder: tendría que convertirse desde el día siguiente en esposa de Granwel. ¿Y qué enemigo no tendrían frente a ellas, si faltaban?

En medio de aquella terrible perplejidad, lady Stralson quería volverse inmediatamente a Herreford; pero por violento que fuera este designio, ¿ponía a aquella desventurada mujer y a su hija al abrigo de la cólera de un hombre que juraba perseguir a ambas hasta el fin del mundo si faltaban a su palabra? Quejarse... emplear poderosas protecciones, ¿era medio más seguro? Si lo ponían en práctica no harían sino agriar mil veces más a un ser cuyas pasiones eran terribles y cuya venganza temible. Lady Wateley se inclinaba por el matrimonio; era difícil que miss Henriette encontrara otro mejor: un lord de la más alta calidad... bienes inmensos... Y el ascendente que tenía ella sobre él, ¿no debía asegurar a Henriette que haría toda su vida lo que quisiera?

Pero el corazón de miss Stralson estaba muy lejos de esta decisión todo lo que sentía al entregárselo a su amante más querido no servía sino para hacerla detestar más al espantoso hombre que se encarnizaba sobre ella. Aseguró que prefería la muerte a las proposiciones de lady Wateley; y que la terrible obligación en que se había visto de fingir con lord Granwel se lo hacía aún más odioso. Decidieron, pues, transigir, recibir al lord con cortesía, continuar alimentando sus fuegos mediante la esperanza mientras, por otra parte, los apagarían a fuerza de largas; rematar, entre tanto, los asuntos que tenían en Londres, desposar secretamente a Williams y volverse un buen día a Herreford sin que Granwel pudiera sospecharlo. Seguía pensando que una vez allí si este hombre peligroso proseguía sus ataques contra una mujer en poder de un marido, adquirirían un género de gravedad que otorgaba a lady Stralson y a su hija la protección de las leyes. Pero, ¿podía convenir tal partido? Un hombre tan fogoso como Granwel, ya engañado dos veces, ¿no tendría base para creer que trataban de engañarle una tercera? Y en tal caso, ¿qué no había que esperar? Sin embargo, estas reflexiones no se les ocurrieron a las amigas de Henriette; se atuvieron al proyecto adoptado y al día siguiente miss escribió a su perseguidor que el estado de salud de su madre no le permitía poder cumplir la promesa que había hecho; suplicaba encarecidamente al lord no disgustarse, venir por el contrario a consolarla del pesar que sentía por no poder mantener su palabra y de la tristeza que la abrumaba junto a una madre enferma.

El primer movimiento de Granwel fue de despecho.

-Heme aquí engañado de nuevo, exclamó, heme aquí otra vez víctima de esta falsa criatura... Y yo era su dueño... y podía forzarla a mis deseos... hacerla esclava de mis voluntades... La he dejado vencer... pérfida... se me escapa otra vez... Mas veamos lo que quiere de mí... veamos si realmente el estado de su madre puede servirle de excusa legítima.

Granwel llega a casa de lady Wateley, y sin confesarse, como resulta fácil suponer, autor de las catástrofes de la víspera, admite sólo que se había enterado de ellas y que el interés que no podía dejar de tomar por lady Stralson desde que había tenido la fortuna de conocerla, le hacía volar hacia ella para informarse del estado de su salud y del de las personas que le eran queridas. Este comienzo queda admitido, y le siguen la corriente; al cabo de unos instantes, Granwel lleva aparte a Henriette, le pregunta si cree que la ligera incomodidad de su madre pondrá largos obstáculos a la felicidad de pertenecerle, y si no

podría, pese a aquel contratiempo, aventurar algunas proposiciones. Henriette le calma, le ruega no impacientarse; le dice que aunque sus amigas fingen, no están menos convencidas de que sea el único autor de cuanto han sufrido la víspera, y que por eso no es buen momento para iniciar una negociación semejante.

-¿No es ya mucho, continuó ella, que nos permitan vernos? ¿Y me acusaréis todavía de engañaros cuando acabo de abriros para siempre la puerta de una casa que vos llenáis de amargura y de duelo?

Pero, milord, que en ningún momento creía que se hiciera algo por él mientras sus deseos no fueran satisfechos, sólo respondió balbuceando, y dijo a miss Stralson que consentía en darle aún veinticuatro horas, y que al cabo de ese término quería saber absolutamente a qué atenerse. Por fin, la visita concluye, y este breve instante de reposo va a llevarnos junto a Williams, a quien todo esto nos ha hecho perder de vista.

Gracias a los cuidados criminales de Granwel y de Gave, era difícil que los asuntos de aquel pobre muchacho fuesen peor de lo que iban. Dentro de pocos días el proceso iba a ser fallado, y el caballero Clark, apoyado por toda la ciudad de Londres, se miraba ya, no sin fundamento, como heredero único de los bienes que Williams contaba con ofrecer por su mano a la amable Henriette. Granwel no descuidaba nada de cuanto podía convertir aquel juicio en favor de sus deseos; aquella artimaña, que al principio no fue más que accesoria, se volvía ahora esencial y de ella esperaba todo el éxito de sus operaciones. ¿Se decidiría Henriette a desposar a aquel Williams tan completamente arruinado? Suponiendo incluso que su delicadeza le obligase todavía a ello, ¿podía consentirlo su madre? Pese a lo que Granwel había sabido de miss Stralson en su última entrevista, era imposible que aquel seductor no hubiera visto, en las palabras de la que amaba, más política y cuidado que terneza y verdad. Sus espías le hacían saber, por otra parte, y él no podía dudarlo, que los dos jóvenes seguían viéndose. Resolvió, pues, acelerar la ruina de Williams, tanto para cansar a los Stralson como para obtener de aquella catástrofe un último medio de poner a Henriette en sus manos... de las que juraba que no escaparía ya más.

En cuanto al capitán O'Donel, tras haber sacado cuanto había podido de Williams, le había abandonado cruelmente y se había retirado a casa de Granwel, de donde salía muy poco por temor a ser reconocido; su protector había exigido de él esa precaución hasta el desenlace de toda aquella intriga, que según el lord, no debía tardar muchos días.

Entretanto, Williams, reducido a sus cuatro últimas guineas, sin tener siquiera lo suficiente para hacer frente a los gastos del proceso, estaba decidido a hacer confesión de sus faltas a los pies de la buena Stralson y de su adorable hija. Se disponía a hacerlo cuando los últimos relámpagos del rayo suspendido sobre su cabeza estallaron súbitamente. Su proceso se juzga, Clark es reconocido como primer pariente de aquél cuya herencia se litiga en dos grados más- cerca que Williams, y aquel desventurado joven se ve privado a la vez, tanto de la escasa fortuna presente de que gozaba como de la que un día podía esperar. Aniquilado por la multitud de sus reveses, sin poder soportar el horror de su situación, está dispuesto a arrancarse la vida, pero le es imposible atentar contra su existencia sin ver por última vez al único ser que se la hace querida; vuela a casa de lady Wateley, sabía que allí recibían a lord Granwel, conocía los motivos, y, por más inquietud que esto le diese, no osaba, sin embargo, desaprobaría: ¿le correspondía a él dictar leyes en la falsa posición en que se encontraba? Habían convenido, según la política que guiaba las gestiones actuales, no recibir a Williams más que en secreto, llegó, pues, de noche, y en un momento en que estaban seguros de que Granwel no aparecería.

Nada se sabía de la pérdida de su proceso; da cuenta de ello, y une al mismo tiempo la espantosa noticia de sus desgracias en el juego.

-¡Oh, mi querida Henriette!, exclama precipitándose a los pies de la que adora, son estos mis últimos adioses, vengo a liberaros de vuestros lazos, y a romper igualmente los de mi vida. -Tratad bien a mi rival, miss, y no le neguéis vuestra mano; sólo él puede hacer ahora vuestra felicidad; mis faltas y mis reveses ya no me permiten ser vuestro. Convertíos en esposa de mi rival, Henriette; es vuestro mejor amigo quien os lo ruega; olvidad para siempre a un desgraciado que no es digno más que de vuestra piedad.

-Williams, dijo Henriette levantando a su amante y colocándole a su lado, ¡oh, tú a quien nunca cesé de adorar un instante!, ¿cómo has podido creer que mis sentimientos dependiesen de las fantasías de la fortuna? ¿Y qué injusta criatura sería yo si debiera dejar de amarte por imprudencias o desventuras? ¿Crees, Williams, crees que mi madre te abandonará? Yo me encargo de hacerle saber lo que te pasa, quiero ahorrarte el pesar de que tú le hagas la confesión; pero respóndeme de tu vida, júrame, Williams, que mientras estés seguro del corazón de Henriette, ninguna desgracia podrá forzarte a cortar el hilo de tu vida.

-¡Oh, amante adorada! Hago el juramento a tus rodillas, ¿qué tengo más sagrado que tu amor? ¿Qué desgracia puedo temer, siendo querido siempre de mi Henriette? Sí, viviré, pues, que me amas, pero no exijas de mí que me case contigo, no permitas unir tu suerte a la de un miserable que no está hecho para ti; conviértete en mujer del lord; si no me entero de ello sin pesar, lo veré al menos sin celos, y el esplendor que este hombre poderoso te haga gozar, me consolará, si es posible, de no haber podido pretender a la misma dicha.

No era sin derramar lágrimas como la tierna Henriette oía estas frases; le repugnaban hasta tal punto que no pudo dejarlas terminar.

-¡Hombre injusto!, exclamó ella cogiendo la mano de Williams; ¿puede mi felicidad existir sin la tuya? ¿Y serías tú feliz si yo estuviera en brazos de otro? No, amigo mío, no, no te abandonaré; ahora tengo una deuda más que pagar.... la que tu infortunio me impone. Sólo el amor me encadenaba antes a ti, hoy estoy atada por el deber... Te debo consuelo, Williams; ¿de quién lo querrías, si no fuera de tu Henriette? ¿No toca a mi mano enjugar tus lágrimas? ¿Por qué quieres privarme de ese goce? Al desposarme con la fortuna que debía pertenecerte, no me habrías debido nada, amigo mío, y yo te uno ahora a mí por los vínculos del amor y por los tiernos nudos de la gratitud.

Williams riega con su llanto las manos de su amante, y el exceso del sentimiento que le abrasa le impide hallar expresiones que puedan pintar lo que siente. Lady Stralson acude cuando nuestros dos amantes, anonadados uno en brazos del otro, hacen pasar mutuamente a su alma el fuego divino que los consume; su hija le hace saber entonces lo que Williams no osa decir, y termina este relato pidiendo por gracia a su madre no cambiar para nada las disposiciones en que siempre ha estado.

-Ven, querido, dice la buena Stralson tras haberse informado de todo, ven, dijo ella lanzando sus brazos en torno del cuello de Williams, nosotras te amábamos rico, nosotras te amaremos mucho mejor pobre. No olvides jamás a dos buenas amigas, y deja a ellas el cuidado de consolarte... Has cometido una falta, amigo mío... eres joven... careces de lazos, no las cometerás cuando seas el esposo de aquélla a la que amas.

Pasamos en silencio las expresiones de la ternura de Williams. Todo aquél que tenga corazón, las sentirá sin que sea preciso decírselas, y a las almas frías no se les pinta nada.

-¡Oh, querida hija!, continuó lady Stralson, cuánto temo que en todo esto no haya sino nuevas argucias de ese hombre horrible que nos atormenta... Ese capitán escocés que arruina en tan poco tiempo a nuestro buen Williams... ese caballero Clark a quien nosotros no conocimos nunca por pariente de la tía de este querido amigo, todo esto son intrigas de ese hombre pérfido... ¡Ah, ojalá no hubiésemos venido a Londres nunca!; hay que abandonar esta ciudad peligrosa, hija mía, hay que alejarse de ella para siempre.

No es difícil de creer que Henriette y Williams adoptaron con alegría este designio; eligieron, pues, el día, se decidió que partirían dentro de dos, pero que todo se haría con tal misterio que ni siquiera los criados de lady Wateley pudieran saber nada, y admitido este proyecto por ambas partes, Williams quiso salir para prepararlo. Miss le detiene.

-¿Te das cuenta, amigo mío, le dijo ella, entregándole una bolsa llena de oro, te das cuenta de que me has confiado el triste estado de tus finanzas, y que sólo a mí corresponde ponerlas en orden?

-¡Oh, miss, qué generosidad!

-Williams, dijo lady Stralson, ella me hace ver mis errores... Tómalo, amigo mío... tómalo, hoy la dejo gozar de este placer, pero a condición de que no se me adelante en el futuro.

Y Williams, bañado en lágrimas, Williams rebosante de gratitud, sale diciendo:

-Si puede haber para mí felicidad en la tierra, no es desde luego sino en el seno de esta honrada familia. He cometido una falta... he sufrido un revés horrible, soy joven, la milicia me ofrece recursos... trataré de que mis hijos no puedan darse cuenta de todo esto; estas prendas preciosas del amor de la que adoro constituirán por siempre la única ocupación de mi vida, y combatiré tan bien por la fortuna que no tendrán que lamentarse de mis desgracias.

Milord Granwel vino al día siguiente a visitar a su amada. Fingieron todos, como siempre; pero demasiado hábil para no distinguir algunas variaciones en la conducta de miss y de su madre, demasiado sutil para no atribuirlas a la revolución de la fortuna de Williams, se informó: aunque hubieran guardado secreto sobre la marcha proyectada y sobre las últimas visitas de Williams, era imposible que algo no transluciese y que, en consecuencia, maravillosamente servido por sus espías, Granwel pudiera estar mucho tiempo sin saberlo todo.

-¡Y bien!, le dijo a Gave, cuando estas últimas informaciones le fueron traídas, héme aquí nuevamente víctima de ese atajo de traidores. ¡Y la pérfida Henriette no piensa, mientras me entretiene, más que en coronar a mi rival!... Sexo falso y falaz, ¿qué razón tienen al ultrajarse y despreciarte? ¿No justificas cada día con tus faltas todos los reproches inventados contra ti? ¡Oh, Gave, amigo mío!, no sabe a quien está ofendiendo esa ingrata; en ella quiero vengar a todo mi sexo, quiero hacerle llorar con lágrimas de sangre tanto sus errores como los de todos los seres que se le parecen... En el trato que has tenido con ese bribón de Williams, Gave, ¿te has hecho con su escritura?

-Aquí está.

-Dámela... Bien... Lleva inmediatamente este billete a Johnson, a ese pillo que tan bien domina el arte de imitar todas las escrituras; que al instante imite ésta; que transcriba, con los caracteres de Williams, las líneas que voy a dictarte.

Gave escribe; lleva el billete; Johnson lo copia y la víspera de la partida de miss Henriette, sobre las siete de la tarde recibe la carta que va a leerse de mano de un hombre que le asegura que es de Williams, y que este desgraciado amante espera la respuesta con la impaciencia más viva.

Están a punto de detenerme por una deuda mucho más fuerte que el dinero que yo puedo tener; es cierto que poderosos enemigos se mezclan a todo; apenas tendré tiempo para abrazaron una última vez; espero esa dicha, y vuestros consejos; venid sola a consolar un instante, en el rincón de los jardines de Kensington, al desgraciado Williams, presto a expirar de dolor si le rehusáis esta gracia.

Henriette se desola tras haber leído este billete, y en el temor de que tanta imprudencia no enfríe, finalmente, las bondades de su madre, se decide a ocultarle esta nueva catástrofe, a proveerse de todo el dinero que puede, y a volar en ayuda de Williams... Durante un momento reflexiona en el peligro de salir a tal hora; pero, ¿de qué puede enterarse el lord? Le cree completamente víctima de los fingimientos de su madre y de su amiga, lady Wateley; estas dos mujeres y ella no han dejado de recibirle; el propio Granwel nunca tuvo apariencia de más tranquilo... ¿Qué puede, pues, temer? Quizá actúe contra Williams, quizá sea él la causa de estos nuevos reveses; pero el deseo de dañar a un rival al que no se deja de temer no es razón para atentar contra la libertad de aquélla de la que debe estar seguro.

¡Débil y desventurada Henriette, tales eran tus locos pensamientos! El amor, que te los sugería, los legitimaba; no pensabas que nunca es más espeso el velo sobre los ojos de los amantes que cuando el precipicio está dispuesto a abrirse bajo sus pasos... Miss Stralson envía en busca de portadores, y se dirige al lugar indicado... La silla se detiene... la abren...

-Miss, le dijo Granwel, dándole la mano para salir, no me esperabais aquí, estoy seguro; ahora vais a decir que el azote de vuestra vida se ofrece en todo instante a vuestros ojos...

Henriette lanza un grito, quiere liberarse y huir...

-¡Despacio, hermoso ángel, despacio!, dice Granwel poniéndole el cañón de una pistola sobre el seno, y haciéndole ver que está rodeada, no esperéis escaparos, miss, no, no lo esperéis. Estoy harto de ser vuestra víctima, es preciso que me vengue... Silencio, pues, o no respondo de vuestra vida.

Miss Henriette, privada del uso de sus sentidos, es llevada a una silla de posta, en la que el lord se introduce a su lado, y sin perder un minuto llegan al norte de Inglaterra, a un vasto castillo aislado que poseía Granwel en las fronteras con Escocia.

Gave se había quedado en el palacio del lord; estaba encargado de observar y mediante rápidos correos dar cumplidamente noticias precisas de lo que iba a pasar en Londres.

Dos horas después de la partida de su hija, lady Stralson se da cuenta de que ha salido; segura de la conducta de Henriette, no se inquieta para nada al principio; pero cuando oye dar las diez se estremece y sospecha nuevas trampas... Vuela a casa de Williams... le pregunta temblando si ha visto a Henriette... Con las respuestas de este

desventurado amante se asusta todavía más. Le dice a Williams que le espere, se hace conducir a casa de lord Granwel... Le responden que está enfermo... Hace decir quién es, completamente segura de que a su nombre el lord debe dejarla entrar. La misma respuesta; sus sospechas aumentan; vuelve a donde Williams, y los dos, horriblemente emocionados, van en busca del primer ministro, de quien saben que Granwel es pariente. Le cuentan su desventura, le aseguran que quien perturba tan cruelmente su vida, que la única causa de todo lo que les sucede, que el raptor, en una palabra, de la hija de la una y de la amada del otro, no es sino lord Granwel...

-¡Granwel!, dijo el ministro sorprendido..., pero, ¿sabéis que es mi amigo... mi pariente y que por más ligero que le suponga le creo, sin embargo, incapaz de un horror?

-Es él, es él, milord, responde aquella madre desolada, haced que busquen, y veréis si os engañamos.

Envían inmediatamente al palacio del lord. Gave, sin atreverse a engañar a los emisarios del primer ministro, hace decir que Granwel ha partido para una gira por su propiedades. Esta información, unida a las sospechas y a las denuncias de la madre de Henriette, abre por fin los ojos del ministro.

-Señora, dijo a lady Stralson, id con vuestro amigo a tranquilizaros a vuestra casa, voy a actuar: estad segura de que no descuidaré nada de lo que pueda devolveros lo que habéis perdido y restablecer el honor de vuestra familia.

Pero todas aquellas gestiones tomaban tiempo; el ministro no había querido emprender nada jurídicamente hasta no haber recibido previamente los consejos del rey, a quien Granwel estaba vinculado por su cargo; estas demoras habían facilitado a Gave hacer llegar un correo al castillo de su amigo, y de ello resultó que los acontecimientos de que tenemos que dar cuenta pudieron realizarse sin obstáculo.

Al llegar a sus tierras, Granwel, a fuerza de calmar a miss Henriette, consiguió de ella que descansase un poco; pero se había cuidado de instalarla en una habitación de la que le era imposible evadirse. Aunque miss Stralson tuviera que dormir en aquella cruel situación, demasiado feliz por poder estar tranquila algunas horas, no había hecho aún ninguna clase de ruido que pudiera hacer sospechar que estaba despierta cuando el correo de Gave llegó.

A partir de ese momento, el lord comprendió que si deseaba triunfar, debía acelerar sus pasos. Todo lo que pudiera asegurarlos le daba igual; por criminal que pudiera ser estaba resuelto a todo con tal de vengarse y de gozar de su víctima. Lo peor que puede pasar, se decía, será casarse con ella y aparecer en Londres con el título de marido suyo; pero tal como estaban las cosas después de lo que acababa de hacerle saber el correo de Gave, vio que no tendría tiempo para nada si no calmaba inmediatamente la tormenta que se cernía sobre su cabeza, y pensó que para conseguirlo, eran precisas dos cosas: tranquilizar a lady Stralson y hacerse con Williams. Una argucia abominable, un crimen mas odioso aún acabarían con el uno y con la otra, y Granwel, a quien nada detenía cuando se trataba de saciar sus deseos, no bien hubo dado a luz aquellos horribles proyectos cuando sólo pensó en su ejecución.

Hace esperar al correo, y se presenta en la habitación de Henriette; empieza con las proposiciones más insultantes, y, según su costumbre, Henriette las elude a fuerza de arte; es lo que quería Granwel, no pedía otra cosa sino que empleara toda su seducción, a fin de dar la sensación de sucumbir una vez más y de cogerla en las mismas trampas que ella solía emplear contra él. No hay nada que miss Stralson no haga para echar por tierra los

proyectos que milord anuncia: lágrimas, plegarias, amor, pone en juego todo indistintamente, y Granwel, tras muchos combates, fingiendo finalmente rendirse, cae a su vez pérfidamente a los pies de Henriette.

-Cruel muchacha, le dijo, rociando sus manos con las lágrimas fingidas de su arrepentimiento, tu ascendente es demasiado notorio, triunfas siempre, y me rindo de una vez por todas... Lo he decidido, miss, ya no encontraréis en mí a vuestro perseguidor, sólo veréis a vuestro amigo. Más generoso de lo que pensáis, quiero ser capaz con vos de los últimos esfuerzos del valor y de la virtud. Veis todo lo que tendría derecho a exigir, todo lo que podría pedir en nombre del amor, todo lo que podría obtener con la violencia: pues bien, Henriette, ¡renuncio a todo! Sí, quiero obligaros a estimarme, a echarme de menos quizá un día... Sabed, miss, que nunca he sido vuestra víctima, por más que finjáis, amáis a Williams... Miss, es de mi mano de la que vais a recibirlo... ¿Obtendré a este precio el perdón de todos cuantos males os he hecho sufrir? Al datos a Williams, al reparar con mi fortuna misma los reveses que la suya acaba de sufrir, ¿habré conquistado algunos derechos en el corazón de mi querida Henriette y me seguirá llamando ella su enemigo más cruel?

-¡Oh, generoso bienhechor!, exclama la joven miss demasiado presta a coger la quimera que viene a acariciarla un instante. ¿Qué Dios viene a inspiraros estos designios, y cómo os dignáis cambiar tan prontamente el destino de la triste Henriette? ¿Me preguntáis los derechos que habréis adquirido sobre mi corazón? Todos los sentimientos de este corazón sensible que no pertenezcan al desventurado Williams serán siempre para vos. Seré vuestra amiga, Granwel... vuestra hermana... vuestra confidente; ocupada sólo en agradaros, me atreveré a pediros por única gracia pasar mi vida junto a vos, y emplear todos sus instantes en testimoniar mi agradecimiento... ¡Ah, pensad en ello, milord! los sentimientos de un alma libre, ¿no son preferibles a los que queréis arrancarme? No tendréis nunca más que una esclava en ésta que va a convertirse en vuestra más tierna amiga.

-Sí, miss, lo seréis, seréis esa amiga sincera, dijo Granwel balbuceando; tengo tanto que reparar con vos que ni aún al precio mismo del sacrificio que os hago, me atrevo a creerme aún libre; lo esperaré todo tanto del tiempo como de mi proceder.

-¿Qué decís, milord? ¡Cuán poco conocéis mi alma! Tanto como la irrita las ofensas, la abre el arrepentimiento, y rió puedo ya acordarme de las injurias de quien da un solo paso para obtener el perdón.

-Pues bien, miss, que todo sea olvidado por ambas partes. Y dadme la satisfacción de preparar por mí mismo los nudos que tanto deseáis.

-¿Aquí?, respondió Henriette con un impulso de inquietud del que le fue imposible ser dueña. Había creído, milord, que volvíamos a partir para Londres.

-No, mi querida miss, no, cifro toda mi gloria en no devolveros allí más que bajo el título de esposa del rival al que os cedo. Sí, miss, al mostraros así quiero enseñar a toda Inglaterra cuánto punto ha debido costarme la victoria. No os opongáis a este proyecto, puesto que en él hallo a la vez mi triunfo y mi tranquilidad. Escribamos a vuestra madre para que se calme, mandemos a Williams que venga aquí, celebremos pronto este himeneo, y partamos al día siguiente.

-Pero, milord, ¿mi madre?

-Le pediremos su consentimiento; está muy lejos de negarlo, y será lady Williams quien vaya a darle las gracias.

-Pues bien, milord, disponed de mí; penetrada de ternura y de gratitud, ¿me corresponde a mí ordenar los medios por los que os dignáis trabajar para mi dicha? Haced, milord, lo apruebo todo... Y entregada por entero a los sentimientos que os debo, demasiado ocupada en experimentarlos y en pintarlos, olvido todos aquéllos que podrían distraerme.

-Pero, miss, es preciso que escribáis. -¿A Williams?

-Y a vuestra madre, miss. ¿Les convencería tanto lo que yo dijera como lo que escribáis vos misma?

Traen todo lo que hace falta y mis Henriette escribe los dos billetes siguientes:

MISS HENRIETTE A WILLIAMS

Caigamos los dos a los pies del más generoso de los hombres; venid ayudadme a testimoniarle el reconocimiento que ambos le debemos; jamás hubo sacrificio más noble, jamás se hizo con tanta gracia, y jamás más completo: milord Granwel quiere unirnos él mismo, Williams, es su mano la que va a estrechar nuestros nudos... Acudid... Abrazada mi madre, obtened su consentimiento y decidle que muy pronto su hija gozará de la felicidad de estrecharla en sus brazos.

LA MISMA A SU MADRE

Al momento de inquietud más horrible sucede la calma más dulce: Williams os mostrará mi carta, oh la más adorada de las madres. No os opongáis, os lo ruego, ni a la felicidad de vuestra hija, ni a las intenciones de milord Granwel: son puras como su corazón. Adiós, perdonad si vuestra hija, completamente entregada a los sentimientos de la gratitud, apenas puede expresaron aquéllos en los que arde por la mejor de las madres.

Granwel unió a estos billetes dos cartas que aseguraban tanto a Williams como a lady Stralson la dicha que era para él reunir a dos personas de las que quería convertirse en el amigo más tierno, y encargaba a Williams recoger en casa de su notario, en Londres, dos mil guineas que le suplicaba aceptar por regalo de bodas. Estas cartas estaban llenas de afecto, llevaban tal carácter de franqueza y de ingenuidad que era imposible no prestarles fe; el lord escribió al mismo tiempo a Gave y a sus amigos que aplacasen el rumor público, calmasen al ministro, y que hicieran correr la voz de que pronto verían en Londres de qué manera reparaba sus faltas. El correo vuelve a partir con sus despachos; Granwel no se ocupa más que de colmar a miss Stralson con atenciones, a fin, según decía, de hacerle olvidar lo mejor posible todos los crímenes que tenía que reprocharse respecto a ella... Y en el fondo de su alma, el monstruo saboreaba el triunfo de haber dominado a la postre con argucias a aquélla que desde hacía tanto tiempo le encadenaba con las suyas.

El correo del raptor de Henriette llega a Londres en el momento en que el rey acababa de aconsejar al primer ministro que emplease todas las vías de la justicia contra Granwel..., pero lady Stralson, víctima total de las cartas que recibe, creyendo tanto más en su contenido cuanto que está acostumbrada a las victorias de Henriette sobre Granwel, vuela al instante a casa del ministro; le ruega no iniciar ninguna persecución contra el lord, le da cuenta de lo que ocurre, todo se calma, y Williams se apresta para la partida.

-Ten miramientos con ese hombre poderoso y peligroso, le dice lady Stralson abrazándole, goza del triunfo que mi hija ha conseguido sobre él, y venid prontamente los dos a consolar a una madre que os adora.

Williams parte, pero sin coger el soberbio presente que le destina Granwel; no se digna siquiera informarse de si aquella suma le espera o no; tal paso hubiera parecido como una duda, y estas valientes y honradas personas están lejos de tenerla.

Williams llega... ¡Gran Dios!... llega... y mi pluma se detiene, se niega al pormenor de los horrores que esperan a este desventurado amante. ¡Oh, furias del infierno! Acudid, prestadme vuestras culebras, que sea con sus dardos resplandecientes con lo que mi mano trace aquí los horrores que todavía me quedan por escribir.

-¡Oh, mi querida Henriette!, dice Granwel al entrar por la mañana en la habitación de su cautiva, con aire de felicidad y de alegría, venid a gozar de la sorpresa que he tenido el arte de prepararos. Acudid, querida miss, no he querido mostraros a Williams sino a los pies mismos de los altares donde va a recibir vuestra mano... Seguidme, miss, os espera.

-¡El milord... él, gran Dios! ¡Williams!, ¿está en el altar? ¡Y es a vos a quien lo debo! ¡Oh, milord, permitidme que caiga a vuestros pies... Los sentimientos que me inspiráis dominan hoy sobre cualquier otro.

Y Granwel turbado:

-No, miss, no, no puedo gozar aún de esta gratitud; sólo en el último instante, que debe arrancar sangre de mi corazón; no me la mostréis, miss, durante un día puede aún serme cruel... Mañana lo saborearé más a gusto... Apresurémonos, Henriette, no hagamos esperar más tiempo a un hombre que os adora y que arde por unirse a vos.

Henriette se adelanta... está en una turbación... en una agitación... apenas si respira; jamás las rosas de su tez fueron tan brillantes... Animada por el amor y la esperanza, aquella querida muchacha se cree en el momento de la felicidad... Llegan al final de una galería inmensa que terminaba en la capilla del castillo... ¡Oh, santo cielo! ¡Qué espectáculo! Aquel lugar sagrado estaba lleno de oscuridad, y sobre una especie de lecho fúnebre, rodeado de cirios ardientes, descansaba el cuerpo de Williams atravesado por trece puñales, todos clavados en las llagas sangrantes que acababan de abrirse.

-¡He ahí a tu amante, pérfida! ¡He ahí como mi venganza lo entrega a tus indignos deseos!, dijo Granwel.

-¡Traidor!, exclama Henriette, reuniendo todas sus fuerzas para no sucumbir en un momento tan terrible para ella... ¡Ah!, no me has engañado, todos los excesos del crimen habitan en tu alma feroz, sólo la virtud me habría sorprendido en ella. Déjame morir ahí, cruel, es la última gracia que te pido.

-No obtendrás aún este favor, dijo Granwel con esa firmeza fría, única suerte de los grandes malvados... Mi venganza sólo está gustada a medias, es preciso saciar el resto; he

ahí el altar que va a recibir nuestros juramentos: ahí es donde quiero oír de vuestra boca el que va a hacer que me pertenezcáis por siempre.

Granwel quiere ser obedecido... Henriette, bastante valiente para resistir a esta crisis espantosa... Henriette, en quien el deseo de venganza despierta la energía, promete todo y contiene sus lágrimas.

-Miss, dijo Granwel cuando está satisfecho, creed en lo que voy a deciros: todos mis sentimientos de venganza están apagados, no pienso ya más que en reparar mis crímenes... Seguidme, miss, dejemos este lúgubre aparato, todo nos espera en el templo, los ministros del cielo y el pueblo están allí hace mucho, venid a recibir al punto mi mano... Dedicaréis esta noche a los primeros deberes de la esposa; mañana os devuelvo públicamente a Londres y os entrego a vuestra madre como mi mujer.

Henriette mira con ojos extraviados a Granwel; cree estar segura de no ser engañada esta vez, pero su corazón ulcerado no es ya susceptible de consuelo... Desgarrada por la desesperación.... devorada por el deseo de venganza, no puede escuchar otros sentimientos.

-Milord, dice ella con la tranquilidad más valiente, tengo una confianza tan grande en ese regreso inesperado que estoy dispuesta a concederos graciosamente la gracia que podríais obtener por la fuerza. Aunque el cielo no haya legitimado nuestra unión, no dejaré de cumplir esta noche los deberes que exigís. Os ruego, por tanto, que pospongáis la celebración hasta Londres; siento cierta repugnancia a hacerla lejos de los ojos de mi madre... Poco os importe, Granwel, desde que voy a someterme igualmente a todos vuestros arrebatos.

Aunque Granwel deseaba convertirse realmente en el esposo de aquella muchacha, veía con una alegría maligna que ella consentía aún en arriesgarse a ser su víctima, y previendo que tras una noche de goce quizá no tuviera él tanta delicadeza, consintió de todo corazón en lo que ella quería. Todo fue calma el resto del día: nada se cambió siquiera en la fúnebre decoración por ser esencial que las sombras más espesas de la noche presidiesen la inhumación del desventurado Williams.

-Granwel, dijo miss Stralson en el instante de retirarse, imploro un nuevo favor: después de todo lo que ha pasado esta mañana, ¿podría no estremecerme al verme en brazos del asesino de mi amante? Permitid que ninguna luz ilumine el lecho en que vais a recibir mi fe: ¿No debéis tal miramiento a mi pudor? ¿No he obtenido con suficientes desgracias el derecho a conseguir lo que imploro?

-Ordenad, miss, ordenad, responde Granwel, sería preciso que fuera muy injusto para negaros tales cosas. Fácilmente concibo la violencia que tenéis que haceros, y permito con todo mi corazón lo que puede disminuirla.

Miss se inclina, y vuelve a su habitación mientras Granwel, encantado de sus infames éxitos, se aplaude en silencio por haber triunfado al fin sobre su rival. Se acuesta; se llevan las antorchas; Henriette es avisada de que ha sido obedecida, y de que cuando quiera puede pasar a la habitación nupcial... Acude allí armada de un puñal que ella misma había arrancado del corazón de su amante... Se acerca... Con el pretexto de guiar sus pasos, una de sus manos se asegura del cuerpo de Granwel, hunde en él con la otra el arma que sostiene, y el perverso rueda por tierra blasfemando del cielo y de la mano que le golpea.

Henriette sale inmediatamente de aquella habitación; gana temblando el lugar fúnebre donde reposa Williams; sostiene una lámpara en la mano, en la otra el puñal ensangrentado del que acaba de servirse en su venganza...

Williams, exclama, el *crimen nos desunió, la mano de Dios va a unirnos*... Recibe mi alma, oh tú, al que idolatré toda mi vida; va a aniquilarse en la tuya para no separarse de ella jamás.

A estas palabras se hiere y cae palpitando sobre aquel cuerpo frío al que en un movimiento involuntario su boca presiona aún con sus últimos besos.

Estas funestas noticias llegaron muy pronto a Londres, Granwel fue muy poco lamentado. Desde hacía mucho tiempo sus defectos le volvían odioso. Gave, temiendo verse mezclado en aquella terrible aventura, pasó inmediatamente a Italia, y la desventurada lady Stralson volvió sola a Herreford, donde no dejó de llorar las dos pérdidas que acababa de tener hasta el instante en que el Eterno, conmovido por sus lágrimas, se dignó llamarla a su seno y reunirla, en un mundo mejor, con las personas queridas, y tan dignas de serlo, que le habían quitado el libertinaje, la venganza, la crueldad... en fin, todos los crímenes nacidos del abuso de las riquezas, del crédito, y, más que nada, del olvido de los principios del hombre honesto, sin los cuales, ni nosotros ni cuanto nos rodean pueden ser felices en la tierra.

FAXELANGE

o

LOS ERRORES DE LA AMBICION

El señor y la señora de Faxelange, que poseían entre treinta y treinta y cinco mil libras de renta, vivían por regla general en París. No tenían por único fruto de su himeneo más que una hija, bella como la diosa misma de la juventud. El señor de Faxelange había servido en el ejército, pero se había retirado joven y no se ocupaba desde entonces más que de los intereses de su matrimonio y de la educación de su hija. Era un hombre muy dulce, de escaso talento y excelente carácter; su mujer, aproximadamente de su edad, es decir, de cuarenta y cinco a cincuenta años, tenía alguna más sutileza en la cabeza, pero, en conjunto, había entre aquellos dos esposos mucho más candor y buena fe que astucia y desconfianza.

La señorita de Faxelange acababa de cumplir sus dieciséis años. Tenía una de esas clases de rostros románticos en los que todos y cada uno de sus rasgos pintan una virtud; una piel muy blanca, hermosos ojos azules, la boca algo grande, pero bien adornada, un talle flexible y ligero, y el cabello más hermoso del mundo. Su espíritu era dulce como su carácter; incapaz de hacer el mal, no podía siquiera imaginarse que pudiera cometerlo; era, en una palabra, la inocencia y el candor embellecidos por la mano de las Gracias. La señorita de Faxelange era instruida; no habían ahorrado nada para su educación; hablaba muy bien el inglés y el italiano, tocaba varios instrumentos, y pintaba miniaturas con gusto. Hija única y destinada, por consiguiente, a poseer un día los bienes de su familia, aunque medianos, debía esperar un matrimonio ventajoso, y ésta era desde hacía dieciocho meses la única ocupación de sus padres. Pero el corazón de la señorita de Faxelange no había esperado el consentimiento de los autores de sus días para atreverse a darse por entera: hacía más de tres años que no era ya dueña de él. El señor de Goé, que

era algo pariente suyo y que iba con frecuencia a su casa a este título, era el objeto querido de aquella tierna muchacha; le amaba con una sinceridad, una delicadeza que recordaban esos sentimientos preciosos de las viejas edades, tan corrompidos por nuestra depravación.

El señor de Goé merecía sin duda semejante felicidad; tenía veintitrés años, un hermoso talle, una figura encantadora y un carácter franco hecho por entero para simpatizar con él de su hermosa prima. Era oficial de dragones, pero poco rico; necesitaba una muchacha de buena dote, así como su prima un hombre opulento, pues, aunque heredera, no tenía, sin embargo, una inmensa fortuna como acabamos de decir; por consiguiente, los dos veían de sobra que sus intenciones no serían jamás cumplidas, y que los fuegos en que ardían ambos se consumirían en suspiros.

El señor de Goé no había participado nunca a los padres de la señorita de Faxelange los sentimientos que tenía por su hija: se temía una negativa, y su orgullo se oponía a ponerse en situación de escucharla. La señorita de Faxelange, mil veces más tímida aún, se había guardado mucho asimismo de decir una palabra. De este modo, esa dulce y virtuosa intriga encerrada en los nudos del más tierno amor, se nutría en paz a la sombra del silencio, pero, por si algo podía ocurrir, los dos se habían prometido no ceder a ninguna solicitud y no ser nunca sino uno para otro.

Nuestros jóvenes amantes estaban en esto cuando un amigo del señor Faxelange vino a pedir a éste permiso para presentarle a un hombre de provincias que acababa de serle recomendado indirectamente.

-No, por nada os hago esta proposición, dijo el señor de Belleval; el hombre de que os hablo tiene propiedades prodigiosas en Francia y soberbias residencias en América. El único objeto de su viaje es buscar una mujer en París; quizá la lleve consigo al nuevo mundo, es lo único que temo; pero aún así, si la circunstancia no os asusta demasiado, es, desde luego y bien mirado todo, el que convendría a vuestra hija. Tiene treinta y dos años, el rostro no es muy agradable... hay algo un poco sombrío en los ojos, pero tiene un porte muy noble y una educación singularmente cultivada.

-Traédnoslo, dijo el señor de Faxelange...

Y dirigiéndose a su esposa:

-¿Qué decís vos, señora?

-Habrá que ver, respondió ésta; si realmente es un partido conveniente, le daré la mano con todo mi corazón, por más pena que me pueda causar la separación de mi hija... La adoro, su ausencia me desolará, pero no me opondré de ningún modo a su felicidad.

El señor de Belleval, encantado de sus primeras proposiciones, concierta día con los dos esposos y convienen que el jueves siguiente el barón de Franlo será presentado en casa de la señora de Faxelange.

El señor barón de Franlo estaba en París hacía un mes ocupando el mejor departamento del hotel de Chartres, con un bellísimo coche, dos lacayos, un ayuda de cámara, gran cantidad de joyas, una cartera llena de letras de cambio y los trajes más hermosos del mundo. No conocía de nada al señor de Belleval, pero conocía, según pretendía, a un amigo íntimo de tal señor de Belleval que, lejos de París por dieciocho meses, no podía ser por consiguiente de ninguna utilidad al barón. Se había presentado a la puerta de aquel hombre; le había dicho que estaba ausente, pero que el señor de Belleval era su amigo más íntimo, y que haría bien ,en ir en su busca; en consecuencia,

fue al señor de Belleval a quien el barón presentó sus cartas de recomendación, y el señor de Belleval, para hacer un servicio a aquel hombre honrado, no había tenido problema de abrirlas y prestar al barón todos los cuidados que aquel extranjero hubiera recibido del amigo de Belleval si hubiera estado presente.

Belleval no conocía en absoluto a las personas de provincias que recomendaba al barón; no las había oído siquiera nombrar nunca a su amigo, pero muy bien podía no conocer a todos los que su amigo conocía. Así, pues, ningún obstáculo al interés que muestra desde entonces por Franlo. Es un amigo de mi amigo: ¿No hay ahí más de lo que es preciso para legitimar en el corazón de un hombre honrado el motivo que le compromete a ser útil?

El señor de Belleval, encargado del barón de Franlo, le llevaba, pues, a todas partes: a los paseos, a los espectáculos, a casa de los comerciantes, nunca se les encontraba sino juntos. Era esencial establecer tales detalles a fin de legitimar el interés que Belleval tomaba por Franlo, y las razones por las que creyéndole un excelente partido le presentaba en casa de los Faxelange.

El día fijado para la esperada visita, la señora de Faxelange, sin prevenir a su hija, la hace adornarse con sus más bellos atavíos; le recomienda ser lo más cortés y más amable posible ante el extraño que va a ver, y a hacer uso sin dificultad de sus talentos si se le exige, porque aquel extraño es un hombre que les está personalmente recomendado, y al que el señor de Faxelange y ella tienen razones para recibir bien.

Dan las cinco; es el momento anunciado, y el señor de Franlo aparece bajo la escolta del señor de Belleval. Era imposible presentarse mejor, tener un tono más decente, un porte más honrado, pero, ya lo hemos dicho, había un no sé qué en la fisonomía de aquel hombre que predisponía de inmediato, y sólo mediante mucho artificio en sus modales y mucho juego en los rasgos de su rostro, lograba tapar tal defecto.

La conversación se inicia: discuten sobre diferentes temas, y el señor de Franlo los trata todos como el hombre mejor educado del mundo... el más instruido. Razonan sobre las ciencias; el señor de Franlo las analiza todas; les llega su vez a las artes: Franlo prueba que las conoce, y que no hay ninguna que no haya constituido alguna vez su delicias. En política, la misma profundidad: aquel hombre arregla el mundo entero, y todo ello sin afectación, sin darse importancia, poniendo en cuanto dice un aire de modestia que parece pedir indulgencia y advertir que puede equivocarse, que está muy lejos de estar seguro de lo que se atreve a exponer. Hablan de música; el señor de Belleval ruega a la señorita de Faxelange cantar; ella lo hace ruborizándose y Franlo le pide, al segundo aire, permiso para acompañarla con una guitarra que ve sobre un sillón; pulsa este instrumento con todas las gracias y toda la exactitud posibles, dejando ver en sus dedos, sin afectación, joyas de un precio prodigioso. La señorita de Faxelange inicia un tercer aire, totalmente nuevo; el señor de Franlo la acompaña al piano con toda la precisión de los mayores maestros. Invitan a la señorita de Faxelange a leer algunos trozos de Pope en inglés; Franlo traba de inmediato la conversación en esa lengua y prueba que la domina perfectamente.

Sin embargo, la visita concluyó sin que al barón se le hubiera escapado nada que testimoniase su forma de pensar sobre la señorita de Faxelange, y el padre de esta joven, entusiasmado por su nuevo conocimiento, no quiso que se despidiera sin una promesa íntima del señor de Franlo de venir a cenar a su casa el domingo siguiente.

La señora de Faxelange, menos entusiasmada, al razonar por la noche sobre este personaje no coincidió completamente con la opinión de su esposo. Decía que encontraba en aquel hombre algo tan indignante a primera vista que le parecía que si venía a pedirle su hija no se la daría nunca sino con mucho esfuerzo. Su marido combatió aquella repugnancia: Franlo era, según decía, un hombre encantador; era imposible ser más instruido, tener un porte más hermoso. ¿Qué podía importar el rostro? ¿Hay que pararse en esas cosas en un hombre? Por lo demás, que la señora de Faxelange no tuviera miedo; nunca sería lo suficiente afortunada para que Franlo quisiese aliarse con ella, pero si por casualidad lo quería, sería, desde luego, una locura perder semejante partido. ¿Debía su hija esperar alguna vez encontrar uno de aquella importancia? Todo aquello no convencía a una madre prudente; pretendía que la fisonomía era el espejo del alma y que si la de Franlo respondía a su rostro, probablemente no era aquél el marido que debía hacer feliz a su querida hija.

El día de la cena llegó; Franlo, mejor vestido que la otra vez, más profundo y más amable aún, hizo el ornato y las delicias de la reunión. Le invitaron a jugar, al levantar la mesa, con la señorita de Faxelange, Belleval y otro hombre de la compañía; Franlo fue muy desafortunado, y lo fue con una nobleza sorprendente; perdió todo lo que se puede perder: es con frecuencia una manera de ser amable en sociedad, nuestro hombre no lo ignoraba. Siguió un poco de música, y el señor de Franlo tocó tres o cuatro clases de instrumentos diversos. La jornada se concluyó en los *Français,* donde el barón dio públicamente la mano a la señorita de Faxelange, y se despidieron.

Un mes pasó de esta suerte, sin que se oyese hablar de ninguna proposición; cada cual se mantenía por su parte en la reserva; los Faxelange no querían tomar la iniciativa, y Franlo, que por su lado, anhelaba tener éxito, temía echarlo todo a perder por excesiva precipitación.

Finalmente, apareció el señor de Belleval, y en esta ocasión encargado de una negociación en regla: declaró formalmente al señor y a la señora de Faxelange que el señor barón de Franlo, oriundo del Vivarais, que poseía grandísimas propiedades en América y que deseaba casarse, había puesto los ojos en la señorita de Faxelange, y mandaba preguntar a los padres de aquella encantadora persona si le estaba permitido hacerse alguna esperanza.

Las primeras respuestas, para guardar las formas, fueron que la señorita de Faxelange era muy joven aún para preocuparse por casarla, y quince días después hicieron invitar al barón a cenar. Entonces el señor de Franlo fue incitado a explicarse. Dijo que poseía tres tierras en Vivarais, del valor de doce a quince mil libras de renta cada una; que su padre, tras haber pasado a América, había desposado allí a una criolla que le había aportado cerca de un millón en bienes; que él heredaba aquellas posesiones por no tener más parientes, y que no habiéndolos conocido nunca se había decidido a ir allí con su mujer tan pronto como estuviera casado.

Esta cláusula desagradó a la señora de Faxelange, confesó su temores; a esto Franlo respondió que ahora se iba a América como a Inglaterra, que tal viaje era indispensable para él, pero que sólo duraría dos años y que a este término se comprometía a devolver su mujer a París; que no quedaba, pues, más que el punto de la separación de la querida hija de su madre, pero que totalmente necesario, en cualquier caso, puesto que sus planes no eran vivir siempre en París, donde, encontrándose sólo al mismo nivel de todo el mundo, no podía estar con el mismo agrado que en sus tierras donde su fortuna le permitía desempeñar un gran papel. Entraron luego en algunos otros detalles, y esta primera

entrevista concluyó rogando a Franlo que tuviera a bien dar él mismo el nombre de algún conocido de su provincia al que pudieran dirigirse para los informes, siempre usuales en semejante caso. Franlo, nada sorprendido por el proyecto de tales garantías, las aprobó, las aconsejó, y dijo que lo más sencillo y rápido le parecía que era dirigirse a las oficinas del ministro. El medio fue aprobado; el señor de Faxelange fue allí al día siguiente, habló con el propio ministro, quien le certificó que el señor de Franlo, actualmente en París, era, desde luego, un hombre del Vivarais, tanto de la mayor calidad como el más rico. El señor de Faxelange, más entusiasmado que nunca con aquel asunto, refirió las excelentes noticias a su mujer, y no teniendo ganas de discutir por más tiempo, hicieron venir a la señorita de Faxelange aquella misma noche y le propusieron al señor de Franlo por esposo.

Desde hacía quince días, aquella encantadora muchacha se había dado cuenta de sobra que había algunos proyectos de casamiento para ella, y por un capricho bastante común en las mujeres, el orgullo impuso silencio al amor; halagada por el lujo y la magnificencia de Franlo, le dio insensiblemente preferencia sobre el señor de Goé, de manera que respondió afirmativamente que estaba dispuesta a hacer lo que le proponían, y que obedecería a su familia.

Goé, por su parte, no había permanecido en una indiferencia tal que no se hubiera enterado de una parte de lo que ocurría. Acudió a casa de su amada, y quedó consternado por la frialdad que ella le mostró. El se expresa con todo el calor que le inspira el fuego de que arde, mezcla al amor más tierno los reproches más amargos, dice a la que ama que ve claramente de dónde nace un cambio que le mata: ¿habría debido sospechar de su parte una infidelidad tan cruel alguna vez? Las lágrimas vienen_ a añadir interés y energía a las sangrantes quejas de aquel joven; la señorita de Faxelange se conmueve, confiesa su debilidad, y los dos convienen en que no hay otra forma de reparar el daño cometido que hacer intervenir a los padres del señor de Goé. Esta resolución es puesta en práctica: el joven cae a los pies de su padre, le ruega que obtenga para él la mano de su prima, promete abandonar Francia para siempre si se le niega ese favor, hace tanto que el señor de Goé, enternecido, va al día siguiente en busca de Faxelange y le pide su hija. Le agradecen el honor que hace, pero le declaran que ya es tarde, y que la palabra está dada. El señor de Goé, que no obra más que por amabilidad, que en el fondo no se siente contrariado por ver poner obstáculos a un matrimonio que no le conviene demasiado, vuelve para anunciar fríamente esta noticia a su hijo, le suplica al mismo tiempo que cambie de idea y no se oponga a la dicha de su prima.

El joven Goé, furioso, no promete nada; corre a casa de la señorita de Faxelange que, vacilando sin cesar entre su amor y su vanidad, es mucho menos delicada esta vez que la otra y trata de incitar a su amante a consolarse del partido que está en vísperas de tomar. El señor de Goé intenta parecer tranquilo, se contiene, besa la mano de su prima, y sale en un estado tanto más cruel cuanto que está obligado a disimularlo, no lo bastante, sin embargo, para no jurar a su amada que nunca adorará a nadie más que ella, pero que no quiere turbar su felicidad.

Mientras tanto, Franlo, prevenido por Belleval de que es hora de atacar seriamente el corazón de la señorita de Faxelange, dado que hay rivales que temer, pone todo en práctica para resultar aún más amable. Envía presentes soberbios a su futura esposa, que, de acuerdo con sus padres, no pone ninguna dificultad a recibir las galanterías de un hombre al que debe mirar como a su marido; alquila una casa encantadora a dos leguas de París, y da allí, durante ocho noches seguidas, fiestas deliciosas a su amada. Sin dejar de unir de

este modo la seducción más hábil a las serias gestiones que deben concluir todo, pronto logra enloquecer la cabeza de nuestra querida muchacha, pronto hace olvidar a su rival.

Le quedaban, sin embargo, a la señorita de Faxelange momentos de recuerdo en que sus lágrimas corrían involuntariamente; sentía remordimientos horribles por traicionar así al primer objeto de su ternura, aquél al que tanto había amado desde la infancia. ¿Qué ha hecho para merecer de mi parte este abandono?, se preguntaba con dolor. ¿Ha dejado de adorarme? ¡Ay!, no, y yo le traiciono... ¿y por quién, Dios mío, por quién? Por un hombre al que no conozco de nada... que me seduce con su fasto... y que quizá me haga pagar muy cara esta gloria a la que sacrifico mi honor... ¡Ah!, las vanas florecillas que me seducen... ¿valen lo que esas expresiones deliciosas de Goé... esos juramentos tan sagrados de adorarme siempre... esas lágrimas del sentimiento que las acompaña? ¡Oh, Dios! Cuántos pesares si resultara engañada. Pero durante todas estas reflexiones ataviaban a la divinidad para una fiesta, la embellecían con presentes de Franlo y ella olvidaba sus remordimientos.

Una noche soñó que su pretendiente, transformado en bestia feroz, la precipitaba en un abismo de sangre, donde sobrenadaba una multitud de cadáveres; ella alzaba en vano su voz para obtener ayuda de su marido, él no la escuchaba... Goé acude, la retira, la deja... ella se desvanece... Este horrible sueño la puso mala dos días; una nueva fiesta disipó estas feroces ilusiones y la señorita de Faxelange, seducida, llegó incluso a estar resentida contra sí misma por la impresión que había podido sentir de aquel quimérico sueño[54].

Finalmente, todo iba preparándose, y Franlo, apremiado por concluir, estaba a punto de fijar el día cuando nuestra heroína recibió una mañana el siguiente billete de él:

Un hombre furioso, y al que no conozco, me priva del honor de recibir a cenar esta noche, como me prometía. al señor y a la señora de Faxelange y a su adorable hija. Ese hombre, que dice que le quito la felicidad de su vida, ha querido batirse, y me ha dado una estocada que espero devolverle dentro de cuatro días; pero me han puesto a régimen veinticuatro horas. ¡Qué privación para mí no poder esta noche, como esperaba, renovara la señorita de Faxelange los juramentos de mi amor!

[54] Los sueños son movimientos secretos a los que no se da suficiente importancia; la mitad de los hombres se burlan de ellos, la otra mitad los cree; no habría ningún inconveniente en atenderlos, y en plegarse a ellos incluso, en el caso que voy a contar. Cuando esperamos el resultado de un acontecimiento cualquiera, y cuando la forma en que debe sucedernos nos preocupa durante todo el día, soñamos en él con toda seguridad; ahora bien, entonces nuestro espíritu, ocupado únicamente de su objeto, nos hace ver casi siempre una de las caras de este acontecimiento en la que con frecuencia no habíamos pensado durante la víspera, y en tal caso, ¿qué superstición, qué inconveniente, qué falta contra la filosofía habría finalmente en clasificar en el número de los resultados del acontecimiento esperado aquél que el sueño nos ha ofrecido, y comportarse en consecuencia? Me parece que esto no sería sino un aumento de prudencia; porque, en fin, tal sueño, es, sobre el resultado del acontecimiento en cuestión, uno de los esfuerzos del espíritu que nos abre e indica una cara nueva en el acontecimiento; que este esfuerzo se haga durmiendo o en vela, ¿qué importa? Siempre será una de las combinaciones hallada, y cuanto hagáis en razón de ella nunca puede ser una locura y jamás debe ser acusada de superstición. La ignorancia de nuestros padres les conducía, sin duda, a gran; des absurdos, pero, ¿pensamos que la filosofía no tiene también sus escollos? A fuerza de analizar la naturaleza, nos parecemos al químico que se arruina para hacer un poco de oro. Podemos, pero no aniquilemos todo, porque hay en la naturaleza cosas muy singulares, y que nosotros no adivinaremos jamás.

Del barón de Franlo

Esta carta no fue un misterio para la señorita de Faxelange; se apresuró a dar parte de ella a su familia, y creyó deberlo para seguridad misma de su antiguo amante, ¡cuán desolada estaba por sentirle comprometerse así por ella... por ella, que le ultrajaba tan cruelmente! Aquel paso audaz e impetuoso de un hombre al que amaba aún, hacía vacilar furiosamente los derechos de Franlo; pero si el uno había atacado, el otro había perdido su sangre, y la señorita de Faxelange se hallaba en la desgraciada situación de interpretar ahora todo en favor de Franlo: Goé hizo, pues, mal y Franlo fue compadecido.

Mientras el señor de Faxelange vuela a casa del padre de Goé para advertirle de lo que ocurre, Belleval, la señora y la señorita de Faxelange van a consolar a Franlo, que les recibe en una *chaise longue* con el batín más coqueto y con esa especie de abatimiento en el rostro que parecía reemplazar por interés lo que en él se encontraba á veces de chocante.

El señor de Belleval y su protegido aprovecharon la circunstancia para comprometer a la señora de Faxelange a apresurarse: aquel asunto podía tener consecuencias... obligar quizá a Franlo a dejar París: ¿querría hacerlo sin haber terminado? Y mil otras razones que la amistad del señor de Belleval y la habilidad del señor de Franlo encontraron, pronto se hicieron valer con energía.

La señora de Faxelange estaba completamente vencida; seducida, como toda la familia, por las apariencias del amigo de Belleval, atormentada por su marido, y no viendo en su hija más que excelentes disposiciones para aquel himeneo, se preparaba a él ahora sin la menor repugnancia. Concluyó, pues, la visita asegurando a Franlo que el primer día en que su salud le permitiera salir sería el del matrimonio. Nuestro político amante testimonió a la señorita de Faxelange algunas inquietudes tiernas sobre el rival que todo aquello acababa de hacerle conocer; ésta le tranquilizó con la mayor sinceridad del mundo, exigiendo, no obstante, de él su palabra de que no perseguiría nunca a Goé de ninguna de las maneras; Franlo prometió y se separaron.

Todo se iba arreglando en casa del padre de Goé; su hijo había reconocido lo que la violencia de su amor le había hecho hacer, pero desde que tal sentimiento desagradaba a la señorita de Faxelange, desde que era tan cruelmente abandonado por ella, no trataría de forzarla. El señor de Faxelange, tranquilo, no pensó, pues, más que en concluir.

Faltaba el dinero; el señor de Franlo, pasando inmediatamente a América, estaba muy contento de reparar allí o de aumentar sus posesiones, y era en esto en lo que pensaba colocar la dote de su mujer. Habían convenido cuatrocientos mil francos; era una brecha terrible en la fortuna del señor de Faxelange, pero no tenía más que una hija, a ella debía ir a parar todo un día, era un negocio que no volvería a presentarse, había, pues, que sacrificarse. Vendieron, empeñaron, en resumen: la suma estuvo lista al sexto día después de la aventura de Franlo, y aproximadamente a los tres meses de la época en que había visto a la señorita de Faxelange por primera vez. Por fin, apareció como su esposo; los amigos, la familia, todos se reunieron; el contrato fue firmado; convinieron en celebrar la ceremonia al día siguiente, sin ruido, y que dos días después Franlo partiría con su dinero y su mujer.

La noche de ese fatal día, el señor de Goé hizo suplicar a su prima concederle una cita en un lugar secreto que él le señaló, y al que sabía de sobra que la señorita de Faxelange tenía la posibilidad de dirigirse. Ante la negativa de ésta, envió un segundo mensaje,

prometiendo a su prima que lo que tenía que decirle era de grandes consecuencias para que pudiera negarse a oírle: nuestra heroína infiel, seducida... deslumbrada, pero sin poder odiar a su antiguo amante, cede, al fin, y se dirige al lugar convenido.

-No vengo, dijo el señor de Goé a su prima cuando la hubo visto, no vengo, señorita a turbar lo que vuestra familia y vos llamáis la felicidad de vuestra vida, pero la probidad de que hago profesión me obliga a advertiros que os engañan: el hombre con el que os casáis es un estafador que tras robaros os hará quizá la más desgraciada de las mujeres; es un bribón, y vos estáis engañada.

A estas palabras, la señorita de Faxelange dijo a su primo que antes de permitirse difamar tan cruelmente a alguien se necesitaban pruebas más claras que el día.

-Todavía no las poseo, dijo el señor de Goé, lo admito, pero busco informes, y quizá pueda aclararlo todo dentro de poco. En nombre de cuanto os es más querido, conseguid una demora de vuestros padres.

-Querido primo, dijo la señorita de Faxelange sonriendo, vuestro engaño está descubierto: vuestras opiniones no son más que un pretexto, y las demoras que exigís un medio para tratar de apartarme de un trato que ya no puede romperse. Confesadme vuestro ardid, yo os perdono, pero no tratéis de inquietarme sin motivo en un momento en que ya no es posible cambiar nada.

El señor de Goé, que realmente sólo tenía sospechas sin ninguna certeza real, y que de hecho no trataba sino de ganar tiempo, se precipita a las rodillas de su amada.

-¡Oh, tú, a quien adoro, exclama, tú a quien idolatraré hasta la tumba, se acabó la felicidad de mis días, y vas a dejarme para siempre...! Lo confieso, lo que he dicho no es más que una sospecha, pero no puede salir de mi espíritu, me atormenta aún más que la desesperación en que me encuentro por separarme de ti... ¿Te dignarás, en la cúspide de tu gloria, acordarte de aquellos tiempos tan dulces de nuestra infancia... de esos momentos deliciosos en que me jurabas no ser nunca más que mía... ? ¡Ah, cómo han pasado esos instantes del placer, y cuán largos van a ser los del dolor! ¿Qué hice yo para merecer este abandono de tu parte? Di, cruel, ¿qué hice yo? Y, ¿por qué sacrificas al que te adora? ¿Te ama tanto como yo ese monstruo que te arrebata a mi ternura? ¿Te ama él desde hace tanto tiempo?

Las lágrimas corrían en abundancia de los ojos del desventurado Goé... y estrechaba expresivamente la mano de aquélla que adoraba, llevándola unas veces a su boca, otras a su corazón.

Era difícil que la sensible Faxelange no se encontrara algo emocionada por tanta agitación... Dejó escapar algún sollozo.

-Mi querido Goé, dijo a su primo, cree que siempre me serás querido; estoy obligada a obedecer; de sobra ves que era imposible que fuéramos alguna vez uno para el otro. -Habríamos esperado.

-¡Oh, Dios! Fundar su prosperidad en la desgracia de sus padres.

-No lo habríamos deseado, pero estábamos en edad de esperar.

-¿Y quién me hubiera respondido de tu fidelidad?

-Tu carácter... tus encantos, todo lo que te pertenece... No se deja nunca de amar cuando es a ti a la que se adora... ¡Si aún quisieras ser mía! Huyamos, al fin del universo, atrévete a amarme lo suficiente para seguirme.

-Nada en el mundo me decidiría a ese paso; vete, consuélate, amigo mío, olvídame, es lo más prudente que te queda por hacer; mil bellezas te resarcirán.

-No añadas el ultraje a la infidelidad. ¡Olvidarte yo, cruel! ¡Consolarme yo alguna vez de tu pérdida! No, no lo crees, jamás me has supuesto tan cobarde como para atreverte a creerlo por un momento.

-Amigo demasiado desventurado, tenemos que separarnos; todo esto no hace más que afligirme sin remedio; no lo hay para los males de que te quejas... Separémonos, es lo más sensato.

-Pues bien, voy a obedecerte. Veo que es la última vez de mi vida que te hablo; no importa, voy a obedecerte, pérfida; pero exijo de ti dos cosas, ¿llevarás la barbarie hasta negármelas?

-¿Cuáles?

-Un rizo de tu pelo, y tu palabra de escribirme una vez todos los meses para informarme al menos de si eres feliz... Me consolaré si lo eres.... Pero si alguna vez ese monstruo... créeme, querida amiga, sí, créeme... iría a buscarte al fondo de los infiernos para arrancarte de él.

-Que nunca te turbe ese temor, querido primo; Franlo es el más honrado de los hombres, no veo más que sinceridad... delicadeza en él... no le veo más que proyectos para mi felicidad.

-¡Ah!, justo cielo, ¿dónde el tiempo en que decías que esa felicidad no sería nunca posible más que conmigo? Y bien, ¿me otorgas lo que te pido?

-Sí, respondió la señorita de Faxelange; toma, aquí tienes el pelo que deseas, y estate seguro de que te escribiré; separémonos, es preciso.

Al pronunciar estas palabras, tiende una mano a su amante... Pero la desventurada se creía mejor curada de lo que estaba: cuando sintió la mano inundada de lágrimas de aquél al que tanto había querido... sus sollozos la sofocaron y cayó en un sillón sin conocimiento. Esta escena transcurría en casa de una mujer vinculada a la señorita de Faxelange, que se apresuró a socorrerla, y sus ojos no volvieron a abrirse sino para ver a su amante rociando sus rodillas con las lágrimas de la desesperación. Recurre ella a su valor, a todas sus fuerzas, le levanta...

-Adiós, le dice, adiós; ama siempre a aquélla para quien serás querido hasta el último día de su vida. No me reproches más mi falta, ya es tarde; he sido seducida... arrastrada... mi corazón no puede ya escuchar sino su deber; pero todos los sentimientos que él no exija serán para siempre tuyos. No me sigas. ¡Adiós!

Goé se retiró en un estado terrible y la señorita de Faxelange fue a buscar en el seno de un reposo que en vano imploró, alguna calma a los remordimientos que la desgarraban y de los que nacía una especie de presentimiento de que no era dueña.

Sin embargo, la ceremonia del día... las fiestas que debían embellecerla, todo tranquilizó a aquella muchacha demasiado débil; pronunció la palabra fatal que la ataba para siempre... Todo la aturdió, todo la arrastró el resto del día, y aquella misma noche consumó el sacrificio horrible que la separaba eternamente del único hombre que fue digno de ella.

Al día siguiente, los preparativos de la partida la ocuparon; al día siguiente, abrumada por las caricias de sus padres, la señora de Franlo montó en la silla de posta de su marido,

provista de los cuatrocientos mil francos de su dote, y partieron para el Vivarais. Franlo iba allí, según decía, por seis semanas antes de embarcarse para América, adonde pasaría en un bajel de La Rochelle que había contratado con anterioridad.

El séquito de nuestros recién casados consistía en dos criados a caballo que pertenecían al señor de Franlo y una doncella de la señora, vinculada a ella desde la infancia, que la familia había pedido que le dejaran toda su vida. Debían tomar nuevos criados cuando estuvieran en el lugar de destino.

Fueron a Lyon sin detenerse, y hasta aquí los placeres, la alegría, la delicadeza, acompañaron a nuestros dos viajeros. En Lyon todo cambia de faz. En lugar de hospedarse en un hotel amueblado, como hacen las gentes honradas, Franlo fue a alojarse en un albergue oscuro al otro lado del puente de la Guillotière. Cenó, y al cabo de dos horas despidió a uno de sus criados, tomó una fiacre con el otro, su esposa y la doncella, se hizo seguir por una carreta donde estaba todo el equipaje, y fue a dormir a más de una legua de la ciudad, en una taberna completamente aislada a orillas del Ródano.

Esta conducta alarmó a la señora de Franlo.

-¿Dónde me lleváis, señor?, le dijo a su marido.

-¡Vaya, señora!, dijo éste con aire brusco... ¿Tenéis miedo a que os pierda? Parece como si, en vuestra opinión, estuvierais en manos de un pillo. Debemos embarcarnos mañana por la mañana; a fin de estar más cerca tengo por costumbre alojarme la víspera a orillas del agua; los bateleros me esperan allí y así perdemos mucho menos tiempo.

La señora de Franlo se calló. Llegaron a un cuchitril cuyos accesos hacían temblar; más, cuál fue el asombro de la desventurada Faxelange cuando oyó a la dueña de aquella espantosa taberna, más horrible aún que su alojamiento, cuando la oyó decir al pretendido barón:

-¡Ah, ya estás aquí, Matasiete!, te has hecho esperar endiabladamente; ¿hacía falta tanto tiempo para ir a buscar esa muchacha? Ven, hay muchas noticias desde tu partida: La Roche fue colgado ayer en los Terreaux... Rompe-Brazos sigue en prisión, quizá hoy le ajusten las cuentas; pero no te inquietes, ninguno ha hablado de ti, y todo va bien por allá; han hecho una captura del diablo estos días; hubo seis personas muertas sin que tú hayas perdido un solo hombre.

Un estremecimiento general se apoderó de la desventurada Faxelange... Póngase por un instante en su lugar, y se juzgará el efecto horrible que debía producir, sobre su alma delicada y dulce, la caída tan súbita de la ilusión que la seducía. Su marido, percibiendo su turbación, se acercó a ella:

-Señora, le dijo con firmeza, ya no es hora de fingir; os he engañado, ya lo veis, y como no quiero que esta bribona, continuó mirando a la doncella, pueda dar estas noticias, espero que os parezca bien, dijo sacando una pistola de su bolso y saltando la tapa de los sesos a aquella infortunada, espero que os parezca bien, señora, que sea así como le impida abrir nunca la boca...

Luego, cogiendo al punto en sus brazos a su esposa casi desvanecida:

-En cuanto a vos, señora, estad completamente tranquila; no tendré con vos más que una excelente conducta; en posesión constante de los derechos de esposa mía, gozaréis en todas partes de tales prerrogativas, y mis camaradas, estad segura, respetarán siempre en vos a la mujer de su jefe.

Cuando la interesante criatura, cuya historia escribimos, se encontraba en una situación de las más deplorables, su marido le prestó todos sus cuidados, y una vez que se hubo rehecho algo, no viendo ya a la querida compañía cuyo cadáver Franlo acababa de arrojar al río, volvió a fundirse en lágrimas.

-Que la pérdida de esta mujer no os inquiete, dijo Franlo; era imposible que os la dejase; pero mis cuidados harán que nada os falte aunque no la tengáis ya junto a vos.

Y viendo a su desgraciada esposa algo menos alarmada:

-Señora, continuó, yo no había nacido para el oficio que hago; es el juego lo que me precipitó a esta carrera de infortunio y de crímenes. No os engañé al presentarme a vos como barón de Franlo; ese nombre y ese título me pertenecieron; pasé mi juventud en la milicia, allí había disipado a los veintiocho años el patrimonio que hacía tres había heredado: bastó ese corto intervalo para arruinarme. Al estar ahora en América aquél a cuyas manos pasó mi fortuna y mi nombre, creí que podía, durante algunos meses, y en París, engañar al público volviendo a tomar lo que había perdido; la ficción triunfó, superando incluso mis deseos; vuestra dote me cuesta cien mil francos de gasto, gano, por tanto, como veis, cien mil escudos y una mujer encantadora, una mujer a la que amo y de la que juro tener toda mi vida el mayor cuidado. Que ella se digne, pues, con un poco de calma, oír la continuación de mi historia. Sufridas mis desgracias, entré en una tropa de bandidos que asolaba las provincias centrales de Francia (funesta lección para los jóvenes que se dejan llevar por la loca pasión del juego), di golpes audaces con aquella tropa, y dos años después de haber entrado en ella, fui reconocido por su jefe. Cambié la residencia; vine a instalarme en un valle desierto, cerrado, en las montañas del Vivarais, que es casi imposible poder descubrir y en el que la justicia jamás ha penetrado. Tal es el lugar de mi residencia, señora, tales son los estados de los que voy a poneros en posesión; es el cuartel general de mi tropa, y de ahí es de donde parten mis destacamentos. Los llevo por el norte hasta Borgoña, al mediodía hasta las orillas del mar; van al oriente hasta las fronteras del Piamonte, al poniente hasta más allá de las montañas de Auvergne; mando cuatrocientos hombres, todos decididos como yo, y todos dispuestos a arrastrar mil muertes tanto para vivir como para enriquecerse. Matamos, a veces, cuando damos nuestros golpes por miedo a que los cadáveres nos traicionen; dejamos la vida a aquéllos que no tememos, forzamos a los otros a seguirnos hasta nuestro retiro y sólo ahí los degollamos después de haber sacado de ellos tanto lo que pueden poseer como las informaciones que nos son útiles. Nuestra forma de hacer la guerra es algo cruel, pero nuestra seguridad depende de ello. ¿Debería sufrir un gobierno justo que la falta que comete un joven, al disipar sus bienes tan joven, sea castigada con el suplicio horroroso de vegetar cuarenta o cincuenta años en la miseria? ¿Le degrada una imprudencia? Porque ha sido desafortunado, ¿es preciso no dejarle otro recurso que el envilecimiento o las cadenas? Con tales principios se hacen perversos: ya lo veis, señora, yo soy la prueba de ello. Si las leyes no tienen vigor contra el juego, si por el contrario lo autoriza, que no se permita al menos que un hombre tenga en el juego el derecho a despojar totalmente a otro, o si el estado en que el primero reduce al segundo, en una esquina del tapiz verde, si ese crimen, digo yo, no es reprimido por ninguna ley, que no se castigue tan cruelmente como se hace el delito aproximadamente igual que nosotros cometemos despojando de igual forma al viajero en un bosque. ¿Y qué puede importar la manera cuando las consecuencias son iguales? ¿Creéis que hay gran diferencia entre un banquero de una mesa de juego robándoos en el Palais-Royal, o Matasiete pidiéndoos la bolsa en el bosque de Bolonia? Es lo mismo, señora; y la única distancia real que puede establecerse

entre uno y otro es que el banquero os roba como cobarde, y el otro como hombre valiente.

Volvamos a vos, señora. Os destino a vivir en mi casa en el mayor reposo; encontraréis algunas otras mujeres de mis camaradas que podrán formaros un pequeño círculo... poco divertido, sin duda; esas mujeres están muy lejos de vuestro estado y de vuestras virtudes, pero os estarán sometidas, se ocuparán de vuestros placeres, y siempre será una distracción. En cuanto a vuestro cometido dentro de mis pequeños dominios, os lo explicaré cuando estemos allí; no pensemos esta noche más que en vuestro descanso, conviene que descanséis un poco para hallaros en condiciones de partir mañana a primera hora.

Franlo ordenó a la dueña del lugar tener con su esposa todos los cuidados posibles, y la dejó con aquella vieja. Esta, tras cambiar de tono con la señora de Franlo cuando vio con quien tenía que vérselas, la forzó a tomarse un caldo cortado con vino del Hermitage, del que la desgraciada mujer tragó algunas gotas para no desairar a su huésped, y tras haberla suplicado luego dejarla sola el resto de la noche, aquella pobre criatura se entregó desde que estuvo en paz a toda la amargura de su dolor.

-Oh, mi querido Goé, exclamaba en medio de sus sollozos, cómo castiga la mano de Dios la traición que te hice. Estoy perdida para siempre, un retiro impenetrable va a sepultarme a los ojos del universo, me será imposible incluso hacerte saber las desgracias que me aplastarán, y, aunque no me lo impidieran, ¿me atrevería después de lo que te hice? ¿Sería aún digna de tu piedad? Y vos, padre mío, y vos, mi respetable madre, vos cuyas lágrimas han mojado mi seno cuando embriagada de orgullo yo era casi fría a vuestras lágrimas, ¿como haceros partícipes de mi espantosa suerte? ¿A qué edad, Gran Dios, me veo enterrada viva con tales monstruos? ¿Cuántos años puedo todavía aguantar en este castigo terrible? ¡Oh, malvado!, cómo me has seducido, y cómo me has engañado.

La señorita de Faxelange (porque su nombre de casada nos repugna ahora) estaba en ese caos de ideas sombrías... de remordimientos... y de aprensiones terribles, sin que las dulzuras del sueño hubieran podido calmar su estado, cuando Franlo vino a rogarla levantarse a fin de estar embarcada antes del día. Ella obedece y se lanza al barco con la cabeza envuelta en tocados que disimulaban los rasgos de su dolor y que ocultaban sus lágrimas al cruel que las hacía correr. Habían preparado en la barca un pequeño reducto de ramajes donde podía ir a descansar en paz; y Franlo, hay que decirlo en justicia, Franlo, que veía la necesidad de que su triste esposa tuviera un poco de calma, se la dejó gozar sin molestarla. Hay algunos rastros de honradez en el alma de los malvados, y la virtud es de tal valor a los ojos de los hombres que incluso los más corrompidos están obligados a rendirle homenaje en mil ocasiones de su vida.

Las atenciones que aquella mujer veía que tenían para ella la calmaban, sin embargo, un poco; sintió que en su situación no tenía otro partido a tomar que tratar con miramientos a su marido, y le mostró gratitud.

La barca era conducida por gentes de la banda de Franlo, ¡y Dios sabe lo que allí se dijo! Nuestra heroína, abismada en su dolor, no oyó nada; y la misma noche llegaron a las cercanías de la ciudad de Tournon, situada en la costa occidental del Ródano, al pie de las montañas del Vivarais. Nuestro jefe y sus compañeros pasaron la noche, como la precedente, en una taberna oscura, sólo conocida de ellos en aquellos alrededores. Al día siguiente, trajeron un caballo a Franlo, montó en él con su mujer, dos mulos llevaron los equipajes, cuatro hombres armados les escoltaron; atravesaron las montañas, penetraron en el interior de la región por inabordables senderos.

Nuestros viajeros llegaron al segundo día, muy tarde, a una pequeña planicie de alrededor de media legua de extensión, cerrada por todas partes por montañas inaccesibles y en la que sólo se podía penetrar por el único sendero que seguía Franlo. En la garganta de aquel sendero había un puesto de diez de aquellos malvados relevado tres veces por semana y que velaba constantemente día y noche. Una vez en la planicie se encontraba una mala aldehuela, formada por un centenar de cabañas a la manera de los salvajes, a cuya cabecera estaba una casa bastante limpia, compuesta de dos pisos, rodeada por todas partes de altos muros y que pertenecía al jefe. Aquélla era su residencia, y, al mismo tiempo, la ciudadela de la plaza, el lugar donde estaban los almacenes, las armas y los prisioneros; dos subterráneos, profundos y bien abovedados, servían para tales usos; sobre ellos había construidas tres pequeñas piezas en la planta baja, una cocina, una habitación, una salita, y encima un departamento bastante cómodo para la mujer del capitán, terminado por un gabinete de seguridad para los tesoros. Un criado muy rústico y una muchacha, que servía de cocinera, constituían todo el tren de la casa; no era tanto el de las demás.

La señorita de Faxelange, abrumada de lasitud y de pesares, no vio nada de todo esto la primera noche; ganó apenas el lecho que la indicaron y, habiéndose dormido de agotamiento, estuvo al menos tranquila hasta la mañana siguiente.

Entonces el jefe entró en su habitación.

-Ya estáis en vuestra casa, señora, le dijo; esto es algo diferente de las tres hermosas tierras que os había prometido, y de las magníficas propiedades en América con las que habíais contado. Pero consolaos, querida, no siempre haremos este oficio; no hace mucho que lo ejerzo, y el gabinete que veis guarda ya, incluida vuestra dote, cerca de dos millones de numerario; cuando tenga cuatro paso a Irlanda y me establezco allí magníficamente con vos.

-¡Ah, señor!, dijo la señorita de Faxelange derramando un torrente de lágrimas, ¿creéis que el cielo os dejará vivir en paz hasta entonces?

-¡Oh!, esa clase de cosas, señora, dijo Franlo, nosotros no las calculamos jamás; nuestro proverbio es que *el que teme la hoja, no debe ir al bosque.* Se muere en todas partes; si corro aquí el riesgo del cadalso, corro el riesgo de una estocada en el mundo; no hay ninguna situación que no tenga sus peligros: corresponde al hombre prudente comparar los provechos y decidirse en consecuencia. La muerte que nos amenaza es lo que menos nos preocupa del mundo; ¿el honor, me objetaréis vos? Los prejuicios de los hombres me lo habían quitado de antemano; yo estaba arruinado, ya no debía tener honor. Me hubieran encerrado, hubiera pasado por un malvado: ¿No vale más serlo efectivamente gozando de todos los derechos de los hombres... siendo, en fin, libre que ser sospechoso en cadenas? No os extrañe que el hombre se vuelva criminal cuando le degradan, aunque inocente; no os extrañe que prefiera el crimen a las cadenas cuando en una o en otra situación es alcanzado por el oprobio. Legisladores, haced vuestras mancillas menos frecuentes si queréis disminuir la masa de crímenes; una nación que supo hacer un dios del honor puede derribar sus cadalsos cuando le queda para dirigir a los hombres el freno sagrado de tan hermosa quimera...

-Pero, señor, interrumpió aquí la señorita de Faxelange, sin embargo, en París teníais toda la apariencia de un hombre honrado.

-Era preciso para obteneros; triunfé, la máscara cae.

Tales palabras y semajantes hechos causaban horror a aquella desventurada mujer, pero, decidida a no apartarse de las resoluciones que había tomado, no llevó la contraria a su marido, fingió incluso aprobarle; y éste, viéndola más tranquila, le propuso ir a inspeccionar las instalaciones. Ella consintió, recorrió la aldehuela; apenas si había, por el momento, una cuarentena de hombres, el resto estaba de correría, y era este fondo el que aprovisionaba al puesto que defendía el desfiladero.

La señora de Franlo fue recibida en todas partes con las mayores señales de respeto y distinción; vio a siete u ocho mujeres bastante jóvenes y bonitas, pero cuyo aire y tono no le anunciaban sino la distancia enorme entre aquellas criaturas y ella; sin embargo, correspondió a la acogida que recibía, y hecho este recorrido sirvieron la comida. El jefe se sentó a la mesa con su mujer, que no pudo, sin embargo, forzarse hasta el punto de tomar parte en aquella comida; se excusó con la fatiga de la ruta, y no insistieron. Después de la comida, Franlo dijo a su mujer que había llegado el momento de acabar de instruirla, porque quizá se viera obligado a ir al día siguiente de correría.

-No tengo necesidad de advertiros, señora, le dijo a su esposa, que os es totalmente imposible escribir aquí a quienquiera que sea. En primer lugar, los medios os serán severamente prohibidos, no veréis nunca ni pluma ni papel; aunque llegaseis a burlar mi vigilancia, ninguna de mis gentes se encargaría con total seguridad de vuestras cartas, y el intento podría costaros caro. Os amo mucho, sin duda, señora, pero los sentimientos de las gentes de nuestro oficio están siempre subordinados al deber; eso es quizá lo que hace nuestro estado superior a los otros; en el mundo no hay nada que el amor no haga olvidar; entre nosotros es todo lo contrario, no hay ninguna mujer sobre la tierra que pueda hacernos descuidar nuestro estado, porque nuestra vida depende de la forma segura en que lo ejercemos... Sois mi segunda mujer, señora.

-¿Cómo, señor?

-Sí, señora, sois mi segunda esposa; la que os precedió quiso escribir, y los caracteres que trazaba fueron borrados con su sangre, expiró sobre la carta misma...

Júzguese la situación de aquella desventurada ante estos relatos horribles, ante estas amenazas terribles; pero se contuvo todavía, y aseguró a su marido que no tenía ningún deseo de infringir sus órdenes.

-Eso no es todo, señora, continuó aquel monstruo; cuando yo no esté aquí, sólo vos mandaréis en mi ausencia; por mucha confianza que haya entre todos nosotros, debéis suponer que cuando se trate de nuestros intereses me fiaré siempre más de vos que de mis camaradas. Ahora bien, cuando os envíe prisioneros, tendréis que hacerlos despojar vos misma y hacerles degollar delante de vos.

-¡Yo, señor!, exclamó la señorita de Faxelange retrocediendo de horror, ¡yo hundir mis manos en sangre inocente! ¡Ah, haced correr la mía mil veces antes que obligarme a tal horror!

-Perdono este primer movimiento a vuestra debilidad, señora, respondió Franlo, pero, sin embargo, no es posible que yo pueda evitaros ese cuidado: ¿preferís perdernos a todos que no tomarlo?

-Vuestros camaradas pueden cumplirlo.

-Lo cumplirán también, señora; pero al recibir sólo vos mis cartas, es preciso que sea por vuestras órdenes, emanadas de las mías, por las que se encierre o se haga perecer a

los prisioneros; mis gentes las ejecutarán, sin duda, pero es preciso que les hagáis llegar mis órdenes.

-¡Oh, señor!, ¿no podríais dispensarme...

-Eso es imposible, señora.

-Pero al menos no estaré obligada a asistir a tales infamias.

-No... Sin embargo, será totalmente necesario que os encarguéis de los despojos... que los guardéis en nuestros almacenes. Os haré gracia de esto por la primera vez, si lo exigís rotundamente; tendré cuidado de enviar, en esta primera ocasión, un hombre seguro con mis prisioneros; pero esa atención no podrá durar y será preciso luego que intentéis encargaros vos de ello. Todas las cosas no son más que costumbre, señora, no hay nada a lo que uno no se habitúe, ¿no les gustaba a las damas romanas ver caer a los gladiadores a sus pies? ¿No llevaban ellas la ferocidad hasta querer que muriesen sólo en actitudes elegantes? Para acostumbraros a vuestro deber, prosiguió Franlo, tengo ahí abajo seis hombres que no esperan más que el instante de la muerte: voy a hacerlos degollar, este espectáculo os familiarizará con estos horrores, y antes de quince días la parte del deber que os impongo ya no os costará.

No hubo nada que la señorita de Faxelange no hiciera para evitar aquella horrorosa escena; rogó a su marido que no se la ofreciera. Pero Franlo, según decía, veía la necesidad; le parecía demasiado importante acostumbrar los ojos de su mujer a lo que iba a formar una parte de sus funciones para no trabajar en ello de inmediato. Los seis desgraciados fueron traídos y despiadadamente degollados por la mano misma de Franlo ante los ojos de su desventurada esposa, que se desvaneció durante la ejecución. La llevaron a su cama, donde, apelando pronto a su valor en ayuda de su seguridad, terminó por comprender que no siendo de hecho más que el órgano de las órdenes de su marido, su conciencia no cargaba con el crimen, y que con la posibilidad de ver muchas personas extrañas, por más encadenadas que estuvieran quizá le quedaran medios de salvarlos y de escaparse con ella. Prometió, pues, al día siguiente a su bárbaro esposo que tendría motivos para estar contento de su conducta, y tras haber pasado éste la noche siguiente con ella, cosa que no había hecho desde París, debido al estado en que ella estaba, la dejó al día siguiente para ir de correría, jurándole que si ella se comportaba bien dejaría mucho antes el oficio de lo que había dicho para hacerle pasar por lo menos los treinta últimos años de su vida en la felicidad y en el reposo.

Apenas se vio la señorita de Faxelange completamente sola en medio de todos aquellos ladrones cuando volvió a dominarla la inquietud. ¡Ay!, se decía, si por desgracia fuera yo a inspirar algunos sentimientos a estos malvados, ¿quién les impediría satisfacerse? Si quisieran saquear la casa de su jefe, matarme y huir, ¿no pueden hacerlo? ¡Ah!, ojalá lo quiera el cielo, continuaba derramando un torrente de lágrimas, lo más afortunado que puede ocurrirme, ¿no es que me arranquen cuanto antes una vida que no debe ser sino mancillada de horrores?

Sin embargo, poco a poco, al renacer la esperanza en aquel alma joven y fortalecida por el exceso de desventura, la señora de Franlo resolvió mostrar mucho valor; creyó que esta decisión debía ser necesariamente la mejor; se resignó a ella. Por consiguiente, fue a inspeccionar los puestos, volvió sola a todas las cabañas, trató de dar algunas órdenes y por todas partes encontró respeto y obediencia. Las mujeres vinieron a verla y ella las recibió correctamente; escuchó con interés la historia de algunas, seducidas y raptadas

como ella, al principio honradas sin duda, luego degradadas por la soledad y el crimen, y convertidas en monstruos como los hombres con los que se habían casado.

¡Oh, cielos!, se decía a veces aquella infortunada, ¿cómo puede uno embrutecerse hasta este punto? ¿Será posible que yo me vuelva un día como estas desgraciadas? Luego se encerraba, lloraba, reflexionaba sobre su triste suerte, no se perdonaba haberse precipitado ella misma en el abismo por excesiva confianza y ceguera; todo esto la volvía a su querido Goé, y lágrimas de sangre corrían de sus ojos.

Ocho días pasaron así cuando recibió una carta de su esposo con un destacamento de doce hombres que traían cuatro prisioneros; tembló al abrir aquella carta, y temiéndose lo que contenía llegó hasta vacilar un instante entre la idea de darse muerte ella misma antes que hacer perecer a aquellos desgraciados. Eran cuatro jóvenes, en cuya frente se distinguía educación y calidad.

Haréis meter al mayor de los cuatro en el calabozo, le mandaba su marido; *es un pillo que se ha defendido y que me ha matado dos hombres; mas hay que dejarle la vida, he de sacar de él información. Haréis matar inmediatamente a los otros tres.*

-Ya veis las órdenes de mi marido, dijo ella al jefe del destacamento, que sabía que era el hombre seguro de que Franlo le había hablado; haced lo que os ordena...

Y tras pronunciar estas palabras en voz baja, corrió a ocultar en su habitación tanto su desesperación como sus lágrimas. Pero desgraciadamente oyó el grito de las víctimas inmoladas al pie de su casa: su sensibilidad no aguantó más, se desmayó; vuelta en sí, la decisión que se había resuelto a tomar reanimó sus fuerzas; vio que no debía esperar nada sino de su firmeza, y volvió a aparecer; ordenó colocar los efectos robados en los almacenes, se dejó ver en la aldea, inspeccionó los puestos; en una palabra, se dominó tanto que el lugarteniente de Franlo, que partía al día siguiente para ir en busca de su jefe, rindió a este esposo los informes más ventajosos sobre su mujer... Que nadie la censure: ¿qué partido le quedaba entre la muerte y esta conducta? Y nadie se mata mientras tiene esperanza.

Franlo estuvo fuera más tiempo de lo que había creído; no volvió sino al cabo de un mes, durante el cual envió dos veces prisioneros a su mujer, que se comportó siempre igual. Finalmente, reapareció el jefe; traía sumas inmensas de aquella expedición, que él legitimaba mediante mil sofismas refutados por su honesta esposa.

-Señora, le dijo finalmente, mis argumentos son los de Alejandro, los de Gengis Khan y los de todos los famosos conquistadores de la tierra; su lógica es la mía; pero ellos tenían trescientos mil hombres a sus órdenes y yo no tengo más que cuatrocientos, ese es mi error.

-Todo eso está bien, señor, dijo la señora de Franlo que creyó deber preferir aquí el sentimiento a la razón; pero si es cierto que me amáis como os habéis dignado decirme con frecuencia, ¿no os afligiríais por verme perecer sobre un cadalso a vuestro lado?

-No temáis nunca esa catástrofe, dijo Franlo, nuestro retiro es inencontrable, y en mis correrías no temo a nadie... Pero si alguna vez fuéramos descubiertos aquí, recordad que tendría tiempo de descerrajaros la cabeza antes de que pongan la mano sobre vos.

El jefe examinó todo y, no encontrando más que motivos de alabarse de su mujer, la colmó de elogios y de atenciones, la recomendó más que nunca a sus gentes y volvió a partir. Las mismas preocupaciones de su miserable esposa, la misma conducta, los mismos acontecimientos trágicos durante aquella segunda ausencia que duró más de dos meses, al cabo de los cuales Franlo regresó al cuartel, siempre más encantado con su esposa.

Hacía unos cinco meses que aquella pobre criatura vivía en la coacción y en el horror, abrevada por sus lágrimas y nutrida por su desesperación cuando el cielo, que no abandona nunca a la inocencia, se dignó, por fin, liberarla de sus males mediante el acontecimiento más inesperado.

Estaban en el mes de octubre; Franlo y su mujer cenaban juntos bajo un emparrado a la puerta de su casa, cuando en un momento diez o doce disparos de fusil se dejan oír en el puesto.

-Nos han traicionado, dijo el jefe saliendo al punto de la mesa y armándose con rapidez... Aquí tenéis una pistola, señora, quedaos ahí; si no podéis matar al que os ataque, saltaos la tapa de los sesos para no caer en sus manos.

Dice esto y reuniendo apresuradamente a sus gentes que quedaban en la aldea vuela él mismo a defender el desfiladero. Ya era tarde, doscientos dragones a caballo, que acababan de forzar el puesto, caen en la llanura sable en mano. Franlo hace fuego con su tropa, pero al no haber podido ponerla en orden, es rechazado en un minuto y la mayor parte de su gente sableada y pisoteada por los caballos. El mismo es cogido, le rodean, le ponen guardia; veinte dragones responden de él, y el resto del destacamento, con el jefe a la cabeza, vuela hacia la señora de Franlo. ¡En qué estado cruel se encuentra esta desventurada! Los cabellos esparcidos, los rasgos descompuestos por la desesperación y el temor, estaba apoyada contra un árbol con la punta de la pistola sobre su corazón, dispuesta a arrancarse la vida antes que caer en manos de aquéllos a los que tomaba por secuaces de la justicia.

-¡Deteneos, señora, deteneos!, le grita el oficial que manda, descendiendo del caballo y precipitándose a sus pies para desarmarla mediante esta acción, deteneos, os di*go, reconocerla vuestro desgraciado amante; es él el que cae a vuestras rodillas, es él a quien el cielo favorece lo bastante para haberle encargado de vuestra liberación; abandonad esa arma y permitid a Goé ir a arrojarse en vuestro seno.*

La señorita de Faxelange cree soñar; poco a poco reconoce al que le habla, y cae paralizada en los brazos que se le abren. Este espectáculo arranca lágrimas a todos cuantos lo ven.

-No perdamos tiempo, señora, dijo Goé llamando a su bella prima a la vida; apresurémonos a salir de un lugar que debe ser horrible a vuestros ojos; pero recojamos antes lo que os pertenece.

Fuerza el gabinete de las riquezas de Franlo, retira los cuatrocientos mil francos de la dote de su prima, diez mil escudos que hace distribuir a sus dragones, pone el sello sobre el resto, suelta a los prisioneros retenidos por aquel malvado, deja ochenta hombres de guarnición en la aldehuela, vuelve a buscar a su prima con los demás y la incita a partir inmediatamente.

Cuando ella ganaba la ruta del desfiladero, ve a Franlo en cadenas.

-Señor, dijo ella a Goé, os pido de rodillas gracia para este infortunado... Soy su mujer... ¿qué digo? Soy lo bastante desventurada para llevar en mi seno prendas de su amor, y su proceder nunca ha dejado de ser honesto conmigo.

-Señora, respondió el señor de Goé, no soy dueño de nada en esta aventura; he obtenido solamente la conducción de las tropas, pero me he encadenado a mí mismo al recibir mis órdenes: este hombre no me pertenece ya, no le salvaría sino arriesgándolo todo. Al salir del desfiladero, el gran preboste de la provincia me espera; vendrá a disponer de él; yo no le haré dar un paso hacia el cadalso, es todo cuanto puedo.

-¡Oh, señor, dejadle que escape!, exclamó aquella interesante mujer, es vuestra desgraciada prima llorando quien os lo pide.

-Una injusta piedad os ciega, señora, prosiguió Goé; este desgraciado no se corregirá, y salvar a un hombre costará la vida a más de cincuenta.

-Tiene razón, exclamó Franlo, tiene razón, señora; me conoce tan bien como yo mismo; el crimen es mi elemento, no viviría más que para volver a sumirme en él. No es la vida lo que quiero, sólo una muerte que no sea ignominiosa: que el alma sensible que se interesa en mí se digne conseguirme por única gracia el permiso de hacerme levantar la tapa de los sesos por los dragones.

-¿Quién de vosotros quiere encargarse, hijos?, dijo Goé.

Pero nadie se movió; Goé mandaba *Franceses;* no debía encontrarse allí ningún *verdugo.*

-Que me den entonces una pistola, dijo aquel malvado.

Goé, muy emocionado por las súplicas de su prima, se acerca a Franlo, y le entrega él mismo el arma que pide. ¡Oh, colmo de la perfidia! El esposo de la señorita de Faxelange no bien acaba de tener lo que desea cuando suelta el tiro sobre Goé... pero afortunadamente sin alcanzarle. Este gesto irrita a los dragones, aquello se convierte en un asunto de venganza; no escuchan más que a su resentimiento, caen sobre Franlo y lo destrozan en un minuto. Goé se lleva a su prima; apenas si ella ve el horror de aquel espectáculo. Vuelven a pasar el desfiladero al galope. Un caballo manso espera a la señorita de Faxelange más allá de la garganta. El señor de Goé rinde cuentas rápidamente al preboste de su operación; la gendarmería se apodera del puesto; los dragones se retiran; y la señorita de Faxelange, protegida por su liberador, está en seis días en casa de sus padres.

-He ahí a vuestra hija, dice aquel valiente al señor y a la señora de Faxelange, y he aquí el dinero que os fue cogido. Escuchadme ahora, señorita, y vais a ver por qué he dejado para este instante las aclaraciones que debo sobre cuanto os concierne. Apenas hubisteis partido cuando las sospechas que os había participado al principio sólo para reteneros, vinieron a atormentarme con fuerza; no hay nada que no haya hecho para seguir la huella de vuestro raptor y para conocer a fondo su persona; he sido lo bastante afortunado para triunfar en todo y para no equivocarme en nada. No previne a vuestros padres sino cuando creí estar seguro de recobraros; no se me negó el mando de las tropas que solicité para romper vuestras cadenas y librar al mismo tiempo a Francia del monstruo que os engañaba. Llegué a la meta; lo hice sin ningún interés, señorita; vuestras faltas y vuestras desgracias alzan eternas barreras entre nosotros... Tendréis al menos lástima de mí... lamentaréis mi pérdida; vuestro corazón se verá obligado al sentimiento que me negásteis, y estaré vengado... Adiós, señorita, he cumplido con los vínculos de la

sangre, con los del amor; sólo me queda separarme de vos eternamente. Sí, señorita, parto, la guerra que se hace en Alemania me ofrece la gloria o la muerte; no habría deseado más que los laureles si me hubiera sido permitido ofrecéroslos, pero ahora no buscaré más que la muerte.

Tras estas palabras, Goé se retira; por más instancias que le hacen, escapa para no reaparecer jamás. Al cabo de seis meses se supo que, atacando un puesto a la desesperada, se había hecho matar en Hungría al servicio de los turcos.

En cuanto a la señorita de Faxelange, poco tiempo después de su regreso a París, trajo al mundo el desgraciado fruto de su himeneo, que sus padres pusieron, con una fuerte pensión, en una casa de caridad. Tras el parto, solicitó con insistencia a su padre y a su madre para tomar el velo en las Carmelitas; sus padres le pidieron en gracia no privar su vejez del consuelo de tenerla junto a ellos; ella cedió, pero debilitándose su salud de día en día, consumida por sus penas, marchita por sus lágrimas y su dolor, aniquilada por sus remordimientos, murió al cabo de cuatro años; triste y desgraciado ejemplo de la avaricia de los padres y de la ambición de las hijas.

¡Ojalá que el relato de esta historia haga a los unos más justos y a las otras más prudentes! No lamentaremos entonces el esfuerzo que nos habremos tomado de transmitir a la posteridad un acontecimiento que, por horrible que sea, podría servir entonces al bien de los hombres.

FLORVILLE Y COURVAL

o

EL FATALISMO

El señor de Courval acababa de cumplir sus cincuenta y cinco años; fresco, con buena salud, podía apostar todavía por otros veinte años de vida. No habiendo tenido más que disgustos con una primera mujer que hacía mucho tiempo le había abandonado para entregarse al libertinaje, y debiendo suponer a esta criatura en la tumba según los testimonios menos equívocos, pensó en unirse por segunda vez a una persona razonable que por la bondad de su carácter y por la excelencia de sus costumbres lograse hacerle olvidar sus primeras desgracias.

Desdichado con sus hijos como con su esposa, el señor de Courval, que no había tenido más que dos, una chica que había perdido muy joven, y un chico que a la edad de quince años le había abandonado como su mujer, y desgraciadamente por los mismos principios de desenfreno, y no creyendo que ningún acontecimiento debiera encadenarlo jamás a tal monstruo, el señor de Courval, digo, proyectaba en consecuencia desheredarlo y dar sus bienes a los hijos que esperaba obtener de la nueva esposa que deseaba de tomar. Poseía quince mil libras de renta; empleado en otro tiempo en los negocios, eran el fruto de sus trabajos y las gastaba como hombre honesto con algunos amigos que le apreciaban, le estimaban y le veían tan pronto en París, donde ocupaba un bonito departamento de la calle Saint-Marc, o con más frecuencia aún en una pequeña finca encantadora, junto a Nemours, donde el señor de Courval pasaba los dos tercios del año.

Este hombre honrado confió el proyecto a sus amigos, y viéndolo aprobado por ellos, les rogó con insistencia informarse, entre sus conocimientos, sobre una persona de treinta a treinta y cinco años, viuda o soltera, que pudiera cumplir su propósito.

Al día siguiente, uno de sus antiguos cofrades vino a decirle que creía haber encontrado positivamente lo que le convenía.

-La señorita que os ofrezco, le dijo aquel amigo, tiene dos cosas en contra; debo empezar por decíroslas a fin de consolaros después haciéndoos el relato de sus buenas cualidades. Es totalmente seguro que no tiene padre ni madre, pero se ignora absolutamente quiénes fueron y dónde los perdió; lo que se sabe, continuó el mediador, es que es prima del señor de Saint-Prat, hombre conocido, que lo confiesa, que la estima, y que os hará el elogio menos sospechoso y mejor merecido. No posee bienes de sus padres, pero tiene cuatro mil francos de pensión del señor de Saint-Prat, en cuya casa fue educada y donde pasó toda su juventud; he ahí el primer defecto; pasemos al segundo, dijo el amigo del señor de Courval: un lío a los dieciséis años, un hijo que ya no existe y a cuyo padre ella jamás ha vuelto a ver. Eso es todo lo malo; unas palabras ahora sobre lo bueno.

La señorita de Florville tiene treinta y seis años, apenas aparenta veintiocho; es difícil tener una fisonomía más agradable y más interesante; sus rasgos son dulces y delicados, su piel es de la blancura del lirio y sus cabellos castaños llegan al suelo; su boca fresca, muy agradablemente adornada, es la imagen de la rosa en primavera. Es muy alta, pero muy bien hecha, hay tanta gracia en sus movimientos que no se puede decir nada contra la altura de su talla, que sin eso quizá le diera un aire algo duro; sus brazos, su cuello, sus piernas, todo está moldeado, y tiene una de esas clases de belleza que no envejecerá en mucho tiempo. Respecto a su conducta, quizá pueda desagradaros su extrema regularidad: no le gusta el mundo, vive muy retirada, es muy piadosa, muy asidua a los deberes del convento donde vive, y, si edifica a cuanto la rodea por sus cualidades religiosas, encanta a todo el que la ve por las gracias de su ingenio y por los atractivos de su carácter... Es, en una palabra, un ángel en este mundo, que el cielo reservaba a la felicidad de vuestra vejez.

El señor de Courval, encantado de tal hallazgo, no se apresuró sino a rogar a su amigo presentarle a la persona en cuestión.

-Su nacimiento no me inquieta para nada, dijo; desde el momento en que su sangre es pura, ¿qué me importa quién se la haya transmitido? Su aventura a la edad de dieciséis años me asusta también poco: ha reparado esa falta con un gran número de años de prudencia; me casaré con ella como viuda: al decidirme a no tomar a una persona más que de treinta a treinta y cinco años; era muy difícil unir a esa cláusula la loca pretensión de las primicias. O sea, nada me desagrada en vuestras proposiciones; sólo me resta apremiaros para que me mostréis el objeto.

El amigo del señor de Courval lo satisfizo pronto: tres días después le invitó a cenar en su casa con la señorita en cuestión. Era difícil no quedar seducido desde el primer momento por aquella muchacha encantadora: eran los rasgos de la propia Minerva, disimulados bajo los del Amor. Como ella sabía de qué se trataba, fue más reservada aún, y su decencia, su contención, la nobleza de su porte, unidas a tantos encantos físicos, a un carácter tan dulce, a un ingenio tan exacto y tan adornado, enloquecieron tanto la cabeza del pobre Courval que suplicó a su amigo tuviera a bien acelerar la conclusión.

Se volvieron a ver aún dos o tres veces, tanto en esa casa como en la del señor de Courval o en la del señor de Saint-Prat, y, finalmente, la señorita de Florville, apremiada con insistencia, declaró al señor de Courval que nada la halagaba tanto como el honor que tenía a bien hacerle, pero que su delicadeza no le permitía aceptar nada antes de que no fuera enterado por ella de las aventuras de su vida.

-No os han hecho saber todo, señor, dijo aquella encantadora muchacha, y no puedo consentir en ser vuestra sin que lo sepáis antes. Vuestra estima me es demasiado importante para ponerme en situación de perderla, e, indudablemente, no la merecería si aprovechando vuestra ilusión consintiera en convertirme en vuestra mujer sin que juzguéis si soy digna de serlo.

El señor de Courval aseguró que sabía todo, que sólo a él correspondía concebir las inquietudes que ella testimoniaba, y que si era lo bastante afortunado para agradarla, ella no debía apurarse por nada. La señorita de Florville se mantuvo firme; declaró decididamente que no consentiría nada sin que el señor de Courval fuera enterado a fondo de lo que la afectaba. Hubo, pues, que pasar por aquello; todo cuanto el señor de Courval pudo obtener fue que la señorita de Florville fuera a su finca junto a Nemours, que todo se dispusiera para la celebración del himeneo que él deseaba, y que, oída la historia de la señorita de Florville se convirtiera en su mujer al día siguiente.

-Pero, señor, dijo aquella amable joven, si todos estos preparativos pueden ser inútiles, ¿por qué hacerlos? ¿Si os convenzo de que no he nacido para perteneceros?

-Eso sí que no me lo probaréis jamás, señorita, respondió el honrado Courval; a eso sí que os desafío a que me convenzáis; por tanto, partamos, os lo ruego, y no os opongáis a mis designios.

No hubo medio de conseguir nada en este último punto; todo fue dispuesto, partieron para Courval; sin embargo, allí estuvieron solos, la señorita de Florville lo había exigido; las cosas que iba a decir no debían ser reveladas más que al hombre que tenía a bien unirse a ella; por eso no fue admitido nadie; y al día siguiente de su llegada, tras haber rogado al señor de Courval oírla, aquella hermosa e interesante persona le contó los sucesos de su vida en los siguientes términos.

Historia de la señorita de Florville

Las intenciones que tenéis sobre mí, señor, no permiten ya que os sigan engañando. Vos habéis visto al señor de Saint-Prat, al que os han dicho que yo pertenecía; el mismo se ha dignado certificároslo; y, sin embargo, en este punto, habéis sido engañado en todas partes. Mi nacimiento me es desconocido, nunca tuve la satisfacción de ver a quiénes lo debía; fui encontrada a los pocos días de haber recibido la vida en una cuna de tafetán verde a la puerta del palacio del señor de Saint-Prat, con una carta anónima prendida a la parte superior de mi cuna, donde estaba escrito sencillamente:

Vos no tenéis hijos desde hace diez años que estáis casado; los deseáis todos los días; adoptad ésta, su sangre es pura, es el fruto del más casto himeneo y no del libertinaje, su nacimiento es honesto. Si la niñita no os agrada, mandad llevarla al hospicio. No hagáis averiguaciones, ninguna triunfaría. Es imposible haceros saber más.

Las honradas personas en cuya casa había sido depositada me acogieron al punto, me educaron, tuvieron conmigo todos los cuidados posibles, y puedo decir que les debo todo. Como nada indicaba mi nombre, plugo a la señora de Saint-Prat darme el de *Florville.*

Acababa de cumplir mis quince años cuando tuve la desgracia de ver morir a mi protectora; nada puede expresar el dolor que sentí por esta pérdida. Me había vuelto tan querida para ella que al expirar conjuró a su marido para que me asegurase cuatro mil libras de pensión y para que no me abandonara jamás; las dos cláusulas fueron cumplidas puntualmente, y el señor de Saint-Prat unió a estas bondades la de reconocerme por prima de su mujer, y de pasarme, por este título, al contrato que habéis visto. Sin embargo, no podía seguir permaneciendo en aquella casa; el señor de Saint-Prat me lo hizo observar:

-Soy viudo, y joven todavía, me dijo ese hombre virtuoso; vivir bajo el mismo techo sería dar lugar a dudas que no merecemos; vuestra felicidad y vuestra reputación me son queridas, no quiero comprometer ninguna de las dos. Tenemos que separarnos, Florville, pero nunca os abandonaré mientras viva, no quiero siquiera que salgáis de mi familia; tengo una hermana viuda en Nancy, voy a enviaros allí; os respondo de su amistad como de la mía; y allí, por así decir, siempre bajo mis ojos, podré continuar velando aún por todo lo que exija vuestra educación y vuestra situación.

No me enteré de esta noticia sin derramar lágrimas; aquel nuevo incremento de pesar renovó amargamente el que acababa de sentir por la muerte de mi bienhechora. Convencida, sin embargo, de las excelentes razones del señor de Saint-Prat, me decidí a seguir sus consejos y partí para Lorena, bajo la tutela de una dama de aquella región a la que fui recomendada y que me puso en manos de la señora de Verquin, hermana del señor de Saint-Prat, con la que yo debía vivir.

La casa de la señora de Verquin era de un tono muy distinto a la del señor de Saint-Prat: si en ésta yo había visto reinar la decencia, la religión y las costumbres... la frivolidad, el gusto por los placeres y la independencia estaban en la otra como en su asilo.

La señora de Verquin me advirtió desde los primeros días que mi airecillo mojigato le desagradaba, que era inaudito llegar de París con unos modales tan torpes... con un fondo de prudencia tan ridícula, y que si tenía ganas de estar a bien con ella era preciso adoptar otro tono. Este inicio me alarmó: no trataré de aparecer a vuestros ojos mejor de lo que soy, señor; pero todo lo que se aparta de las costumbres y de la religión me ha desagradado toda mi vida tan soberanamente, he sido siempre tan enemiga de lo que chocaba con la virtud, y los defectos que me han dominado a pesar mío me han causado tanto remordimiento que, os lo confieso, no es hacerme un favor el volver a ponerme en el mundo: no estoy hecha para vivir en él, me encuentro ahí salvaje y feroz; el retiro más oscuro es lo que mejor conviene al estado de mi alma y a las disposiciones de mi espíritu.

Estas reflexiones, mal formadas todavía, no suficiente maduradas por la edad que yo tenía, no me preservaron ni de los malos consejos de la señora de Verquin ni de los males en que sus seducciones debían sumirme. El mundo perpetuo que yo veía, los escandalosos placeres de que estaba rodeada, el ejemplo, las conversaciones, todo me dominó, me aseguraron que era bonita y me atreví a creerlo para mi desgracia.

El regimiento de Normandía estaba en aquel entonces de guarnición en esa capital; la casa de la señora de Verquin era el punto de cita de los oficiales; todas las mujeres jóvenes se encontraban allí, y allí se anudaban, se rompían y se recomponían todas las intrigas de la ciudad.

Es verosímil que el señor de Saint-Prat ignorase una parte de la conducta de aquella mujer; con la austeridad de sus costumbres, ¿cómo hubiera podido consentir enviarme a su casa si le fuera conocida? Esta consideración me retuvo, y me impidió quejarme a él; y, todo hay que decirlo, quizá ni siquiera me preocupé de ello: el aire impuro que respiraba comenzaba a mancillar mi corazón, y como Telémaco en la isla de Calipso, quizá hubiera escuchado los avisos de Mentor.

La impúdica Verquin, que desde hacía tiempo trataba de seducirme, me preguntó un día si era cierto que yo había llevado mi corazón completamente puro a la Lorena y si no echaba de menos algún amante en París.

-¡Ay!, señora, le dije, ni siquiera he concebido nunca la idea de los errores que me suponéis, y vuestro señor hermano puede responderos de mi conducta...

-¡Errores!, interrumpió la señora de Verquin; si habéis cometido alguno, es ser todavía demasiado nueva a vuestra edad; pero espero que lo corrijáis.

-¡Oh!, señora, ¿es ése el lenguaje que debía esperar de una persona tan respetable?

-¿Respetable? ¡Ah!, ni lo más mínimo; os aseguro, querida, que el respeto es de todos los sentimientos el que menos me preocupo por hacer nacer; es amor lo que quiero inspirar... pero, ¡respeto!, ese sentimiento no corresponde todavía a mi edad. Imítame, querida, y serás feliz... A propósito, ¿te has fijado en Senneval?, añadió aquella sirena hablándome de un joven oficial de diecisiete años que venía con mucha frecuencia a su casa.

-No particularmente, señora, respondí yo; puedo aseguraros que los veo a todos con la misma indiferencia.

-Pues eso es lo que no hay que hacer, amiguita, quiero que en adelante compartamos nuestras conquistas... Es preciso que Senneval sea tuyo, es obra mía, me he tomado la molestia de formarlo, te ama, hay que *tenerlo.*

-¡Oh!, señora, ¡si quisiérais dispensarme de ello! En realidad no me preocupo por nadie.

-Pues es preciso, son arreglos acordados con su coronel, mi amante *del día,* como ves.

-Os ruego que me dejéis libre en este punto; ninguna de mis inclinaciones me lleva a los placeres que vos apreciáis.

-¡Oh, eso cambiará! Un día le amarás como yo; es muy sencillo no apreciar lo que todavía no se conoce; pero no está permitido no querer conocer lo que está hecho para ser adorado. En una palabra, es un proyecto decidido: Senneval, señorita, os declarará su pasión esta noche, y vos tendréis a bien no hacerle languidecer o me enfadaré con vos... pero en serio.

A las cinco se formó la reunión; como hacía mucho calor, las partidas se organizaron en los bosquecillos, y todo estuvo tan bien concertado que el señor de Senneval y yo, por ser los únicos que no jugábamos, nos vimos forzados a conversar.

Es inútil que os lo disimule, señor, apenas me hubo hecho confesión de su ardor aquel joven amable y lleno de ingenio, cuando me sentí arrastrada hacia él por un movimiento indomable, y cuando quise luego darme cuenta de aquella simpatía, no encontré nada más que oscuridad: me parecía que aquella inclinación no era efecto de un sentimiento ordinario, un velo disimulaba a mis ojos lo que la caracterizaba; por otra parte, en el mismo instante en que mi corazón volaba a él, una fuerza invisible parecía retenerle, y en aquel

tumulto... en aquel flujo-reflujo de ideas incomprensibles yo no podía discernir si hacía bien amando a Senneval, o si debía huirle para siempre.

Le concedieron todo el tiempo de confesarme su amor.... ¡Ay!, le concedieron demasiado: yo tuve el de parecer sensible a sus ojos; el se aprovechó de mi turbación, exigió una declaración de mis sentimientos, yo fui lo bastante débil para decirle que estaba lejos de desagradarme y tres horas después lo bastante culpable para dejarle gozar de su victoria.

Qué cosa realmente singular la alegría del vicio en estos triunfos sobre la virtud: nada igualó los transportes de la señora de Verquin cuando me supo en la trampa que ella me había preparado; se burló de mí, se divirtió y terminó por asegurarme que lo que había hecho era la cosa más sencilla, más razonable del mundo, y que yo podía recibir sin temor a mi amante todas las noches en su casa, que ella no vería nada, demasiado ocupada por su lado para tomar en cuenta estas miserias, que no admiraría menos mi virtud, puesto que era verosímil que me limitaría sólo a aquél, mientras ella, obligada a hacer frente a tres, se encontraría probablemente muy lejos de mi reserva y de mi modestia. Cuando quise tomarme la libertad de decirle que aquel desorden era odioso, que no suponía ni delicadeza ni sentimiento y que rebajaba a nuestro sexo a la más vil especie de los animales, la señora de Verquin se echó a reír:

-*Heroína gala*, me dijo, te admiro y no te censuro; sé de sobra que a tu edad la delicadeza y el sentimiento son dioses a los que se inmola el placer. No es lo mismo a la mía: completamente desengañada de esos fantasmas, se les otorga algún imperio menos; voluptuosidades más reales se prefieren a tonterías que entusiasman. ¿Por qué fidelidad con personas que nunca la han tenido con nosotros? ¿No es bastante ser las más débiles sin convertirnos además en las más engañadas? Muy loca es la mujer que pone delicadeza en tales acciones... Créeme, querida, varía tus placeres mientras tu edad y tus encantos te lo permitan y deja tu quimérica constancia, virtud triste y feroz, muy poco satisfactoria en sí misma, y que no engaña nunca a los demás.

Estas palabras me hacían temblar, pero me di cuenta de que ya no tenía derecho a combatirlas; los cuidados criminales de aquella mujer inmoral me resultaban necesarios, y debía tratarla con miramiento; fatal inconveniente del vicio, pues que nos pone desde que nos entregamos a él bajo los lazos de aquéllos a los que sin eso hubiéramos despreciado. Acepté, pues, todos los favores de la señora de Verquin; todas las noches Senneval me daba nuevas pruebas de su amor, y así pasaron seis meses en medio de una embriaguez tal que apenas tuve tiempo de reflexionar.

Funestas secuelas me abrieron pronto los ojos: quedé encinta, y pensaba morir de desesperación al verme en un estado del que la señora de Verquin se burló.

-Sin embargo, me dijo, hay que guardar las apariencias, y como no es demasiado decente que des a luz en mi casa, el coronel de Senneval y yo hemos hecho planes: él va a dar un permiso al joven, tú partirás algunos días antes que él para Metz, él te seguirá luego, y allí, ayudada por él, darás vida a ese fruto ilícito de tu ternura; luego volveréis aquí, uno después de otro, del mismo modo a como habréis partido.

Hubo que obedecer; ya os lo he dicho, señor, uno se pone a merced de todos los hombres y al azar de todas las situaciones cuando se ha tenido la desgracia de cometer una falta; deja uno a todo el universo derechos sobre su persona, se vuelve uno esclavo de todo lo que respira desde el momento en que se ha descuidado hasta el punto de serlo de sus pasiones.

Todo se arregló como había dicho la señora de Verquin; al tercer día nos encontramos reunidos Senneval y yo en Metz, en casa de una comadrona cuyas señas había cogido al salir de Nancy, y traje al mundo un niño. Senneval, que no había dejado de mostrar los sentimientos más tiernos y más delicados, pareció amarme más aún desde que, según decía, yo había duplicado su existencia; tuvo para mí todos los miramientos posibles, me suplicó dejarle su hijo, me juró que tendría con él toda su vida los mayores cuidados y no pensó en reaparecer por Nancy sino cuando hubo cumplido todos sus deberes para conmigo.

Fue en el instante de su partida cuando me atreví a hacerle observar hasta qué punto la falta que me había hecho cometer iba a hacerme desgraciada, y cuando yo le propuse repararla uniéndonos al pie de los altares, Senneval, que no se había esperado esta proposición, se turbó...

-¡Ay!, me dijo, ¿soy dueño de ello? En la edad de la dependencia todavía, ¿no necesitaría el consentimiento de mi padre? ¿En qué se convertiría nuestro himeneo si no estuviera revestido de esa formalidad? Y, por otra parte, sería preciso que yo fuera un buen partido para vos: sobrina de la señora de Verquin (así lo creían en Nancy), podréis pretender algo mucho más alto. Creedme, Florville, olvidemos nuestros extravíos y estad segura de mi discreción.

Estas palabras, que yo estaba muy lejos de esperar, me hicieron sentir cruelmente toda la enormidad de mi falta; mi orgullo me impidió responder, pero mi dolor no fue sino más amargo; si algo había ocultado el horror de mi conducta a mis propias miradas, era, os lo confieso, la esperanza de repararla casándome un día con mi amante. ¡Crédula muchacha! Pese a la perversidad de la señora de Verquin, quien, sin duda, hubiera debido ilustrarme, yo no imaginaba, no creía que pudiera convertirse en juego seducir muna desventurada muchacha y abandonarla después, y ese honor, ese sentimiento tan respetable a los ojos de los hombres, no suponía yo que su acción careciese de energía respecto a nosotras, y que nuestra debilidad pudiera legitimar un insulto que no se atreverían entre sí más que al precio de su sangre. Me veía, pues, a un tiempo, víctima y engañada por aquél por el que habría dado mil veces mi vida; poco faltó para que aquella horrible revolución no me condujese a la tumba. Senneval no me dejó, sus cuidados fueron los mismos, pero no me volvió a hablar más de mi proposición, y yo tenía demasiado orgullo para ofrecerle por segunda vez el objeto de mi desesperación. Por fin, cuando me vio repuesta, desapareció.

Decidida a no volver más a Nancy, y dándome cuenta de que veía a mi amante por última vez en mi vida, todas mis llagas volvieron a abrirse en el instante de la partida; sin embargo, tuve la fuerza de soportar este último golpe. ¡El cruel! Partió, se arrancó de mi seno inundado de lágrimas sin que yo le viese derramar una sola.

¡Eso es lo que resulta de esos juramentos de amor en los que cometemos la locura de creer! ¡Cuanto más sensibles somos, más nos abandonan nuestros seductores!... ¡Pérfidos!... Se alejan de nosotras en razón al mayor número de medios que hemos empleado para retenerlos.

Senneval había cogido a su hijo, lo había colocado en una casa de campo donde me fue imposible descubrirle... Había querido privarme de la dulzura de amar y de educar por mí misma aquel tierno fruto de nuestra relación; se hubiera dicho que deseaba que yo olvidase todo lo que aún podía encadenarnos uno a otro, y yo lo hice, o, mejor, creí hacerlo.

Me decidí a abandonar Metz en aquel mismo instante y a no volver a Nancy. No quería, sin embargo, enfadarme con la señora de Verquin; bastaba, pese a sus errores, que perteneciese tan de cerca a mi benefactor para que tuviera miramientos con ella toda mi vida. Le escribí la carta mas honrada del mundo, pretexté, para no reaparecer en su ciudad, la vergüenza de la acción que había cometido, y le pedí permiso para volver a París junto a su hermano. Ella me respondió inmediatamente que yo era dueña de hacer cuanto quisiera, que conservaría su amistad hacia mí siempre; añadía que Senneval todavía no estaba de regreso, que ignoraban su paradero, y que yo era una loca por afligirme por todas aquellas miserias.

Recibida esta carta, volví a París y corrí a arrojarme a las rodillas del señor de Saint-Prat. Mi silencio y mis lágrimas le hicieron saber pronto de mi infortunio; pero tuve la delicadeza de acusarme sola, y no le hablé jamás de las seducciones de su hermana. El señor de Saint-Prat, como todos los buenos caracteres, no sospechaba en modo alguno los desórdenes de su pariente, la creía la más honesta de las mujeres; yo le dejé toda su ilusión, y esta conducta que la señora de Verquin no ignoró, me conservó su amistad.

El señor de Saint-Prat me compadeció... me hizo realmente darme cuenta de mis errores, y terminó por perdonarlos.

-¡Oh, hija mía!, me dijo con esa dulce compunción de un alma honesta tan diferente de la embriaguez odiosa del crimen, ¡oh, mi querida hija!, ya ves lo que cuesta abandonar la virtud... Su adopción es tan necesaria, está tan íntimamente ligada a nuestra existencia que no hay más que infortunios para nosotros tan pronto como la abandonamos. Compara la tranquilidad del estado de inocencia en que estabas al salir de mi casa, con la horrible turbación en que vuelves. Los débiles placeres que has podido gustar en tu caída, ¿te resarcen de los tormentos que desgarran ahora tu corazón? La felicidad no está, pues, más que en la virtud, hija mía, y todos los sofismas de sus detractores no procurarán jamás ni uno solo de sus goces. ¡Ah!, Florville, quienes niegan o quienes combaten esos goces tan dulces, no lo hacen más que por envidia, estate segura de ello, sólo que por el placer bárbaro de volver a los demás tan culpables y tan desgraciados como ellos son. Se ciegan, y querrían cegar a todo el mundo, se engañan, y quisieran que todo el mundo se engañase; pero si se pudiera leer en el fondo de su alma, no se vería más que dolores y arrepentimientos. Todos estos apóstoles del crimen no son más que malvados, más que desesperados; no se encontraría ni uno sincero, ni uno que no confesase, si pudiera ser cierto, que sus palabras apestadas o sus escritos peligrosos no tienen más que sus pasiones por guía. En efecto, ¿qué hombre podrá decir con sangre fría que las bases de la moral pueden ser quebrantadas sin riesgo? ¿Qué ser se atreverá a sostener que hacer el bien, desear el bien no debe ser necesariamente el verdadero fin del hombre? ¿Y cómo quien no haga más que el mal puede esperar ser feliz en medio de una sociedad cuyo interés más poderoso es que el bien se multiplique sin cesar? ¿No temblará ese mismo apologista del crimen en todo momento cuando haya desarraigado en todos los corazones la única cosa de la que debe esperar su conservación? ¿Quién se opondrá a que sus criados le arruinen si han dejado de ser virtuosos? ¿Quién impedirá a su mujer deshonrarle si la ha convencido de que la virtud no sirve para nada? ¿Quién contendrá la mano de sus hijos, si ha osado marchitar las semillas del bien en su corazón? ¿Cómo serán respetadas su libertad, sus propiedades, si ha dicho a los grandes: *La impunidad os acompaña, y la virtud no es más que una quimera?* Sea cual fuere el estado de este desgraciado, sea esposo o padre, rico o pobre, amo o esclavo, de todas partes nacerán para él peligros, de todos lados se alzarán puñales sobre su seno: si ha osado destruir en el

hombre los únicos deberes que contrapesan su perversidad, no dudemos: el infortunado perecerá tarde o temprano, víctima de sus espantosos sistemas[55].

Dejemos un instante la religión, si se quiere, no consideremos más que al hombre solo: ¿Cuál será el ser lo bastante imbécil para creer que al infringir todas las leyes de la sociedad, esa sociedad que él ultraja podrá dejarle tranquilo? ¿No estriba el interés del hombre, y de las leyes que hace para su seguridad, en tender siempre a destruir lo que molesta o lo que daña? Quizá cierto crédito, o las riquezas, aseguren al malvado un resplandor efímero de posteridad; pero, ¡cuán corto será su reinado! Reconocido, desenmascarado, convertido pronto en objeto del odio y del desprecio público, ¿encontrará entonces a los apologistas de su conducta, o a sus partidarios como consoladores? Ninguno querrá confesarlo; sin nada que ofrecerles, todos los rechazarán como un peso; al rodearle la desgracia por todas partes, languidecerá en el oprobio y en el infortunio, y no teniendo ya siquiera su corazón por asilo expirará pronto en la desesperación. ¿Cuál es entonces ese razonamiento absurdo de nuestros adversarios? ¿Qué es ese esfuerzo impotente, para atenuar la virtud, osar decir que todo lo que no es universal es quimera, y que al no ser las virtudes sino locales, ninguna de ellas podría tener realidad? ¿Cómo? ¿No hay entonces virtud porque cada pueblo haya tenido que hacerse las suyas? Porque los diferentes climas, las diferentes clases de temperamentos han necesitado diferentes especies de frenos, porque, en una palabra, la virtud se ha multiplicado bajo mil formas, ¿no hay ya virtud sobre la tierra? Equivaldría a dudar de la realidad de un río, porque se separa en mil ramas diversas. ¡Eh!, ¿qué prueba mejor, tanto la existencia de la virtud como su necesidad, que la obligación que el hombre tiene de adaptarla a todas sus diferentes costumbres y hacer de ella la base de todas? Que me digan un solo pueblo que viva sin virtud, uno sólo en el que la beneficencia y la humanidad no sean los lazos fundamentales; voy más lejos: que me digan incluso una asociación de malvados que no esté cimentada por algunos principios de virtud, y abandonaré su causa. Mas, si por el contrario, se demuestra útil por todas partes, si no hay ninguna nación, ningún Estado, ninguna sociedad, ningún individuo que pueda pasarse sin ella, si el hombre, en una palabra, no puede vivir ni feliz ni seguro sin ella, ¿me equivocaré, oh, hija mía, al exhortarte a que no te separes de ella jamás? Mira, Florville, continuó mi bienhechor estrechándome en sus brazos, mira dónde te han hecho caer tus primeros extravíos; y si el error te solicita aún, si la seducción o tu debilidad te preparan nuevas trampas, piensa en las desgracias de tus primeros desvíos, piensa en un hombre que te ama como a su propia hija..., cuyo corazón desgarrarían tus faltas, y hallarás en estas reflexiones toda la fuerza que exige el culto de las virtudes, al que quiero volverte para siempre.

El señor de Saint-Prat, siempre con estos mismos principios, no me ofreció su casa; pero me propuso ir a vivir con una de sus parientes, mujer tan célebre por la elevada piedad en que vivía como la señora de Verquin lo era por sus defectos. Este plan me agradó mucho. La señora de Lérince me aceptó con la mejor voluntad del mundo, y fui instalada en su casa la misma semana de mi regreso a París.

[55] - *Oh, amigo mío, no trates nunca de corromper a la persona que amas, eso puede ir más lejos de lo que se piensa,* decía un día una mujer sensible al amigo que quería seducirla. Adorable mujer, déjame citar tus propias palabras; pintan tan bien el alma de la que, poco después, salvó la vida a aquel mismo hombre, que quisiera grabar estas palabras conmovedoras en el templo de la Memoria, donde tus virtudes te aseguran un lugar.

¡Oh, señor!, ¡qué diferencia de esta respetable dama a la que dejaba! Si el vicio y la depravación habían establecido en la una su imperio, se hubiera dicho que el corazón de la otra era el asilo de todas las virtudes. Si la primera me había asustado con sus depravaciones, encontré consuelo en los edificantes principios de la segunda: sólo había sacado amargura y remordimientos de escuchar a la señora de Verquin, no encontré más que dulzuras y consuelos al entregarme a la señora de Lérince... ¡Ah, señor, permitidme describiros a esta mujer adorable a la que amaré siempre; es un homenaje que mi corazón debe a sus virtudes, me es imposible resistir a él.

La señora de Lérince, de unos cuarenta años de edad, estaba todavía muy lozana; un aire de candor y de modestia embellecía mucho más sus rasgos que las divinas proporciones que en él hacía reinar la naturaleza; según decían, una excesiva nobleza y majestad la hacían imponente a primera vista, pero lo que podría tomarse por altivez se endulzaba en cuanto abría la boca; era un alma tan bella y tan pura, de una amenidad tan perfecta, de una franqueza tan entera que una se sentía insensiblemente, a pesar suyo, que unía a la veneración que inspiraba al principio todos los sentimientos más internos. Nada de exagerado, nada de supersticioso en la religión de la señora de Lérince; los principios de su fe se encontraban en ella en su más extremada sensibilidad. La idea de la existencia de Dios, el culto debido a este Ser supremo, tales eran los goces más vivos dé esa alma amante; confesaba con orgullo que sería la más desgraciada de las criaturas si pérfidas luces obligaran alguna vez a su espíritu a destruir en ella el respeto y el amor que sentía por su culto. Aún más apegada si es posible a la moral sublime de esta religión que a sus prácticas o a sus ceremonias, hacía de esta excelente moral la regla de todas sus acciones. Jamás la calumnia había ensuciado sus labios, no se permitía siquiera una broma que pudiera afligir a su prójimo; llena de ternura y de sensibilidad por sus semejantes al encontrar a los hombres dignos de interés, incluso en sus defectos, su única ocupación era ocultar esos defectos con cuidado, o reprenderlos con suavidad. ¿Que eran desgraciados? Ningún encanto igualaba, para ella, al de consolarlos; no esperaba sino que los indigentes viniesen a implorar su ayuda, los buscaba... los adivinaba, y se veía a la alegría estallar sobre sus rasgos cuando había consolado a la viuda, o socorrido al huérfano, cuando había derramado bienestar en una pobre familia, o cuando sus manos habían roto las cadenas del infortunio. Nada de áspero, nada de austero al lado de todo esto: cuando eran castos los placeres que le proponían, se entregaba a ellos con delicia, los inventaba incluso, por temor a que se aburrieran junto a ella... Prudente, instruida con el moralista... profunda con el teólogo, inspiraba al novelista y sonreía al poeta, sorprendía al legislador o al político, y dirigía los juegos de un niño. Dueña de todas las clases de ingenio, el que más brillaba en ella era principalmente el particular cuidado... la encantadora atención que tenía en hacer aparecer el de los otros, o en encontrarlos siempre. Viviendo en el retiro por gusto, cultivando a sus amigos por ellos mismos, la señora de Lérince, en una palabra el modelo de uno y otro sexo, hacía gozar a cuanto la rodeaba de esa felicidad tranquila... de esa voluptuosidad celeste prometida al hombre honesto por el Dios santo de quien ella era imagen.

No os aburriré, señor, con los detalles monótonos de mi vida durante los diecisiete años que he tenido la dicha de vivir con esta criatura adorable. Conferencias de moral y de piedad, la máxima cantidad de actos de beneficencia que podíamos, tales eran los deberes que compartían nuestros días.

-Los hombres, mi querida Florville, me decía la señora de Lérince, se asustan de la religión sólo porque guías torpes sólo les hacen sentir las cadenas sin ofrecerles sus dulzuras. ¿Puede existir un hombre lo bastante absurdo para atreverse a no estar de

acuerdo, con sólo abrir los, ojos sobré el universo, en que tantas maravillas no pueden ser sino la obra de un Dios todopoderoso? Admitida esta primera verdad... ¿se necesita otra cosa más que su corazón para convencerse de ello?, ¿quién puede ser, pues, ese individuo cruel y bárbaro que negaría entonces su homenaje al Dios bienhechor que lo ha creado? Mas la diversidad de los cultos pone obstáculos, en su multitud creen encontrar su falsedad: ¡qué sofisma! ¿y no es en esa unanimidad de los pueblos en reconocer y servir a un Dios, no es, pues, en esa confesión tácita, impresa en el corazón de todos los hombres, donde se encuentra, más aún si es posible que en las sublimidades de la naturaleza, la prueba irrevocable de la existencia de ese Dios supremo? ¿Cómo? El hombre no puede vivir sin adoptar un Dios, no puede interrogarse sin encontrar sus pruebas en sí mismo, no puede abrir los ojos sin contar por doquiera los rastros de ese Dios, ¿y todavía se atreve a dudar de él? No, Florville, no, no hay ateos de buena fe; el orgullo, la obstinación, las pasiones, he ahí las armas destructoras de ese Dios que revivifica sin cesar en el corazón del hombre o en su razón; y aún cuando cada latido de mi corazón, cuando cada trazo luminoso de esa razón me ofrezcan a ese Ser indudable, ¡yo le negaría mi homenaje! Le ocultaría el tributo que su bondad permite a mi felicidad, y no me humillaría ante su grandeza, no le pediría gracia, ni soportar las miserias de la vida, ni hacerme partícipe un día de su gloria! No ambicionaría el favor de pasar la eternidad en su seno, o arriesgaría esa misma eternidad en un abismo espantoso de suplicios por haber rehusado a las pruebas indudables que ha tenido a bien darme ese gran Ser de la certeza de su existencia. Hija mía, esa espantosa alternativa, ¿permite siquiera un instante de reflexión? Oh, vosotros que os negáis obstinadamente a los rayos de llama lanzados por ese mismo Dios al fondo de vuestro corazón, sed al menos justos un instante, y sólo por piedad hacia vosotros mismos, entregaos a este argumento invencible de Pascal: «Si no hay Dios, ¿qué os importa crecer en él, qué daño os hace esta adhesión? Y si hay uno, ¿qué peligros no corréis al negarle vuestra fe?». No sabéis, decís los incrédulos, qué homenaje ofrecer a Dios, la multitud de religiones os ofusca; pues bien, examinadlas todas, consiento en ello, y decid luego, de buena fe, en cuál encontráis más grandeza y majestad; negad, si os es posible, oh cristianos, que aquélla en la que habéis tenido la dicha de nacer no os parece aquélla cuyos caracteres son los más santos y los más sublimes de todas; buscad en otra parte tan grandes misterios, dogmas tan puros, una moral tan consoladora; encontrad en otra religión el sacrificio inefable de un Dios en favor de su criatura; veis ahí las promesas más hermosas, el porvenir más halagüeño, el Dios mas grande y más sublime. No, tú no puedes verlo, filósofo de ahora; ni tú puedes esclavo de tus placeres, cuya fe cambia con el estado físico de tus nervios, impío en el fuego de las pasiones, crédulo cuando están calmadas, no puedes verlo, te repito; el sentimiento confiesa sin cesar a ese Dios que tu espíritu combate, existe siempre a tu lado, incluso en medio de tus errores; rompe esas cadenas que te atan al crimen, y nunca ese Dios santo y majestuoso se alejará del templo erigido a él en tu corazón. Es en el fondo del corazón, más aún que en la razón, donde es preciso encontrar, mi querida Florville, la necesidad de ese Dios que todo nos indica y nos demuestra; es de ese mismo corazón de donde hay que recibir igualmente la necesidad del culto que le rendimos, y es ese corazón sólo el que pronto te convencerá, querida amiga, de que el más noble y más puro de todos es aquél en que hemos nacido. Practiquemos, pues, con exactitud, con alegría, ese culto suave y consolador; que llene aquí abajo nuestros momentos más hermosos; y que insensiblemente conducidos, amándole, al término último de nuestra vida, que sea por un camino de amor y de delicias por donde vayamos a depositar en el seno del Eterno este alma emanada de El, únicamente formada para conocerle, y de la que sólo hemos debido gozar para creer en El y para adorarle.

Así es como me hablaba la señora de Lérince, así es como mi espíritu se fortificaba con sus consejos y como mi alma se purificaba bajo su ala sagrada. Mas, ya os lo he dicho, paso en silencio todos los pequeños pormenores de los sucesos de mi vida en esa casa, para no contaros más que lo esencial: son mis culpas lo que debo revelaros, hombre generoso y sensible, y cuando el cielo quiso permitirme vivir en paz en la senda de la virtud, no hice otra cosa que agradecérselo y callarme.

No había dejado de escribir a la señora de Verquin; regularmente recibía dos veces al mes sus noticias, y aunque, sin duda, hubiera debido renunciar a este trato, aunque la reforma de mi vida y de mejores principios me forzasen en cierta forma a romperlo, lo que debía al señor de Saint-Prat, y, más que todo eso, debo confesarlo, un sentimiento secreto que siempre me arrastraba invenciblemente hacia los lugares en que tantos objetos queridos me encadenaran antaño, la esperanza quizá de saber un día nuevas de mi hijo, todo, en fin, me incitó a continuar una relación que la señora de Verquin tuvo la corrección de sostener siempre de modo regular. Yo trataba de convertirla, le alababa las dulzuras de la vida que yo llevaba, mas ella las trataba de quimeras, no cesaba de reírse de mis resoluciones, o de combatirlas, y siempre firme en las suyas me aseguraba que nada en el mundo sería capaz de debilitarlas; me hablaba de los nuevos prosélitos que se entretenía en hacer, ponía su docilidad muy por encima de la mía; sus multiplicadas caídas eran, según decía aquella mujer perversa, pequeños triunfos que nunca recogía ella sin delicia, y el placer de arrastrar a aquellos jóvenes corazones al mal la consolaba de no poder hacer todo lo que su imaginación le dictaba. A menudo rogaba a la señora de Lérince prestarme su pluma elocuente para derribar a mi adversario; ella consentía con alegría; la señora de Verquin nos respondía, y sus sofismas, a veces muy fuertes, nos obligaban a recurrir a argumentos que habrían resultado victoriosos con un alma sensible, en los que la señora de Lérince pretendía, y con razón, que se hallaba inevitablemente todo cuanto debía destruir el vicio y confundir la incredulidad. De vez en cuando yo pedía a la señora de Verquin noticias de aquél al que todavía amaba, más o ella no pudo, o nunca quiso hacérmelas saber.

Ya es hora, señor, de que lleguemos a esta segunda catástrofe de mi vida, a esta anécdota sangrienta que rompe mi corazón cada vez que se presenta a mi mente, y que enseñándoos el crimen horrible de que soy culpable os hará, sin duda, renunciar a los proyectos demasiado lisonjeros que os formabais sobre mí.

La casa de la señora de Lérince, todo lo regular que he podido describírosla, se abría, sin embargo, a algunos amigos. La señora de Dulfort, mujer de cierta edad, vinculada antaño a la princesa de Piamonte, y que venía a vernos muy a menudo, pidió cierto día permiso a la señora de Lérince para presentarle un joven que le había sido recomendado expresamente, y que ella tendría mucho gusto en introducir en una casa donde los ejemplos de virtud que sin cesar recibiría no podrían sino contribuir a formarle el corazón. Mi protectora se excusó diciendo que nunca recibía a jóvenes; luego, vencida por las apremiantes solicitudes de mi amiga consintió en ver al caballero de Saint-Ange: éste apareció.

Sea presentimiento... sea lo que bien os parezca, al ver a este joven se apoderó de mí un estremecimiento general cuya causa me fue imposible dilucidar... Estuve a punto de desmayarme... No hallando motivo a este extraño efecto, lo atribuí a algún malestar interno, y Saint-Ange dejó de impresionarme. Pero si aquel joven me había agitado de esa forma nada más verme, igual efecto se había manifestado en él... Lo supe de sus propios labios. Saint-Ange estaba lleno de una veneración tan grande por la casa cuya entrada le

habían abierto, que no se atrevía a olvidarse de ella dejando escapar el fuego que le consumía. Tres meses pasaron antes de que se atreviera a decirme nada; pero sus ojos me expresaban un lenguaje tan vivo que me era imposible equivocarme. Totalmente decidida a no volver a caer en una clase de falta a la que debía la desventura de mis días, muy afirmada por los mejores principios, estuve veinte veces a punto de avisar a la señora de Lérince de los sentimientos que yo creía percibir en aquel joven. Contenida luego por la pena que temía causarle, adopté la decisión del silencio. Funesta resolución, sin duda, porque fue causa de la espantosa desgracia que pronto voy a haceros saber.

Teníamos la costumbre de pasar cada año seis meses en una casa de campo bastante bonita que poseía la señora de Lérince a dos leguas de París; el señor de Saint-Prat iba allí a vernos a menudo; para desgracia mía, la gota se lo impidió ese año, le fue imposible aparecer por allí; digo para desgracia mía, señor, porque al tener, naturalmente, más confianza en él que en su pariente, yo le habría confesado las cosas que no pude decidirme nunca a decir a otras, y cuya confesión hubiera prevenido, sin duda, el funesto accidente que ocurrió.

Saint-Ange pidió permiso a la señora de Lérince para formar parte del viaje, y como la señora de Dulfort solicitara, asimismo, para él esta gracia, le fue concedida.

En nuestro círculo todos estábamos inquietos por saber quién era aquel joven; sobre su existencia nada parecía ni muy claro ni muy decidido. La señora de Dulfort nos lo daba como hijo de un gentilhombre de provincias, al que ella estaba emparentada; él, olvidando a veces lo que había dicho la señora de Dulfort, se hacía pasar por piamontés, opinión que corroboraba bastante la forma en que hablaba italiano. No hacía nada; estaba, sin embargo, en la edad de hacer algo, y no le veíamos decidido por ningún partido. Por otra parte, una cara muy bonita, digna de ser pintada, porte muy decente, palabra muy honesta, toda la apariencia de una educación excelente, pero en medio de esto, una vivacidad prodigiosa, una especie de impetuosidad en el carácter que nos asustaba algo.

Desde el momento en que el señor de Saint-Ange estuvo en el campo, al no haber hecho sus sentimientos sino crecer por el freno que había tratado de imponerles, le fue imposible ocultármelos. Yo temblé... y, sin embargo, me volví lo bastante dueña de mí misma para no mostrarle otra cosa que piedad.

-En verdad, señor, le dije, es preciso que desconozcáis lo que podéis valer, o que tengáis mucho tiempo que perder para emplearlo con una mujer que os dobla en edad; pero suponiendo que yo fuera lo bastante loca para escucharos, ¿qué pretensiones ridículas os atreveríais a formar sobre mí?

-Las de unirme a vos por los lazos más santos, señorita; ¡cuán poco me estimaríais si me supierais otros!

-En verdad, señor, no haré pública la extraña escena de ver muna mujer de treinta y cuatro años casarse con un niño de diecisiete.

-¡Ah!, cruel, ¿veríais esas débiles desproporciones si existiese en el fondo de vuestro corazón la milésima parte del fuego que devora el mío?

-Es cierto, señor que por lo que a mí se refiere estoy muy tranquila... lo estoy hace muchos años, y lo estaré, según espero, todo el tiempo que quiera Dios dejarme languidecer sobre la tierra.

-¿Me arrancáis hasta la esperanza de enterneceros algún día?

-Voy más lejos, me atrevo a prohibiros que me habléis más tiempo de vuestras locuras.

-¡Ah, hermosa Florville! ¿Queréis, pues, la desgracia de mi vida?

-Quiero su reposo y su felicidad.

-Todo eso no puede existir sino con vos...

-Sí... en cuanto destruyáis esos sentimientos ridículos que nunca hubierais debido concebir; tratad de vencerlos, tratad de ser dueño de vos, vuestra tranquilidad renacerá.

-No puedo.

-¿No lo queréis? Es menester que nos separemos para que lo consigáis; estad dos años sin verme, esa efervescencia se apagará, me olvidaréis y seréis feliz.

-¡Ah, nunca, nunca!, la felicidad no estará para mí sino a vuestros pies...

Y como el resto de la gente se acercaba, nuestra primera conversación quedó ahí.

Tres días más tarde, habiendo encontrado Saint-Ange el medio de volverme a encontrar sola, quiso adoptar de nuevo el tono de la antevíspera. Pero esta vez le impuse silencio con tanto rigor que sus lágrimas corrieron con abundancia; me dejó bruscamente, me dijo que le colmaba de desesperación y que pronto se arrancaría la vida si continuaba tratándole así... Volviendo luego como un loco sobre sus pasos.

-Señorita, me dijo, no conocéis el alma que ultrajáis... no, no la conocéis... Sabed que soy capaz de llegar a los últimos extremos... incluso aquéllos que quizá estáis muy lejos de pensar... Sí, a ellos llegaré mil veces antes que renunciar a la felicidad de ser vuestro.

Y se retiró en medio de un dolor espantoso.

Nunca estuve más tentada que entonces de hablar con la señora de Lérince, pero, os lo repito, el temor a perjudicar al joven me contuvo; me callé. Saint-Ange estuvo ocho días huyéndome; apenas me hablaba, me evitaba en la mesa... en el salón... en los paseos, y todo esto, sin duda, para ver si este cambio de conducta producía en mí alguna impresión. Si yo hubiera compartido sus sentimientos, el medio era seguro, pero yo estaba tan lejos de eso que apenas fingí darme cuenta de sus maniobras.

Por fin, me aborda al fondo de los jardines:

-Señorita, me dice en el estado más violento del mundo... por fin he conseguido calmarme, vuestros consejos han causado sobre mí el efecto que esperabais... ved cómo me he vuelto tranquilo... No he tratado de encontraros sola más que para despedirme... Sí, voy a huir de vos para siempre, señorita... voy a huir de vos... no veréis más a aquél a quien odiáis... ¡oh, no, no volveréis a verle!

-Este proyecto me causa placer, señor, me gusta creeros, por fin, razonable; pero, añadí sonriendo, vuestra conversión no me parece todavía muy real.

-¿Entonces, cómo tengo que ser, señorita, para convenceros de mi indiferencia?

-Totalmente distinto a como os veo.

-Pero, al menos, cuando haya partido, cuando no tengáis más el dolor de verme, quizá creáis en esta razón a la que tantos esfuerzos hacéis por devolverme.

-Es cierto que sólo ese paso podría convencerme, y no dejaré de aconsejároslo sin cesar.

-¡Ah! Entonces soy para vos un objeto muy horroroso. -Sois, señor, un hombre muy amable, que debéis volar a conquistas de otro precio, y dejar en paz a una mujer que no puede oíros.

-Sin embargo, me oiréis, dijo entonces furioso, sí, cruel, me oiréis, digáis lo que digáis, los sentimientos de mi alma de fuego, y la certeza de que no habrá nada en el mundo que no haga... para mereceros, o para obteneros... No creáis, al menos, prosiguió impetuosamente, no creáis en esta partida simulada, la he fingido para probaros... ¡Yo dejaros! ¿Yo arrancarme del lugar que os posee? Antes me privaría mil veces de la luz del día... ¡Odiadme, pérfida, odiadme, puesto que tal es mi desventurado destino, pero no esperéis nunca apagar en mí el amor en que ardo por vos...

Y Saint-Auge estaba en tal estado al pronunciar estas últimas palabras, había conseguido conmoverme tanto, por una fatalidad que nunca pude comprender, que me volví para ocultar mis lágrimas, y le dejé en el fondo del bosquete donde había encontrado el medio de reunirse conmigo. No me siguió; le oí tirarse al suelo y abandonarse a los excesos del delirio más horrible... Yo misma, debo confesároslo señor, aunque totalmente segura de no experimentar ningún sentimiento de amor por aquel joven, bien por consideración, bien por recuerdo, no pude impedir estallar a mi vez.

¡Ay!, me decía yo entregándome a mi dolor... ¡Esas eran las palabras de Senneval! en esos mismos términos me expresaba los sentimientos de su llama... igualmente en un jardín... en un jardín como éste... ¿No me decía que me amaría siempre... y no me engañó cruelmente? ¿Justo cielo! Tenía su misma edad... ¡Ah, Senneval... Senneval, ¿eres tú quien todavía buscas quitarme mi reposo? ¿Y no apareces bajo esos rasgos seductores para arrastrarme por segunda vez al abismo? Huye, cobarde... huye... aborrezco ahora hasta tu recuerdo.

Enjugué mis lágrimas y fui a encerrarme en mi cuarto hasta la hora de la cena; entonces bajé... Pero Saint-Ange no apareció, hizo decir que estaba enfermo y, ardía siguiente, fue lo bastante hábil para no dejarme leer en su frente otra cosa que tranquilidad... Me equivocaba; creí realmente que había hecho los suficientes esfuerzos sobre sí mismo para haber vencido su pasión. Me engañé. ¡Pérfido! ¡Ay, qué digo, señor, no le debo más invectivas! no tiene derecho más que a mis lágrimas, sólo los tiene a mis remordimientos.

Saint-Auge me parecía tan tranquilo sólo porque sus planes estaban hechos. Así pasaron dos días y hacia la tarde del tercero, anunció públicamente su partida; con la señora de Dulfort, su protectora, tomó acuerdos relativos a sus asuntos comunes en París.

Nos acostamos... Perdonad señor la turbación en que me sume por adelantado el relato de aquella espantosa catástrofe; no aparece jamás a mi memoria sin hacer que me estremezca de horror.

Como hacía un calor extremo, me había tumbado sobre mi lecho casi desnuda; mi doncella estaba fuera, yo acababa de apagar mi bugía... Una bolsa de labor había quedado desgraciadamente abierta sobre mi cama, porque acababa de cortar gasas que necesitaba al día siguiente. Apenas mis ojos comenzaban a cerrarse cuando oigo ruido... Me incorporo con presteza... me siento cogida por una mano...

-No te escaparás, Florville, me dijo Saint-Ange (era él). Perdona el exceso de mi pasión, mas no trates de sustraerte a ella... es preciso que seas mía.

-¡Infame seductor!, exclamé yo, huye al instante, o teme los efectos de mi cólera.

-¡No temo sino no poder poseerte, mujer cruel!, prosiguió aquel ardiente joven precipitándose sobre mí tan hábilmente y en tal estado de furor que me convertí en su víctima antes de poder impedírselo... Encolerizada por tal exceso de audacia, decidida a todo antes que a sufrir las consecuencias, me arrojo, desembarazándome de él, sobre las tijeras que tenía a mis pies; dueña, sin embargo, de mi furor, busco su brazo para herirle en él y para asustarle mediante aquella decisión por parte mía más que para castigarle como merecía serlo... Al movimiento que siente que hago, él redobla la violencia de los suyos.

-¡Huye!, traidor, exclamé yo golpeándole en el brazo, huye ahora mismo y averguénzate de tu crimen...

¡Oh!, señor, una mano fatal había dirigido mis golpes... El desventurado joven lanza un grito y cae sobre el enlosado... Encendida de nuevo mi bugía al instante, me acerco... ¡Santo cielo!, le he golpeado en el corazón... expira... Me precipito sobre aquel cadáver ensangrentado... le estrecho con delirio sobre mi seno agitado... mi boca pegada a la suya quiere llamar un alma que exhala; lavo su herida con mis lágrimas.

-¡Oh, tú, cuyo único crimen fue amarme demasiado, digo yo en el extravío de la desesperación, ¿merecías un suplicio semejante? ¿Debías perder la vida por mano de aquélla a la que habrías sacrificado la tuya? ¡Oh, desgraciado joven! imagen de aquél al que adoraba, si no es preciso más que amarte para devolverte a la vida, sabe, en este instante cruel en que desgraciadamente ya no puedes oírme... sabe, si tu alma palpita aún, que querría reanimarla al precio de mis días... sabe que nunca me fuiste indiferente... que nunca te vi sin turbación, y que los sentimientos que experimentaba por ti eran quizá muy superiores a los del débil amor que ardía en tu corazón.

A estas palabras caí sin conocimiento sobre el cuerpo de aquel infortunado joven; mi doncella entró, había oído el ruido; me atiende, une sus esfuerzos a los míos para devolver a Saint-Ange a la vida... ¡Ay!, todo es inútil. Salimos de aquella fatal habitación, cerramos la puerta con cuidado, nos llevamos la llave, al instante volamos a París, a casa del señor de Saint-Prat... Hago que le despierten, le entrego la llave de aquel funesto cuarto, le cuento mi horrible aventura; él me compadece, me consuela, y aunque está enfermo se dirige al punto a casa de la señora de Lérince. Como aquella casa de campo estaba muy cerca de París, bastó la noche a todas estas gestiones; mi protector llega a casa de su pariente en el momento en que se levantaban, y cuando nada se había notado. Nunca, ni padres ni amigos; se condujeron mejor que en aquella circunstancia; lejos de imitar a esas gentes estúpidas o feroces que no saben en tales crisis hacer otra cosa que propalar cuanto puede mancillar o hacer desgraciados, tanto a sí mismos como a cuantos les rodean, apenas si los criados se enteraron de lo que había ocurrido.

-Y bien, señor, dijo aquí la señorita Florville, interrumpiéndose, a causa de las lágrimas que la ahogaban, ¿os casaréis ahora con una mujer capaz de tal asesinato? ¿Soportaríais en vuestros brazos una criatura que ha merecido el rigor de las leyes, una desgraciada, en fin, a quien su crimen atormenta sin cesar, que no ha tenido una noche tranquila desde ese cruel momento? No, señor, no hay ni una sola en que mi desgraciada víctima no se haya presentado a mí inundado de la sangre que yo había arrancado a su corazón.

-Calmaos, señorita, calmaos, os lo ruego, dijo el señor de Courval mezclando sus lágrimas a las de esta interesante mujer; con el alma sensible que habéis recibido de la naturaleza, concibo vuestros remordimientos; pero no hay siquiera apariencia de crimen en esa fatal aventura; es una desgracia horrible, sin duda, pero sólo eso; nada de preme-

ditado, nada de atroz, el único deseo de sustraeros al más odioso atentado... un asesinato, en una palabra, hecho por azar, en defensa... Tranquilizaos, señorita, tranquilizaos, pues, lo exijo; el más severo de los tribunales no haría sino enjugar vuestras lágrimas. ¡Oh, cuánto os habéis engañado si habéis temido que tal suceso os haga perder en mi corazón todos los derechos que vuestras cualidades os aseguran en él! No, no, bella Florville, esa ocasión, lejos de deshonraros, revela a mis ojos el esplendor de vuestras virtudes; no os hace sino más digna de encontrar una mano consoladora que os haga olvidar vuestros pesares.

-Lo que vos tenéis la bondad de decirme, replicó la señorita de Florville, el señor de Saint-Prat me lo dijo igualmente; pero las excesivas bondades de uno y otro no ahogan los reproches de mi conciencia; nada calmará nunca sus remordimientos. No importa, prosigamos, señor, debéis estar inquieto por el desenlace de todo esto.

La señora de Dulfort quedó desolada, sin duda; aquel joven, muy interesante por sí mismo, le había sido recomendado particularmente para no lamentar su pérdida; pero sintió las razones del silencio, vio que el escándalo, al perderme, no devolvería la vida a su protegido, y se calló. La señora de Lérince, pese a la severidad de sus principios, y a la excesiva regularidad de sus costumbres, se comportó aún mejor, si es posible, porque la prudencia y la humanidad son los caracteres distintivos de la verdadera piedad. Primero hizo público en la casa que yo había cometido la locura de querer volver a París durante la noche para gozar de la frescura del tiempo; que ella estaba perfectamente enterada de aquella pequeña extravagancia; que, por lo demás, yo había hecho muy bien, puesto que su propio proyecto era ir a cenar allí aquella misma noche; con este pretexto envió allí a todos sus criados. Una vez sola con el señor de Saint-Prat y su amiga, mandaron a buscar al cura; el pastor de la señora de Lérince debía ser un hombre tan prudente y tan esclarecido como ella; entregó sin dificultad un atestado en regla a la señora de Dulfort, y enterró él mismo, secretamente, con dos de sus criados, a la desgraciada víctima de mi furor.

Cumplidos estos cuidados, todo el mundo reapareció; todas las partes juraron secreto, y el señor de Saint-Prat vino a calmarme participándome de cuanto acababa de hacerse para sepultar mi falta en el más profundo olvido. Pareció desear que yo volviese a mi vida ordinaria en casa de la señora de Lérince... ella estaba dispuesta a recibirme... Yo no pude soportarlo; entonces él me aconsejó distraerme. La señora de Verquin, con la que nunca había dejado de estar en trato, como os he dicho, señor, me incitaba siempre a ir a pasar algunos meses con ella; yo hablé de este proyecto con su hermano, él lo aprobó, y ocho días después, partí para la Lorena; pero el recuerdo de mi crimen me perseguía por todas partes, nada conseguía calmarme.

Me despertaba en medio de mi sueño, creyendo oír aún los gemidos y los gritos de aquel desventurado Saint-Ange; le veía ensangrentado a mis pies reprochar mi barbarie, asegurarme que el recuerdo de aquella horrorosa acción me perseguiría hasta mis últimos instantes, y que yo no conocía el corazón que había desgarrado.

Una noche, entre otras, Senneval, aquel desgraciado amante al que yo no había olvidado, puesto que sólo él me arrastraba aún a Nancy... Senneval me hacía ver a la vez dos cadáveres, el de Saint-Ange, y el de una mujer desconocida para mí[56]; él derramaba

[56] Que no se olvide la expresión *Una mujer desconocida para mí*, para no confundirse. Florville tiene todavía que sufrir algunas pérdidas, antes de que el velo se alce y le haga conocer a la mujer que veía en sueños.

sobre los dos sus lágrimas, y me mostraba, no lejos de allí, un ataúd erizado de espinas que parecía abrirse para mí... Me desperté en una agitación espantosa; mil sentimientos confusos se elevaron entonces en mi alma, una voz secreta parecía decirme: sí, mientras respires, esta desventurada víctima te arrancará lágrimas de sangre, que cada noche vendrán más abrasadoras; y el aguijón de tus remordimientos se aguzará sin cesar en lugar de embotarse.

Ese fue el estado en que llegué a Nancy, señor; mil nuevos pesares me esperaban; cuando una vez la mano del destino insiste sobre nosotros sólo reduplicándose sus golpes nos aplastan.

Iba a alojarme en casa de la señora de Verquin, me lo había rogado en su última carta, y era para ella, según decía, un placer volver a verme; pero, ¡en qué situación, santo cielo! ¡Las dos íbamos a saborear una alegría! Ella estaba en el lecho de muerte cuando yo llegué; quién me lo hubiera dicho, gran Dios. Hacía quince días que me había escrito... que me hablaba de sus placeres presentes, y que me anunciaba los próximos... He ahí lo que son los proyectos de los mortales; es en el momento en que los forman, es en medio de sus diversiones cuando la despiadada muerte viene a cortar el hilo de sus días; y viviendo sin ocuparse nunca de este instante fatal, viviendo como si debieran existir siempre, desaparecen en esa nube oscura de la inmortalidad, inciertos de la suerte que les espera.

Permitid, señor, que interrumpa un momento el relato de mis aventuras para hablaros de esta pérdida, y para pintaros el estoicismo espantoso que acompañó a esta mujer a la tumba.

La señora de Verquin, que ya no era joven (tenía por entonces cincuenta y dos años), tras una partida loca para su edad, se arrojó al agua para refrescarse; se encontró mal, la llevaron a su casa en un estado horrible, y al día siguiente se le declaró una fluxión de pecho; al sexto día le anunciaron que tenía apenas veinticuatro horas de vida. Aquella noticia no la asustó; sabía que iba a venir; encomendó que me recibieran: llego, y tras la sentencia del médico era aquella misma noche la que debía expirar. Se había hecho colocar en una habitación amueblada con todo el lujo y la elegancia posibles; estaba allí acostada, negligentemente ataviada sobre una cama voluptuosa, cuyas cortinas, de grueso Tours lila, estaban graciosamente levantadas por guirnaldas de flores naturales; ramilletes de claveles, de jazmines, de tuberosas y de rosas, adornaban todos los rincones de su habitación, las deshojaba en una canastilla, cubría con ellas tanto su habitación como su lecho... Me tiende la mano en cuanto me ve...

-Acércate, Florville, me dijo, abrázame en mi lecho de flores... Qué mayor y qué hermosa te has vuelto... ¡Oh, de veras, hija mía!, la virtud te sienta bien... ¿Te han dicho mi estado... te lo han dicho, Florville? También yo lo sé... dentro de pocas horas no viviré; no había pensado volver a verte por tan poco tiempo... Y cuando vio mis ojos cubrirse de lágrimas. Vamos, loca, me dijo, no seas niña... ¿Me crees acaso muy desgraciada? ¿No he gozado tanto como ninguna otra mujer en el mundo? No pierdo sino los años en que tenía que renunciar a los placeres, ¿y qué hubiera sido yo sin ellos? De veras, no me quejo de no haber vivido de vieja; dentro de algún tiempo, ningún hombre hubiera querido nada de mí, y nunca quise vivir más que lo suficiente para no inspirar asco. La muerte no es de temer, hija mía, más que para los que creen; siempre entre el infierno y el paraíso, inciertos de cual se abrirá para ellos, esa ansiedad les aflige. Para

mí, que no espero nada, para mí, que estoy totalmente segura de no ser más desgraciada después de mi muerte de lo que lo era antes, en vida, voy a dormirme tranquilamente en el seno de la naturaleza, sin pena y sin dolor, sin remordimientos y sin inquietud. He pedido que me pongan sobre mi cuna de jazmines; ya preparan mi sitio; allí estaré, Florville, y los átomos emanados de este cuerpo destruido servirán para nutrir... para hacer germinar la flor que más amo de todas. Mira, continuó ella jugueteando con un ramo de esa planta sobre mis mejillas, el año próximo, al oler estas flores, respirarás en su seno el alma de tu antigua amiga; al lanzarse hacia las fibras de tu cerebro, te proporcionarán bellas ideas, te forzarán a pensar todavía en mí.

Mis lágrimas volvieron a abrirse nuevo cauce... Estreché las manos de aquella desventurada mujer, y quise cambiar aquellas espantosas ideas de materialismo por algunos sistemas menos impíos; mas apenas hube apuntado este deseo cuando la señora de Verquin me rechazó con horror...

-¡Oh, Florville!, exclamó, no envenenes, te lo ruego, mis últimos momentos con tus errores, y déjame morir tranquila; no ha sido para adoptarlos a la hora de mi muerte por lo que los he detestado toda mi vida...

Yo me callé; qué hubiera conseguido mi endeble elocuencia junto a tacita firmeza. Hubiera afligido a la señora de Verquin sin convertirla, la humanidad se oponía a ello. Ella llamó y al punto oí un concierto dulce y melodioso, cuyos sonidos parecían salir de un gabinete vecino.

-Así es como pretendo morir, dijo aquella epicúrea. ¿No es mejor esto, Florville que rodeada de curas, que llenarían mis últimos momentos de turbación, de alarma y de desespero? No, quiero enseñar a tus devotos que sin parecerse a ellos se puede morir tranquilo, quiero convencerles de que no es religión lo que hace falta para morir en paz, sino sólo valor y razón.

La hora avanzaba; entró un notario, ella le había hecho llamar; cesa la música; dicta sus últimas voluntades; sin hijos, viuda desde hace varios años, y por consiguiente dueña de muchas cosas, hizo legados a sus amigos y a sus criados. Luego sacó un cofrecito de un secreter situado junto a su cama.

-Esto es lo que ahora me queda, dijo; un poco de dinero en metálico y algunas joyas. Divirtámonos el resto de la velada; somos seis en mi cuarto; voy a hacer seis lotes con esto, será una lotería, echaréis a suertes entre vosotros y cogeréis lo que os haya tocado.

Yo no daba crédito a la sangre fría de aquella mujer; me parecía increíble tener tantas cosas que reprocharse y llegar a su último momento con semejante calma, efecto funesto de la incredulidad. Si el fin horrible de algunos malvados hace temblar, ¿cuánto más no debe espantar un endurecimiento tan constante?

Sin embargo, se hace lo que ella desea; manda servir una colación magnífica, come de varios platos, bebe vino de España y licores, tras haberle dicho el médico que en el estado en que se encuentra da igual.

Se sortea la lotería; nos tocan a cada uno cerca de cien luises, bien en oro o en joyas. Este breve juego apenas terminaba cuando una crisis violenta la dominó:

-¡Y bien!, ¿llega la hora?, le dijo al médico, siempre con la serenidad más entera.

-Eso me temo, señora.

-Ven, pues, Florville, me dijo ella tendiéndome los brazos, ven a recibir mi último adiós, quiero expirar en el seno de la virtud.

Me aprieta fuertemente contra ella, y sus hermosos ojos se cierran para siempre.

Extraña en aquella casa, sin nada que pudiera retenerme allí, salí de inmediato... Os dejo que imaginéis en qué estado, ¡y cuánto ensombrecía aún aquel espectáculo mi imaginación!

Había demasiada distancia entre la forma de pensar de la señora de Verquin y la mía para que yo pudiera amarla muy sinceramente; ¿no era ella, además, la causa primera de mi deshonor, de todos los reveses que la habían seguido? Sin embargo, aquella mujer, hermana del único hombre que realmente se preocupó de mí, no había tenido nunca sino un proceder excelente conmigo, incluso al expirar me colmaba aún, mis lágrimas fueron, pues, sinceras, y su amargura se duplicó al reflexionar que, con excelentes cualidades, aquella miserable criatura se había perdido involuntariamente, y que rechazada ya del seno del Eterno, sufría, sin duda, cruelmente las penas debidas a una vida tan depravada. La bondad suprema de Dios vino, no obstante, a ofrecerse a mí para calmar aquellas desoladoras ideas; me puse de rodillas, me atreví a rogar al Ser de los seres que perdonase a aquella desventurada. Yo, que tanta necesidad tenía de la misericordia del cielo, me atreví a implorarle por otros, y para influirle en cuanto de mí podía depender, uní diez luises de mi dinero al lote ganado en casa de la señora de Verquin, e hice distribuir en el acto la suma entre los pobres de su parroquia.

Por lo demás, las intenciones de aquella infortunada se siguieron puntualmente; había adoptado acuerdos demasiado seguros para que pudiesen fallar: fue depositada en su bosquete de jazmines, sobre el que había grabada una sola palabra: VIXIT.

Así murió la hermana de mi amigo más querido. Llena de ingenio y de conocimientos, llena de gracias y de talentos, la señora de Verquin hubiera podido con otra conducta merecer la estima y el amor de todo el que la hubiera conocido: no consiguió más que el desprecio. Sus desórdenes aumentaban al envejecer; nunca es uno más peligroso, cuando no se tienen principios, que a la edad en que deja uno de ruborizarse: la depravación gangrena el corazón, los primeros defectos se refinan, e insensiblemente se llega a los crímenes, pensando todavía no estar más que en los errores. Pero la increíble ceguera de su hermano no dejó de sorprenderme; tal es la señal distintiva del candor y de la bondad; las gentes honradas no sospechan nunca el mal de que ellos mismos son incapaces, y por eso son tan fácilmente víctimas del primer bandido que se apodera de ellos, y de ahí viene que sea tan fácil y tan escasamente glorioso el engañarles. El insolente bribón que lo intenta no trabaja sino en envilecerse, y sin haber probado siquiera su talento para el vicio, no ha prestado sino esplendor a la virtud.

Al perder a la señora de Verquin, yo perdía toda esperanza de saber nuevas de mi amante y de mi hijo; como bien supondréis no había osado hablarle de ello en el horrible estado en que la había visto.

Aniquilada por esta catástrofe, muy fatigada de un viaje hecho en una situación cruel de espíritu, decidí descansar algún tiempo en Nancy, en el albergue en que me había alojado, sin ver absolutamente a nadie, puesto que el señor de Saint-Prat había parecido desear que disimulara allí mi nombre. Fue desde allí desde donde escribí a ese querido protector, decidida a no partir sino después de su respuesta.

Una dessgraciada muchacha que no es nada vuestro, señor, le decía, *que no tiene derecho más que a vuestra piedad, perturba eternamente vuestra vida; en lugar de hablaros sólo del dolor en que debéis estar por la pérdida que acabáis de sufrir, osa hablaros de ella, pediros vuestras órdenes y esperarlas, etc.*

Pero estaba escrito que la desgracia me seguiría a todas partes y que perpetuamente sería yo o testigo o víctima de sus siniestros efectos.

Volvía una noche, bastante tarde, de tomar el aire con mi doncella; no me acompañaban más que esa joven y un lacayo de alquiler, que había tomado al llegar a Nancy. Todo el mundo estaba ya acostado. En el momento de entrar en mi cuarto, una mujer de unos cincuenta años, alta, muy bella todavía, a la que conocía de vista, porque me alojaba en el mismo piso que ella, salió de pronto de su habitación, vecina de la mía, y se arrojaba, armada de un puñal, en otro cuarto frontero... La acción lógica es mirar... Vuelo... mis criados me siguen; en un abrir y cerrar de ojos, sin que tengamos tiempo de llamar ni de socorrer... vemos a aquella miserable precipitarse sobre otra mujer, hundirle veinte veces su arma en el corazón, y volver a su cuarto extraviada, sin haber podido descubrirnos. Al principio creíamos que aquella mujer se había vuelto loca; no podíamos comprender un crimen del que no descubríamos ningún motivo; mi doncella y mi doméstico quisieron gritar; un movimiento más imperioso, cuya causa no pude adivinar, me obligó a hacerles callar, a cogerles por el brazo, y a arrastrarles conmigo a mi cuarto, donde nos encerramos inmediatamente.

Pronto se dejó oír un jaleo tremendo; la mujer a la que acababan de apuñalar se había arrojado como había podido a las escaleras, lanzando aullidos espantosos; antes de expirar había tenido tiempo de nombrar a la que la asesinaba; y como se supo que nosotros éramos los últimos que habían vuelto al albergue fuimos detenidos al mismo tiempo que la culpable. Al no dejar ninguna duda sobre nosotros las confesiones de la moribunda, se contentaron con hacernos saber que no podíamos salir del albergue hasta la conclusión del proceso. La criminal, arrastrada a prisión, no confesó nada, y se defendió con firmeza. No había otros testigos que mis criados y yo: hubo que comparecer... hubo que hablar, hubo que ocultar con cuidado aquella turbación que me devoraba en secreto... a mí que merecía la muerte como aquélla a la que mis declaraciones forzadas iban a llevar al suplicio, porque en circunstancias más o menos semejantes yo era culpable de un crimen parecido. No sé lo que habría dado por evitar aquellas crueles declaraciones; al dictarlas me parecía que arrancaban tantas gotas de sangre de mi corazón como palabras profería. Sin embargo, hubo que decirlo todo; confesamos lo que habíamos visto. Por mas convicción que hubiera, por otra parte, sobre el crimen de aquella mujer, cuya historia consistía en haber asesinado a su rival, por más seguros, digo, que estuvieran de aquel delito, nosotros supimos positivamente luego que sin nosotros hubiera sido imposible condenarla, porque había en la aventura un hombre comprometido que escapó y del que bien se hubiera podido sospechar. Pero nuestras confesiones, la del lacayo de alquiler, sobre todo, que era hombre del albergue... hombre vinculado a la casa en que el crimen había ocurrido... aquellas crueles declaraciones a las que no podíamos negarnos sin comprometernos, sellaron la muerte de aquella infortunada.

En mi última confrontación, aquella mujer, examinándome con el mayor sobrecogimiento, me preguntó mi edad.

-Treinta y cuatro años, le dije.

-¿Treinta y cuatro años? ¿Y sois de esta provincia?

-No, señora.

-¿Os llamáis Florville?

-Sí, respondí, así es como me llaman.

-No os conozco, prosiguió; pero sois honesta, estimada, según dicen, en esta ciudad; para mí, desgraciadamente, con eso basta.

Luego, continuando con turbación:

-Señorita, un sueño os ha presentado a mí en medio de los horrores en que me veis; estabais en él con mi hijo... porque soy madre y desventurada, como veis... teníais el mismo rostro... la misma talla... el mismo traje... y el cadalso estaba ante mis ojos...

-¡Un sueño!, exclamé yo... ¡un sueño, señora!

Y presentándose el mío al punto a mi espíritu, los rasgos de aquella mujer me sorprendieron; la reconocí por aquélla que se había presentado a mí con Senneval, cerca del ataúd erizado de espinas... Mis ojos se inundaron de llanto. Cuanto más miraba a aquella mujer, más tentada estaba de desdecirme... Quería pedir la muerte en su lugar... quería huir, y no podía arrancarme... Cuando se vio el estado horroroso en que ella me ponía, como estaban persuadidos de mi inocencia, se contentaron con separarnos. Yo volví a mi cuarto aniquilada, abrumada por mis sentimientos diversos cuya causa no podía distinguir; y al día siguiente aquella miserable fue conducida a la muerte.

El mismo día recibí la respuesta del señor de Saint-Prat; me incitaba a volver. No debiéndome ser muy agradable Nancy tras las funestas escenas que acababa de ofrecerme, le abandoné inmediatamente y me encaminé hacia la capital, perseguida por el nuevo fantasma de aquella mujer, que parecía gritarme a cada instante: *Eres tú, desventurada, eres tú quien me envías a la muerte, y no sabes a quien arrastra a ella tu mano.*

Trastornada por tantas desgracias, perseguida por tantos pesares, rogué al señor de Saint-Prat que me buscase algún retiro donde pudiera acabar mis días en la soledad más profunda, y en los deberes más rigurosos de mi religión. Me propuso aquél en que me habéis hallado, señor; me establecí allí aquella misma semana, sin volver a salir más que para venir a ver dos veces al mes a mi querido protector, y para pasar algunos instantes en casa de la señora de Lérince. Pero el cielo, que quiere golpearme cada día con golpes sensibles, no me dejó gozar largo tiempo de esta última amiga: tuve la desgracia de perderla el año pasado; su ternura hacia mí no quiso que yo me separase de ella en sus crueles instantes, y fue igualmente en mis brazos donde rindió los últimos suspiros.

Mas, ¿quién lo hubiera pensado, señor? Esta muerte no fue tan tranquila como la de la señora de Verquin. Esta, al no haber esperado nunca nada, no temió perderlo todo; la otra pareció estremecerse al ver desaparecer el objeto cierto de su esperanza. Ningún remordimiento me había sorprendido en la mujer a la que debían asaltar en tropel la que nunca se había puesto en situación de tenerlos, los concibió. Al morir, la señora de Verquin no lamentaba sino no haber hecho suficiente mal; la señora de Lérince expiraba arrepentida del bien que no había hecho. La una se cubría de flores, deplorando sólo la pérdida de sus placeres; la otra quiso morir sobre una cruz de cenizas, desolada por el recuerdo de las horas que no había ofrecido a la virtud.

Estas contrariedades me sorprendieron; cierto relajamiento se apoderó de mi alma. ¿Por qué, me dije, en tales instantes no es la calma la parte de la prudencia, cuando parecía serlo de la mala conducta? Pero fortalecida al instante por una voz celeste que parecía tronar en el fondo de mi corazón, exclamé: ¿Me toca a mí sondear las voluntades del Eterno? Lo que veo me asegura un mérito más: los terrores de la señora de Lérince son las solicitudes de la virtud, la cruel apatía de la señora de Verquin no es más que el último extravío del crimen. ¡Ah!, si puedo elegir mis últimos instantes, que Dios me conceda la gracia de aterrorizarme como la una antes que aturdirme a ejemplo de la otra.

Tal es, finalmente, la última de mis aventuras, señor. Hace dos años que vivo en la Assomption, donde me colocó mi bienhechor; sí, señor, hace dos años que vivo allí, sin que haya tenido aún un instante de reposo, sin que haya pasado una sola noche sin que la imagen de aquel infortunado de Saint-Ange y aquélla de la desventurada que hice condenar en Nancy no se hayan presentado a mis ojos. He ahí el estado en que me habéis encontrado, he ahí las cosas secretas que tenía que revelaros: ¿No era deber mío decíroslas antes de ceder a sentimientos que os engañan? ved si ahora es posible que yo pueda ser digna de vos..., ved si aquélla cuya alma está desconsolada de dolor puede aportar algunas alegrías a los instantes de vuestra vida. ¡Ah!, creedme, señor, dejad de haceros ilusiones; dejadme volver al retiro severo que es el único que me conviene; no me arrancáis de él sino para tener perpetuamente ante vos el espectáculo horroroso del remordimiento, del dolor y del infortunio.

La señorita de Florville no había terminado sin dejar de encontrarse en una agitación violenta. Vivaz por naturaleza, sensible y delicada, era imposible que el relato de sus desgracias no le hubiera afectado considerablemente.

El señor de Courval, que en los últimos sucesos de aquella historia no veía, más que en los primeros, razones plausibles que debieran perturbar sus proyectos, puso en práctica todo para calmar a aquélla que amaba.

-Os lo repito, señorita, le decía, hay cosas fatales y singulares en lo que acabáis de hacerme saber; pero no veo ni una sola que pueda alarmar vuestra conciencia ni perjudicar vuestra reputación... Un lío a los dieciséis años... de acuerdo, pero, ¿cuántas excusas no tenéis para vos? Vuestra edad, las seducciones de la señora de Verquin... un joven quizá muy amable... que nunca habéis vuelto a ver, ¿no es eso, señorita?, continuó el señor de Courval con cierta inquietud... que verosímilmente no volveréis a ver siquiera jamás.

-¡Oh!, jamás, con total seguridad, respondió Florville adivinando los motivos de inquietud del señor de Courval.

-Pues bien, señorita, concluyamos, prosiguió éste, terminemos, os lo ruego, y dejadme convenceros lo antes posible de que nada hay en el relato de vuestra historia que pueda aminorar en el corazón de un hombre honrado ni la extrema consideración debida a tantas virtudes ni el homenaje exigido por tantos atractivos.

La señorita de Florville pidió permiso para volver aún a París para consultar a su protector por última vez, prometiendo que ningún obstáculo nacería por supuesto de su lado. El señor de Courval no pudo negarse a este honesto deber; se marchó y volvió al cabo de ocho días con Saint-Prat. El señor de Courval colmó a este último de atenciones; le testimonió de la manera más sensible cuán halagado estaba por unirse con aquélla a quien él se dignaba proteger, y le suplicó conceder siempre el título de pariente suya a aquella amable persona. Saint-Prat respondió como debía a las atenciones del señor de

Courval, y continuó dándole las opiniones más ventajosas del carácter de la señorita de Florville.

Por fin, apareció aquel día tan deseado por Courval. La ceremonia se celebró y durante la lectura del contrato se quedó muy sorprendido cuando vio que, sin habérselo advertido a nadie, el señor de Saint-Prat había hecho añadir, en favor de aquel matrimonio, cuatro mil libras de renta más a la pensión de igual suma que ya le dejaba a la señorita de Florville, y un legado de cien mil francos a su muerte.

Aquella interesante muchacha derramó abundantes lágrimas al ver las nuevas bondades de su protector, y se encontró halagada en el fondo por poder ofrecer a aquél que tenía a bien pensar en ella una fortuna por lo menos igual a la que él poseía.

La amenidad, la alegría pura, las promesas recíprocas de estima y de afecto presidieron la celebración de aquel himeneo... de aquel himeneo fatal, cuyas antorchas apagaban secretamente las furias.

El señor de Saint-Prat pasó ocho días en casa de Courval, así como los amigos de nuestro recién casado; pero los dos esposos no les siguieron a París; decidieron permanecer hasta la entrada del invierno en su casa de campo, con objeto de poner en sus asuntos el orden necesario para que luego pudieran tener una buena casa en París. El señor de Saint-Prat se encargó de buscarles una agradable vivienda cerca de su casa, a fin de verse más a menudo y, con la esperanza lisonjera de todos estos acuerdos agradables, el señor y la señora de Courval habían pasado ya cerca de tres meses juntos; había incluso seguridades de embarazo, del que se habían apresurado a participar al amable Saint-Prat, cuando un acontecimiento imprevisto vino a marchitar la prosperidad de estos felices esposos y a trocar en horrible ciprés las tiernas rosas del himeneo.

Aquí mi pluma se detiene... Debería pedir gracia a los lectores, suplicarles no ir más lejos... Sí... sí, que se detengan ahora mismo si no quieren estremecerse de horror... ¡Triste condición de la humanidad sobre la tierra... crueles efectos de la extravagancia del destino! ¿Por qué es preciso que la desventurada Florville, que el ser más virtuoso, más amable y más sensible resulte por un inconcebible encadenamiento de fatalidades, el monstruo más abominable que haya podido crear la naturaleza?

Cierta noche leía esta tierna esposa junto a su marido una novela inglesa de una terrible perfidia, y que estaba muy de moda por entonces.

-Indudablemente, dijo arrojando el libro, es una criatura casi tan desgraciada como yo.

-¡Tan desgraciada como tú!, dijo el señor de Courval estrechando a su querida esposa en sus brazos... ¡Oh, Florville, había creído haberte hecho olvidar tus desgracias... veo de sobra que me he engañado! ¿Tenías que decírmelo tan duramente?

Mas la señora de Courval se había vuelto como insensible; no respondió una palabra a las caricias de su esposo; por un movimiento involuntario, le rechaza con espanto y va a precipitarse lejos de él sobre un sofá, donde se funde en lágrimas. En vano aquel honrado esposo se arroja a sus pies, en vano ruega a aquella mujer que idolatra que se calme, o que le haga saber al menos la causa de semejante acceso de desesperación: la señora de Courval continúa rechazándole, apartándose cuando él quiere enjugar sus lágrimas, hasta el punto de que Courval, no dudando ya que un recuerdo funesto del antiguo pasado de Florville ha venido a inflamarla de nuevo, no pudo dejar de hacerle algunos reproches. La señora de Courval los escucha sin responder nada, pero levantándose al fin.

-No, señor, le dice a su esposo, no... os equivocáis interpretando así el acceso de dolor de que acabo de ser presa; no son los recuerdos los que me alarman, son los presentimientos los que me aterrorizan... Me siento feliz con vos, señor... sí, muy feliz... y no nací para serlo; es imposible que lo sea mucho tiempo; la fatalidad de mi estrella es tal que nunca la aurora de la felicidad es para mí otra cosa que el relámpago que precede al rayo... Y eso es lo que me hace temblar; temo que no estemos destinados a vivir juntos. Hoy esposa vuestra, quizá ya no lo sea mañana... Una voz secreta grita en el fondo de mi corazón que toda esta felicidad no es para mí más que una sombra que va a disiparse como la flor que nace y se apaga en un día. No me acuséis, pues, ni de capricho, ni de enfriamiento; no soy culpable sino de un gran exceso de sensibilidad, de un desgraciado don de ver todas las cosas por el lado más siniestro, secuela cruel de mis reveses...

Y el señor de Courval, a los pies de su esposa, se esforzaba por calmarla con sus caricias, con sus palabras, sin, no obstante, conseguirlo, cuando de pronto... eran alrededor de las siete de la tarde, en el mes de diciembre... un doméstico viene a decir que un desconocido pide con insistencia hablar con el señor de Courval... Florville se estremece... lágrimas involuntarias surcan sus mejillas, vacila; quiere hablar, su voz expira sobre sus labios.

El señor de Courval, más ocupado del estado de su mujer que de lo que le hacen saber, responde agriamente que esperen y vuela en socorro de su esposa; pero la señora de Courval, temiendo sucumbir al movimiento secreto que la impulsa... queriendo ocultar lo que experimenta ante el extraño que anuncian, se levanta con fuerza y dice:

-No es nada, señor, no es nada, que le hagan entrar.

El lacayo sale; vuelve al momento, seguido de un hombre de treinta y siete a treinta y ocho años, que lleva marcadas en su fisonomía, por otra parte agradable, las señales de la pesadumbre más inveterada.

-¡Oh, padre mío!, exclama el desconocido arrojándose a los pies del señor de Courval, ¿reconoceréis al desgraciado hijo separado de vos hace veintidós años, demasiado castigado de sus crueles faltas por los reveses que no han cesado de abrumarle desde entonces?

-¿Cómo? ¿Vos mi hijo? ¡Gran Dios! ¿Qué acontecimiento... ingrato, puede haberte hecho recordar mi existencia?

-Mi corazón... ese corazón culpable que no dejó, sin embargo, nunca de amaros... Escuchadme, padre mío... escuchadme, tengo desgracias mayores que las mías que revelaros; dignaos sentaros y oírme, y vos, señora, prosiguió el joven Courval, dirigiéndose a la esposa de su padre, perdonad si en la primera vez en mi vida en que os rindo mi homenaje, me encuentro forzado a descubrir ante vos horribles desgracias de familia que ya no es posible ocultar a padre.

-Hablad, señor, hablad, dijo la señora de Courval balbuciendo y arrojando una mirada extraviada sobre aquel joven; el lenguaje de la desgracia no es nuevo para mí, lo conozco desde mi infancia.

Y nuestro viajero, mirando entonces de hito en hito a la señora de Courval, le respondió con una especie de turbación involuntaria:

-¿Vos desgraciada... señora? ¡Oh, santo cielo!, ¿podéis serlo tanto como nosotros?

Se sientan... El estado de la señora de Courval sería imposible de describir... pone los ojos sobre aquel caballero... vuelve a hundirlos en el suelo... suspira con agitación... El señor de Courval llora, y su hijo trata de calmarle, suplicándole que le preste atención. Finalmente, la conversación toma un giro más moderado.

-Tengo tantas cosas que deciros, señor, dice el joven Courval, que me permitiréis suprimir los detalles para no haceros saber más que los hechos; y exijo vuestra palabra, así como la de la señora, de no interrumpirlos hasta que haya acabado de exponéroslos.

Yo os dejé a la edad de quince años, señor; mi primer impulso fue seguir a mi madre, a quien yo tenía la ceguera de preferiros; ella se había separado de vos hacía muchos años. Me reuní con ella en Lyon, donde sus desórdenes me espantaron hasta tal punto que, para conservar el resto de los sentimientos que le debía me vi obligado a huir de ella. Pasé a Strasburgo, donde se encontraba el regimiento de Normandía...

La señora de Courval se emociona, pero se contiene.

-Inspiré algún interés al coronel, prosiguió el joven Courval, me di a conocer a él, me dio una subtenencia: al año siguiente fui con el regimiento de guarnición a Nancy; allí me enamoré de una pariente de la señora de Verquin... seduje a aquella joven, tuve un hijo de ella, y abandoné cruelmente a la madre.

A estas palabras, la señora de Courval se estremeció, un gemido sordo se exhaló de su pecho, pero continuó mostrándose firme.

-Aquella desgraciada aventura fue la causa de todas mis desdichas. Puse el hijo de aquella infortunada señorita en casa de una mujer, cerca de Metz, que me prometió cuidar de él, y volví, algún tiempo después a mi regimiento. Me reprocharon mi conducta; al no haber podido reaparecer la señorita en Nancy, me acusaron de haber causado su perdición; demasiado amable para no haber interesado a toda la ciudad, encontró allí vengadores; me batí, maté a mi adversario, y pasé a Turin con mi hijo, que volví a buscar cerca de Metz. Serví doce años junto al rey de Cerdeña. Pero no os hablaré de las desventuras que allí sufrí, ¡son innumerables! Es al dejar Francia cuando se aprende a añorarla. Sin embargo, mi hijo crecía, y prometía mucho.

Habiendo trabado conocimiento en Turín con una francesa que había acompañado a aquella princesa nuestra que se caso en esa corte, y habiéndose interesado esta respetable persona en mis desventuras, osé proponerle llevar a mi hijo a Francia para perfeccionar allí su educación, prometiéndole arreglar lo bastante mis asuntos para venir a retirarlo de sus manos a los seis años. Ella aceptó, se llevó a París a mi desgraciado hijo, no descuidó nada para educarle bien, y me dio cumplidamente noticias de él.

Yo aparecí un año antes de lo que había prometido; llego a casa de esa señora, lleno del dulce consuelo de abrazar a mi hijo, de estrechar en mis brazos aquella prenda de un sentimiento traicionado..., pero que aún quemaba mi corazón... Vuestro hijo ya no existe, me dijo aquella digna amiga derramando lágrimas; fue víctima de la misma pasión que causó la desgracia de su padre. Le habíamos llevado al campo, allí se enamoró de una muchacha encantadora, cuyo nombre he jurado callar. Arrastrado por la violencia de su amor, quiso coger por la fuerza lo que se le negaba por virtud... Un golpe, sólo dirigido a asustarle, penetró hasta su corazón, y lo derribó muerto.

Aquí, la señora de Courval cayó en una especie de abatimiento que hizo temer por un momento que estuviera a punto de perder la vida; sus ojos estaban fijos, su sangre ya no circulaba. El señor de Courval, que captaba de sobra la funesta relación de aquellas

desventuradas aventuras, interrumpió a su hijo y voló hacia su mujer... Ella se reanima, y con un valor heroico:

-Dejemos proseguir a vuestro hijo, señor, dice ella, quizá no haya llegado yo al cabo de mis desgracias.

Mientras tanto, el joven Courval, sin comprender nada del pesar de aquella dama por hechos que parecían no concernirla sino indirectamente, pero percibiendo algo incomprensible para él en los rasgos de la esposa de su padre, no deja de mirarla completamente emocionado.

El señor de Courval coge la mano de su hijo, y distrayendo su atención por Florville le ordena proseguir, ceñirse sólo a lo esencial y suprimir los detalles, porque tales relatos contienen particularidades misteriosas que resultan de poderoso interés.

-Desesperado por la muerte de mi hijo, continúa el viajero, sin nada que pudiera retenerme en Francia... salvo vos, padre mío, mas no osaba acercarme y huía de vuestra cólera, resolví viajar a Alemania... Desventurado autor de mis días, lo que debo deciros todavía es lo más cruel, dijo el joven Courval, rociando de lágrimas las manos de su padre; me atrevo a suplicaros que os arméis de valor.

Al llegar a Nancy me entero de que una tal señora Desbarres, ése era el nombre que había adoptado mi madre en sus desórdenes cuando os hizo creer en su muerte, me entero, digo, que esa tal señora Desbarres acaba de ser encarcelada por haber apuñalado a su rival, y que quizá sea ejecutada al día siguiente.

-¡Oh, señor!, exclamó en esto la desventurada Florville, arrojándose en brazos de su marido, con lágrimas y gritos desgarradores... ¡Oh, señor!, ¿veis todas las consecuencias de mis desventuras?

-Sí, señora, veo todo, dijo el señor de Courval, veo todo, señora, pero os ruego que dejéis terminar a mi hijo.

Florville se contuvo, pero apenas respiraba; no tenía ni un solo sentimiento que no estuviera comprometido, ni un solo nervio cuya contracción no fuese espantosa.

-Proseguid, hijo mío, proseguid, dijo aquel desventurado padre; dentro de un momento os explicaré todo.

-Pues bien, señor, continuó el joven Courval, me informo si no hay un malentendido en los nombres; pero desgraciadamente era demasiado cierto que aquella criminal era mi madre; pido verla, lo obtengo, caigo en sus brazos... «Muero culpable, me dice aquella infortunada, pero hay una fatalidad horrible en el suceso que me conduce a la muerte. Otra persona debía ser sospechosa, lo hubiera sido, todas las pruebas estaban contra él: una mujer y sus dos domésticos, que el azar hacía que se encontrasen en ese albergue, vieron mi crimen, sin que la preocupación en que me encontraba me permitiera verles; sus declaraciones son las únicas causas de mi muerte. No importa, no perdamos en vanas quejas los pocos instantes en que puedo hablaros; tengo secretos de importancia que deciros, escuchadlos, hijo mío. Cuando mis ojos se hayan cerrado, iréis en busca de mi esposo, le diréis que de todos mis crímenes hay uno que jamás supo, y que, finalmente, debo confesar... Tenéis una hermana, Courval... vino al mundo un año después que vos... Yo os adoraba, temí que aquella niña os perjudicase, que con el designio de casarla un día cogiesen para dotarla bienes que debían perteneceros. Para conservarlos enteros, decidí desembarazarme de aquella niña y poner en práctica todo para que mi esposo, en el futuro, no recogiese más fruto de nuestra unión. Mis desórdenes me arrojaron en otros

errores, y no impidieron la secuela de nuevos crímenes, haciéndome cometer los más espantosos; pero en cuanto a esa niña, me decidí sin ninguna piedad a darle la muerte. Iba a cumplir aquella infamia, de acuerdo con la nodriza, a la que compensé ampliamente, cuando aquella mujer me dijo que conocía a un hombre casado hacía muchos años que deseaba todos los días hijos, y que no podía obtenerlos, que ella me desharía de la mía sin crimen, y de forma que quizá fuera feliz. Acepté enseguida; mi hija fue llevada aquella misma noche a la puerta de aquel hombre con una carta en su cuna. Volad a París cuando yo ya no exista, suplicad a vuestro padre que me perdone, que no maldiga mi memoria y que conserve a esa hija a su lado.»

Tras estas palabras mi madre me abrazó... trató de calmar la espantosa turbación en que acababa de arrojarme cuanto yo acababa de enterarme por ella... Oh, padre mío, fue ejecutada al día siguiente. Una enfermedad horrible me empujaba a la tumba, he estado dos años entre la vida y la muerte sin fuerza ni audacia para escribiros. El primer uso de la vuelta de mi salud es venir a arrojarme a vuestras rodillas, venir a suplicaros que perdonéis a esa desventurada esposa, y a haceros saber el nombre de la persona en cuya casa tendréis noticias de mi hermana: en casa del señor de Saint-Prat.

El señor de Courval se turba, todos sus sentidos de hielan, sus facultades se anonadan... su estado se vuelve espantoso.

En cuanto a Florville, desgarrada lentamente desde hacía un cuarto de hora, levantándose con la tranquilidad de quien acaba de tomar una decisión:

-Pues bien, señor, le dice a Courval, ¿creéis ahora que pueda existir en el mundo una criminal más horrorosa que la miserable Florville? Reconóceme, Senneval, reconoce a la vez a tu hermana, a la que sedujiste en Nancy, a la asesina de tu hijo, a la esposa de tu padre, y a la infame criatura que ha llevado a tu madre al cadalso... Sí, señores, ésos son mis crímenes; si dirijo mis ojos a cualquiera de vosotros no veo sino motivo de horror: o veo a mi amante en mi hermano, o veo a mi esposo en el autor de mis días; y si es sobre mí sobre la que se dirigen mis miradas, no veo más que el monstruo exacrable que apuñaló a su hijo e hizo morir a su madre. ¿Creéis que el cielo puede tener suficientes tormentos para mí, o suponéis que puedo sobrevivir un instante a las calamidades que atormentan mi corazón? No, sólo me queda un crimen por cometer: el que los vengará a todos.

Y en ese instante, la desgraciada, abalanzándose sobre una de las pistolas de Senneval, la arranca imperiosamente y se salta la tapa de los sesos, antes de que haya tiempo de poder adivinar su intención. Expira sin pronunciar una palabra más.

El señor de Courval se desmaya; su hijo, absorto por escena tan horrible, pide ayuda como puede. Ya no hacía falta para Florville: las sombras de la muerte se extendían ya sobre su frente, todos sus rasgos alterados no ofrecían sino la mezcla horrible del trastorno de una muerte violenta y de las convulsiones de la desesperación... Flotaba en medio de su sangre.

Llevaron al señor de Courval a su cama; estuvo dos meses en las últimas. Su hijo fue, en un estado tan cruel, lo suficientemente afortunado, sin embargo, para que su ternura y sus socorros pudieran devolver a su padre a la vida; pero los dos, tras los golpes del destino tan cruelmente multiplicados sobre su cabeza, decidieron abandonar el mundo. Una soledad severa los ocultó para siempre a los ojos de sus amigos, y allí, en el seno de la piedad y de la virtud, ambos acaban tranquilamente una vida triste y penosa que no les fue dada a ninguno de los dos más que para convencerlos, a ellos y a quienes lean esta

deplorable historia, que sólo en la oscuridad de la tumba puede el hombre encontrar la calma que la maldad de sus semejantes, el desorden de sus pasiones, y más que todo, la fatalidad de su suerte, le negaron eternamente sobre la tierra.